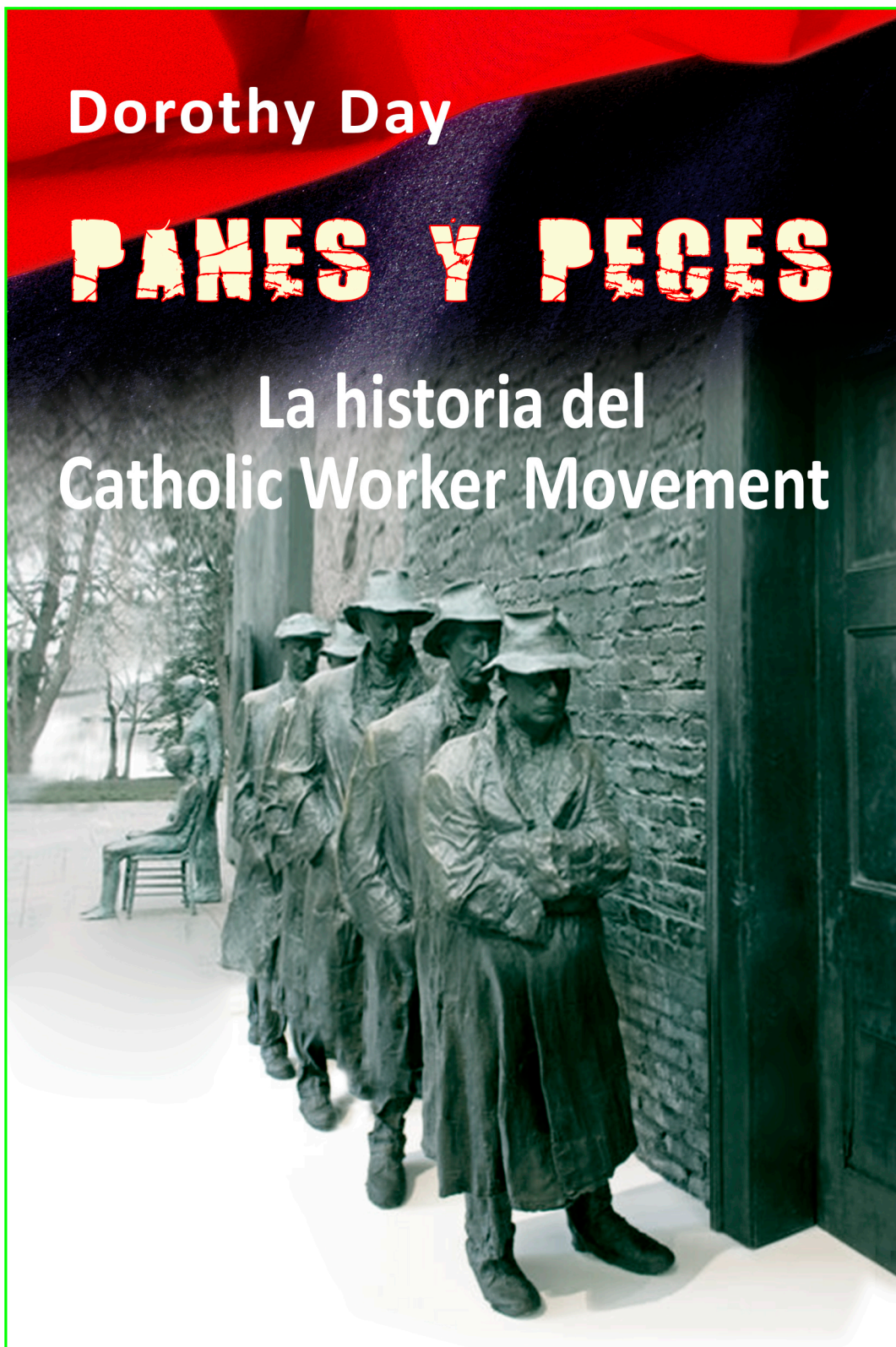


Dorothy Day

# PANES Y PECES

La historia del  
Catholic Worker Movement



El Movimiento del Trabajador Católico (Catholic Worker Movement) fue una organización fundada en 1933 por Dorothy Day y Peter Maurin con el fin de ayudar a los desamparados y a los pobres de Nueva York.

Fue y es una organización anarquista cristiana (tolstoyana), con cierta afinidad histórica con el IWW, al que estaban afiliados sus fundadores.

Ha estado específicamente dedicada a la solidaridad y el apoyo mutuo en vez de al sindicalismo.

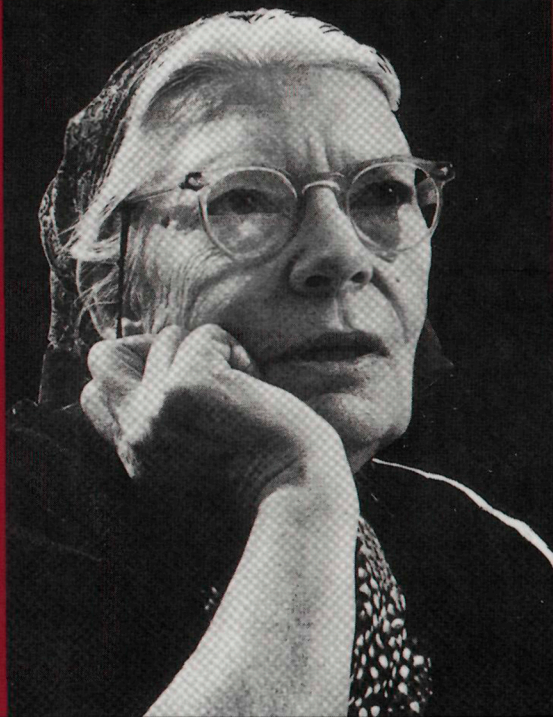
Tiene así mismo, una amplia actividad en lo que se refiere a la atención de inmigrantes legales o ilegales, con unos 300 centros sociales de acogida en EE UU.

El periódico difusor de su pensamiento es *The Catholic Worker*.

Este libro da cuenta de su historia.



# Panes y Peces



Historia del Catholic Worker Movement

Dorothy Day

**PANES Y PECES**

Historia del *Catholic Worker Movement*

Título del original en inglés: *Loaves and Fishes.  
The Story of the Catholic Worker Movement*

Traducción: Ramón Ibero Iglesias

Editorial Sal Terræ

[www.salterrae.es](http://www.salterrae.es)

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)



Dorothy Day



Peter Maurin

## CONTENIDO

Introducción

Prólogo

### **PRIMERA PARTE. LOS INICIOS SON SIEMPRE APASIONANTES**

I. Alguien llama a la puerta

II. El periódico de todos

III. Casas de acogida

IV. Granjas comunitarias

V. Los años de la guerra

### **SEGUNDA PARTE. POBREZA Y PRECARIEDAD**

VI. Los rostros de la pobreza

VII. Humillados y ofendidos

VIII. Los niños nacen siempre con un pan debajo del brazo

### **TERCERA PARTE. LOS QUE TRABAJAN JUNTOS**

IX. Peter Maurin, personalista

X. Retrato de un profeta

XI. Mis directores espirituales

XII. Los redactores también cocinan

### **CUARTA PARTE. COSAS QUE PASAN**

XIII. ¿Qué ha sido de Anna?

XIV. Los Bodenheims

XV. Visitantes extraños, visitantes distinguidos

XVI. La cura del síndrome de abstinencia

### **QUINTA PARTE. EL AMOR EN LA PRÁCTICA**

XVII. A una manzana del Bowery

XVIII. La granja «Peter Maurin»

XIX. Nuestro día

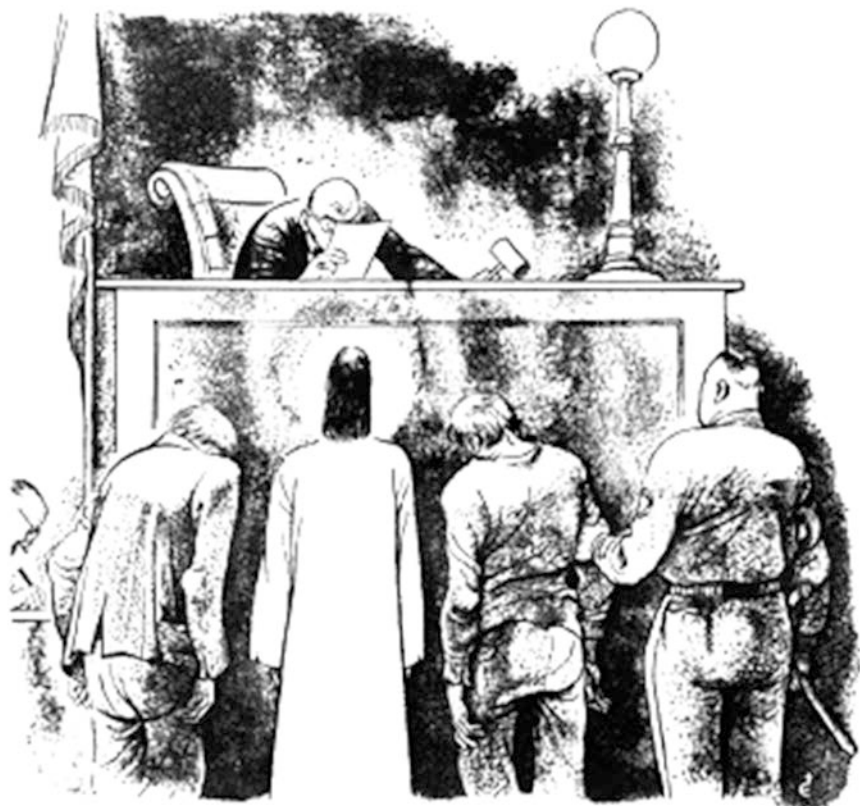
# THE CATHOLIC WORKER

Vol. XXII No. 1

July-August, 1955

Subscription  
\$6 Per Year

Price 1c



*Where Are the Poor?  
They Are In Prisons, Too*

August 5, 1945

August 5, 1955

## 10th Anniversary of Hiroshima

We, the undersigned, openly refuse to pay our income taxes because more than 30% went for war. We are doing this on



## INTRODUCCIÓN

Creo que podríamos muy bien llamar «The Catholic Worker Movement» al movimiento iniciado a principios de los años treinta del siglo XX por Peter Maurin y Dorothy Day, pero a ninguno de los dos les habría agradado mucho el nombre. Ellos se veían a sí mismos como cristianos luchadores, pecadores, deseosos de conectar las prácticas religiosas que muchos de nosotros conservamos (como si fuera un valioso legado cultural) con los retos morales que plantea la vida cotidiana. Dicho de otro modo, Peter Maurin y Dorothy Day no podían apartar de sus mentes día tras día el ejemplo de Jesús cuando recorría la Galilea de hace dos mil años, no sólo animando, amonestando, exhortando, explicando y llamando a seguirle, sino también actuando una y otra vez. Cuando iba de un pueblo a otro veía lo que todo el mundo puede ver en cualquier lugar y en cualquier momento: el dolor, la angustia y el sufrimiento de los seres humanos. Veía a los que tenían hambre, a los que tenían sed, y se sentía movido a darles de comer y de beber. Veía a los paralíticos, a los ciegos, y se sentía movido a curarlos. Veía a los marginados, a los vilipendiados, a los odiados, a los más humildes, a los indefensos, y se sentía movido a afirmar su valor, su dignidad. Y también veía a los poderosos, a los que se daban importancia, a los que se tenían por hombres justos, y se dirigía a ellos con soberana vehemencia: pese a figurar entre

los más importantes, entre los primeros en la vida de este mundo, no tienen, ni mucho menos, asegurado el futuro; de hecho, están en situación de máximo riesgo *sub specie aeternitatis*.

Jesús no estaba remiso a vivir como pedía a los demás. No sólo pedía el compromiso de amar a los otros, sino que se mostraba dispuesto a abrazar sin reservas a las personas profundamente abatidas y vulnerables que encontraba en su camino, no sólo para ayudarlas y enseñarlas, sino también para acoger sus vidas. Y no lo hacía como un hombre arrogante o prepotente, pues no pretendía sustituir un tipo de arrogancia por otro. Jesús recordaba a sus oyentes, y nos recuerda a todos, que nadie tiene derecho a asumir el papel de acusador, de moralista que señala con el dedo, ávido de mostrar la condenación eterna, si antes no se ha sometido a un profundo examen de conciencia. Y al hacerlo, ¿qué criterios debemos seguir? Pues bien, sólo aquellos que están «libres de pecado» (y, por consiguiente, ninguno de nosotros) tienen derecho a «arrojar la primera piedra», a hacer comentarios maliciosos y despectivos sobre los demás.

No puede sorprendemos que, con este ejemplo moral, Dorothy Day y Peter Maurin eludieran el mundo de la gente importante y se decidieran por los habitantes de los barrios más bajos y marginales de la ciudad de Nueva York. Tampoco puede sorprendemos que nunca trataran de transferir sus esfuerzos, y los de los cientos y cientos de personas que después se unieron a ellos, a otro «movimiento» político, social o intelectual. De ahí la dificultad que uno encuentra al buscar palabras con las que describir lo que ambos hicieron y lo que

sigue haciéndose a lo largo y ancho de los Estados Unidos. Tal vez deberíamos adoptar la expresión «locos por Cristo», acuñada por Dorothy Day; aunque, dadas las condiciones del mercado norteamericano de ideas en el siglo XX, difícilmente vaya a otorgarles mucho crédito a ella y a sus almas gemelas.

Sin lugar a dudas, el Hijo de Dios nos ofreció una visión revolucionaria de las cosas, y hasta el día de hoy el resultado ha sido una respuesta marcada por un rotundo rechazo, una fuerte indiferencia y, lo que tal vez es peor, la solícita sumisión que caracteriza al pietismo en cuanto forma sin sustancia. Los hombres y las mujeres integrados en el movimiento «The Catholic Worker» –es decir, imbuidos de un sentido de las cosas inspirado en Dorothy Day y Peter Maurin– se propusieron por encima de todo combatir esas respuestas y comprendieron que, para hacerlo, necesitarían hechos, no palabras, aunque éstas fueran vivas, sinceras y elocuentes; para hacerlo tendrían que asumir de verdad un tipo de *vida* y un punto de vista: una fe religiosa no sólo profesada oficialmente, sino también y sobre todo vivida.

Este libro de Dorothy Day trata de explicar qué significó una vida así. Sus palabras, con toda su maravillosa ironía, han recibido una doble recompensa: constituyen un singular epílogo a sus muchos años de duro trabajo y son tan directas, tan simples, tan modestas, tan sinceras y tan profundamente sentidas como se quería que fuera aquel trabajo. En *La larga soledad*, Dorothy Day nos habló de su peregrinación personal, y ahora nos ofrece relatos biográficos de ella y de Peter Maurin. *Panes y peces* nos explica las razones del persistente interés de esos libros: en ellos se acotó y se pobló de amor una parcela de

la actividad cristiana, y por este motivo ambos, como exploradores, merecen nuestro respeto en cierto modo reverencial. Muchos de nosotros nunca seremos capaces de trabajar en el Bowery de Nueva York como lo hacen, en estos mismos momentos, miembros de la comunidad de «The Catholic Worker», pero tenemos una obligación para con nosotros mismos: saber lo que los demás son capaces de imaginar y, lo que es más importante, de convertir en hechos, de realizar, día tras día.

No hay duda de que Dorothy Day fue una periodista y ensayista más que competente. El estilo de sus escritos es siempre sobrio, vigoroso y sosegadamente persuasivo. Ahí es donde mejor se mueve, pues se muestra al mismo tiempo como una escritora reflexiva, dada a la anécdota, sugerente y, a su manera, rotundamente analítica. Creo que en este preciso momento debemos destacar la última de estas cualidades, pues ahora, cuando Dorothy Day ya no está entre nosotros (murió a finales de 1981, a la edad de ochenta y tres años), muchos vamos a sentir la tentación de dar un aire romántico a su vida y envolver sus diversas actividades –del cuerpo y del alma, del corazón y de la mente– en una gruesa capa de edulcorado sentimentalismo, lo que es un medio de desestimar, de enterrar por conveniencia nuestra algo que de hecho sigue sumamente vivo, como podrá observar inmediatamente quien visite las comunidades de «The Catholic Worker» de Los Ángeles, Boston, Washington o cualquier otra ciudad de nuestro país.

A lo largo de las páginas que siguen, la autora se esfuerza por decirnos qué ocurre cuando se realizan estas obras de

misericordia cristiana: la atención prestada cada día a los hambrientos, a los enfermos, a los desposeídos, a los descarriados, a las víctimas perpetuas de nuestra sociedad industrial. Dorothy Day quiere también que percibamos no sólo las raíces bíblicas de esta singular tarea, sino también sus resonancias modernas: la política anarquista, la filosofía personalista, la sensibilidad literaria y moral de Dostoievski, Tolstoi e incluso, al menos en parte, de J. D. Salinger y Camus. No cabe duda de que Dorothy fue leal a la Iglesia católica y a una determinada versión del populismo norteamericano, pero su verdadera lealtad fue para el sentimiento comunitario de los primeros cristianos. Esto es tanto como decir que tenía poca consideración para las grandes lealtades –por no llamarlas pasiones sociales– de nuestro tiempo: el nacionalismo, el materialismo y el egoísmo. Ella y otros como ella vieron con absoluta claridad lo mucho que, desgraciadamente, comparten los capitalistas y los comunistas, los miembros acomodados y ambiciosos de este «proletariado» o de esa «burguesía», en cuanto a ideas e ideales, esperanzas y preocupaciones. Ella sabía que la llamada radical de Cristo convierte necesariamente en «alienado» a todo aquel que la escucha y, como había alcanzado ese estado, sabía también que sólo se puede estar agradecido por ello. Lo único que podemos hacer en este aspecto es cotejar esa actitud insistentemente iconoclasta hacia los postulados dominantes de este mundo con las creencias y las opiniones que la mayoría de nosotros sustenta o, más exactamente, dice sustentar.

Muy importante es, asimismo, la persistente autocrítica que encontramos en estas páginas, en contraste evidente con la mentalidad ideológica que, como hemos podido comprobar, ha

prevalecido durante este siglo. En un pasaje del libro, ya cerca del final de su relato, Dorothy Day dice: «Calmar el corazón, que se llena con suma facilidad de irritación, resentimiento e ira, requiere algún tiempo». Un poco más adelante, sin ningún indicio sospechoso de desprecio de sí misma nacido de una crítica errónea, sino más bien en un breve momento de candor, subraya algunas barreras y obstáculos que el destino y las circunstancias pusieron en el camino de otras personas, y luego comenta acerca de sus propias tareas: «Hemos acometido muy pocas cosas y hemos realizado aún menos».

Aunque se esté en abierto desacuerdo, uno se siente en cierto modo tocado por esa edificante inclinación a minimizar, en lugar de realzar, el carácter de los propósitos de su comunidad concreta. En términos más personales, Dorothy Day nos ofrece pensamientos como éste: «Lo que juzgaba en mí misma era mi temor interior y mi rigor». No es que (¡loado sea Dios!) esta escritora y activista del siglo XX sea adicta a una versión del consabido pecado de orgullo que en estos tiempos adquiere la forma de un interminable examen psicológico centrado en uno mismo. Ridiculiza «un análisis, una introspección y un examen de conciencia» que tienen lugar en abstracto (desvinculados de responsabilidades éticas específicas) o que se hacen *ex post facto*, lo que con harta frecuencia es tanto como decir *a salvo de* cualquier riesgo, peligro o sacrificio. Si, aun así, es plenamente consciente de sus «fracasos en el amor», de sus «negligencias», de sus «caídas», también lo es de que esos lapsus, inevitables en todos nosotros no deben ser en ningún caso una excusa para otros pecados: un estado de resignación o de desesperanza que justifique la apatía o el abandono de una línea de acción dada.



Este libro no debe leerse con la expectativa de hallar un argumento lineal o con la esperanza de obtener unos planes detallados de uno u otro tipo. Como escritora, Dorothy Day nos ofrece el reto (y el placer) de una cabeza prodigiosamente compleja. No elude ni las ironías ni las ambigüedades, como tampoco las fuertes paradojas, contradicciones e incongruencias que su manera de pensar genera inevitablemente. En el capítulo 6, cuando aborda el tema de la pobreza, dice: «Condono la pobreza y la defiendo». Naturalmente, acto seguido ayuda al lector a comprender esta manera de razonar y distingue entre la pobreza como «fenómeno social» y la pobreza como «asunto personal». Aborrecía la pobreza que veía en los bloques de viviendas de nuestras ciudades: hombres, mujeres y niños en horribles condiciones porque no había trabajo, porque el trabajo que tenían daba para poco y porque la sociedad prefería ignorar su precaria situación. Pero también se cuidaba de denunciar la avaricia, la mezquindad y la codicia que en no pocos casos aparecen unidas a la riqueza y al poder. No quería saber nada del craso mercantilismo y la codicia, que no desaparecen, ni mucho menos, con una amplia y bien diversificada cartera de acciones. Cristo había recomendado a sus discípulos el tipo de pobreza que Dorothy Day se impuso a sí misma, una pobreza que subraya la generosidad para con los demás y una indesmayable dedicación a las exigencias de la justicia social.

Pero una vida así también tiene sus recompensas. No son las que muchos de nosotros esperaríamos o desearíamos, pero tenemos que mencionarlas. Dorothy Day nos hace saber una y otra vez que para ella las satisfacciones de una vida de entrega (y libre elección) han sido ciertamente cuantiosas. Después de

todo, ella y sus colaboradores también conocieron situaciones de necesidad, y al dar de comer y vestir a otros intentaron conciliar su fe religiosa con una intimidad respetuosa de la persona. Y una nueva ironía: a los ojos de Dios, no de Mammón, uno responde a la situación apurada ajena desde la propia. En conjunto, las parábolas de Cristo, sus agudas y enormemente exigentes analogías, símiles y metáforas, nos instruyen y avisan, pero también señalan una dirección; dirección que *Panes y peces* documenta; dirección que algunos de nuestros compatriotas, ciudadanos de la Norteamérica del siglo XX, eligieron libremente. Los habitantes de este país hemos recibido múltiples bendiciones de la naturaleza y la historia. Y, me atrevería a decir, que también hemos sido bendecidos por Dios, no en el sentido trivial de la fórmula «Dios bendiga a América», sino en el sentido concreto de que nos ha dado una vida singular y especialmente honorable: la vida de un peregrino cristiano. El cuerpo de Dorothy Day ha desaparecido, sí, pero su alma se deja sentir todavía en nosotros: en las «obras» que ayudó a poner en marcha y de las que seguimos gozando, y no menos en sus palabras, tan luminosas y apasionadas, tan identificadas con las de Cristo, como en *Panes y peces*.

## PRÓLOGO

Este libro narra la historia de *The Catholic Worker*, una historia que sólo mencioné tangencialmente en mi autobiografía, *La larga soledad*. ¿Qué es *The Catholic Worker*? Ante todo, un periódico de formato tabloide y ocho páginas que se ocupa del trabajo, de las personas y de los problemas de la pobreza, así como de las relaciones del ser humano con sus semejantes y con Dios. Al tratar de mostrar nuestro amor a nuestros hermanos, hablamos y escribimos profusamente de las obras de misericordia como forma de acción más directa. «Acción directa» es una consigna de los radicales de los viejos tiempos. En los años treinta del siglo XX significaba inculcar ciertas ideas al hombre de la calle formando piquetes y distribuyendo octavillas, invadiendo las oficinas de empleo y organizando marchas hacia Washington. Hoy, en el movimiento por la paz, acción directa significa ocupar submarinos Polaris, dirigirse a pie a Moscú y navegar en embarcaciones como *The Everyman* hasta las zonas donde se realizan pruebas nucleares.

Peter Maurin, cofundador de *The Catholic Worker*, insistía en que las obras de misericordia constituyen la forma más directa de acción posible. «Pero –decía Maurin– las verdaderas necesidades se tienen que replantear cada veinte años».

Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir

al desnudo, dar cobijo al que carece de hogar, visitar a los enfermos, redimir al cautivo y enterrar a los muertos son obras de misericordia. Las obras de misericordia espirituales son: instruir al que no sabe, aconsejar al que duda, reprender al pecador, soportar pacientemente al injusto, perdonar todas las ofensas y rezar por los vivos y los muertos.

Además de escribir sobre estas cosas, tenemos que intentar ponerlas en práctica. Los lectores acuden a nosotros con sus dificultades, y tenemos que socorrerlos en cuanto podamos. Asimismo, en los últimos años nos hemos ido preocupando cada vez más por la paz mundial o, para ser exactos, por las amenazas a la paz y la supervivencia misma de la humanidad.

¿Qué tipo de organización tenemos? Es difícil decirlo. En el sentido usual de la palabra no tenemos organización alguna. Ciertamente, no somos una cooperativa ni una casa de beneficencia ni una misión. De nosotros no puede decirse que operemos sobre una base democrática. Una vez tuvimos con nosotros a un antiguo soldado y a un antiguo trapense, y les pregunté a cada uno por separado si le gustaba el grupo de «The Catholic Worker». El soldado contestó: «Es como el ejército», mientras que el trapense comentó: «Es como un monasterio trapense». Posteriormente nos visitó un hombre procedente de un *kibutz* israelí, y le hice la misma pregunta. Me contestó que se sentía como en casa, pues la atmósfera era la de los *kibutz*. A un visitante de la India, nuestra casa de acogida en la ciudad le recordaba un *ashram*. Una profesora de ruso que vivía en Fordham nos dijo que nuestra comuna agrícola le recordaba el hogar de Tolstoi. Alguien la definió incluso como una dictadura benévola.

Tal vez la descripción más precisa nos la proporcionara un amigo que, al referirse a ella, dijo que era un «cuartel general revolucionario».

A la gente joven en particular siempre les ha gustado el adjetivo «revolucionario», porque implica acción, cambio, una lucha constante por un mundo mejor. Esta es la razón por la que «The Catholic Worker» atrae a tantos jóvenes. Actividades como formar piquetes y distribuir propaganda, además de estimular el pensamiento y la motivación, ofrecían salidas apasionantes para los ideales en juego, y el hecho de que los redactores del periódico hayan estado en la cárcel muchas veces por desobediencia civil hace que nuestro trabajo parezca peligroso y, en consecuencia, más estimulante y atractivo. Los jóvenes ven cada vez más en nuestro trabajo la oportunidad que buscan para actuar directamente contra la amenaza de la guerra nuclear.

Es posible que sólo se pueda percibir realmente lo que defendemos, lo que tratamos de alcanzar, leyendo la historia de nuestro desarrollo y nuestras luchas a lo largo de los años, conociendo a los que dieron forma al movimiento y contenido a nuestro pensamiento. Ese es el motivo por el que ahora escribo la historia de *The Catholic Worker*.

Como cantó en su tiempo el salmista ante el amanecer de un nuevo día, «Acabo de empezar».

## **PRIMERA PARTE**

### **LOS INICIOS SON SIEMPRE APASIONANTES**



## I. ALGUIEN LLAMA A LA PUERTA

Para mí es una delicia sentarme junto a una ventana y ponerme a escribir en mi pequeño apartamento de dos habitaciones de Ludlow Street, sector de los antiguos barrios bajos de Nueva York (el Lower East Side) que todavía no ha sido cerrado por tablonos ni demolido.

El día es muy caluroso, pero mis ventanas, orientadas al este, dan a un patio interior con un árbol desnudo, un ailanto, el árbol del cielo, y en el patio contiguo hay un arce y varios arbustos.

El sol inunda las habitaciones, que están recién pintadas. La puerta de al lado se abre a otras dos que dan al patio. Actualmente, en estas cuatro habitaciones hay, sin contarme a mí, cuatro personas: una chica que acaba de salir de la cárcel; una estudiante de diecisiete años que se marchó de casa; una universitaria de veintiún años, seria y responsable, cuyo compromiso con la vida intelectual hace pensar que sus ideas puedan derivar hacia la acción; y una chica que está de vacaciones y trabaja en un hospital para menesterosos en Montreal, donde presta sus servicios a inválidos y desvalidos.

Sí, es una delicia escribir en este entorno. Pero también es un encierro: en este cañón neoyorquino de patios interiores, el

ailanto se eleva descamado en busca de un poco de aire y de sol.

Mi mente se remonta al pasado. Me acuerdo de un apartamento muy parecido a éste, de cuatro habitaciones, entre East Fifteenth Street y Avenue A, en el que viví cuando puse en marcha *The Catholic Worker* con Peter Maurin. Ahora todas aquellas casas han sido derribadas, pero por entonces aún seguía en pie una hilera a lo largo de aquella estrecha calle, ocupada casi en su totalidad por alemanes e italianos.

Vivía con un hermano mío menor que yo, John, y con Teresa, su esposa, que es hispana. Nuestra cocina daba a un patio interior en el que no había ningún ailanto —ese árbol duro y esquelético que he mencionado—, pero sí higueras cuidadosamente cultivadas y conservadas por unos italianos que las envolvían en paja seca y arpillera para protegerlas del frío durante el invierno. En verano los árboles daban fruto. Había melocotoneros, setos de aligustres altos como árboles e hileras de la flor de santa Lucía. Las petunias y las caléndulas nos proporcionaban una pequeña nota de color, y también una deliciosa fragancia cada vez que la lluvia limpiaba el aire y eliminaba los olores procedentes de las cocinas de la vecindad.

Nos encontrábamos en el tercer año de la gran depresión económica. Roosevelt acababa de ser elegido presidente. Uno de cada cinco norteamericanos adultos estaba sin trabajo; en total, doce millones. De las fábricas no salía humo. Las hipotecas de las casas y las granjas estaban siendo ejecutadas, lo que empujaba más gente hacia las ciudades, donde pasaban a engrosar las ya sobrecargadas listas de beneficencia. En

Nueva York, largas hileras de hombres sucios y desarrapados vagabundeaban por las calles. A orillas de los ríos, casi todos los solares vacíos se habían convertido en una «Hooverville», un conjunto de chabolas chapuceramente construidas en las que las personas sin hogar se hacinaban en torno a unas hogueras.

Un clima de excitación, de inminente cambio en la sociedad, con la oportunidad de hacer realidad nuestros proyectos sociales, animaba a todos cuantos se sentían jóvenes y tenían ideas. Celebrábamos reuniones y hablábamos sin cesar, convencidos de que había llegado el momento de poner en práctica nuevas soluciones. Yo acababa de regresar de Washington, donde había cubierto como reportera la Marcha del Hambre de los consejos de desempleados para *Commonweal* y la conferencia de los granjeros para *América*. Había sido periodista durante la mayor parte de mi vida y en aquellos momentos me ganaba el sustento escribiendo artículos sobre el orden social como colaboradora independiente.

Una tarde, estaba yo en la cocina trabajando en un libro sobre los obreros en paro –una futura novela– cuando oí que llamaban a la puerta. Tessa había empezado a cenar, y John, que entonces trabajaba como chico de los recados en un periódico de Hearst, se disponía a salir. Tanto él como Tessa tenían veinte años y esperaban su primer hijo. Ella tenía un aspecto cálido y resplandeciente; John, por su parte, era más reservado.

Tessa, que siempre fue muy acogedora, recibió al hombre que estaba en la puerta. Aquel hombre, bajo y corpulento,

entró y al momento se puso a hablar de manera informal, con toda naturalidad, como si reanudara una conversación que hubiera tenido que interrumpir. Después me enteré de que tenía cincuenta y siete años, pero a primera vista me pareció mayor. Su imagen estaba envuelta en un halo gris: su cabello gris era corto y ralo, sus ojos también eran grises, y tenía unas facciones muy marcadas con una boca agradable. Era evidente que sus manos anchas y de dedos cortos estaban acostumbradas al trabajo duro; por ejemplo, al trabajo con el pico y la pala. Vestía ese tipo de ropas viejas que han perdido hasta tal punto el color y el apresto que resulta imposible saber si están limpias o no. Pero después pude comprobar que Peter Maurin, agitador y pronto fundador de lo que sería conocido como el movimiento «The Catholic Worker», siempre estaba aseado.

Tessa volvió a su trabajo, y el recién llegado se plantó ante mí y empezó a recitar uno de los que John llamaba sus «Easy Essays»:

«La gente va a Washington a pedir al gobierno  
que solucione sus problemas económicos,  
aunque el gobierno federal  
nunca se ha propuesto resolver  
los problemas económicos de los hombres.

Thomas Jefferson dice  
que cuanto menos gobierno,  
mejor gobierno.

Si cuanto menos gobierno, mejor gobierno,

entonces el mejor gobierno  
es el autogobierno.

Si el mejor gobierno es el autogobierno,  
entonces la mejor organización  
es la auto-organización.

Cuando los organizadores tratan  
de organizar lo no organizado,  
entonces los organizadores  
no se organizan a sí mismos.

Y cuando los organizadores  
no se organizan a sí mismos,  
nadie se organiza a sí mismo,  
y cuando nadie se organiza a sí mismo,  
no hay nada organizado».

Peter Maurin hablaba efectivamente así, utilizando la repetición para subrayar sus ideas; ideas que formulaba de una manera tan sencilla que sonaban como una composición en verso libre (y hasta el día de hoy se hace referencia a los «versos de Peter»).

Mi hijita Tamar me había estado llamando desde la habitación contigua.

Tenía el sarampión y quería zumo de naranja y que yo estuviera con ella. Peter, por su parte, quería un oyente y un discípulo, de modo que se puso a hablar con un médico que acababa de entrar. Cuando se marchó el médico, empezó a hablar con el fontanero, con el inspector del gas –que vino a ver

el contador—, con Tessa —que estaba ante el fregadero— y con John —mientras se afeitaba delante del espejo de la cocina.

Por Tessa me enteré de que en realidad Peter Maurin había venido para hablar conmigo. Tessa tenía una maravillosa serenidad, pero yo estaba destrozada. En aquel momento el médico, Tamar y Peter reclamaban toda mi atención, y además sentía mi propia fatiga. Peter ya había venido anteriormente varias veces a ver si yo había vuelto de Washington, y Tessa le había recibido amablemente, pero John, un norteamericano de cuerpo y alma, había tenido sus dudas: ¿era verdad que yo le quería ver o se trataba de un chiflado de Union Square? Peter, que en un primer momento era difícil de entender a causa de su acento francés, había dicho a Tessa que había leído los artículos que yo escribía para las revistas católicas y que había venido a sugerirme la creación de un periódico cuya finalidad sería «clarificar ideas». La clarificación era el primer «punto» de su programa. Las personas tienen que pensar antes de actuar. Tienen que estudiar. «No puede haber revolución sin una teoría de la revolución», decía Peter Maurin citando a Lenin. Lo que a él le interesaba realmente era la «revolución verde», la revolución para volver al campo, no la revolución roja, que destacaba el papel de la industria. Si me entregó su ensayo «La gente va a Washington» fue porque yo acababa de regresar de esa ciudad; pero, dada mi acumulación de tareas —cocinera, friegaplatos, niñera y madre, además de escritora—, me resultó difícil captar a la primera lo que decía.

En realidad, yo sabía desde hacía mucho tiempo lo que Peter dijo aquel primer día. Pero apuntó tres ideas que creí entender: fundar un periódico para clarificar el pensamiento, crear casas



de acogida y organizar comunas agrarias. Entonces sinceramente no pensé que los dos últimos puntos tuvieran algo que ver conmigo, pero yo sí que entendía de periódicos. Mi padre y tres hermanos míos trabajaron en ellos durante toda su vida. Cuando yo tenía once años, mis hermanos y yo empezamos a mecanografiar un pequeño periódico familiar. A todos nos gustaba escribir, y a mí me habían enseñado muy pronto a escribir de manera personal, subjetiva, acerca de lo que veía y de lo que ocurría a mi alrededor.

En aquel momento Tamar no estaba muy enferma. Durante unos días estuvo contenta por poder jugar con muñecas y gatitos y haciendo figuras de barro, y Peter se aprovechó de que yo estuviera recluida en casa para volver y proseguir mi adoctrinamiento.

«Quien no es socialista a los veinte años no tiene corazón, y quien es socialista a los treinta no tiene cabeza» son palabras de un autor francés que a Peter le gustaba citar. Como yo había sido socialista en la universidad, comunista en los primeros años veinte y desde 1927 era católica, tenía un punto de vista muy sólido acerca de la pobreza, el desempleo y mi propia vocación para tratar de hacer algo relacionado con todo ello. No tenía dudas acerca de la Iglesia. Fue fundada por san Pedro, la piedra, que negó por tres veces a su Maestro la víspera de su crucifixión. Y Jesús había comparado a la Iglesia con una red que se lanza al mar y es recuperada llena de peces, buenos y malos. «Incluidos –según solía decir uno de mis amigos no católicos– algunos peces erizo y bastantes tiburones».

Peter Maurin me hablaba a menudo de sus ideas acerca de

la hospitalidad, concepto que yo entendía bien por haber vivido durante mucho tiempo en el Lower East Side de Nueva York, y los pobres se distinguen por su hospitalidad. La suegra de mi hermano, que era hispana, solía decir que «siempre hay bastante para uno más». Las familias pobres siempre acogían en sus casas a otras que estaban igualmente necesitadas. Por eso, cuando Peter empezó a hablar de «lo que necesitamos», sus palabras sonaron en mis oídos claras y lógicas:

«A los parados católicos  
no hay que enviarlos al Muni [albergue municipal],  
A los parados católicos  
hay que darles hospitalidad  
en Casas de Acogida católicas.

Las Casas de Acogida católicas  
son conocidas en Europa  
con el nombre de albergues.  
En Europa ha habido albergues  
desde los tiempos de Constantino.

Los albergues son casas de huéspedes gratuitas;  
los hoteles son casas de huéspedes  
en las que hay que pagar.

Y las casas de huéspedes o los albergues de pago  
son tan numerosos como escasas  
las casas de huéspedes y los albergues gratuitos.

Así, la hospitalidad, como todo lo demás,  
se ha comercializado.

Así, la hospitalidad, como todo lo demás,  
ahora tiene que ser idealizada».

Algunas otras ideas de Peter no eran tan fáciles de entender, pero sus versos probablemente ayudaban a la gente a captar el sentido y el espíritu de lo que su autor quería decir. El se imaginaba a sí mismo como un trovador de Dios que se apostaba en las plazas públicas y las esquinas de las calles para adoctrinar a los oyentes con una salmodia que, repetida una y otra vez, captaba su atención. Maestro innato, Peter no dudaba en repetir constantemente sus ideas. Incluso sugirió a los jóvenes estudiantes y parados que se agolpaban a su alrededor y le acompañaban hasta Columbus Circle la conveniencia de crear una especie de canto antifonal. Él, Peter, cantaría «Dar y no tomar», y el coro respondería «Eso es lo que hace humano al hombre», y así sucesivamente a lo largo de toda la composición.

Peter era más bueno que el pan. No era un hombre alegre o festivo, como algunos le han descrito, pero sí un hombre verdaderamente feliz, con la felicidad que siente quien ha encontrado su vocación en la vida, se ha puesto en camino y está seguro de sí mismo; y seguro también de que otros buscan su misión en la vida y tratan de asumirla, esforzándose no sólo en amar a Dios y a sus hermanos, sino también en *mostrar* ese amor. Peter tenía fe en las personas y en las ideas, y era capaz de hacer que las personas percibieran la fe que tenía en ellas, de manera que adquirieran confianza en sí mismas y superaran el sentimiento de inutilidad que azota a la juventud actual. De hecho, a mí me infundió una fe tan grande en el poder de sus ideas que si me hubiera dicho: «Ve al Madison Square Garden y

expón esas ideas», yo habría superado todo sentimiento de temor y habría llevado a cabo esa locura, convencida de que, aunque se tratara de la «locura de la Cruz» y estuviera condenada al fracaso, Dios podía tomar en sus manos ese fracaso y convertirlo en victoria.

A decir verdad, en el aspecto físico de Peter no había nada que pudiera impresionar a sus oyentes. A pesar de su traje cubierto de polvo, sin planchar y que le sentaba mal, y a pesar de los bolsillos llenos de libros y folletos, no producía una impresión de dejadez, pues llevaba indefectiblemente un sombrero de fieltro (de ala no muy ancha), una camisa toscamente planchada, una corbata y unos sólidos zapatos. No era el típico fanático barbudo con sandalias y sin sombrero; no tenía el aspecto de un apóstol. Tampoco pretendía instaurar un culto a su personalidad, pues siempre subrayaba la primacía de lo espiritual. Se sentía feliz cuando la gente le escuchaba, pero no quería que le siguieran por la influencia que ejercía sobre ellos, sino únicamente por la fuerza y la belleza de sus ideas.

Por ejemplo, la idea de pobreza. ¡Cómo resplandece en la literatura franciscana y cuántas ilusiones se hace la gente acerca de ella! Pero Peter la *vivía*. No tenía literalmente nada suyo. Vivía en un viejo hotel del Bowery, donde pagaba cincuenta centavos por dormir una noche. Cuando tenía dinero, comía en los «horse markets» del barrio, bares económicos que servían estofado y café caliente, flojito y muy dulce. Estaba acostumbrado a alimentarse de sopa y pan.

Entre sus ideas, la de publicar un periódico fue la que más me interesó desde el primer momento. Pero mi pregunta era:

«¿Cómo se puede hacer un periódico sin dinero?».

«En la Iglesia católica no se necesita dinero para empezar una buena obra –respondió Peter– Lo importante son las personas. Si cuentas con unas personas que deseen aportar su trabajo, ya está hecho. Nadie puede ganar a Dios en generosidad. Los fondos llegarán de una manera u otra».

¿Fue realmente esto lo que me dijo? Ahora no lo puedo asegurar y sospecho que ignoró mi pregunta acerca del dinero, porque en la Iglesia no era necesario. Lo importante era el trabajo.

Yo había estado leyendo la vida de Rose Hawthorne Lathrop, hija de Nathaniel Hawthorne, el novelista estadounidense del siglo XIX. Rose y su marido se habían convertido al catolicismo en 1891, y ella creó un hospital oncológico para pobres y desheredados (tales instituciones eran muy raras en aquellos tiempos) que constaba de tres habitaciones oscuras y carentes de ventilación y estaba situado en una casa del East Side. Sus principios fueron tan modestos como lo serían los nuestros si poníamos en marcha la obra que Peter quería. Cuando Rose cayó enferma de gripe, su primer paciente tuvo que cuidar de ella. Pero, a partir de aquel precario inicio, su obra fue creciendo hasta hoy, y en estos momentos tiene media docena de hospitales, atendidos por las dominicas y repartidos por todo el país. Resultado de ello fue la creación de una nueva orden de religiosas que visten el hábito de las dominicas.

La lectura de la vida de Rose Hawthorne Lathrop y las palabras de Peter me inspiraron de tal modo que estaba

dispuesta a creer que en la Iglesia no se necesitaba dinero. Quería poner inmediatamente manos a la obra. Después de todo, tenía una máquina de escribir, una mesa de cocina, papel y mucho acerca de lo cual escribir. El problema era encontrar una imprenta, hacer el primer número, salir a la calle y venderlo. Los inicios son siempre apasionantes.



## II. EL PERIÓDICO DE TODOS

Alguien ha dicho que sacar el periódico me llevó de diciembre hasta mayo. La verdad es que di mi conformidad inmediatamente. La demora se debió principalmente al hecho de que Peter, en su optimismo sobre los fondos, confiaba en un sacerdote conocido suyo que tenía una casa parroquial muy bien equipada en la zona residencial del West Side. Dicho sacerdote nos proporcionaría una máquina multcopista, papel y espacio en los sótanos de la casa parroquial. Ninguna de estas cosas llegó; no habían sido más que optimistas suposiciones de Peter.

Pero, mientras tanto, Peter me estaba formando. Decía que yo había tenido una formación laica y que él me daría una idea general de la historia desde una perspectiva católica. Una manera de estudiar historia era leer las vidas de los santos a lo largo de los siglos. Tal vez Peter eligió este método porque se había fijado en mi biblioteca, en la que había una vida de santa Teresa de Jesús y sus obras, especialmente acerca de sus fundaciones espirituales, y había también una vida de santa Catalina de Siena. «¡Ah, sí, hubo una santa que influyó en su tiempo!», exclamó. Inmediatamente inició una disertación sobre las cartas que santa Catalina dirigió a los papas y a otras figuras públicas del siglo XIV en las que los reprendía por sus faltas.

Conservo en mi mente con toda nitidez el recuerdo del día en que conocí a Peter, porque fue inmediatamente después de la festividad de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre. Yo había estado en la capilla de la Universidad Católica de Washington para rezar por los participantes en la marcha del hambre. Sentía profundamente que Dios estaba más del lado de los hambrientos, los menesterosos y los parados, que del lado de los que iban cómodamente a la iglesia y prestaban escasa atención a la miseria de los necesitados y a las quejas de los pobres. Entonces pedí que se me abriera un camino para hacer algo, para ponerme del lado de los pobres, para trabajar en su favor, de modo que no siguiera teniendo la sensación de que los había traicionado al abrazar mi nueva fe.

Estaba profundamente convencida de que la aparición de Peter Maurin había sido fruto de mis plegarias. De la misma manera que Dios se sirvió de Habacuc para llevar a Daniel, encerrado en el foso de los leones, la comida que tenía preparada para los segadores, había enviado a Peter Maurin para que me trajera el alimento intelectual que necesitaba y así fortalecerme y hacer que trabajara para él.

Poco después supe por qué había venido a verme. Había oído hablar de mí en una visita que hizo al *Commonweal*, el conocido semanario neoyorquino editado por Michael Williams, veterano periodista que años antes había trabajado en el mismo periódico, en San Francisco, con mi padre. Peter también estaba informado de mi conversión por un comunista irlandés con el que había entablado conversación en un banco de Union Square. El irlandés le dijo a Peter que los dos teníamos ideas parecidas, pues estábamos convencidos de que

la Iglesia católica poseía una doctrina social que se podía aplicar a los problemas de nuestro tiempo. Con estos antecedentes, Peter se puso a buscarme.

Ahora tenía a alguien a quien podía proponer su programa.

Hay que pensar que ya lo había expuesto muchas veces, en los encuentros de «Social Action» y en sus visitas a personalidades públicas y a las cancillerías de las diócesis de todo el país. Pero al parecer no había conseguido nada. Puede que no le escucharan por su desastrado aspecto físico o por su fuerte acento francés.

Peter me trajo un día, tal vez por mis antecedentes radicales, una recopilación de los escritos de Kropotkin e hizo que fijara mi atención especialmente en *Campos, fábricas y talleres*. Había ido a la Rand School of Social Science y allí había copiado los pasajes más interesantes. A Peter también le gustaban *El apoyo mutuo* y *La conquista del pan*.

Mis conocimientos de la obra de Kropotkin se reducían a las *Memorias de un revolucionario*, que había publicado inicialmente por entregas en el *Atlantic Monthly*.

¡Qué lejos quedaban aquellos días de libertad, en los que Karl Marx podía escribir en el matutino *Tribune* de Nueva York, y Kropotkin no sólo veía publicada una de sus obras en el *Atlantic Monthly*, sino que además era recibido como invitado en los hogares de los unitarios de Nueva Inglaterra y en la Hull House de Jane Addams, en Chicago.

Peter venía un día tras otro. Me traía libros para leer y sus

últimos y esmerados escritos. Desde aquel momento en adelante mi aprendizaje no tendría fin.

Un día le encontré casualmente en la iglesia parroquial del sacerdote amigo suyo en la zona residencial de la ciudad. Yo había entrado para rezar un rato. Al cabo de unos minutos levanté la mirada y vi a Peter sentado frente al sagrario, evidentemente en profunda meditación. Parecía totalmente ajeno a cualquier presencia que pudiera haber en la iglesia. Estaba sentado en silencio, pero asentía con la cabeza y gesticulaba con las manos de manera intermitente, como si estuviera exponiendo una de sus ideas en presencia de Aquel ante el cual estaba sentado tan tranquilamente. No quise distraerle.

Además, es probable que en mi subconsciente estuviera cansada de su constante conversación. Su línea de pensamiento, los libros que me había dado a leer, todo aquello era nuevo para mí y muy pesado. Mucha teoría. Yo había leído acerca de Kropotkin, su vida y sus aventuras. En cierto sentido había aprendido mucho, pero no estaba segura de querer saber más. Peter había leído las obras teóricas de Kropotkin, y lo que le había cautivado a él, y esperaba que me cautivara también a mí, eran sus ideas, su pensamiento abstracto.

Mientras estaba allí sentada, pensando en las últimas semanas, tuve que admitir que resultaba duro escuchar a Peter. Conectaba la radio y me ponía a escuchar un concierto, una sinfonía, y le pedía que se callara. A Tessa y a mí nos gustaba la música, pero al parecer Peter no tenía oído musical. Durante un rato obedecía, pero pronto se fijaba en mi rostro y, al no

encontrar apoyo en él, se dirigía a Tessa, más condescendiente que yo. Entonces acercaba su silla y, apoyándose en el brazo, empezaba a hablar. Era incorregible. Aun así, cada vez le queríamos más, le recibíamos calurosamente cuando llegaba y le obligábamos a comer, pues sabíamos que sólo hacía una comida al día.

Sin embargo, sus constantes ganas de hablar a cualquiera que llegara eran una gracia para nosotros, pues nos permitían dedicarnos a nuestras tareas. Yo, por ejemplo, podía correr a la habitación delantera, donde tenía mi máquina de escribir, y trabajar un poco. Recuerdo concretamente a un visitante que venía bastante a menudo. Se llamaba Hugh y era escultor; un hombre alto, grueso y tranquilo con grandes ojos castaños. Acostumbraba sacar una flauta y tocarla mientras Peter le hablaba.

«Tienes mucha razón, Peter», decía de vez en cuando, asintiendo distraídamente con la cabeza. Después se ponía a tocar sus sencillas melodías. Un día el escultor nos dejó atónitos a todos, pues vino una mujer amiga nuestra y, cuando se marchó, comentó que aquella mujer solía ir a su estudio y sentarse desnuda en la repisa de la chimenea. Llegamos a la conclusión de que la buena señora se parecería a alguna modelo que había posado para él.

Normalmente, a las diez o las once pedíamos a los visitantes que se marcharan. Como estábamos en nuestra casa, nos sentíamos con derecho a decírselo. Las noches templadas, Hugh y Peter se dirigían a Union Square y se sentaban en un banco del parque. Allí continuaban su conversación –si se podía

llamar así—, mientras Hugh tocaba la flauta y Peter, gesticulando, le abrumaba con su discurso de historia y su análisis de ideas viejas y nuevas, y, al hacerlo, tal vez preparaba las lecciones que pensaba exponerme al día siguiente.

Tessa esperaba el nacimiento de su hijo plácidamente, y yo me dedicaba a mis colaboraciones periodísticas. Por la noche, mi hermano y yo (John, por entonces, trabajaba de día) hablábamos de nuestros planes de crear un periódico con Peter, que no sabía absolutamente nada de periodismo. Él nos aportaría las ideas, y nosotros sacaríamos un periódico para el «hombre de la calle».

Como soy un ser egocéntrico, mi mente y mi corazón estaban absorbidos por el papel que tenía que desempeñar. Planeé el formato y el tipo de letra, así como los textos que debía escribir para que armonizaran con los ensayos de Peter. No creo que llegáramos a consultarle si le gustaba el título que habíamos dado a sus escritos en el periódico: «Easy Essays». Estaba tan contento ante la perspectiva de ver sus ideas impresas que nunca hablaba del tema. Pero sabía muy bien que, a pesar del título, sus ensayos eran todo menos fáciles. Sus palabras, como las del Evangelio, eran duras; duras para llevarlas a la práctica en la vida diaria.

Cuando al cabo de varias semanas me convencí de ello, siguiendo el consejo del padre Joseph McSorley, antiguo provincial de la Sociedad Misionera de San Pablo y a la sazón mi director espiritual, me dirigí a la editorial de dicha orden, donde me dijeron que una edición de dos mil ejemplares costaría cincuenta y siete dólares.

Decidí esperar a tener el dinero en la mano antes de sacar el primer número. No quería deudas. No compraba a plazos, aunque la verdad es que no me importaba retrasarme en el pago del alquiler o escatimar a la hora de comprar en la tienda para poder reunir cuanto antes el dinero necesario para pagar la primera factura.

El padre McSorley me ayudó mucho a encontrar trabajo para mí. El padre Harold Purcell me dio diez dólares y la hermana Peter Claver me entregó un dólar que le acababan de dar.

Durante aquel invierno, Peter había estado yendo constantemente a Mount Tremper, en el norte de Nueva York, pero en abril no se movió de la ciudad. Nuestros planes iban tomando cuerpo. Aun así, a Peter no le gustaba mucho el rumbo que había tomado el periódico.

Yo ya había enviado a la imprenta el ejemplar, con información acerca de la explotación de los negros en el sur, los jornaleros del campo, el trabajo infantil en nuestra vecindad, algunos desahucios recientes, una huelga local por sueldos y horarios, peticiones de viviendas mejores y más baratas, etcétera, y estábamos esperando las pruebas.

Cuando éstas llegaron, las recortamos y empezamos a hacer una maqueta, pegándolas sobre las ocho páginas de un tabloide del tamaño de *The Nation*, escribiendo los titulares y probando diferentes tipos de letras. Cuando volví de la imprenta, Peter echó un vistazo a lo que yo había escrito y noté que, lejos de sentirse satisfecho, estaba cada vez más molesto. Un día, cuando examinaba unas pruebas recientes, empezó a

mover la cabeza. La expresión de su rostro era de una gran tristeza.

«Es el periódico de todos», dijo. Yo me sentí complacida, pues pensaba que era lo que ambos queríamos. «Y el periódico de todos no es el periódico de una sola persona», añadió con un suspiro.

Peter se levantó sin decir nada más y salió de la habitación. Después supimos por vía indirecta que había vuelto a marcharse de la ciudad. Y transcurrió algún tiempo antes de que volviéramos a saber de él.

Todos confiábamos en que estaría presente aquel histórico primero de mayo de 1933, cuando nos arriesgamos a vender el primer número de nuestro periódico en Union Square. Pero Peter no estuvo. Un sacerdote amigo me envió tres muchachos para que me acompañaran. Uno de ellos era Joe Bennett, un chico de Denver rubio y un poco desgarrado que iba a trabajar en estrecho contacto con nosotros durante algunos meses. Fue un día maravilloso, radiante y caluroso. La plaza estaba abarrotada de gente: unos se manifestaban, otros paseaban, y otros escuchaban los discursos, discutían o echaban una ojeada a los montones de propaganda escrita que se vendía o se entregaba en mano y que pronto cubriría el suelo.

Los otros dos chicos, más jóvenes que Joe Bennett, acobardados y desanimados por los comentarios negativos de los líderes de los obreros y de la izquierda, no tardaron en abandonar. ¡Religión en Union Square! ¡Absurdo! Si hubiéramos acudido en representación de los testigos de



Jehová, posiblemente habríamos tenido una acogida más favorable. ¡Pero gente relacionada con la Iglesia católica...! Joe Bennett y yo aguantamos el tipo y disfrutamos de aquel radiante día de primavera. No vendimos muchos periódicos, pero nos divertimos con las discusiones en que nos vimos envueltos. Un irlandés miró la cabecera del periódico y nos recriminó que apareciera en ella la línea «a penique el ejemplar», preguntándonos si nos habíamos vendido a los ingleses. Al mes siguiente cambiamos la frase y pusimos «a centavo el ejemplar», simplemente para complacer al irlandés.

Nosotros sabíamos que Peter no habría dejado pasar la oportunidad sin montar un número. Habría dicho a su interlocutor: «Hace mil años, cuando un irlandés encontraba a otro irlandés, juntos levantaban un monasterio. Ahora, cuando un irlandés encuentra a otro irlandés, ¡ya sabes lo que hacen!». Después habría soltado un largo discurso sobre la cultura gaélica y habría dicho que los irlandeses fueron los que mantuvieron viva la civilización durante la Edad Media, etcétera, etcétera, hasta que su oponente se hubiera olvidado por completo del penique inglés que había suscitado su queja.

También recibimos una queja de un negro que nos recordó que los dos obreros de nuestra cabecera, uno a cada lado del título, *The Catholic Worker*, eran blancos. Uno tenía en las manos un pico y el otro una pala. Y nos dijo: «¿Por qué no habéis puesto uno blanco y otro negro?».

Pensamos que era una buena idea. Antes de que saliera el número siguiente, encontramos a un artista que nos hizo una nueva cabecera. En ella se veían un hombre blanco y un

hombre de color, cada uno con sus herramientas, dándose un apretón de manos con la figura de Cristo como elemento de unión al fondo. Aquel primer día, Joe Bennett y yo nos sentamos en los bancos del parque, recibimos nuestra primera ración de sol y nos fuimos relajando poco a poco. A pesar de nuestras magras ventas y de las inciertas expectativas futuras, aquella noche volví a East Fifteenth Street con la agradable sensación de haber triunfado.

Pero echaba en falta a Peter Maurin. Habíamos estado tan ocupados y excitados con la idea de lanzar un periódico, aunque fuera pequeño, y habíamos tenido que atender a tantos detalles que no habíamos notado su ausencia hasta que salió el primer número. Pero, una vez publicado el periódico, sí le echaba en falta. Su ausencia me transmitía una desagradable sensación, porque me recordaba que nuestro periódico no reflejaba su pensamiento, a pesar de haber sido él quien nos había dado la idea.

Posteriormente, durante algún tiempo estuve demasiado ocupada para pensar en ello. Había que enviar por correo ejemplares a los directores de los periódicos diocesanos y a hombres y mujeres destacados del mundo católico. Empezamos a recibir cartas que elogiaban nuestro primer esfuerzo. Algunas incluso contenían donativos como ayuda para que continuáramos nuestra obra. Yo estaba aturdida con el éxito. Habíamos comenzado. Una semana después del lanzamiento de *The Catholic Worker*, Tessa dio a luz. Días más tarde, mi hermano consiguió un empleo como director del periódico de Dobbs Ferry, pueblo situado a orillas del río Hudson, y se trasladó allí con su familia.

Por la misma época quedó disponible la barbería ubicada en la planta baja de nuestro edificio. Era un local largo y estrecho y estaba justamente debajo de nuestro piso. Enseguida vi que era ideal para instalar nuestra sede. La parte posterior tenía una habitación y, junto a ella, una cocina. Una puerta daba a un patio interior, y el espacio pavimentado situado delante del jardín constituía un lugar ideal para instalar una sala de estar exterior donde podríamos recibir a los invitados e incluso servirles té a media tarde. Así, con unos cuantos muebles de segunda mano —un escritorio, una mesa, un archivador y un par de sillas—, pusimos en marcha otro proyecto.

La gente empezó a acudir cada vez en mayor número. Visitantes asiduos de la redacción de *The Catholic Worker* eran dos hombres flacos, harapientos y de mirada más bien furtiva que Peter había pescado en Union Square a principios de primavera, antes de marcharse. Para él, ambos representaban a «los trabajadores». Le podían escuchar durante horas sin cansarse ni interrumpirle. Eran el punto de partida de una audiencia, algo sobre lo que construir; no muy prometedor, pero, al fin y al cabo, un comienzo. Normalmente, después de una de las intervenciones de Peter en la plaza, le acompañaban hasta mi habitación, donde, si no se producía ningún cambio en el último momento, había al menos pan y té dulce. Peter decía siempre: «No tienen donde dormir», pues estaba seguro de que yo aportaría el dólar que hacía falta para pagar dos camas en una pensión del Bowery. Pero muchas veces yo no tenía ese dólar, y entonces, en compensación, se quedaban a comer.

Durante todo el tiempo que Peter permaneció en el campo recibí regularmente la visita de aquel par de amigos. Siempre se

anunciaban, antes de abrir la puerta, diciendo: «Aquí están de nuevo Dolan y Egan». La cosa llegó a tal punto que mis amigos personales, viendo que estaba cada vez más angustiada por falta de tiempo para mí, solían decir al llegar: «Aquí están de nuevo Dolan y Egan».

Por eso, un día, con contenida impaciencia, oí la habitual llamada a la puerta de mi piso, situado encima de la barbería, y me dispuse a dar la consabida y familiar bienvenida. Como no entraba nadie, abrí la puerta. Era Peter Maurin.

«¡Peter! ¿Dónde has estado?». Mi satisfacción fue tan grande que mi bienvenida fue fervorosa. «¿Dónde estabas el primero de mayo? ¡Miles de personas en Union Square y ni rastro de Peter!».

«El periódico de todos no es el periódico de una sola persona», dijo una y otra vez moviendo la cabeza. Peter parecía descansado y no tan cubierto de polvo como de costumbre. Sus ojos grises me decían que se alegraba de estar de vuelta. Mientras yo preparaba café y sopa y sacaba el pan, él siguió hablando y hablando, y le dejé, dispuesta a esperar hasta que se pusiera a comer la sopa para poder decirle todo lo que había ocurrido. En cuanto tuviera la boca llena, escucharía.

Cuando le pregunté por qué se había ido, no recibí explicación. Lo único que conseguí fue que me dijera irónicamente, encogiéndose de hombros: «El hombre propone y la mujer dispone». Pero me miró y sonrió, y sus ojos se animaron. Me di cuenta de que se alegraba de estar de vuelta y preparado para llevar a cabo su misión. Estaba lleno de

paciencia y dispuesto a atenderme: no como a una Catalina de Siena, ya iluminada por el Espíritu Santo, sino como una antigua socialista, sindicalista radical y comunista en quien podía encontrar cierta afinidad, una base sobre la que construir. Pero mi preocupación inmediata iban a ser los sindicatos, las huelgas, la lucha por mejores salarios y jornadas de trabajo más humanas. Como decía san Agustín, «la botella seguirá oliendo al licor que contuvo en su día». Yo iba por ese camino hasta que Peter iluminó mi mente y dilató mi corazón para que pudiera aguzar mi vista y ver más en consonancia con la libertad de Cristo de la que siempre hablaba san Pablo.

Peter retomó su actividad exactamente donde la había dejado, pues sacó un libro del bolsillo y reanudó mi adoctrinamiento. Puede que fuera un texto sobre san Francisco de Asís, o algún escrito de Eric Gill –escritor, escultor, artista y artesano que por entonces vivía en una comunidad en Inglaterra–, o el pequeño libro *Nazareth or Social Chaos* del padre Vincent McNabb, O. P., que había impulsado esa comunidad. No obstante, poco a poco, a través de muchas conversaciones, llegué a conocer lo bastante su manera de pensar como para comprender por qué consideraba inadecuados los textos del primer número de *The Catholic Worker*.

Peter hablaba a menudo de lo que él llamaba «filosofía del trabajo». Una de sus consignas decía: «Trabajo, no salarios; el trabajo no es algo que se compra y se vende»; y otra era: «Responsabilidad personal, no responsabilidad del Estado». Una de sus fuentes de inspiración predilectas era el *Manifiesto personalista*, de Emmanuel Mounier, que no dudaba en

traducir espontáneamente del francés para todo aquel que quisiera escucharle. Finalmente persuadió al padre Virgil Michel, benedictino de la abadía de San Juan, en Minnesota, para que lo tradujera al inglés, y Peter logró que fuera publicado. «Personalista –solía decir– es quien da, no quien toma. Trata de dar lo que tiene, en vez de tratar de tomar lo que otro ser humano posee. Intenta ser bueno haciendo el bien a los demás. Tiene una doctrina social del bien común. Es hetero-céntrico, no egocéntrico».

Mucho después, cuando eché un vistazo al primer número del periódico, pude ver con más claridad lo que molestaba a Peter. Habíamos insistido en salarios y jornadas laborales, cuando él trataba de hablar de una filosofía del trabajo. Yo había escrito sobre las mujeres y los niños en la industria, sobre la explotación en las fábricas y sobre las huelgas.

«¡Para mí huelgan las huelgas!», decía Peter con obstinación. Le debía de parecer que nos limitábamos a parchear el sistema industrial, en lugar de tratar de reconstruir la sociedad con una filosofía tan vieja que parecía nueva. Ni siquiera el nombre del periódico le gustaba. Él habría preferido el de *Catholic Radical*, pues creía que los radicales, como su propio nombre indica, debían ir a la raíz de las cosas. En el segundo número del periódico, correspondiente a junio-julio, se notó que habíamos estado comentando todos estos temas, puesto que mi artículo decía:

«Peter Maurin (cuyo nombre aparecía escrito incorrectamente en el último número) tiene un programa que se recoge en su colaboración de este mes. Como su

programa es concreto y bien definido, considera que es mejor eliminar su nombre del consejo de redacción y continuar su relación con el periódico como colaborador».

Después venía el artículo de Peter:

«Se da por supuesto que, como redactor, voy a apoyar o respaldar cualquier reforma propuesta en las páginas de *The Catholic Worker*. En realidad, firmo mis trabajos y confío en que el lector entienda qué es lo que defiendo.

Mi programa contiene tres puntos. Uno de ellos es la organización de debates en mesa redonda, el primero de los cuales espero que tenga lugar en el Manhattan Lyceum el último domingo de junio. Por diez dólares podemos disponer de una sala con capacidad para ciento cincuenta personas durante ocho horas. Ya he pagado tres dólares en concepto de depósito. En este momento no tengo más dinero, pero pediré el resto. Espero que todo el mundo acuda al encuentro. Quiero que vengan comunistas, radicales, sacerdotes y seglares. Quiero que cada cual exponga sus puntos de vista y deseo que se clarifiquen las ideas.

El segundo punto del programa es la creación de casas de acogida. En la Edad Media, el obispo tenía la obligación de proporcionar casas de acogida o albergues a los caminantes. Ahora son especialmente necesarias, y en concreto para mi programa, como hogares provisionales. Confío en que alguien proporcionará una casa, libre de alquiler durante seis meses, para poder empezar. Al frente

de ella estará un sacerdote, y se reclutarán hombres de nuestras mesas redondas para que trabajen en las casas de acogida en régimen de cooperativa y después enviarlos a las colonias agrícolas o a las universidades agrónomas. Con esto llegamos al tercer punto de mi programa. La gente tendrá que volver al campo. La máquina ha desplazado a la mano de obra. Las ciudades están superpobladas. El campo tendrá que acoger el excedente de población.

En conjunto, mi proyecto es un comunismo cristiano, utópico. No me da miedo la palabra comunismo. No digo que mi programa sea para todos; es para aquellos que decidan abrazarlo.

No me opongo a la propiedad privada con responsabilidad; pero los que disponen de esa propiedad privada no deben olvidar nunca que constituye un fideicomiso».

Este sucinto enunciado de sus aspiraciones no fue ni siquiera el editorial del periódico.

Tal vez era demasiado utópico para mi gusto; tal vez estaba molesta porque las mujeres no aparecían en la descripción de una casa de acogida, respecto de la cual Peter decía que un grupo de hombres viviría bajo la dirección de un sacerdote.

Además de este artículo, el periódico contenía varios de sus «Easy Essays», en uno de los cuales recomendaba la creación de casas de acogida y de comunas agrícolas haciendo gala de su vena de trovador:



«Necesitamos debates en mesa redonda  
para evitar que las mentes formadas  
se conviertan en académicas.

Necesitamos debates en mesa redonda  
para evitar que las mentes no formadas  
se vuelvan superficiales.

Necesitamos debates en mesa redonda  
para aprender de los sabios  
cómo serían las cosas si fueran como deben ser.

Necesitamos debates en mesa redonda  
para aprender de los sabios  
cómo se puede hacer un camino  
que lleve de las cosas como son  
a las cosas como deben ser.

Necesitamos casas de acogida para dar al rico  
la oportunidad de servir al pobre.  
Necesitamos casas de acogida  
para hacer que los obispos lleguen a la gente,  
y la gente a los obispos.

Necesitamos casas de acogida  
para devolver a las instituciones  
la técnica de las instituciones.

Necesitamos casas de acogida  
para hacer que en las instituciones católicas  
se practique la justicia social.

Los parados no deben pagar alquiler.  
Esto pueden conseguirlo  
en una universidad agrónoma.

Los parados necesitan calefacción gratuita.  
Esto pueden conseguirlo  
en una universidad agrónoma.

Los parados necesitan comida gratuita.  
Esto pueden conseguirlo  
en la universidad agrónoma.

Los parados tienen que adquirir conocimientos prácticos.  
Y los pueden conseguir  
en una universidad agrónoma».

Había otros artículos de temas más mundanos. Uno de ellos decía que los lectores habían aportado ciento cincuenta y seis dólares y medio. Ese dinero, junto con el que yo obtenía como periodista independiente, nos mantendría a flote. Había también un informe sobre la distribución del periódico, que se enviaba por correo a todo el país en paquetes de diez o veinte ejemplares;

Dolan y Egan habían estado vendiéndolo en la calle (se quedaban con el dinero para pagar su «comida y tabaco»); y también yo me había embarcado en la gran aventura de salir y enfrentarme al «hombre de la calle».

Así continuamos durante todo el verano. Como eran los tiempos de la gran depresión económica y no había puestos de trabajo, casi inmediatamente formamos un grupo, una plantilla,

que creció rápidamente en número. Joe Bennet, nuestro primer vendedor, aún seguía en su puesto. Pronto se unió a nosotros Stanley Vishnewski, un muchacho lituano de diecisiete años del barrio de Williamsburg, en Brooklyn, que venía cada día andando a Nueva York. Para ello cruzaba el río por el puente y luego recorría veinticinco manzanas de casas hasta la Fifteenth Street. También vendía el periódico, hacía recados y trabajaba sin cobrar, a pesar de que su padre, sastre de profesión, le recordaba que buscara un empleo fijo y remunerado. (Stanley está con nosotros desde entonces). Por la misma época se unieron igualmente a nosotros una chica que estudiaba periodismo en Columbia y un universitario de Manhattanville.

También estaban Dan Irwin, contable en paro, y Frank O'Donnell, que había trabajado como vendedor endosando a la gente cosas que en realidad no querían, y esto le había dejado con un sentimiento de culpabilidad. Y Dan, conocido como «Big Dan». Recuerdo que cuando llegó a nuestra casa no dejaba de gemir y gritar y que, cuando le preguntamos qué podíamos hacer por él, rugió: «¡Quiero meter los pies a remojo!». Se había pasado todo el santo día pateando las calles en busca de trabajo. Sus zapatos, desgastados y viejos, le quedaban además pequeños porque, como había llovido, se habían mojado y habían encogido. Saqué un cubo con agua caliente, y él, agradecido, se quitó los calcetines, que estaban llenos de agujeros, y metió cautelosamente un pie y después el otro, dando gritos de alivio. Entonces me puse a pensar en aquella ocasión en la que Jesús lavó los pies de sus apóstoles y luego les dijo: «Haced como yo he hecho con vosotros». Pero me limité a ofrecerle un cubo de agua caliente, jabón y una toalla, para que no resultara demasiado embarazoso.

A todo el que llegaba a nuestra casa se le invitaba a participar en la comida que en ese mismo momento se servía en la cocina, y cuando no había sitio para todos en la sala, organizábamos tandas.

«Big Dan» se quedó con nosotros hasta última hora de la tarde. Entre bocado y bocado nos dijo que había estado durmiendo en los muelles del puerto y que había comido lo que había encontrado en los cubos de basura, puesto que no había querido quedarse en casa de su hermana –que estaba dispuesta a acogerle–, porque la pobre tenía un montón de niños pequeños, y él comía mucho.

Una frase que a Peter le gustaba repetir –y que dijo aquella noche a «Big Dan»– era: «La gente no hace más que buscar un puesto de trabajo. Y yo digo: “¡Fuera los patronos! ¡Fuera los patronos!”».

A «Big Dan» le encantó la consigna. A él le habría gustado ver al patrón en *su* lugar, recorriendo las calles en busca de un puesto de trabajo. No dudaba en imaginarse a sí mismo sentado en una bonita oficina en el momento de «despedir al patrón», mientras él tenía un cargo bien pagado sin hacer nada. Cuando miraba a Peter, sus ojos brillaban.

«¡El patrón ofrece a sus empleados participación en forma de acciones (*stocks*) en la empresa, y lo único que éstos consiguen es estar en un atolladero (*stuck*)», gritó Peter en tono de mofa. Era difícil imaginar que alguien recibiera acciones de su empresa para salir adelante en aquellos tiempos, pero a él le gustaban los juegos de palabras, y se reía de su propio

ingenio, que a menudo los demás no entendían. Sin embargo, la idea de sentirse orgulloso de ser pobre complacía a Dan. Al día siguiente, éste acudió muy temprano a recoger un paquete de periódicos para venderlos en Union Square. Ahora tenía una razón para apostarse en una esquina y establecer contacto con los transeúntes.

Normalmente, un vendedor de *The Daily Worker* voceaba: «¡Lea *The Daily Worker*!», y «Big Dan» replicaba gritando: «¡Lea *The Catholic Worker* a diario (*daily*)!» poseía una gran voz, y gritar consignas le brindaba la oportunidad de lucirla. Además, tenía una sonrisa a la que nadie se resistía. Vendía muchos periódicos y era el mejor relaciones públicas que podíamos desear. Además de vender en Fourteenth Street, iba a la zona residencial de la ciudad y se ponía a pregonar el periódico delante de Macy's y de la iglesia de San Francisco de Asís, en Thirty-first Street, el centro de la ciudad. Una vez me vio cuando yo iba a misa y empezó a vocear: «¡Lea *The Catholic Worker*! ¡Una historia de amor en cada página!». Otra vez se puso a gritar: «¡Lea *The Catholic Worker*... y por ahí viene su directora!».

Una chica en paro llamada Mary Sheehan, que se había unido a nuestro grupo, también estaba dotada de un gran sentido del humor. La venta del periódico le brindaba la oportunidad de mostrar su mejor ingenio y saborear sus encuentros en la calle. En cierta ocasión, un compañero le dijo en tono burlón: «¡Conozco a tu cardenal! ¡Se emborracha todos los sábados por la noche con su ama de llaves!».

Mary le replicó:

«¡Eso demuestra que es un gran demócrata!».

Cuando se prodigaban excesivamente las bromas de esa índole, Peter inicialmente se sentía confuso y después se retraía comentando: «Demasiadas bromas, demasiadas chanzas». Cuando la situación se hacía insostenible en toda la redacción a causa del ruido, se iba a Union Square y allí buscaba a alguien dispuesto a escucharle.

Aquel verano Peter representó gustosamente su papel de trovador de Dios. A mediodía, cuando estábamos sentados a la mesa, hablaba o, mejor dicho, salmodiaba, y sus ensayos constituían un agradable acompañamiento de nuestras comidas.

Uno de ellos, «Un caso para la utopía», que después publicamos en nuestro periódico, es especialmente pertinente hoy. Dice así:

«Al mundo le iría mejor  
si la gente tratara de ser mejor,  
y la gente sería mejor  
si dejara de intentar que le fuera mejor,  
pues cuando todo el mundo intenta que le vaya mejor  
a nadie le va mejor.  
Pero cuando todo el mundo trata de ser mejor,  
a todo el mundo le va mejor.

Todo el mundo sería rico  
si nadie intentara ser más rico,  
y nadie sería pobre

si todo el mundo tratara de ser el más pobre.

Y todo el mundo sería lo que debe ser  
si todo el mundo tratara de ser  
lo que quiere que sea su semejante».

Peter explicaba después que, según Mirabeau, había tres maneras de ganarse la vida: pidiendo limosna, robando y trabajando. «Pero robar va contra la ley de Dios y la ley de los hombres. Pedir limosna va contra la ley de los hombres, pero no contra la ley de Dios. Trabajar, por su parte, no va ni contra la ley de Dios ni contra la ley de los hombres. Pero ahora dicen que no hay trabajo. Y, sin embargo, hay *mucho* trabajo que hacer». Entonces su voz se elevaba, porque aquel era el clarín de Peter: «Pero no hay salarios. Bueno, la gente no necesita trabajar por un salario. Puede ofrecer sus servicios gratuitamente».

Al principio «Big Dan» miraba a Peter con asombro. Pero luego, observando nuestra respetuosa atención, comía y, creo yo, escuchaba. Oía las ideas de Peter para convertirlas, a pesar de todos los rechazos, en parte de su vida. Nunca llegó a comprender plenamente la idea de trabajar sin un salario. Los pequeños ingresos que le proporcionaba la venta del periódico en la calle significaban mucho para él. Ya podía decir a su hermana que trabajaba y que, con lo que ganaba, se pagaba la comida, una habitación y aún podía llevar unos cuantos centavos en el bolsillo.

Incluso hoy pienso a menudo en lo inspirada que era la actitud de Peter en su penoso y paciente adoctrinamiento y

que nosotros sólo aceptábamos una pequeñísima parte del mismo. Tenía la simplicidad de un Alyosha, de un príncipe Mishkin. Aceptaba agradecido lo que la gente le daba, encontraba siempre mucho trabajo que hacer, ocupaba el último lugar y servía a los demás.



### III. CASAS DE ACOGIDA

«Necesitamos casas de acogida –decía Peter– para dar a los ricos la oportunidad de servir a los pobres».

Nuestra primera casa de acogida nació poco después que el periódico *The Catholic Worker* –justamente cuando estábamos trabajando en el segundo número–, en la barbería que habíamos ocupado y que se encontraba debajo de nuestro piso de Fifteenth Street. Una mujer joven, obrera textil en paro a punto de tener un hijo, se encargaba de la cocina y preparaba la comida para los hombres sin hogar, que ya habían empezado a acudir en masa. Poco después todos comíamos por turnos.

El jardín resultó ser un agradable lugar para tomar café y charlar. Los jóvenes acudían en gran número, deseosos de poner en práctica sus ideas sociales. A menudo los universitarios se mostraban más dispuestos a discutir y razonar que a trabajar. Esto hizo que en un momento dado estallara la vieja guerra entre pensadores y trabajadores. Peter acogió con agrado el conflicto. «Contribuye a clarificar las ideas», comentó con satisfacción.

En cierta ocasión llegó un profesor de filosofía de una universidad católica. Se pasaba el día discursando sobre «la guerra y la moral cristiana». Como le servíamos la comida en el

jardín, el discurso se prolongaba ininterrumpidamente, mientras la gente entraba y salía. En otra ocasión tuvimos a un doctor ruso, un benedictino alemán y un general mexicano. Los tres se pusieron a hablar al mismo tiempo, pero cada uno exponía su causa con su propio acento. El ruso apoyaba la teocracia; el sacerdote alemán hablaba de «almas que eran víctimas»; y el mexicano, inflamado por las persecuciones que entonces tenían lugar, quería que le ayudáramos a conseguir armas para organizar una contrarrevolución.

Peter, en aras de la clarificación de las ideas, habló con su acento francés de las comunas agrícolas.

En otoño, las cartas que llegaban de todo el país indicaban que *The Catholic Worker* era un éxito. Al leer aquellas cartas, Peter quedó tan impresionado que, en aras de una nueva clarificación de las ideas, decidió dar un paso muy arriesgado: alquiló una sala de baile en Manhattan Lyceum, que normalmente estaba reservada para bodas y *bar miztvahs*, y allí planificó una serie de conferencias y debates para los domingos por la tarde, llegando al extremo de anunciar su primera conferencia mediante pasquines impresos en una multicopista.

Después tuvo que contentarse con una pequeña sala de reuniones, pero pronto los actos fueron organizados por dos jóvenes activistas políticos cuya ambición consistía en hacer propaganda en los barrios humildes y poner en marcha un partido católico.

Marginado y hundido, Peter volvió silenciosamente a sus bancos de Union Square, y nosotros dejamos de pagar el

alquiler de la sala. Los dos muchachos consideraron que aquel era un acto nada caritativo por nuestra parte y nos acusaron de combatir la libertad de expresión.

Yo traté de consolar a Peter (no precisamente porque lo necesitara) diciéndole que Nadezhda Krupskaya, la viuda de Lenin, hablaba en su autobiografía de las escuelas de obreros que ella y su marido habían organizado en los parques de París y en los bosques. A una de aquellas reuniones del domingo por la tarde habían acudido cuarenta personas, lo que se consideró todo un éxito.

Aquel primer invierno montamos una escuela para los obreros en nuestro local. Peter invitó a personas notables de diferentes campos –sacerdotes y profesores famosos–, y se trataron muchos temas. Cada noche de la semana había un conferenciante con el que Peter podía discutir. No se cansaba nunca, pues había adquirido la costumbre de permanecer despierto hasta las dos o las tres de la madrugada, o hasta que terminaba el debate, y al día siguiente se levantaba con el tiempo justo para acudir a misa de doce. A veces me preguntaba si estaría tratando de emular a Marx y Proudhon, que en cierta ocasión estuvieron discutiendo durante toda una noche y, después, durante toda la travesía del Canal de la Mancha, y no se pusieron de acuerdo.

Convencidos de que los pobres se merecían lo mejor, invitamos al padre La Farge, S. J., al padre Joseph McSorley y al padre Paul Hanly Furfey, de la Universidad Católica, sin mencionar visitantes tan distinguidos como Jacques Maritain y Hilaire Belloc.

Al venir a nosotros, aquellos hombres podían dirigirse a mucha más gente que las pocas docenas que llenaban el viejo almacén de East Fifteenth Street. Los estudiantes y otras personas integradas en grupos similares al nuestro que habían surgido en todo el país podían leer sus artículos en *The Catholic Worker*, estudiar su pensamiento y tratar de hacer la síntesis de «culto, cultura y cultivo», de la que Peter hablaba siempre.

Las conferencias sobre liturgia, oración y Escritura estaban agrupadas bajo la rúbrica de «culto». Pero como en los encuentros figuraban personas de otras religiones, se trataba de reuniones ecuménicas. De hecho, fueron el principio de nuestra labor en favor de la paz entre grupos religiosos. Peter insistía en que podíamos unimos en nuestra búsqueda del bien común. La «cultura» era una derivación de culto, y Peter nos daba resúmenes de los escritos de Eric Gill e invitaba a artistas y escritores a hablar en nuestro local. Bajo la rúbrica de «cultivo» se abordaban temas como el movimiento agrícola y las cooperativas.

Mientras se celebraban aquellas conferencias, Stanley, Margaret –nuestra cocinera– y Mary Sheehan solían quedarse en la cocina. Una vez Stanley comentó con tono de asombro: «Si tuviéramos que pagar a estos hombres por sus conferencias, les tendríamos que dar cien dólares a cada uno».

«Si son tan grandes –dijo entonces Mary, al tiempo que echaba mano a la cafetera–, ¿por qué no entras a escucharlos?». Pero Margaret hizo callar a ambos con su voz aguda y estridente.

Un día, ya a última hora de la tarde, se presentó un viejo amigo ruso llamado André Salama con un gran pan de centeno, un bote de mantequilla dulce, gran cantidad de zakuska y una botella de vodka que había comprado en el East Side. Mientras tenía lugar la reunión, nosotros organizamos un pequeño festín en la mesa de la cocina. Salama había venido para hablarme de unas preciosas oraciones a la Madre de Dios que había encontrado en la liturgia rusa, oraciones que se parecían muchísimo a las que nosotros rezábamos, y nos las cantaba con voz potente entre grandes tragos de vodka.

En aquellos tiempos, la algazara y los debates serios iban de la mano. Sólo cuando algunos de los muchachos que habían venido a ayudarnos mostraron signos de alcoholismo, los demás abandonamos aquellas diversiones. Peter dio ejemplo. En cuanto vio con claridad la situación, rechazó el vaso de vino que le ofrecíamos al cerrar, cuando apagábamos las luces por la noche y cada cual se dirigía a su habitación.

Por entonces alquilamos un piso en la parte baja de la calle para alojar a nuestro primer grupo de mujeres –al principio una media docena–, y otro local detrás de la antigua iglesia de Santa Brígida, en Seventh Street, para acomodar a los hombres. La vida no era en absoluto tranquila, pues algunos de ellos bebían, pero el problema que de verdad seguía acosándonos era la falta de espacio. Cuando un sacerdote del West Side, en los límites de Greenwich Village, nos animó a alquilar una vieja casa de su parroquia, nos mudamos a ella. Las habitaciones de la nueva residencia, en Charles Street, eran un poco mayores; al menos podíamos estar todos juntos en una estancia y así ayudarnos unos a otros. En el curso del año que permanecimos

allí pusimos en marcha un servicio de ayuda a las madres y una escuela para obreros. Naturalmente, entonces ya teníamos bastante experiencia en actividades como recoger y distribuir ropas, mientras que la cocina seguía trabajando a destajo día tras día.

Pero aún necesitábamos más espacio. Gertrude Burke, una de nuestras lectoras, había heredado unos pisos en la parte baja de Mott Street y nos ofreció un edificio abandonado, situado en la parte de atrás, si nos ocupábamos de cobrar el alquiler de los edificios situados delante. Fui a echar una mirada. Mi primera reacción fue de justa indignación al pensar que se pretendía cobrar un alquiler por vivir allí, de modo que rechacé la oferta.

Después, como cada día nos llegaban más y más personas y nos veíamos sometidos a una presión cada vez mayor, volví a pensar en Gertrude Burke y me arrepentí de mi precipitación. Gertrude venía a vernos a menudo con una amiga, una telegrafista ya jubilada que se llamaba Mary Lane. La fe ciega que Mary tenía en nuestra integridad moral era una especie de garantía a los ojos de Gertrude, atormentada por frecuentes dudas acerca de la conformidad de nuestra línea con el punto de vista de la prensa diocesana. Entonces me pregunté si debía plantearle de nuevo el asunto y preguntarle si nos cedería el edificio de atrás sin la obligación de recaudarle los demás alquileres.

Por aquel tiempo tuve que acudir a hablar al convento del Buen Pastor, situado en Troy, Nueva York. El convento, como otros similares, alojaba chicas jóvenes que habían sido

confiadas a las religiosas por los tribunales bajo cargos de toda índole. Este era el motivo de mi visita. El edificio del convento está unido a una casa de las magdalenas, orden dentro de otra orden, compuesta por mujeres que han pecado y se han arrepentido. Son una orden de estricta clausura, y las religiosas activas las tratan con mucho respeto y confían en sus oraciones. A mí me concedieron el privilegio de hablar con las magdalenas. Mientras les explicaba la situación de nuestras mujeres necesitadas, les pedí que rezaran especialmente para que se nos concediera una casa más espaciosa. Después, pensando en el consejo «reza como si todo dependiera de Dios y esfuérzate como si todo dependiera de ti», escribí a Gertrude Burke.

Su respuesta llegó en el transcurso de una semana. Deberíamos haber aceptado su oferta de inmediato –decía en su carta–, pues había legado las dos casas a las viudas que gestionaban la Casa del Calvario, hospital para enfermos de cáncer carentes de medios situado en el Bronx. No obstante, les había preguntado si nos permitirían usar el edificio de atrás, que estaba vacío, y le habían contestado que sí.

La generosidad de aquellas mujeres fue admirable. Primero esperaron a ver qué uso íbamos a dar a aquel edificio de veinte habitaciones. Después, cuando vieron las obras de restauración que se llevaban a cabo –enyesado y pintura–, pagaron algunas de las facturas más elevadas, pues sabían que nosotros no podíamos hacerlo. Posteriormente instalaron una nueva escalera de incendios y mejoraron las condiciones de seguridad del edificio construyendo «espacios de contención del fuego». No menos meritoria fue su colaboración al soportar con

serenidad las muchas quejas de los vecinos ante el progresivo aumento de nuestra familia. Nunca sabíamos a ciencia cierta quién pagaba realmente las facturas de las reparaciones; puede que fuera Gertrude Burke, o puede que fueran las viudas. En este último caso, es posible que las viudas pusieran cara de preocupación (no puede decirse de enojo), pensando que habrían podido dedicar a obras de caridad más dignas el dinero que habían gastado en nosotros. Como dijo Dwight MacDonald, que escribió en *The New Yorker* una serie de artículos sobre nuestras actividades, nuestra misión parecía estar dirigida a los pobres indignos. Pero, a juzgar por la noble actitud de las viudas, probablemente pensaron que con una sola alma que salváramos ya nos ganábamos nuestro sustento. (Se dice que un alma es suficiente diócesis para un obispo).

Como «The Catholic Worker» es más un movimiento que una organización caritativa autorizada, las viudas incluso pagaban nuestros impuestos. Nuestro hincapié en la responsabilidad personal, con preferencia sobre la responsabilidad del Estado o la responsabilidad organizada, nos ha costado una considerable cantidad de dinero a lo largo de los años, pero en aquella ocasión quienes pagaron fueron las viudas.

En Mott Street estuvimos catorce años, de 1936 a 1950. Cuando necesitábamos más espacio, esperábamos a que quedaran libres algunos pisos del edificio situado enfrente y los alquilábamos, hasta llegar a ocupar treinta y ocho habitaciones y dos locales.

Las colas de indigentes se formaban con bastante rapidez. En un número antiguo del periódico he encontrado el siguiente



artículo, escrito a mediados de los años treinta, que hace una excelente descripción de las colas que se formaban en aquellos duros tiempos:

### **EN LA COLA DEL CAFÉ**

(por una de las voluntarias)

«Después de haberme pasado la mayor parte de la noche en acalorada conversación sin prestar atención a la hora, esta mañana no estaba de humor para salir a las cinco y media y ocuparme de mi turno atendiendo a los indigentes. Pero la manera más rápida de olvidar el sueño es saltar de la cama, lavarse la cara y encender la radio del local; y eso es lo que hice.

Es duro cortar montones de pan y prepararlo para servirlo. Digo que es duro, porque parece que pasan horas antes de que el trabajo esté terminado. Los ojos de los hombres que están fuera mirando hacia el interior no dejan de decir: “Aquí afuera hace frío”, o bien: “¿Está ya listo?”. El pan está por fin preparado (esto hacia las 6.15), Scotty tiene sus primeros trescientos litros de humeante café a punto para ser servidos, y abrimos la puerta.

En una fría mañana como la de hoy, no me es difícil imaginar el caudal de esperanza que recorre la larga hilera que serpentea Mott Street abajo y dobla la esquina de Canal Street.

Las personas de la cola toman las tazas, y empieza la tarea de dar de comer a nuestros amigos; tarea que dura tres horas. Observo las caras y veo el agradecimiento

escrito entre arrugas que denotan edad, fatiga y preocupación.

Los dibujos de Ade Bethune siempre atraen la atención de los hombres al menos un momento. Aunque los pobres estén ansiosos por conseguir una taza de café, siempre hay tiempo para echar una mirada a la pared. Hay muchas caras conocidas que vienen cada día. A uno le llamo el “Cardenal”, porque lleva un gorro purpúreo de punto tan castigado por el uso y tan pequeño que parece un solideo. Es un hombre que siempre tiene una palabra amable. Como de costumbre, mi amigo japonés acude temprano. El también saluda siempre.

Hoy hay tres jovencitos con el pelo revuelto, las ropas muy arrugadas y, a juzgar por su aspecto, muy cansados. Recorrer el país dando tumbos, sin un sitio donde lavarse o asearse, es nuevo para ellos. A pesar de que son jóvenes y fuertes, su penuria es evidente. Los viejos están más acostumbrados. Cada mañana hay varios que llevan bolsas de la compra o bultos con sus últimas y escasas pertenencias. Lo colocan todo debajo de la mesa, para sujetar mejor la taza caliente y una enorme rebanada de pan.

Esta mañana, uno de los que habitualmente se tambalean bajo el peso de uno o varios bultos tiene un abrigo nuevo. Todo el invierno ha llevado una trinchera cubierta de una pesada capa de mugre y humo, por dormir muchas noches a la intemperie y combatir el frío en muchas hogueras. Su nuevo abrigo debe de haber pertenecido a un chico

elegante con un gusto muy refinado. Aun así, ahora tiene mejor aspecto, se le ve más seguro de sí mismo y con la nueva prenda está más abrigado.

En este momento me relevan para que pueda ir a misa, lo que significa que tengo que pasar junto a una larga hilera de hombres hambrientos que esperan. Algunas mañanas parece una larga caminata, especialmente cuando hace frío o ha llovido. Los que ya nos conocen me saludan. Me gustaría que muchas más personas se acercaran a ellos durante sus largos días para darles una oportunidad de conocer y compartir sus problemas. La cola está cortada a la altura de la esquina para que los viandantes puedan pasar; después sigue hacia el oeste, por Canal Street, y tiene unos sesenta metros de largo. Es realmente imposible, pues, olvidarse de ellos en la misa.

Al volver es fácil reconocer los sombreros, los abrigos, los zapatos y otros elementos de la indumentaria, tan familiares como ajados, de los clientes asiduos. Después de pasar horas fuera, expuestos al frío, todos están encorvados, de espaldas al viento y tienen las manos en los bolsillos. Al otro lado de la calle hay tres hombres junto a una hoguera hecha con cajas de cartón. Las enormes llamas pronto se extinguirán; son un negro y dos blancos de cierta edad. Ninguno habla, los tres se limitan a mirar las llamas, absorbiendo el calor y, probablemente, pensando en los buenos tiempos de antaño.

Identifico a uno de mis amigos habituales. Es un hombre del Medio Oeste con un agradable acento. Pasa las noches

en los vagones del metro. Lleva los bolsillos llenos de periódicos que recoge en los vagones y, generalmente, nos los da. Un regalo pequeño, sin duda, pero nacido de un cariño auténtico. Está moreno porque ha pasado dos días sentado en el parque de cara al incipiente sol de primavera y recuperando un sueño muy necesario.

Aquí llega el pequeño irlandés que pedirá el pan más blando que haya. No tiene dientes y no puede masticar los mendrugos de pan de centeno. Aprecia que nos acordemos de él y sabe que vamos a tener a punto un poco de pan tierno.

Continúan llegando. Cuando estoy ocupada en untar el pan con mantequilla de cacahuete, no veo sus caras, pero reconozco los brazos que toman el pan. Se llegan a conocer todas las marcas características de las ropas. Las manos de algunos tiemblan a causa de la edad, la enfermedad y la bebida. Falta poco para la hora del cierre, y la cola se va reduciendo. Ahora todos tienen que sumergirse en un mundo aparentemente lleno de personas cuyos corazones son tan duros y fríos como el pavimento que han de pisar durante todo el día mientras buscan lo que necesitan. Tienen que andar porque, si se sientan en el parque (cuando no hace frío), la policía les obliga a circular.

Además, no les abandona la preocupación por la próxima comida o por encontrar un sitio donde dormir. Aquí empieza su larga y fatigosa jornada, su calvario. Pero ellos no encontrarán a una Verónica que alivie su cansancio, ni tampoco estará allí Simón Cireneo para aminorar el peso de

su cruz. Horroriza pensar que mañana todo empezará de nuevo».

A veces parecía que, cuanto más espacio teníamos, más gente acudía a nosotros en demanda de ayuda, de modo que nuestras instalaciones nunca eran adecuadas, pero nos las arreglábamos de una manera u otra. Acudían personas de muy diferente extracción social y muy diverso aspecto físico, y nosotros las acogíamos a todas. «Se integraban» en «The Catholic Worker» de muchas maneras. Algunos llegaban con sus maletas. Evidentemente su intención era estar un año con nosotros; pero, cuando veían nuestra pobreza, se sobrecogían y no se quedaban más que una noche. Otros venían para pasar un fin de semana y permanecían años. Algunos nos visitaban simplemente para comprobar si era cierto lo que se decía en un artículo de nuestro periódico y luego se convertían en miembros permanentes de nuestra comunidad. Un día llegó un hombre de setenta años, el señor Breen, con un bastón y una pluma estilográfica. Inmediatamente se sentó a una mesa y, sin pronunciar palabra, se puso a contestar un montón de cartas con una bella caligrafía. Terminada la tarea, nos dijo que quería quedarse.

El señor Breen era un hombre difícil de olvidar. Antiguo periodista, cuando hablaba soltaba a menudo palabras como *kikes* (judíos), *dinges* (negros) y *dagos* (latinos), y estaba orgulloso de sus antecedentes familiares, de su formación intelectual y de su caligrafía. Su mujer y sus hijos habían muerto, y a sus setenta años de edad se encontraba desvalido y viviendo en el albergue municipal, que aquel invierno había acogido a miles de personas. Su mayor aflicción era tener que

convivir allí con negros. Le habían retirado la subvención a la vivienda porque siempre estaba amenazando a los inspectores con su bastón. Una noche le habían dado una paliza en el albergue (donde la edad no brinda protección) por sus actitudes racistas. Al día siguiente por la mañana, mientras vagaba por las calles, descubrió nuestra casa.

El racismo del señor Breen no tardó en ponerse de manifiesto. Nos causó problemas, pero también nos brindó la oportunidad de practicar nuestro pacifismo. Más o menos en la misma fecha que él llegó un negro. Tenía buena facha, era ambicioso, poseía una voz profunda y le gustaba leer en voz alta. Su gran ilusión consistía en llegar a ser locutor de radio. No le interesaba en absoluto la justicia social; lo único que le preocupaba era triunfar. Convencido de que estaba por encima de las actividades manuales, prefería escribir a máquina, archivar o realizar cualquier otro trabajo burocrático, pero todo lo hacía mal. Y nosotros, conscientes de las iniquidades que los negros habían sufrido a manos de los blancos, le aguantábamos —a pesar de su comportamiento, que en ocasiones se hacía insoportable— debido a un sentimiento colectivo de culpa.

Desde la primera vez que se vieron, el señor Breen disfrutaba insultando al señor Rose, el negro, pero éste encontró pronto la manera de desquitarse. Cuando yo estaba ausente, ocupaba mi escritorio, ponía los pies encima y zahería al señor Breen diciendo que a las mujeres blancas les gustan los hombres de color. Cuando yo regresaba, el señor Breen descargaba su bilis en mí llamándome «amante de los negros».

Cada vez que oíamos gritar al señor Breen mientras

hacíamos las tareas domésticas, corríamos a ver qué ocurría. Entonces encontrábamos al señor Rose sentado tranquilamente en su escritorio y haciendo ver que trabajaba afanosamente, mientras el señor Breen, en pie junto a él, balbuceaba encolerizado, con sus blancos cabellos revueltos, sus ojos a punto de salirse de las órbitas y su rostro marcado por la apoplejía. (Aquel invierno sufrió efectivamente varios ataques, en uno de los cuales estuvo a las puertas de la muerte).

El señor Breen ocupaba una habitación pequeña del vestíbulo. Como viejo periodista que era, tenía la costumbre de leer todos los periódicos; pero, cuando terminaba, los dejaba tirados a su alrededor. Nosotros, conscientes del peligro, íbamos detrás y los recogíamos, pero no podíamos impedirle utilizar cerillas y cigarrillos. Una noche encendió un cigarrillo y después no pudo apagar la llama de la cerilla, de modo que la arrojó encendida sobre los periódicos, que empezaron a arder. Afortunadamente, en aquellos momentos estaba allí otro de nuestros huéspedes, del que sólo sabíamos que se llamaba Freeman y que, según decía, había sido rabino y se había hecho católico. El hombre trató de rescatar al señor Breen, pero éste le golpeó con su bastón mientras le llamaba «maldito judío». En cualquier caso, el señor Freeman le salvó la vida.

El señor Breen estuvo con nosotros hasta que murió. Cuando ya estaba cerca su hora, nos sentábamos junto a su cama y rezábamos el rosario por turno. En sus últimos momentos, el señor Breen levantó los ojos hacia nosotros y dijo: «Sólo voy a dejar una cosa en este mundo, mi bastón. Quedáoslo; agarradlo fuerte y atizadles en las espaldas a algunos de los cabrones que

hay por aquí». A continuación nos dirigió una beatífica sonrisa, susurró con su débil voz: «Dios ha sido bueno conmigo» y, sonriendo, murió.

Después de incidentes como éste, Stanley solía decir: «Esta es una casa de hostilidad». Y, efectivamente, a veces, cuando nos parecía que en nuestras casas había más odio y palabras airadas que el amor que buscábamos, nos entristecíamos.

Pero, como decía san Juan de la Cruz, «Donde no hay amor, pon amor y recogerás amor».

A pesar del aforismo de Peter, tantas veces repetido –«Para mí huelgan las huelgas»–, hacíamos cuanto podíamos de palabra y de obra para ayudar a los obreros en su lucha por mejorar sus condiciones de vida y conseguir mejores salarios. Todos los números del periódico estaban repletos de noticias sobre el mundo laboral. Evidentemente, los treinta fueron años de grandes luchas para los obreros, y una vez publicamos un enorme recuadro titulado: «Noticias del 4 de julio –día de la Independencia–», con veintitrés secciones separadas, cada una de las cuales resumía el estado de las importantes huelgas que en aquellos momentos tenían lugar en el país.

Una de las primeras huelgas en que participamos directamente fue la protagonizada por los trabajadores de las fábricas de cerveza. (Se nos ocurrió subrayar que su trabajo constituía una obra de caridad, puesto que daban de beber al sediento). Cuando escribí sobre la huelga, insistí en la idea de propiedad y gestión cooperativas a que se aludía en la encíclica de Pío XI «Quadragesimo anno», para arrancar a los



trabajadores del proletariado. (Más tarde, Juan XXIII continuaría esta línea en *Mater et magistra*).

Un año y medio después estalló en Nueva York la famosa huelga de los marineros, y no sólo aplaudimos a los hombres de los piquetes y les regalamos *The Catholic Worker*, sino que incluso abrimos en el West Side una sección especial que se convirtió en el refugio de muchos hombres de la mar que estaban en paro. Allí dábamos de comer a varios miles al día. Preparábamos enormes calderos de café; teníamos barriles de manteca de cacahuete, requesón, jamón y, además, todo el pan que queríamos. Al principio lo pagábamos todo al contado. Cuando se nos acabó el dinero, lo pedíamos a crédito, de modo que en el momento en que la huelga entró en su tercer mes teníamos una deuda de tres mil dólares. La gente siempre se alegra de dar dinero para «obras de caridad», pero cuando el dinero es para obreros en huelga de hambre, hay muchos que dicen que son «comunistas» y se niegan a colaborar. No obstante, se lo pedimos a san José y, como siempre, acudió en nuestra ayuda. Un obrero relató un incidente que ocurrió a principios de aquel mes de enero de 1937, y es un relato que, incluso hoy, me considero incapaz de mejorar. Dice así:

«Métodos terroristas contra los marineros...

Arrojan un adoquín por una ventana  
de la sección de huelgas de “The Catholic Worker”

... El pasado martes, a las tres de la madrugada, “The Catholic Worker” (sección portuaria) recibió un regalo de Año Nuevo a través de la ventana de su fachada. El regalo

tenía forma de adoquín. Ahora tenemos una ventana nueva, una mitad del adoquín se emplea para apuntalar nuestra estufa, y la otra para afilar el cuchillo del pan, pues cada día cortamos unas ciento cincuenta grandes rebanadas».

Habíamos estado escribiendo en *The Catholic Worker* sobre nuestra casa de acogida, y rápidamente empezaron a surgir en todo el país: en San Francisco, Los Ángeles, Sacramento, Chicago, Detroit, Cleveland, Boston, Memphis, Pittsburgh y otras muchas ciudades, incluidas Londres y Wigan, en Inglaterra. En cierto momento llegó a haber unas cuarenta, todas ellas funcionando de manera independiente.

En una ciudad se creó una segunda casa, rival de la nuestra, regentada por los autodenominados «espirituales», en oposición a los «hermanos Elias», que se ocupaban de la primera casa. Aquellos bienintencionados «espirituales» se pasaban la noche bebiendo con sus «pupilos», a fin de mostrar su campechano sentido de la igualdad, pero en unos cuantos meses estaban tan exhaustos por culpa de aquella buena obra que tuvieron que cerrar la casa. (De acuerdo con otra versión, los dirigentes del movimiento espiritual se vieron obligados a abandonar su proyecto de regentar una casa cuando se descubrió que sus cuentas eran pagadas con el dinero que sustraían de los magros cepillos de una iglesia cercana).

No obstante, en líneas generales las casas de acogida tuvieron tanto éxito que, en muchos casos, los obispos pidieron más. Realizaban una labor única, pues recogían a los «vagos», si se quiere denominar así a todas las personas marginadas y

necesitadas que no tenían cabida en ningún otro sitio. Organizaciones como Travelers Aid, así como los hospitales municipales, la policía, los asistentes sociales, los psiquiatras, los médicos, los sacerdotes y los abogados; en suma, personas de toda índole, acudían a las casas de acogida pidiendo cobijo para los que no tenían hogar.

Así, por ejemplo, en Nueva York recibimos varias cartas del padre de un joven delincuente que nos pedía desde Argentina que nos hiciéramos cargo de su hijo y tratáramos de hacer carrera de él. Un seminarista de Chicago nos envió a un minusválido, y una bondadosa ama de casa de Binghamton a un parapléjico. En Pittsburgh, una chica alcohólica, tras un fracaso amoroso intentó suicidarse lanzándose al vacío desde los andamios de una iglesia en obras. Cuando salió del hospital, la trajeron de Pittsburgh a Nueva York para que cuidáramos de ella. Recuerdo que aquella noche yo estaba en la capilla de nuestra granja de Newburgh y me preguntaba si no habría una sola familia caritativa en la zona de Pittsburgh para hacerse cargo de la chica. Pero lo que se necesitaba realmente era una comunidad; un grupo de personas que pudieran relevarse y establecer turnos para hacer frente a las situaciones difíciles.

Nunca ha llegado a haber dos casas de acogida parecidas. Sus directores difieren abiertamente en cuanto a su personalidad y a su manera de abordar el trabajo; aunque los problemas de la pobreza pueden parecer los mismos en todas partes, las condiciones de los pobres dentro de cada comunidad han variado, como han variado la respuesta y el apoyo de los benefactores y de las autoridades diocesanas.

Con la llegada de la Segunda Guerra mundial y la llamada a filas de muchos jóvenes, descendió el número de casas de acogida. Después de la guerra, durante el llamado período de «pleno empleo», muchos hombres volvieron a sus puestos de trabajo tan pronto como fueron licenciados. Otros se pusieron a estudiar carreras universitarias, acogándose al «G. I. Bill of Rights» (programa de asistencia educativa para los veteranos de la Segunda Guerra Mundial). Además, entró en vigor una legislación social que incluía medidas como el seguro de desempleo, la ayuda para los hijos menores de edad y la seguridad social. Muchos entendieron que aquellas medidas aliviarían en gran medida las lacras y los abusos que las casas de acogida trataban de remediar a su manera.

No obstante, las casas de acogida eran únicas por su espíritu de ayuda mutua y de comunidad. Ahora que nos enfrentamos a una nueva amenaza de desempleo bajo la sombra de la automatización y tenemos que hacer frente diariamente a los horrores de la destrucción del mundo, los centros de ayuda mutua, nacidos del espíritu de fraternidad, sea cual sea el nombre o la forma exterior que adopten, son más necesarios que nunca.

## IV. GRANJAS COMUNITARIAS

A mediados de los años treinta, Peter Maurin ya había visto como dos ideas suyas se hacían realidad. *The Catholic Worker* estaba en marcha. El periódico salía cada mes, y la tirada subía con cada número, de modo que pronto superó los cien mil ejemplares. Gracias al estímulo que suponía lo que escribíamos acerca de nuestra casa de Nueva York, en todo el país estaban surgiendo casas de acogida. Pero por el momento no habíamos hecho nada acerca de otra idea suya: las comunas agrícolas y la universidad agrónoma, en las que Peter veía la solución de todos los males del mundo: desempleo, delincuencia, ancianos desvalidos, personas desarraigadas, falta de espacio para las familias que estaban creciendo y hambre.

La idea cautivó a los muchachos que se movían en torno a «The Catholic Worker» aquel invierno de 1935, pero no creo que produjera el mismo efecto en las mujeres. Lo que sí sé es que yo no estaba precisamente entusiasmada. Mi hija tenía entonces unos ocho años, y yo prefería mi propia casa. Me gustaba la vida en la ciudad y, de manera especial, la vida del Lower East Side, donde cada patio de mis vecinos italianos tenía su higuera y su emparrado.

Cuando Peter hablaba de la hierba que crecía entre los adoquines de las calles de la ciudad, me venía a la memoria el placer que sentía cada vez que veía cómo las plantas se alzaban obstinadamente en busca del sol en los solares vacíos. Como mi padre era un periodista sin destino fijo, mi familia vivió en muchas ciudades diferentes. Así, cuando mis hermanos y yo éramos pequeños, vivíamos en Bath Beach, Brooklyn, donde solíamos imitar a las amas de casa italianas y en primavera salíamos a recoger los primeros dientes de león silvestres. Nunca he dejado de mirar con ojos anhelantes los espacios verdes que surgen espontáneamente en la ciudad. Aún hoy, cuando bajo por Grand Street para ir a misa, busco con la mirada la planta llamada «cenizo», que crece en abundancia en los terrenos aún vacíos que hay junto a los enormes bloques de pisos, y pienso en los platos de verdura que habría podido preparar con ella durante los años de la gran depresión económica.

Mi amor por la ciudad nunca ha disminuido. A veces le decía a Peter con expresión pensativa: «El cielo se describe como la Jerusalén celestial».

No obstante, en aquella primavera de 1935 adquirimos nuestra primera «comuna agrícola» en Staten Island. Situada a pocos minutos del centro de Manhattan en ferry, Staten Island abunda en espacios abiertos y tierra de labranza, aunque de hecho se encuentra dentro de los límites de la ciudad de Nueva York. Nuestra comuna no era en modo alguno la que Peter había soñado. En realidad, la parcela era tan pequeña que decidimos llamarla «comuna jardín». Pero la veíamos como un banco de pruebas con vistas a una granja más extensa que

vendría después. Estoy segura de que, en opinión de Peter, estábamos demasiado deseosos de poner en marcha el proyecto y empezar a hacer cosas sin el estudio o la planificación necesarios. Pero nosotros éramos jóvenes y teníamos la sensación de que Peter era viejo (por entonces tenía sesenta años). Él asumía nuestro carácter impulsivo con paciencia, como después asumió nuestros fracasos en el cultivo de la tierra. Estaba convencido de que todo lo que emprendíamos, fuera grande o pequeño, ilustraba alguno de los aspectos en que él quería hacer hincapié.

La comuna jardín ocupaba menos de media hectárea de terreno. La casa era grande, con ocho dormitorios. En la primera planta había, además de la cocina, tres habitaciones que formaban una «L» y se utilizaban para reuniones. Un amplio porche rodeaba la casa, situada en una pequeña loma desde la que se divisaba Raritan Bay. Detrás de la casa había una parcela de más de un kilómetro y medio de largo, hoy convertida en el Wolfe Pond Park, y al lado unos espesos bosques. De hecho, la escasa media hectárea de tierra era lo único que estábamos preparados para trabajar. En ella podíamos cultivar las hortalizas que necesitábamos para nosotros más una buena cantidad con destino a la casa de Nueva York, de donde inmediatamente nos llegó un puñado de personas. Sus antecedentes eran muy diversos, y cada una de ellas tenía sus propias razones para decidir trasladarse al campo.

Al vivir juntos obreros e intelectuales, casi de inmediato reaparecieron los tradicionales conflictos entre ambos grupos. Los obreros sólo querían trabajar con sus manos y obtener

resultados visibles. Los intelectuales querían también eso mismo, pero además tenían conciencia de su vocación. En opinión de los obreros, lo que los intelectuales querían ante todo era aprovechar la oportunidad de pasar los fines de semana en el campo y pasar el tiempo hablando. Los obreros nunca pudieron entender que la preparación de estos fines de semana exigiera denodados esfuerzos mentales: organizar grupos de debate, invitar a conferenciantes, planificar programas interesantes, etcétera. En realidad, lo que permitía el desarrollo del trabajo manual eran sobre todo los donativos de los visitantes, que querían expresar así su agradecimiento por haber disfrutado de las reuniones del fin de semana. Pero los obreros no sólo no admitían que tales donativos tuvieran que ver con la presencia de los intelectuales, sino que, además, estaban convencidos de que no recibían el debido reconocimiento por su labor.

Nuestra actitud se basaba en reconocer la dignidad del obrero. Pero con demasiada frecuencia ello sólo parecía sofocar la humildad que le habría llevado a adoptar una dirección y a fortalecer su orgullo. Como el intelectual era reacio a ejercer la autoridad, el obrero, en lugar de pensar en el bien común, tendía a seguir el dictado de su voluntad.

Pero tampoco el intelectual estaba libre de responsabilidad. Con harta frecuencia, aunque impulsado por el deseo de no tener que juzgar a los demás, se recluía en el silencio. A veces, si los obreros no seguían al intelectual, era porque éste sólo era capaz de comunicarse con los suyos. Naturalmente, los obreros preferían un compañero afable a un individuo silencioso, distante o con una más que dudosa facilidad de palabra.



A Peter le gustaba recibir a los estudiantes fuera, en el jardín; allí, entre las hileras de judías, con la azada en la mano, se ponía a enseñar.

«El obispo von Ketteler dice que estamos obligados bajo pena de pecado mortal a aliviar las necesidades más acuciantes de nuestros hermanos pobres con nuestros bienes superfluos. Pero con nuestros bienes superfluos construimos cosas innecesarias, como el Empire State Building. Con nuestros bienes superfluos construimos centrales eléctricas, que incrementan la producción de energía y, por lo tanto, también el desempleo. Con nuestros bienes superfluos construimos universidades, que forman estudiantes y los lanzan a un mundo en continuo cambio, sin decirles qué tienen que hacer para impedir que cambie o para hacer que cambie de modo que responda a las expectativas de los licenciados universitarios».

Cada uno de estos alegatos bastaba para toda una jornada de debate, que versaba sobre la caridad, la responsabilidad personal y la del Estado; la era de la máquina y el desempleo; los oficios artesanales, las industrias rurales y la descentralización; y sobre qué mundo querían realmente los universitarios.

La audiencia de Peter empezaba a disminuir cuando los intelectuales, con los músculos fatigados por un trabajo al que no estaban acostumbrados, abandonaban las hileras de judías. Entonces, con un libro en la mano, reforzaba sus ideas invitándonos a sumergimos seriamente en la lectura. Las lecturas que recomendaba abrían un mundo nuevo. Peter nos introdujo en la obra de Kropotkin y en la de don Luigi Sturzo y

sus ideas del orden corporativo en oposición al estado corporativo.

Aquellas lecturas nos llevaron a estudiar los *kibutz* de Israel y los diferentes tipos de granjas cooperativas, colectivas, comunales y estatales, organizadas voluntariamente con la ayuda generosa de judíos de todo el mundo. Erich Fromm, Martin Buber, con su libro *Paths in Utopia*, Vinoba Bhave y Jayaprakash Narayan en la India y Dando Dolci en Sicilia; estos eran los hombres que por entonces apuntaban a la nueva síntesis que Peter estaba buscando.

«En primer lugar –solía decir Peter–, hay que perder la vida para salvarla. La pobreza voluntaria es esencial. Vivir como pobre, empezar como pobre, acometer una empresa incluso con pocos medios, es equivalente a poner en marcha la «revolución verde».

«San Francisco de Asís opinaba que elegir ser pobre era tan magnífico como casarse con la chica más bella del mundo. Parece como si la mayoría de nosotros pensara que la dama Pobreza es una chica fea, y no la bella joven de la que habla san Francisco. Y, como pensamos así, nos negamos a dar de comer a los pobres con nuestros bienes superfluos. En lugar de ello, dejamos que los políticos alimenten a los pobres actuando como rateros que pagan a unos con lo que roban a otros».

Los intelectuales jóvenes de la granja, los universitarios, no podían entender por qué «tirábamos nuestro dinero» ayudando a «inútiles», pues así definían a los hombres a los que dábamos de comer, cuyo número, por cierto, había crecido

en la ciudad de manera alarmante. En su opinión, era preferible invertir el dinero en una comuna agrícola, como proyecto piloto que marcara el camino a miles más en todo el país. No veían que quienes se sentían atraídos por nuestra comuna jardín –incluidos ellos mismos– eran, sin la menor duda, personas incapaces de poner unos cimientos, sentar un precedente o marcar una línea.

Había, por ejemplo, un drogadicto rehabilitado pero en la indigencia. Hablaba varios idiomas, y Peter intentó persuadirle de que diera clases de francés y español; pero no, el hombre prefería pasar el tiempo inventando un idioma nuevo y universal, algo así como el esperanto, que también conocía. Aquel hombre se trasladó con nosotros a la comuna jardín y estuvo allí un año. Lo que más le gustaba era pasear por la playa, pero procuraba ayudarnos a ahorrar carbón recogiendo madera, todavía mojada, y zapatos viejos, con los que llenaba el horno durante todo el invierno. Esto hacía que el fuego se apagara a menudo y ocasionara más trabajo a las personas que se cuidaban de la casa. En una ocasión llenó el horno con amianto, pensando que era simplemente papel grueso.

Teníamos con nosotros a un muchacho que estaba agonizando a causa de una dolencia cardíaca y al que había que prestar cuidados especiales, pues permanecía en cama; estaba también una maestra que había venido a nuestra casa para recuperarse de un fracaso amoroso que aún no había conseguido quitarse de la cabeza. Y además todo un grupo de personas que acostumbraban a recorrer la playa para recoger barro. Como la idea era que practicasen la alfarería, disfrutaban haciendo platos y vasijas. Cualquiera habría dicho que se

trataba de una actividad inofensiva y pacífica, pero la verdad es que aquellas personas utilizaban el fregadero de la cocina para lavarse las manos y lavar sus utensilios, de modo que el barro solía obstruir las cañerías.

Peter se habría dado por satisfecho con aquel terreno de menos de media hectárea de Staten Island. Pero la gente joven quería tierra, muchas hectáreas, y animales, de modo que la planificación de la comuna agrícola continuó durante aquel invierno del año 1935. Recuerdo que un sábado por la tarde, mientras yo intentaba escuchar la ópera *Aida* en un programa de radio, los jóvenes hablaban de la tierra. Estábamos teniendo un invierno terriblemente frío; fuera, la nieve, tiznada, caía copiosamente, una película de hielo cubría las veredas, y el cielo tenía un color plomizo. Dentro tiritábamos de frío. Las tuberías estaban siempre obstruidas por el hielo, pero incluso cuando no lo estaban, resultaba difícil calentar la casa. Para olvidar nuestras incomodidades tratábamos de pensar en el verano.

Cada uno se imaginaba la comuna de acuerdo con sus deseos. Eddie, que era impresor, hablaba de instalar una pequeña imprenta en la granja para ganar algún dinero. Bill, que estaba enamorado, soñaba con construir una casa. Jim, mecánico de profesión, se veía conduciendo un tractor, empuñando el arado o transportando en camión hortalizas a la ciudad para dar de comer a los indigentes.

En medio de todas aquellas conversaciones, los hechos se precipitaron con la llegada de una carta de una de nuestras lectoras, maestra en una ciudad del sur del país. Al parecer, a

ella también le encantaba la idea de crear una comuna agrícola donde poder pasar sus vacaciones de verano y llevar una vida devota en el campo. Se ofreció a aportar mil dólares para crear una granja, con la condición de que le construyéramos una casita (ella aportaría también los materiales de construcción) y le diéramos, además, una hectárea y media de tierra. Esto, subrayaba la maestra, daría trabajo a los que estaban en paro, pero no fomentaría la «pauperización de las personas ni contribuiría a la delincuencia», como, según ella, estábamos haciendo al mantener nuestro programa de asistencia a los indigentes.

El carácter de nuestra futura compañera rural, tal como dejaba entrever su carta, no suscitó precisamente nuestro entusiasmo. No estábamos seguros de que pudiera gustarnos una persona que escribía como ella lo hacía acerca de nuestros queridos pobres. Yo traté de desanimarla describiéndole detalladamente la clase de personas que éramos, la clase de personas con las que tendría que convivir. Le expliqué que no éramos una comunidad de santos, sino más bien un grupo de desarraigados que trataban de poner en práctica determinados principios, el más importante de los cuales era el análisis de la libertad humana y de sus implicaciones. Además, le decía que no podíamos poner en la calle a la gente por actuar de manera irracional o detestable. Intentábamos superar el odio con el amor, comprender las fuerzas que hacen que los seres humanos sean lo que son, conocer algo de sus antecedentes, de su formación, para cambiarlos y, si era posible, transformarlos de leones en corderos. Era un ejercicio práctico de amor, una manera de aprender a amar, una manera de pagar el coste del amor.

La maestra contestó y siguió insistiendo en que empezáramos a buscar una granja. Así que alquilamos un coche y emprendimos la búsqueda por todas las frías carreteras de New Jersey. El día de san Isidro labrador, encontramos una finca muy prometedora, situada en lo alto de una colina a cinco kilómetros de Easton, Pennsylvania. Nunca olvidaré aquel precioso día de primavera. «Big Dan», que era nuestro conductor, se tendió sobre la hierba y gritó como si estuviera en éxtasis: «¡De vuelta a la tierra!».

La señora Dubrow, esposa del granjero, nos dio de cenar puré de patatas, setas secas guisadas, espárragos y mermelada de grosella casera. Nos emocionaba pensar que todo lo que estábamos comiendo había crecido en aquella tierra. La granja parecía justamente lo que queríamos. Había un precioso bosquecillo y uno o dos campos llanos. El resto del terreno era accidentado. Para llegar al granero tuvimos que subir, para llegar a la fuente tuvimos que bajar, y para llegar a los pastos tuvimos que volver a subir.

Por mil doscientos cincuenta dólares podíamos comprar la granja a la familia polaca que la poseía. La cifra estaba al alcance de nuestras posibilidades. La maestra nos daría mil dólares, y no tendríamos problema en reunir los doscientos cincuenta restantes. Estábamos tan contentos con las características del terreno que inmediatamente hicimos un primer pago y volvimos a Nueva York con huevos frescos, manojos de diente de león y muchas ganas de dar un paso adelante. «Lo que no se practica –decía san Francisco– no se conoce». ¿Cómo podíamos escribir acerca de comunas agrícolas si no teníamos una?

Después descubrimos que en nuestras once hectáreas de terreno no había agua; sólo disponíamos de cisternas para recoger y almacenar el agua de lluvia que cayera sobre el granero y la casa, pues resultó que la fuente hacia la que habíamos corrido con tanto júbilo pertenecía a otra granja. Semanas después estalló en Nueva York la huelga de los marineros. Un grupo acudió a nosotros en demanda de ayuda, y tuvimos que proporcionar alojamiento a veinte de ellos. Esto nos mantuvo tan ocupados que delegamos la puesta en marcha de la granja en Jim y en un estudiante universitario del Medio Oeste. Ambos cerraron, pues, la casa de Staten Island y trasladaron nuestras pertenencias –en su mayor parte procedentes de donaciones de amigos y lectores de *The Catholic Worker*– a la nueva granja agrícola, a la que llamamos «Maryfarm». Aquel primer verano, la casa, el granero y el cobertizo de los vehículos estuvieron repletos de los objetos más diversos.

El señor Johnson, un inválido que había dirigido un periódico y a quien habíamos conocido durante la huelga de la National Biscuit, fue a la granja con su esposa, y ambos se hicieron cargo de la casa y se ocuparon, asimismo, de cuidar de mi hija. El desván fue convertido rápidamente en un dormitorio de hombres. Entre nuestros primeros huéspedes figuraron algunos de los marineros en huelga. Los dos dormitorios restantes fueron ocupados por mujeres.

Gertrude Burke, gracias a la cual habíamos obtenido la vieja casa de Mott Street para nuestro uso, nos prestó una gran ayuda al enviarnos de golpe media docena de niños de Harlem y pagamos generosamente su manutención. A los niños los

instalamos en el granero, donde podían cuidar de ellos las universitarias que empezaron a llegar en junio.

A decir verdad, Gertrude era la única que pensaba en esas cosas. Con harta frecuencia, sacerdotes, monjas y otros lectores del periódico nos enviaban personas alcoholizadas o con problemas mentales recién salidas del hospital, pero nunca se les ocurría proporcionarnos dinero para su manutención. Se entendía que ésa era nuestra tarea. Y, después de todo, era natural. ¿No habíamos dicho que podríamos vivir de lo que diera la tierra? Aquél era el momento de demostrarlo. La verdad es que Dios siempre nos facilitó las cosas, pues otros sacerdotes y otras monjas enviaban donativos. Si acogíamos en nombre de Cristo a los pobres que llegaban a nosotros, el Padre celestial reconocería que necesitábamos muchas cosas. Nuestros primeros pasos como granjeros fueron erráticos, puesto que cometimos muchas equivocaciones. Un titulado universitario arrancó la mitad de los valiosos espárragos para plantar las hortalizas que le apetecía; otro hizo lo mismo con todos los boniatos, creyendo que se trataba de vides silvestres.

En otros aspectos tuvimos suerte o la Providencia nos guió. Esto fue lo que ocurrió con nuestra vaca. Dos de nuestros lectores de Kansas, un matrimonio llamado Rosenberg, nos enviaron dinero para que compráramos una vaca (a la que llamamos «Rosie» en su honor). Pero no teníamos la más mínima idea de cómo cuidar de esos animales.

Eddie, el impresor, había ordeñado algunas veces en su infancia cuando estaba de vacaciones. Un día se dirigió a una granja vecina para negociar la compra. Le acompañaban Jim, el



mecánico, y un estudiante universitario llamado Cy. Eddie le dijo al granjero que sólo le podía pagar cincuenta dólares, y el granjero les mostró a él y a sus amigos un prado lleno de vacas de raza Holstein y les dijo que podían elegir la que quisieran. Fueron al prado un tanto intrigados y encontraron una vaca tan dócil que se dejaba gobernar. Al comprobar lo fácil que resultaba ordeñarla, la compraron allí mismo y se la llevaron a casa atravesando las colinas. Después resultó que la vaca era vieja, pero generosa con su leche. Rosie sólo tenía un inconveniente: según iba pasando el verano se sentía cada vez más sola y echaba más de menos a sus compañeras, de modo que arrancaba la estaca y echaba a correr. Dada la falta de un recinto vallado, aquello significaba que, muy a menudo, los tres compradores, que generalmente la cuidaban juntos, tenían que tirar de ella y arrastrarla.

Como granjeros tal vez fuimos poco competentes, pero «Maryfarm» fue un hogar feliz aquel verano y muchos veranos más. ¡Qué repertorio tan variado de personas nos llegó! Había un hombre que había trabajado en un circo como forzudo, donde hacía un número en el que aguantaba sobre sus hombros una pirámide humana formada por una «troupe» de acróbatas rusos. En las noches de luna llena acostumbraba a bajar dando saltos mortales por la ladera de la colina situada detrás de la casa. Con ello asustaba de tal manera a John Griffin —que, convaleciente de una neumonía, había llegado del Bowery y dormía fuera, en el cobertizo de los vehículos— que siempre guardaba un hacha de las de partir carne debajo de la almohada, o al menos eso decía.

Un joven seminarista que había pasado el verano con

nosotros trajo media docena de cerditos. Eran muy graciosos, a pesar de que tenían la fea costumbre de escapar de su pocilga precisamente cuando estábamos rezando el rosario ante el pequeño altar que habíamos instalado en un jardín situado junto a la casa.

A pesar de nuestros errores, se hicieron muchas cosas. John Griffin, nada más recuperarse, instaló vallas y bancos rústicos a lo largo y ancho de la granja. John, uno de los marineros que llegó durante la huelga, llevaba ya tanto tiempo con nosotros que era conocido como «el granjero». Frank, que acababa de salir de Sing Sing, plantó lirios, rosales, pensamientos, zinias y petunias.

Aquí tardó bastante tiempo en declararse la guerra entre obreros e intelectuales. Los obreros no podían quejarse de que los intelectuales pasaran el tiempo sentados en los bancos, porque éstos siempre estaban ocupados por chicas que contaban cuentos a los niños o preparaban hortalizas. A veces escaseaba la comida, pero abundaban los debates. En verano, de manera especial, teníamos muchísimos estudiantes y profesores que venían a la granja para conocer las ideas de Peter Maurin. Eran tiempos de paz, y aunque los papas hablaban de la falacia del estado belicista en que vivíamos, no pensábamos que la perspectiva de una guerra fuera el gran problema del momento. Los temas como el paro y la supervivencia de la familia acaparaban nuestra atención.

Las opiniones expresadas posteriormente por quienes estuvieron en *«Maryfarm»* son tan esclarecedoras como contradictorias. En cierto momento nos visitaron estudiantes

de diez universidades de todo el país. Según hicieron notar, su recuerdo predominante era haberse estado alimentando de lechuga.

Un profesor, que actualmente trabaja para el Departamento de Estado, escribió en un largo y docto artículo para una revista sociológica diciendo que la granja le había parecido un fracaso para las familias, pero un éxito como refugio de marineros solteros. (Durante su estancia sólo teníamos tres hombres de la mar).

Un marinero describió así la vida en la granja:

«Cuando llegué, pensé que estaba en el cielo, al verme con todos aquellos sacerdotes, profesores, estudiantes universitarios y chicas guapas. Me había emborrachado en todos los puertos, pero no había pasado de los muelles. Todo marinero sueña con un pequeño trozo de tierra al que poder llamar suyo, una granja avícola a la que poder retirarse. Pero en el campo tiene miedo de estar solo. En el mar está acostumbrado a la compañía de los hombres que van en el barco con él. Por eso una comuna agrícola es para él la respuesta. Sí –terminaba diciendo con un suspiro–, pensaba que estaba en el cielo. Pero pronto comprobé que las personas son muy parecidas en todas partes».

No transcurrió mucho tiempo antes de que Jim Montague se casara y tuviera un par de hijos. Cuando tuvo el tercero, comparamos nuestro progreso con el crecimiento de una familia y empezamos a comprender que el camino para alcanzar nuestros ideales era lento, aún más lento que el

desarrollo de una criatura. Nosotros habríamos querido ver cómo aquellos ideales alcanzaban su plena madurez, al igual que los terneros y las cabras que contemplábamos encantados.

Uno a uno fuimos resolviendo nuestros problemas inmediatos. El primero fue el problema del agua. Un día de aquel primer verano llegó a la granja un taxista en paro con intención de quedarse una temporada. Estaba convencido de que tenía un don especial para encontrar agua y se pasó el primer día en la granja cavando frenéticamente. Jim no se enteró hasta el anochecer y entonces tuvo que decir al taxista que había estado cavando en la granja de al lado. Al día siguiente volvió a probar suerte con el mismo afán, pero en nuestra parcela. Esta vez su instinto no le engañó: encontró agua. Al año siguiente compramos la granja contigua, que tenía una preciosa fuente, con lo que quedó asegurado el suministro constante de agua. Nuestra situación en el plano alimentario también mejoró.

Teníamos cerdos, gallinas y una vaca. En nuestro huerto obteníamos una gran cantidad de productos. La gente iba y venía, pero en «Maryfarm» vivía una media de veinticinco personas. Cuando teníamos un retiro, el número de huéspedes aumentaba y había que darles de comer a todos. Peter estaba contento, pues veía que se estaba poniendo en práctica una de sus ideas más queridas.

En el espacio de pocos años, como resultado de nuestros textos acerca de «Maryfarm» y de la granja «Peter Maurin», en otros muchos lugares surgieron granjas comunitarias. No las recuerdo todas, pero entre las más notables estaban las granjas

de Aitkin, Minnesota; South Lyon, Michigan; Avon, Ohio; Upton, Massachusetts; Cuttingsville, Vermont; Oxford, Pennsylvania; y Newburgh, Nueva York.

No hubo nunca un momento en el que no viviera con nosotros un «amigo de la familia», como decía Dostoievski; alguien que llega mansamente como huésped temporal y se queda de manera permanente para terminar convirtiéndose en un tirano implacable en la casa. Uno de tales amigos de nuestra familia fue el viejo Maurice O'Connell, que llegó a los ochenta y cuatro años y pasó diez con nosotros en «Maryfarm».

Pocas semanas antes de su muerte, cuando llegó el sacerdote de la iglesia de San Bernardo para darle la extremaunción, Maurice dijo alegremente que la próxima vez que fuera a la ciudad le haría una visita. Es cierto que fue a la ciudad, pero su presencia no se debió a una visita, sino a una misa de réquiem por su alma, después de la cual fue depositado en una tumba del cementerio situado detrás de la iglesia de San José, en la ladera de una colina regada por un río. Era un día claro y primaveral, pero la tierra estaba dura. Los que le habíamos conocido durante aquellos diez años nos arrodillamos en el frío suelo, alrededor de la tumba recién excavada.

Cuando el ataúd era depositado en la fosa, pensé en O'Connell. Era un ataúd barato de color gris. Entonces me acordé de que el señor O'Connell había construido un ataúd para mí allá por el año 1940, pero nunca construyó otro para sí mismo. Pensé que debí haberle cedido el mío y pedir a Hans Tunneson, nuestro carpintero, que me hiciera otro. En el ataúd

que el señor O'Connell me había construido yo guardaba mantas y ropa de cama. Estaba acabado con el mismo barniz de color amarillo brillante que había utilizado en el altar, en el armario de la sacristía y en los bancos que había hecho para nuestra capilla. El armario para los utensilios del altar y los bancos que hizo para nosotros siguen en uso en la granja «Peter Maurín», en Staten Island, y allí seguirán muchos años más.

El señor O'Connell había construido una confortable casita para él transformando un viejo cobertizo donde se guardaban las herramientas. Allí vivió todo el tiempo que pasó con nosotros, excepto el último año de su vida, que se alojó en casa de una de las familias.

La casa construida por el señor O'Connell no era ni bonita ni imaginativa, sino práctica. Él nunca empleaba materiales de segunda mano, sino que, por el contrario, pedía madera de pino y clavos nuevos. Cubrió el techo y los costados con papel embreado, que era lo máximo que hacía en cualquier edificación, y no sólo por falta de materiales, sino también por falta de talento e iniciativa. En «Maryfarm», Easton, había más de una clase de pobreza.

También construyó una cabañita para mi hija, Tamar, que, tras años de ahorrar el dinero que recibía en Navidad y en su cumpleaños, había llegado a ochenta y cinco dólares. En aquel tiempo esa cantidad era suficiente para construir una diminuta cabaña con literas, estanterías, una mesa, una silla y un arca para guardar todo tipo de cosas. Yo habría deseado que la cabaña fuera más espaciosa, para que se pudiera utilizar en ella

algún tipo de calefacción. Pero, dadas sus dimensiones, incluso con la estufa más diminuta se calentaba tanto que resultaba insoportable. Aun así, el señor O'Connell se mantuvo inflexible: «La estoy haciendo tan pequeña que no podréis dormir más que Tamar y tú». Pero fueron otros los que durmieron en ella; concretamente, los huéspedes en tránsito y, a veces, los hombres de la granja. Posteriormente se le añadió un porche en forma escuadra, cuya capacidad permitía que durmieran en él hasta seis personas.

Después nos íbamos a acordar muy a menudo de lo mucho que el señor O'Connell había hecho por nosotros durante los años que vivió en Easton. Evidentemente, al principio otras personas trabajaron con él: John Filliger, por ejemplo; Jim Montague trabajó en la casa Buley; y Gerry Griffin y Austin Hughes le ayudaron a levantar la casa de Jim. No obstante, la verdad era que nadie podía trabajar mucho tiempo con O'Connell debido a su irascible carácter.

El problema es cómo comprender a las personas, cómo interpretarlas. San Pablo decía: «Si somos consolados, lo somos para consuelo vuestro». Por eso yo también escribo de las cosas como realmente son, para consuelo de otros, pues en este mundo muchos tienen que vivir con ancianos, con enfermos o con pecadores, a los que tienen que amar.

Es frecuente la acusación de no decir la verdad cuando sólo se puede decir parte de la verdad. A menudo escribo sobre el pasado, porque no puedo decir la verdad sobre el presente. Pero lo ocurrido en el pasado sirve perfectamente para el presente. Los principios permanecen; la verdad sigue siendo la

misma. Pero ¿cómo escribir honradamente sin caer en la caridad?

Como muchos ancianos, el señor O'Connell era tremendo. Había llegado de Irlanda hacía tantos años que afirmaba acordarse de cuando Canal Street no era una calle, sino un canal. Sus padres habían tenido veintiún hijos. Su padre era a la vez carpintero y atleta. Maurice le describía como un tipo alegre que destacaba en las hazañas de fuerza, contemplado siempre con indulgente admiración por su esposa. Según Maurice, su madre cuidaba personalmente de todos sus hijos, amasaba todo el pan que consumía la familia, hilaba y tejía, cuidaba de la casa y nunca dejó de cumplir sus obligaciones. Era verdaderamente la viva imagen de la mujer valerosa la que Maurice solía describirnos cuando alguna de las madres de nuestro entorno no era capaz de atender a sus hijos o no estaba a la altura de las circunstancias en algún otro aspecto.

Maurice era un antiguo soldado que había vestido muchos uniformes, puesto que había estado en Sudáfrica, la India y los Estados Unidos. ¿Por qué se quedó con nosotros? ¿Quién sabe? No quería tener nada que ver con pacifistas ni judíos ni negros. ¡Ni tampoco con la comunidad!

En opinión de san Benito, en todas las puertas de las ciudades debía haber un anciano bondadoso para recibir a los visitantes y dar ejemplo de hospitalidad acogiéndolos como a otros tantos Cristos.

Como su pequeña cabaña estaba junto a la entrada de la granja, a Maurice no se le escapaba ningún visitante. Pero



¡menuda bienvenida la suya...! Si el visitante era un andrajoso, le insultaba a voz en grito; si estaba bien vestido, era más amable. Tenía muchas historias que contar a las personas que acudían a visitar a sus seres queridos. Dado que era un hombre poco refinado, definía a los integrantes de lo que pretendía ser una comuna agrícola como «¡ladrones, borrachos y gandules!». Y si alguno de los que vivían en la granja mostraba alguna habilidad, le soltaba con desprecio: «¿En qué cárcel lo aprendiste?». A un hombre que, después de haber vivido un año con nosotros, se había hecho católico, le saludaba con insultos y mofas cada vez que pasaba por delante de la cabaña. «¡Renegado –le gritaba–, has cambiado de religión por un plato de sopa!».

Era un hombre siempre dispuesto a usar sus puños; sólo la edad le protegía. Una vez, enfurecido con una mujer que trataba de convencerle de que debía adoptar una actitud mental más participativa, dio un puñetazo a un árbol y se hirió en los nudillos. Sí, el señor O'Connell se convertía en un hombre violento y colérico en cuanto alguien no estaba de acuerdo con él.

El primer invierno empezamos nuestra casa de retiros; tres hombres de la granja repararon el techo del granero con madera de segunda mano. Tuvieron que hacer el trabajo con las herramientas que pudieron conseguir por su cuenta, porque en aquellos tiempos el señor O'Connell, que ya llevaba nueve años entre nosotros, guardaba todas las herramientas en su cabaña, donde las vigilaba con escopeta.

Aquel invierno, en el que Peter Maurin, el padre Roy y los

demás hombres tenían un dormitorio en el granero, el señor O'Connell se puso enfermo, y le convencieron de que se trasladara al granero para poder atenderle. Allí estaba caliente y cómodo, le llevaban la comida en bandeja y pronto recuperó su vigor. Decidido a permanecer durante los meses fríos, se instaló cómodamente junto a la enorme y panzuda estufa. Un extremo del granero era la capilla, separada por cortinas de la parte central, donde se encontraban la estufa, los bancos, las sillas y las estanterías de libros. Peter y el señor O'Connell permanecían sentados en silencio horas y horas; el segundo con su pipa y un libro, Peter inmóvil, con la barbilla hundida en un grueso suéter que le cubría casi por completo.

El señor O'Connell era un gran lector de historia, pero resultaba difícil entenderle cuando trataba de hacer una disertación, especialmente si, como de costumbre, se le salían los dientes (él se negaba a llamarlos «dentadura postiza»). Por aquel entonces tuvimos unos meses difíciles, especialmente por la mañana, cuando cantábamos la misa gregoriana, lo que hacíamos cada día a las siete, y no era del agrado del señor O'Connell, acostumbrado a dormir hasta las diez o las once.

Durante la cuaresma de aquel año leímos los sermones de Newman en las comidas. Nunca supimos si a Maurice no le gustaba Newman por ser inglés o por ser un converso, o si pensaba que la lectura iba dirigida a él. En cualquier caso, acostumbraba a abandonar la mesa muy enojado. Stanley, que leía para nosotros, siempre se había llevado bien con él (nunca había tenido que trabajar a su lado), pero tenía la costumbre de decir durante la lectura: «Esto es para Hans»; «Esto es para Dorothy». El señor O'Connell consideró que la lectura iba

dirigida a él y no aguantó más. Volvió a instalarse en su cabaña, donde le llevaban la comida en una bandeja. No obstante, cuando llegó la primavera, empezó a ir a la cocina y a servirse personalmente.

Durante la primavera y el verano llegaron a la granja muchas personas para participar en los retiros, y el señor O'Connell empezó a decirles que no le dábamos de comer ni le vestíamos. La realidad era que respetábamos su aversión a los platos complicados. En la tienda tenía una cuenta permanente de huevos, queso, leche, pan, margarina y sopa enlatada, sin hablar de los alimentos existentes en las estanterías de nuestra cocina, a los que Maurice, como cualquier otro, podía acceder libremente.

Los amigos que llegaban para participar en los retiros lo hacían con un corazón generoso, anhelante de dar a los pobres, de alimentar a los hambrientos y de vestir a los desnudos. Maurice recibía muchos obsequios y muchos paquetes de ropa.

Es maravilloso —me decía a mí misma con frecuencia— que la gente tenga un corazón tan caritativo, pero ¿qué van a pensar estas personas de nosotros si no deja de acusarnos de no ocuparnos de él? Estoy segura de que no tenían muy buena opinión. En mi agenda encuentro estos pequeños apuntes de aquel tiempo: «¿Por qué M. tiene que tener seis pares de zapatos y una docena de mudas cuando otros, por ejemplo Peter, no tienen nada? ¿Está bien permitir que Maurice se lleve todas las herramientas, que probablemente luego vende para poder beber? ¿Dónde empieza y dónde termina la locura de la cruz? Sé que el amor atañe a la voluntad, pero ¿dónde queda el

sentido común? El padre Roy está plenamente a favor del sinsentido».

El padre Roy tenía razón, claro está. «Una comunidad de cristianos se distingue por el amor que se tienen los unos a los otros. ¡Ved cómo se aman!».

«Nadie puede decirlo de nosotros», me lamenté.

«Si quieres crecer en amor –solía decir el padre Roy–, en amor sobrenatural, tienes que podar todo amor natural como se poda la vid. Puede no parecer que ahí hay amor, pero ten fe».

A nosotros nos estaban podando en toda regla. Y no sólo a través del señor O'Connell, sino por todos lados. Poniéndolo en el plano más natural, cabe preguntarse hasta qué punto nuestros «embajadores» (aquellos a los que ayudamos) están seguros de que creemos en lo que decimos: que todos los seres humanos son hermanos, que somos una familia, que creemos en el amor, no en el uso de la fuerza, que no los abandonaremos por duro que nos resulte. Si ellos se comportan «con toda naturalidad», sin servilismo, llegando incluso al extremo de mostrar encono y odio, tal comportamiento debe entenderse como una gran victoria. Nosotros creemos en una colaboración *voluntaria*. En estos temas, nuestra fe tiene que pasar por la prueba de fuego.

Y entonces miraba a Maurice con agradecimiento y piedad, pues pensaba que Dios le había elegido para que nos transmitiera esas lecciones. Era como si él fuera el chivo expiatorio que cargaba con los pecados de ingratitud, odio,

maldad y suspicacia destinados al resto de nosotros; todo reunido en un anciano irreductible.

Por otra parte, prosiguiendo el examen de esos subterfugios, ¿qué decir de esa táctica de dejar que un miembro de la comunidad se lleve las cosas? ¿No hay una inmensa hipocresía en esa piedad que pretende construir la propia santidad a expensas de la culpa de otra persona? Qué odiosa es esa costumbre de poner la otra mejilla, de invitar a nuestro prójimo a ser un ladrón o un asesino potencial para que nosotros podamos crecer en gracia. En tal caso, personalmente preferiría ser quien golpea antes que el sumiso golpeado. Casi preferiría ser pecadora a santa a expensas de un pecador. Sí, en cierto sentido tenemos que salvamos todos juntos.

El padre Louis Fariña fue quien, finalmente, me respondió esas preguntas. Y el padre Yves de Montcheuil, que murió mártir a manos de los hombres de la Gestapo, porque creía que merece la pena morir por unos ideales. El padre Fariña dice que la única influencia auténtica que ejercemos en las personas es la que se ejerce a través del amor sobrenatural. Esa santidad, que no es una piedad perniciosa, afecta a los demás de tal modo que los puede salvar. Aunque *parezca* que contribuimos a aumentar la culpa de otras personas (y muchas veces se nos ha acusado de ello), a través de la gracia de Dios podemos hacer por ellas lo que el cumplimiento de la ley no puede hacer, lo que el sentido común no puede conseguir. El padre Fariña ensalza el amor en todas sus conferencias y subraya las penalidades que hay que atravesar para alcanzarlo.

El padre de Montcheuil escribió magníficamente sobre la

libertad, ese inmenso don de Dios que desea que le amemos libremente y anhela ese amor con tanta intensidad que entregó a su Hijo unigénito por nosotros. Amor y libertad son palabras nobles y solemnes. Pero nosotros aprendemos acerca de ellas y crecen en nosotros de esas pequeñas maneras que estoy describiendo: a través de la comunidad, a través de experiencias que desgarran el corazón y abrasan el alma, pero también a través de las experiencias gozosas que nos proporciona vivir juntos.

Y así creo firmemente que Maurice O'Connell, además de ser un amigo bondadoso que fabricó los muebles de nuestra capilla y algunas viviendas para nuestras familias y que se sentaba a dar de comer a los pájaros y hablar amablemente con los niños en los soleados escalones que había delante de su casita, fue un instrumento elegido por Dios para hacernos crecer en sabiduría, fe y amor.

Al final Dios le premió. Cuando recibió ese magnífico sacramento de la Iglesia que es la extremaunción, estaba plenamente consciente; permaneció rodeado de niños hasta el último momento y, ya en la tumba, tuvo las oraciones de sus bondadosos amigos. Consiguió lo mismo que los papas y los reyes reciben de manos de la Iglesia: un entierro cristiano en tierra consagrada. Descanse en paz.

## V. LOS AÑOS DE LA GUERRA

Aunque los años de la guerra fueron tiempos difíciles para todas las casas de acogida, y la nuestra no fue una excepción, en Mott Street conseguimos superarlos. Nuestra postura pacifista no facilitó las cosas. En cierta ocasión llegamos a insertar en *The Catholic Worker* un recuadro animando a los jóvenes a no responder a su llamamiento a filas. Evidentemente, se consideró que habíamos ido demasiado lejos, así que me llamaron de la cancillería del obispado y me dijeron: «Dorothy, tienes que retractarte». Yo no estaba muy segura de lo que aquello significaba, pero asentí, pues comprendí que nadie debe decir a los demás lo que tienen que hacer en tales circunstancias. Nosotros teníamos que seguir el dictado de nuestra conciencia, actitud que después nos llevó a la cárcel, pero nuestra labor al publicar un periódico consistía en intentar despertar la conciencia ajena, no en recomendar una acción para la que la gente no estaba preparada.

Nuestro «esfuerzo bélico», por utilizar el término al uso, consistió principalmente en proporcionar alojamiento a los hombres de la marina mercante.

Muchos de los que llegaban a tierra eran sorprendidos por ladrones que, aparentando amistad, los emborrachaban y luego les robaban todo lo que tenían, incluso sus ropas. Se sabía que

los marineros recibían cuantiosas bonificaciones por navegar en aguas infestadas de minas, y los chacales los estaban esperando. Los marineros, llevados exclusivamente por el deseo de divertirse, no parecían ver lo peligroso que podía ser moverse por el puerto de Nueva York y el Bowery.

Siempre me ha entristecido comprobar la facilidad con que los seres humanos pueden perder su dignidad cuando están completamente derrotados. Como miembros de un grupo, como sindicalistas en huelga, podían soportar la pobreza y las privaciones, pero tener que hacer cola con los indigentes o acudir a un centro asistencial para cubrir sus necesidades más perentorias les hacía sentirse profundamente humillados. Por esta razón, nosotros nunca les hacíamos preguntas, nunca comprobábamos si habían recibido ayuda de otras instituciones. Sólo tratábamos de satisfacer sus necesidades más inmediatas, sin realizar indagaciones, y hacer que se sintieran como en casa; de ese modo tratábamos de ayudarlos a recuperar en cierta medida su autoestima. A algunos dejamos de verlos según fue avanzando la guerra. De uno de ellos supimos que iba en un submarino que fue torpedeado, y el pobre murió en un bote después de soportar durante varios días la tortura del hambre y la sed.

Para que la casa pudiera seguir funcionando, nos habíamos quedado únicamente con los que estaban demasiado enfermos o eran demasiado viejos para que los llamaran a filas o los enviaran a los campos destinados a los objetores de conciencia. Para agravar la situación, Peter cayó enfermo, y había que cuidar de él como de un niño. Pero en aquel período de prueba tuvimos un auténtico baluarte en la persona de un amigo



corpulento y reposado que se llamaba David Masón. Había sido corrector de pruebas en un periódico de Filadelfia y había acudido a nosotros cuando, a causa de la guerra, se cerró la casa de acogida de esa ciudad, que él había dirigido hasta el final. David se ocupaba de cocinar y de llevar la casa. Después, a medida que fuimos quedándonos sin hombres más jóvenes y activos, asumió la tarea de sacar el periódico. Para él ninguna crisis era invencible, y la verdad es que pasábamos por muchas.

Un día llegaron dos agentes del FBI y preguntaron por él. Un hombre mayor que se pasaba el día sentado y escuchando música en la radio les indicó amablemente que la cocina estaba en la primera planta. Subieron y encontraron a David que, con un gran delantal de mujer, estaba haciendo gelatina de fruta para la cena. Entonces supimos que, aunque ya tenía cuarenta y cinco años y le faltaban unos meses para superar la edad de movilización, ni siquiera se había tomado la molestia de inscribirse como objetor de conciencia.

Los agentes del FBI le detuvieron y le llevaron a un centro de West Street. El hecho de que le encerraran no supuso ninguna contrariedad para él, pues llevaba mucho tiempo deseando verse libre de responsabilidades para poder dedicarse a escribir una novela, pergeñada desde hacía mucho tiempo, que era lo que realmente le apetecía. Su único reproche tenía que ver con la gelatina que, según sus palabras, tenía la consistencia de una pelota de goma. Cuando se vio su caso, el juez le puso inmediatamente en libertad. Así, para alivio y alegría de todos nosotros, después de una semana de ausencia, David volvió a cocinar, escribir, corregir el periódico y, en sus ratos libres, inventar. (En aquella época estaba tratando de construir una

máquina de escribir en chino, actividad que arrancaba gritos de ira a los indigentes, que se quejaban de que con sus inventos David ocupaba un espacio en el que podían alojarse tres hombres).

Otras casas de acogida también tenían problemas, como lo prueba esta carta que he encontrado recientemente en mis archivos:

«Me he enterado de que se ha cerrado la casa de Milwaukee. Sé que la decisión se tomó después de muchas plegarias y mucha angustia mental. Las chicas que están allí han pasado últimamente muchas penalidades. [Los hombres habían sido movilizados o habían ido a campos para objetores de conciencia]... intentando hacer lo que es justo y sin ver las cosas con claridad...

Todo esto suena muy duro y lo escribo con el corazón apenado. Algo que otros y yo teníamos presiento que ha desaparecido para siempre. ¡Maldita guerra! ¡Maldito pacifismo y malditas armas! Creo que echo en falta la paz y la tranquilidad del orden dentro del C. W., más que la paz de Munich, que desapareció con Munich. Desapareció en un determinado momento y ahora –al menos en ciertos círculos– la reemplazan la incertidumbre y la confusión. Uno de los aspectos más tristes de todo el tema es saber que no hay vuelta atrás –todo ha terminado– al calor y la comprensión de los que en otro tiempo disfrutamos juntos. El desacuerdo profundo es un muro entre las personas, y cada vez se hace más alto.

¡Cuánto deseo que no seas una hereje! Y a veces, ¡cuánto deseo serlo yo! Pero estar de acuerdo contigo significa separarme de un mundo mucho mayor, y ésa es una pena que tú debes conocer bien, de modo que, en comparación, mi angustia por la separación es insignificante.

Por favor, reza por mí, y no lo digo como una frase socorrida o piadosa para terminar una carta. Necesito un poco de tu fortaleza espiritual. Uno a uno, los chicos se han ido. Primero Jim y, esta mañana, Tom. Ahora, yo, que tenía que haber sido el primero, soy el último. Habrá un mundo nuevo con el que enfrentarse: nuevas actitudes, nuevos puntos de vista. Si pudiera llevarme conmigo el C. W., no me sentiría tan desalentado; pero no puedo».

Las cartas como ésta –notificaciones del cierre de otras casas– eran un peso que oprimía nuestros corazones.

Pero en nuestra vida no todo era negro. Teníamos una amplísima gama de visitantes, y los relatos con que acostumbraban a iluminar las horas suscitaban montones de risas.

Recuerdo de manera especial al doctor Koiransky, uno de nuestros amigos rusos que siempre estaba dispuesto a cuidar de nuestros enfermos. Además, le gustaba explicar que iba con su amigo Irinar Dzarjevsky a casa de Salama, ruso como ellos, que vivía cerca de Delawere Water Gap. Allí los tres exiliados habían izado un coche viejo hasta la copa de un árbol y así tenían una cabaña donde podían hablar y beber vodka durante horas y horas, a salvo de sus mujeres. Me imagino el jolgorio

que debían de organizar cuando se ponían a cantar al tiempo que se pasaban la botella de uno a otro. Irinar era el *basso profundo*, como él mismo decía, y Salama el tenor.

A pesar del racionamiento, seguimos sirviendo café (con azúcar) y estofado (con carne), aunque muchos artículos eran difíciles de encontrar. Apenas si teníamos dinero suficiente para seguir adelante y no contábamos con ingresos adicionales. Cualquier agresión a nuestros fondos podía resultar trágica, como el incidente de Gerry Shaughnessy y el barril de vino.

Todos los otoños, el olor de la uva y el vino en fermentación inundaba el vecindario, de la misma manera que el olor de las hojas que se queman marca dicha estación en los barrios residenciales. Gerry no pudo soportar el tentador aroma. Entró en el sótano de la casa contigua y perforó un gran barril de vino que nuestros vecinos italianos guardaban. Se sentó junto a él y estuvo bebiendo hasta que se quedó dormido, pero el vino siguió goteando lentamente y terminó por cubrir el suelo. A la postre, nosotros, benefactores de pobres indignos, tuvimos que pagar aquella juerga que nadie compartió y de la que sólo Gerry disfrutó.

A finales de los años treinta y principios de los años de la guerra, tocó a su fin el período de crecimiento y expansión de las casas de acogida. Una de las razones del fenómeno fue la pérdida de colaboradores por la llamada a filas y el ingreso en campos para objetores de conciencia.

En realidad, esos campos –llamados Campos de Servicios Públicos Civiles– fueron iniciados por los cuáqueros, los

menonitas y los brethren (iglesia de los hermanos), las iglesias pacifistas tradicionales. Querían demostrar al gobierno que le respaldaban, pero en «segunda línea», como ellos decían, y propusieron prestar servicios civiles en lugar de servicio de armas. En tiempos de la gran crisis económica, los antiguos campos del Cuerpo de Conservación Civil habían sido utilizados para dar trabajo a los jóvenes y adolescentes que no tenían empleo y que realizaron una encomiable labor plantando, reforestando, combatiendo fuegos, etcétera. Los edificios de aquellos campos seguían en pie, y las iglesias pacifistas los recibieron del gobierno. Los que trabajaban en ellos debían pagar treinta y cinco dólares al mes por la manutención y el alojamiento, estaban recluidos en los campos y trabajaban para el gobierno en actividades no relacionadas directamente con la guerra.

Dwight Larrowe, Joe Zarrella y algunos otros opinaban que debíamos tener campos para católicos, y por ese motivo nos hicimos cargo de uno situado en Stoddard, New Hampshire. Al principio los muchachos cocinaban para ellos. Después, Edna Hower, una auténtica ama de casa de Nueva Inglaterra a la que yo había conocido cuando regentaba una librería en la costa occidental, se ofreció para cocinar durante un año. Entonces empezó la era de la empanada de manzana, el pastel de manzana, la fritura de manzana, la compota de manzana y la tarta de manzana. El campo estaba en medio de un manzanal, y allí no se desperdiciaba nada, hasta el punto de que, por la noche, los muchachos troceaban las manzanas para secarlas y asegurarse así largo tiempo su ración diaria de tarta de manzana.

Edna tenía un cerdito que le había regalado un granjero vecino suyo. Al principio, el animalito acostumbraba a corretear por la cocina y olisquear los pies de todos. Al cabo de unos meses era ya un animal enorme a punto para ser sacrificado. Evidentemente, los hombres recibían carne en la comida, pero nunca dos o tres veces al día. En New Hampshire había dos campos, y el obispo Peterson se mostraba muy amable con nosotros y nos ayudaba de vez en cuando. Pero el ejército no tenía una opinión tan favorable del campo. Al parecer, lo que preocupaba a los mandos era que no hubiera carne en las comidas. Los dos campos fueron clausurados, y los muchachos fueron enviados a otros repartidos por todo el país. Algunos empezaron a trabajar en hospitales como practicantes, enfermeros y anestelistas; otros en clínicas psiquiátricas y residencias para deficientes mentales. Además de no cobrar, todos ellos tenían que pagarse la manutención.

Fueron cuatro largos y duros años en los que a veces tenían que trabajar hasta doce horas diarias. Quizá por eso procuraban dejar los días libres para pasarlos todos juntos a final de mes en una ciudad próxima. No tenían sueldo ni honores y, durante el primer año, ni siquiera tenían comida suficiente.

**SEGUNDA PARTE**

**POBREZA Y PRECARIEDAD**

## VI. LOS ROSTROS DE LA POBREZA

La pobreza es extraña y elusiva. Hace treinta años que intento escribir sobre ella, sobre sus alegrías y sus tristezas, y probablemente podría seguir escribiendo otros treinta sin transmitir como me gustaría los sentimientos que suscita en mí. Condeno la pobreza y la recomiendo; la pobreza es a la vez simple y compleja; es un fenómeno social y un asunto personal. La pobreza es una realidad huidiza y paradójica.

Si tenemos necesidad de pensar y escribir constantemente sobre ella, es porque, si no estamos entre sus víctimas, su realidad se desvanece y se aleja de nosotros. Tenemos que hablar de la pobreza porque las personas, aisladas por su propia comodidad, dejan de verla. Así, muchas buenas almas que nos visitan nos explican que se criaron en la pobreza, pero que, gracias al duro trabajo y a la ayuda mutua, sus padres consiguieron pagar los estudios de todos los hijos, incluso dar sacerdotes y monjas a la Iglesia. Sostienen que las costumbres sanas y una situación familiar estable permiten escapar de la pobreza, por humilde que sea el entorno en que se ve uno obligado a vivir. Ésta es una teoría al uso, pero entonces ¿por qué no le funciona a todo el mundo? Pues, sencillamente, porque quienes la enuncian no saben nada de los pobres. Su concepto de la pobreza es tan pulcro y está tan pulcramente ordenado como la celda de una monja.



La pobreza tiene muchos rostros. Una persona puede ser pobre, por ejemplo, en espacio. El mes pasado estuve hablando con un hombre que vive en un piso de cuatro habitaciones con su mujer, cuatro hijos y varios parientes. Tiene un empleo estable y puede mantener a su familia, pero es pobre en luz, en aire y en espacio. Todos sabemos lo que esto puede significar. En una ocasión, en la granja «Peter Maurin» nos encontramos con que el dormitorio de las mujeres estaba tan atestado que cuando llegaba alguien más tenía que instalarse en medio de la habitación.

Luego están quienes viven en condiciones económicas aparentemente aceptables, pero siempre al borde del desastre. Durante una visita que hice a Georgia y Carolina del Sur vi los campos de caravanas que hay a las afueras de Augusta, cerca de la planta de bombas de hidrógeno. Las familias de los obreros de la construcción que viven en continuo movimiento constituyen una parte considerable de nuestra gran población migratoria. Es posible que posean caravanas confortables, pero son pobres en las cosas físicas necesarias para llevar una vida adecuada. Aunque los sueldos sean muy altos, una enfermedad repentina y una acumulación de facturas del médico y del hospital, por ejemplo, pueden significar una caída, igualmente repentina, en la indigencia. Todo el mundo se estremece de tal modo ante la idea de la inseguridad que muchas personas, presas del miedo, sucumben mental y físicamente a su presión y terminan inundando los hospitales de todo el país. Ésa es, ciertamente, otra cara de la pobreza.

El comerciante que cuenta sus beneficios en centavos y el millonario, con sus asesores expertos en rentabilidad, han

aprendido a amasar riqueza. Según ellos, si una persona sigue su ejemplo, siempre que esté sana mental y corporalmente, no tiene por qué ser pobre hoy en día. Pero eso no impide que todas las casas de acogida sigan llenas. Las familias nos dirigen cartas conmovedoras pidiéndonos ayuda, y a nosotros nos gustaría tener más espacio.

Más evidente y conocida es la pobreza de los barrios bajos. Nosotros vivimos en uno de ellos, que cada día está más poblado debido a la llegada de puertorriqueños, que tienen los peores sueldos de la ciudad y realizan los trabajos más duros y serviles. Han estado mal alimentados durante generaciones de explotación y miseria. Antes solíamos tener problemas a la hora de repartir las ropas de tallas pequeñas que llegaban a «The Catholic Worker». Los que comen carne y ensalada y se mantienen esbeltos nos entregan ropas, y Anne Marie, que se ocupa de esta sección, acostumbraba a decir: «¿Por qué los que están gordos son siempre pobres? Nunca tenemos suficientes ropas que les vayan bien». Es posible que algunos de los pobres que acuden a nosotros estén gordos por las féculas que comen, pero los pobres puertorriqueños están delgados. De hecho, ahora las ropas de la casa de San José encuentran más fácilmente nuevos usuarios.

Los puertorriqueños sufren carencias no sólo en alimentación y ropa de vestir, sino también en vivienda. Sus familias se hacían en casas oscuras, plagadas de parásitos. Pero este problema no afecta sólo a los puertorriqueños, ni mucho menos. En esta era de prosperidad proclamada a los cuatro vientos, la vivienda, una necesidad básica, es lo más difícil de encontrar en la ciudad. En 1933, cuando empezó su

actividad «The Catholic Worker», se podían encontrar todos los pisos que se quisiera. Cualquier persona podía tener un hogar en las «viviendas de renta antigua», que, después de todo, tenían agua y un lavabo y podían calentarse perfectamente con estufas de gas o de leña. (En muchas ocasiones, aquel calor era más satisfactorio que el de la calefacción por vapor, que se extinguía demasiado pronto de noche o, por el contrario, se dejaba sentir en días calurosos de primavera y otoño).

Pero la reforma de las viviendas ha comportado el cierre de los edificios viejos, no su reparación y adecuación para que puedan ser ocupados, mientras que las viviendas construidas no han sido suficientes para alojar a las familias desahuciadas. Los albergues municipales están llenos de familias y de hombres solos que no tienen trabajo o están de paso. Las viviendas de renta antigua que subsisten están más abarrotadas que nunca por haber sido derribadas muchas de ellas.

Años atrás no resultaba difícil encontrar un piso de alquiler, aunque la familia tuviera cinco hijos. Ahora es muy diferente. La mayor parte de las familias jóvenes que nosotros conocemos hoy en Nueva York han tenido que «comprar» un piso o una casa pidiendo un préstamo a un banco, o bien recurriendo a los beneficios proporcionados por el «G. I. Bill of Rights», o a familiares o amigos. En algunos casos, las familias, en un gesto de terca abnegación, deciden prescindir de todo lo que no es esencial hasta que consiguen ahorrar el dinero para comprarlo. El hecho es que ya no somos una nación de propietarios de casas y arrendatarios de pisos, sino una nación de personas que tienen deudas e hipotecas, y estamos esclavizados por éstas y

por la compra a plazos hasta tal punto que las familias viven ciertamente en la pobreza, sólo que es una pobreza con otro rostro.

Cuando escribo tengo ante mí una imagen de san Vicente de Paúl obra de Fritz Eichenberg, un cuáquero que realiza los grabados en madera para *The Catholic Worker*. El santo tiene en sus brazos a un niño rollizo, mientras otro niño, delgado y pálido, se aferra a él. Sí, los pobres siempre estarán con nosotros –lo dijo Nuestro Señor– y siempre será necesario que compartamos lo nuestro, que nos privemos de algo para ayudar a otros. Es, y será siempre, una labor constante. Pero estoy convencida de que Dios no pretendió que hubiera tantos pobres. La lucha de clases depende de lo que nosotros, no él, hagamos y consintamos, y está claro que debemos hacer lo que esté en nuestras manos para cambiar el mundo. Por eso en *The Catholic Worker* impulsamos medidas como la creación de sindicatos y cooperativas crediticias, asociaciones de ayuda mutua y comunas agrícolas, así como la realización de reformas agrarias voluntarias.

¡Tantos pecados contra los pobres claman al cielo! Uno de los pecados más graves es privar al trabajador de su salario. Otro pecado es inculcarle deseos viles, pero tan compulsivos que quiera vender su libertad y su honor para satisfacerlos. Todos somos culpables de concupiscencia, pero los periódicos, la radio, la televisión y legiones de publicistas (desgraciada generación) estimulan deliberadamente nuestros deseos, cuya satisfacción a menudo significa el deterioro de las condiciones de vida de la familia. Tenemos que hacer todo lo posible para combatir estos males sociales tan difundidos atacando sus

causas. Pero por encima de todo debemos tener presente que la responsabilidad es siempre personal. El mensaje que se nos ha encomendado procede de la cruz.

En nuestro país nos hemos rebelado contra la pobreza y el hambre en el mundo. Nuestra respuesta ha sido típicamente norteamericana: hemos intentado poner todo en orden, construir asilos y hospitales mejores y más grandes. Aquí, loado sea Dios, la miseria va a ser tratada de una manera más eficaz y ordenada. Sí; nosotros hemos intentado hacer mucho, mientras el Estado asumía más y más responsabilidades en la atención a los pobres. Pero la caridad tiene estrictamente la fuerza de quienes la administran. Cuando las ropas de cama no pueden ser revueltas por los miembros deformados por la vejez, y las mesitas de noche no contienen la mísera barahúnda de quienes tratan de crear un hogar en torno a sí con sus escasas pertenencias, sabemos que no estamos atendiendo como debemos a nuestros semejantes.

## VII. HUMILLADOS Y OFENDIDOS

La semana pasada, cuando pasaba por una librería de viejo de la Cuarta Avenida, me detuve a curiosear y encontré un antiguo y maltrecho ejemplar de *Humillados y ofendidos*, obra de Dostoievski que no había leído desde hacía muchos años. Costaba sólo veinticinco centavos, así que lo compré y aquella misma noche empecé a leerlo.

Es la historia de un autor joven, que podría ser el propio Dostoievski. Explica el éxito de su primer libro y cuenta que se lo lee a su padre adoptivo, que dice: «Es simplemente un pequeño relato, pero te llega al corazón. Lo que ocurre a tu alrededor se hace más fácil de entender y recordar, y aprendes que el hombre más oprimido, más humilde, es también un hombre y un hermano». Cuando leía estas palabras pensé: «Por eso escribo yo».

Y por eso voy a relatar la historia que viene a continuación, la historia de Felicia.

Se presentó una tarde en la casa de San José a ver si teníamos ropa. Necesitaba un abrigo para ella y algunas cosas para sus hijos pequeños. Felicia, a quien conocemos desde hace ya varios años, es una chica puertorriqueña de color. Tiene, como su marido, veintidós años, es alta y sería muy guapa si no

fuera por la falta de los dos dientes delanteros. Se vio obligada a hacerse adulta muy pronto, pues tuvo su primer hijo, extramatrimonial, a los catorce años. En el hospital mintió al decir su edad y, cuando salió, unos amigos la acogieron junto con su hijito. Durante los dos primeros años pudo tenerle consigo, pero después perdió su empleo y tuvo que separarse de él. Afortunadamente, cuando se casó y tuvo dos hijos más, lo recuperó.

Cuando la conocimos, Felicia había pasado ya muchas penalidades. Poco después de tener el segundo hijo, su marido perdió dos dedos de la mano en el taller donde trabajaba y su madre accedió a acogerle a él y al bebé, pero no a Felicia, pues siempre se había opuesto al matrimonio y ya tenía en casa ocho personas. Ocho personas en cuatro habitaciones. Felicia dormía en el zaguán. Entonces fue cuando la conocimos. Como estaba otra vez embarazada, vino a la granja «Peter Maurin» a pasar unos días. Después su marido mejoró y encontró otro trabajo, y juntos alquilaron un apartamento en Eldridge Street. Era espantoso, infame. El enlucido se desprendía de las paredes; los servicios, situados en los vestíbulos, estaban continuamente estropeados, y las escaleras olían a demonios. Según nos ha dicho, el apartamento que ocupa ahora es mucho mejor. Su hijo mayor ya tiene siete años. Los otros, un año y medio y dos años y medio, y ambos andan ya. Ahora que es ama de casa y dispone de un piso, Felicia tiene un cierto sentido de *su* dignidad.

La otra tarde, Felicia estuvo charla que te charla y al final se quedó a cenar —teníamos albóndigas y espaguetis—; después se sintió mal, hasta el punto de casi no poder volver a casa.

«Parece que no me va nada bien comer –dijo–. Cuando como me siento tan pesada que luego no puedo andar».

«Pero tu marido ha estado cuidando de los niños durante toda la tarde –comenté en tono de protesta–, ¡Es mejor que te vayas a casa!».

Entonces se puso de manifiesto que, en realidad, el niño de siete años era quien cuidaba de los pequeños. «Y han cortado el gas y la electricidad del piso –exclamó alguien–. Hay una estufa de petróleo. Esa es la única calefacción que tienen las criaturas...».

Horrorizados, la enviamos a casa acompañada de una persona que llevaba su paquete de ropas. Antes le pregunté si necesitaba alguna cosa más, y ella no mencionó ni alimentos ni dinero ni más ropa, sino que miró con expresión melancólica la radio que había en la habitación y dijo tímidamente que le gustaría tener una si fuera posible. «Hay que estar tanto tiempo en casa con los niños... –exclamó–. Me gustaría ayudar a mi marido. Sólo cobra treinta y cinco dólares a la semana como mensajero, y quiero trabajar. Pero no hay guarderías que acepten niños de menos de tres años. Con Tony no hay problema, va a la escuela».

Aquella misma semana alguien nos dio una radio, y una mañana fría y soleada se la llevamos a Felicia, que había ido con sus hijos a casa del portero en busca de un poco de calor. La portera no tenía reparo en acoger a dos niños más. Había tenido doce hijos, y ocho vivían aún con ella. Como varios estaban en la escuela, había espacio suficiente para que media



docena de críos corretearan por la cocina y la sala de estar. De vez en cuando uno de ellos se quedaba dormido en el suelo o en la cama –había camas por todas partes–, y los demás seguían jugando a su alrededor. Tal vez no hacían mucho ruido, porque no comían mucho. Pero los pobres son así. Siempre hay espacio, siempre hay suficiente para uno más; basta con que cada cual tenga un poco menos.

Los niños permanecieron abajo mientras nosotras subíamos al piso de Felicia llevando la radio. Habíamos olvidado que no tenía electricidad, pero aquí vimos de nuevo la generosidad de la portera. Su marido había tendido un cable desde su piso hasta la cocina de Felicia, a través del respiradero. Con un enchufe doble pudimos conectar el aparato y comprobamos que funcionaba.

Nos sentamos a hablar un poco, y en la quietud de su pequeño y desnudo pisito me contó la historia de sus muebles.

«Voy a contaros cómo conseguí este sitio –dijo Felicia–. Ya sabéis que a la gente no le gusta alquilar un piso a los puertorriqueños. Por eso tenemos que dar miles de vueltas para encontrar un sitio en que vivir. Esta casa tiene italianos y judíos, y nosotros somos los primeros puertorriqueños. El edificio está destrozado, como puedes ver, y nadie se preocupa de nada mientras uno pague el alquiler. Cada piso paga veintiocho dólares al mes. Hay cuatro en cada planta, y la casa tiene siete plantas. Yo he tenido suerte, vivo en la tercera planta con los niños. Bueno, el caso es que en el edificio vivía una mujer, y cuando yo estaba en Eldridge Street, en aquel piso de dos habitaciones, me habló de este sitio. Estábamos

desesperados. El agua estaba helada y el retrete atascado, teníamos que trasladarnos. La mujer me dijo: “En la casa donde yo vivo hay un piso vacío. Unos amigos míos que vivían en él se han mudado. Los muebles que hay en el piso son míos, si me los compras, el piso es tuyo. Veintitrés dólares a la semana”.

»Mi marido ganaba entonces treinta y cinco a la semana, y aquí íbamos a tener que pagar veintitrés. Bueno, nos teníamos que mudar, no había más remedio. Firmamos un papel –esto fue en junio pasado– y nos vinimos. Desde junio hasta el 17 de diciembre le pagábamos a la mujer veintitrés dólares a la semana. Y ella pagaba el alquiler».

Felicia se levantó de la silla que estaba junto a la mesa de cocina (la mesa y cuatro sillas eran los únicos muebles de la habitación), tomó una caja llena de papeles y baratijas que había en un anaquel y empezó a revisar los papeles. «Éstos son mis recibos para la imagen de la Virgen; cotizas cada semana hasta que has pagado trece dólares y treinta y cuatro centavos; necesitas veinticinco semanas. Es de una tienda que hay ahí abajo, en Chambers Street. Y aquí están los recibos del alquiler».

Nos pusimos a examinarlos las dos juntas. Así –me dije– es cómo el pobre explota al pobre. ¡Una tanda de inmigrantes explota a la siguiente!

«En diciembre –siguió explicando Felicia, tosiendo mientras hablaba– me puse enferma. Manuel tuvo que faltar al trabajo y quedarse en casa para cuidar de mí y de los niños, de modo que no recibía paga alguna. Entonces la mujer cambió las

condiciones. Me dijo que yo le tenía que pagar diez dólares a la semana por los muebles y, además, mi alquiler al casero cuando viniera por aquí. Así es como lo hacemos ahora. Y aquí están los recibos». Felicia puso desordenadamente más papelitos sobre la mesa. Todos estaban fechados con siete días de intervalo y cada uno demostraba que Felicia estaba pagando diez dólares a la semana por el miserable conjunto de muebles que veía junto a mí.

En la habitación delantera había un aparador y dos sillas abarrotadas de cosas, así como una cama turca que otro inquilino del inmueble le había dado. Había también una cuna que ella había comprado en una tienda de enseres de segunda mano, una de esas anticuadas neveras en las que metes un bloque de hielo cuando tienes dinero para pagarlo y una estufa que funcionaba con carbón y gas, pero habían cortado el suministro de gas, la estufa estaba llena de agujeros, y el tubo que debía enlazar con la chimenea por detrás se había caído.

No miré en las dos habitaciones, pero era evidente que en ellas había espacio para las camas y poco más. Estaban en la parte de atrás, después de la cocina, y tenían el aire y la escasa luz que les llegaba por un respiradero. Las ventanas daban a otras ventanas. Sólo asomándose y mirando hacia arriba, hacia el cielo, cuatro plantas por encima, era posible decir si llovía o brillaba el sol. Había la posibilidad de alquilar a otro inquilino la habitación de atrás, pues se la podía aislar de las otras tres y además tenía una puerta que daba al vestíbulo, donde estaban los servicios. Mi primer hogar en Manhattan, cuando trabajaba en el East Side para el periódico neoyorquino *Call*, era una habitación así. Pero en ella se estaba caliente. Yo tenía una

cama con colchón de plumas y colcha blanca, y en la casa se percibía siempre el sabroso olor de los guisos. Aquí no había fuego para cocinar, aunque, como dicen los árabes, el fuego es dos veces el pan.

Yo estaba allí, sentada con Felicia en su mesa de cocina examinando los papelitos que tenía delante. Durante siete meses, la puertorriqueña había abonado noventa y dos dólares al mes por el alquiler del piso y el pago de los muebles. Después había pasado a pagar cuarenta dólares al mes a la avara viuda y veintiocho dólares al casero. Esto hacía un total de sesenta y ocho dólares al mes, en vez de los noventa y dos anteriores. ¡Una generosa reducción ciertamente!

«Pero esto es terrible», le dije a Felicia, indignada con las cuentas.

«Los muebles estaban bastante bien cuando llegamos al piso —explicó Felicia, intentando disculpar la manera en que había sido explotada y embaucada—. Eran preciosos. No puedes imaginarte lo bonitos que nos parecían después de Eldridge Street».

Bueno, quizá fuera así. Después de vivir en barrios italianos durante muchos años, yo sabía que las amas de casa fregaban y limpiaban como locas y hacían que todo brillara a fuerza de puños y detergente. Pero Felicia no tenía ni fuerzas ni dinero para comprar jabones y productos de limpieza. Probablemente tampoco tenía un interés especial en mantener en buen estado el piso. Después de todo, aún era joven y no tenía mucha experiencia.

«¿Cuánto tiempo tienes que seguir pagando?», le pregunté, pensando en los papeles que, según me dijo, habían firmado su marido y ella. Era probable que todo fuera absolutamente legal.

«Terminaremos de pagar dentro de un año a partir de este junio».

Exhalé un suspiro. Más de mil dólares por unos trastos viejos, de los que no quedará nada cuando estén pagados. Esa cantidad era suficiente, o casi, para pagar la entrada de una casa en el campo.

Cuando estábamos revisando los recibos, apareció casualmente la factura del gas y la electricidad. Ascendía a treinta y ocho dólares con sesenta y cuatro. ¿Cómo iban a pagarla?

Entonces me vino a la mente una frase muy del agrado de Louis Murphy, responsable de la casa de acogida de Detroit: «Ser pobre resulta muy caro».

Mientras hablábamos, yo llevaba un rato mirando un objeto que colgaba de la pared, cerca de la estufa inservible. De repente vi lo que era: una de esas bolsas de nylon que las mujeres llenan de pesadas cargas de hortalizas cuando hacen la compra, sin que se abran por las costuras o se den de sí a la altura de las asas. ¡Vaya ironía! Una bolsa para la compra, pero no dinero para hacerla ni hornillo para cocinar. ¡Cómo no iba a sentirse mal la pequeña Felicia después de comer albóndigas y espaguetis con el estómago vacío! ¡Claro que tenía que sentirse mal!

No importa, Felicia, pensé para mí cuando me dirigía a casa. La primavera está aquí, y no tendrás que calentar ese piso ni vivir con el olor de los hornillos de petróleo. Pronto los cálidos rayos del sol inundarán los malsanos desfiladeros de las calles neoyorquinas; los bancos del parque se llenarán de gente y, después del largo invierno, los niños se impregnarán de la radiante luz del sol y el aire fresco.

Al atravesar el parque vi que los sicómoros cobraban una tonalidad verde dorada y los brotes reverdecían. El verde vestía los arbustos que se alzaban alrededor de los bloques de viviendas en los que la gente no puede vivir. Hasta la hierba se aviva y brota en el suelo marrón de la ciudad. La tierra está viva, los árboles están vivos de nuevo. ¡Oh misterio del árbol en su vida y su belleza!

En los bosques de Staten Island (a los que todavía se puede llegar en ferry por cinco centavos) hay abedules y hayas con sus cúpulas grisáceas, sauces de finas ramas amarillas, pinos de un verde brillante, arces rosados incluso en un día gris. Hay musgo verde en las ciénagas, y las ranas han empezado su insistente reclamo. Los simplocarpos, en todo el esplendor de sus franjas verdes y marrones, han brotado en los pantanos y en el pequeño arroyo que corre al pie de la granja «Peter Maurin». ¡Oh amor, oh gozo, oh primavera que bulle en el corazón! Las cosas no pueden ser tan malas si brilla el sol. ¡Oh Felicia, si pudieras estar aquí! *Ahora* la tierra está blanda, *en* buenas *condiciones* para *que* los niños la remuevan, y hay mucho espacio para que brinquen como los cabritillos de la granja vecina. Pero en el campo no hay casas para ti ni empleo para tu marido. En la ciudad sí hay casas, casas que dan cobijo, y hay

calor humano, aunque el pavimento de las calles sea duro como la codicia de los seres humanos y no haya arena limpia para los niños, sino únicamente inmundicia humana. Ahora el campo es puro júbilo, y la ciudad donde vive Felicia es aflicción; aflicción y carencia. No importa, Felicia, nadie se burla de Dios. El es nuestro Padre, y todos los seres humanos somos hermanos; alza, pues, tu corazón: las cosas cambiarán.

## VIII. LOS NIÑOS NACEN SIEMPRE CON UN PAN DEBAJO DEL BRAZO

Éste es el consolador comentario que la suegra de mi hermano –que era hispana– solía hacer cada vez que estaba a punto de venir al mundo un bebé. La filosofía contenida en esas palabras es la que permite a la gente soportar una vida de pobreza.

«*Dame una oportunidad –oigo decir– Permíteme que pague mis deudas. Deja que obtenga unas cuantas cosas que necesito, y entonces empezaré a pensar en la pobreza y sus gratificaciones. De momento no me sobra nada*». Quien habla así no entiende la diferencia entre pobreza impuesta y pobreza voluntaria; entre ser las víctimas de la pobreza y ser sus adalides. Personalmente prefiero llamar a la primera *indigencia* y reservar la palabra *pobreza* para lo que san Francisco de Asís llamaba la «dama Pobreza».

Todos sabemos la aflicción que puede causar ser pobre. San Francisco era el «poverello», y no había persona más alegre que él, aunque empezó con lágrimas, miedo y temblor, ocultándose de su iracundo padre en una cueva. Por entonces se apropió de algunos bienes de éste (parte de su legítima herencia), con objeto de reparar una iglesia y la casa parroquial donde quería vivir. Fue más tarde cuando empezó a amar a la



dama Pobreza. Puede que fuera el acto de besar a un leproso lo que le liberara no sólo de la aversión y el miedo a las enfermedades, sino también del apego a los bienes de este mundo.

Es duro abogar por la pobreza cuando alguien acude a ti y te explica que vive con su familia en una habitación de un sótano, que, para poder subsistir, trabaja de noche en una fábrica por un sueldo de miseria y que el casero le acosa por no pagar a tiempo un alquiler abusivamente alto.

Es duro recomendar la pobreza cuando en un patio trasero de Chrystie Street siguen aún amontonados los muebles de un piso cuyos inquilinos fueron desahuciados recientemente.

¿Cómo podemos decir a estas personas «Alegraos y regocijaos, pues vuestra recompensa será grande en el cielo», sobre todo cuando vivimos confortablemente en una casa con calefacción, nos sentamos a una mesa bien provista y estamos vestidos con ropas que nos protegen del frío? El mes pasado tuve ocasión de visitar el Albergue Municipal, donde son acogidas las familias que carecen de hogar. Permanecí un par de horas contemplando la indigencia de una familia. Dos de los hijos dormían en brazos de sus padres, y cuatro más se habían acurrucado junto a ellos. También había un matrimonio joven que esperaba un hijo.

Como yo había ido allí exclusivamente para obtener información reciente sobre las posibilidades de encontrar vivienda que tenían las familias necesitadas y no quería dar la impresión de que estaba espiando, hablé con el responsable

—un muchacho joven—, me identifiqué, y me dijo que, si me había dejado entrar, había sido porque le había parecido «una clienta más».

A veces, como en el caso de san Francisco, es posible liberarse a la vez de la aversión a la enfermedad y del apego a las cosas de este mundo. A nosotros nos gustaría pensar que a menudo es así; pero, a medida que voy envejeciendo, voy viendo que la vida está hecha de muchos pasos muy pequeños, no de zancadas de gigante. Yo he «besado a un leproso» no una, sino dos veces —deliberadamente—, pero no por ello puedo decir que soy mejor.

La primera vez fue una mañana muy temprano en las escalinatas de la iglesia de la Preciosa Sangre. Una mujer con cáncer en la cara estaba pidiendo (los mendigos sólo están permitidos en los barrios bajos), y cuando le di dinero —que no era un sacrificio por mi parte, sino simplemente la entrega de una limosna que alguien me había dado—, ella intentó besarme la mano. Lo único que pude hacer fue besar su cara vieja y sucia con un boquete en el lugar en que habían estado un ojo y la nariz. Contado así suena a proeza, pero no lo fue. Nos acostumbramos a la fealdad con una gran facilidad. Aquello de lo que hoy apartamos nuestros ojos podrá ser soportado mañana, cuando hayamos aprendido un poco más acerca del amor. Las enfermeras lo saben muy bien, y también las madres.

La segunda vez fue cuando negué una cama a una prostituta borracha. Aquella mujer de enorme boca sin dientes y pintada con carmín —una boca que era una auténtica pesadilla— había estado alborotando la casa. Recordé que santa Teresita del

Niño Jesús recomendaba que, cuando haya que decir que no, cuando haya que negar algo a alguien, al menos se haga de manera que la persona se vaya un poco más contenta. Tuve que negar una cama a aquella mujer y, cuando me pidió un beso, se lo di, pero ella me lo devolvió de una manera tan repugnante que difícilmente se podía considerar una muestra normal de afecto humano.

Todos sufrimos cosas de este tipo, que luego se borran de la memoria. Pero ceder cada día, cada hora, lo que poseemos y, sobre todo, subordinar nuestros impulsos y deseos a los ajenos, es duro, muy duro, y no creo que llegue nunca a resultar más fácil.

Te puedes desnudar tú mismo, o ser desnudado por otros, pero aun así te defenderás como una fiera y buscarás tu comodidad, ese rato en que nadie te moleste, tu tranquilidad, tu descanso. Ya se trate de libros o de música –la gratificación de los sentidos internos–, de comida o bebida, de café o tabaco, no hay una renuncia más fácil que otra.

A veces –normalmente después de leer la vida de un santo, como Benedict Joseph Labre– empezamos a pensar en la pobreza, en emprender el camino en solitario, vivir con los indigentes, dormir en los bancos del parque o en el asilo de la ciudad, vivir en las iglesias, sentamos ante el Santísimo Sacramento, como vemos hacer a muchas personas que vienen del albergue municipal o del Ejército de Salvación... Y cuando *esos pensamientos* llegan en los cálidos días de la primavera, cuando los niños juegan en el parque y es agradable estar en el exterior, en las calles de la ciudad, sabemos que no estamos

sino engañándonos a nosotros mismos, pues nos limitamos a soñar con una forma de lujo. Lo que queremos es el calor del sol y tranquilidad y tiempo para pensar y leer y vernos libres de las personas que nos presionan desde la mañana temprano hasta altas horas de la noche. No; el problema de la pobreza no es simple.

A lo largo de la historia de la Iglesia, los santos han hecho hincapié una y otra vez en la pobreza voluntaria. Todas las comunidades religiosas –iniciadas en la pobreza y en condiciones increíblemente duras, pero con una aceptación gozosa de esas condiciones por los sacerdotes, hermanos, religiosos o religiosas que dedicaron su juventud y sus energías a las buenas obras– empezaron pronto a «prosperar». Las propiedades se fueron ampliando, hasta que se acumularon tierras y edificios; y, aunque en las comunidades todavía se practica la pobreza individual, hay una riqueza corporativa. Es difícil seguir siendo pobre.

Una manera de mantenerse en la pobreza es no aceptar dinero que proceda de defraudar a los pobres. Esto es lo que nos enseña san Ignacio de Cerdeña, un capuchino canonizado recientemente. Su historia nos dice que Ignacio acostumbraba a salir de su monasterio con un saco para pedir limosna entre las gentes de la ciudad, pero nunca recurría a un comerciante que había hecho su fortuna defraudando a los pobres. El comerciante, llamado Franchine, echaba pestes del santo cada vez que éste pasaba por delante de su puerta sin detenerse, pero lo que le molestaba no era quedarse sin la oportunidad de dar una limosna, sino el miedo a los comentarios de los vecinos. Se quejó al monasterio, y, a raíz de su queja, el padre superior

ordenó a san Ignacio que la próxima vez que saliera a pedir pasara por la casa del comerciante.

«Muy bien –dijo obediente Ignacio–. Si usted lo quiere, padre, lo haré, pero no me gusta que los capuchinos se alimenten con la sangre de los pobres».

El comerciante recibió a Ignacio con grandes halagos y le entregó una generosa limosna, diciéndole que volviera otro día. Pero cuando Ignacio abandonaba la casa con su saco a la espalda, empezaron a caer del saco gotas de sangre, y el reguero iba del umbral de la casa de Franchine al monasterio, después de recorrer toda la calle. Allá donde iba Ignacio, le seguía un reguero de sangre. Cuando llegó al monasterio, dejó el saco a los pies del padre superior y le dijo: «Aquí está la sangre de los pobres».

Este relato apareció en la última columna escrita por el gran laico católico y promotor de la justicia social F. P. Kenkel, director de la *Social Justice Review* de San Luis (y amigo de Peter Maurin).

El comentario de Kenkel venía a decir que la crisis que sufre el mundo la causa el amor al dinero. «El Extremo Oriente y el Próximo Oriente [y aún podría haber dicho toda Hispanoamérica y África] en su conjunto constituyen un gran saco del que gotea sangre. Y ese goteo no se detendrá en tanto nuestro interés por esas personas esté dominado en gran medida por consideraciones económicas y financieras».

En mi opinión, éste y otros hechos ponen de manifiesto con más fuerza que nunca la importancia de la pobreza voluntaria

hoy. Por lo menos podemos evitar vivir confortablemente gracias a la explotación de otras personas. Y por lo menos podemos evitar la riqueza material resultante de la economía de guerra. Es posible que en Estados Unidos se mejore indefinidamente el nivel de vida, hasta el punto de que todos los trabajadores lleguen a tener su propia casa y su propio coche, pero nuestra economía se basa en su conjunto en la preparación del país para la guerra, que es, con toda seguridad, una de las grandes razones de la pobreza en nuestro tiempo. Si el confort personal se traduce en la muerte futura de millones de personas, habrá que pagarlo. Digamos, para ser exactos, que es ciertamente muy difícil encontrar una manera de no contribuir al esfuerzo bélico (llamado indebidamente «defensa»). Si se trabaja en una fábrica de tejidos o en una empresa que hace monos o mantas, ese trabajo está relacionado con la guerra. Si se cultivan productos alimenticios o se riega la tierra para producirlos, cabe la posibilidad de estar alimentando a las tropas o contribuyendo a que otras personas sirvan en el ejército. Si se lleva un autobús, se pagan impuestos. Como todo lo que se compra está gravado con impuestos, se está ayudando de hecho a mantener los preparativos del Estado para la guerra justamente en la misma medida en que se está apegado a las cosas de este mundo, sean las que sean.

Hoy, el acto y el espíritu de dar son la mejor respuesta a las fuerzas del mal en el mundo, y dar libera al individuo no sólo espiritual, sino también materialmente, pues en un mundo esclavizado por las compras a plazos y las hipotecas, el único modo de vivir con verdadera seguridad es hacerlo tan cerca del suelo que, al caer, no haya que dar un gran salto, no haya mucho que perder.

Y en un mundo de odios y miedos, recordemos las palabras de Peter Maurin sobre la liberación que proporciona el amor: «La pobreza voluntaria es la respuesta. No podemos ver a un hermano en situación de necesidad y no privarnos de algo. Es la única manera que tenemos de mostrar nuestro amor».

La precariedad es un elemento esencial de una pobreza verdadera y voluntaria, nos ha escrito un santo sacerdote de la Martinica. «La verdadera pobreza es rara –dice–. Actualmente, las comunidades religiosas son buenas, estoy seguro, pero están equivocadas en lo referente a la pobreza. Como principio la aceptan, la admiten, pero todo tiene que ser de buena calidad y sólido, los edificios tienen que estar contruidos a prueba de incendios. La precariedad es rechazada en todas partes; y, sin embargo, es un elemento esencial de la pobreza. Pero esto ha caído en el olvido. Aquí, en nuestro monasterio, tenemos precariedad en todo, exceptuada la Iglesia.

»Estos últimos días, nuestro refectorio ha estado a punto de desplomarse. Hemos colocado unas cuantas vigas más, y es posible que aguante otros dos o tres años. Algún día el techo caerá sobre nuestras cabezas, y ello tendrá su gracia. La precariedad nos permite ayudar mejor a los pobres. Cuando una comunidad está siempre construyendo, ampliando y embelleciendo sus locales –lo que en sí mismo es bueno–, no queda nada para los pobres. Mientras haya barrios pobres y colas de indigentes en algún lugar, no tenemos derecho a obrar así».

La gente pregunta: ¿cómo se compagina eso con la propiedad? ¿Tiene derecho la persona a la propiedad privada?

Santo Tomás de Aquino escribió que una determinada cantidad de bienes es necesaria para vivir. Eric Gill dijo que la propiedad es «propia» del ser humano. Recientemente, los papas han escrito extensamente explicando que a los trabajadores se les debe dar justicia, no caridad. Los sindicatos todavía luchan por mejores salarios y jornadas de trabajo, aunque yo estoy cada vez más convencida de que ésa no es en sí misma la solución, a la vista de factores tales como el coste, siempre creciente, de la vida y la dependencia de la producción bélica.

Nuestras experiencias en «The Catholic Worker» nos han enseñado muchas cosas acerca de las penalidades de la pobreza, la precariedad y la indigencia. Y nos guiamos diariamente por esos principios. Después de treinta años, aún tenemos nuestra pobreza, pero poca indigencia. Me temo que, lamentablemente, nuestros niveles en este punto sean más altos que en el pasado, debido en parte a la guerra. Los muchachos que a su vuelta reanudaron el trabajo en «The Catholic Worker» se habían acostumbrado a comer carne dos o tres veces al día, mientras que en los años treinta sólo lo hacían dos o tres veces a la semana.

Esta nota, extraída de un número de *The Catholic Worker* de los años treinta, nos da una idea de cuál era la situación:

«El donativo más extraordinario recibido en el curso del mes, una caja con treinta docenas de huevos, fue enviado desde Indiana por un revisor del coche—cama como ayuda a la causa. ¡Dios le bendiga, señor Greenen! Los huevos que hemos estado comiendo estaban muy buenos revueltos, pero habrían sido incomedibles pasados por agua. Sabían un



poco a azufre. Nuestro amigo el señor Minas los hizo apetitosos poniéndoles pimentón en abundancia, aunque nosotros no tenemos gustos orientales. ¡Huevos frescos! ¡Qué panegírico podríamos escribir sobre el tema! Huevos pasados por agua para desayunar, con el periódico de la mañana y una sinfonía en la radio, ¡preferentemente la primera de Brahms!

Una celebración de bautizo que tuvo lugar en la sede de “The Catholic Worker” fue una verdadera orgía ovoide. Se consumieron con fruición docenas de huevos; los invitados procedían de Brooklyn, el Bronx y Manhattan, New Jersey y Long Island City, y pertenecían a ocho nacionalidades. No cabe duda de que, si no hubiera habido huevos, tampoco habría habido fiesta.

Una vez más, ¡gracias, señor Greenen!».

Recuerdo que, cuando empezamos a publicar nuestro periódico, en un esfuerzo por compartir en alguna medida la indigencia de nuestro prójimo, nos desprendimos de nuestros muebles y nos sentábamos en cajones. Pero en cuanto dábamos las cosas, la gente nos traía más. Dimos las mantas a familias necesitadas, y, cuando pusimos en marcha nuestra primera casa de acogida, la gente nos trajo todas las mantas que necesitábamos. Dábamos alimentos, y nos llegaban más, algunos de ellos decididamente singulares, como, por ejemplo, una pierna de venado del noroeste de Canadá, una lata de ostras de Maryland, un tarro de miel de Illinois... Y todavía siguen llegando. Hemos recibido incluso salmón de Seattle, que ha atravesado volando el continente. Como ninguno de los que

trabajan en «The Catholic Worker» cobra un sueldo, nuestros lectores se sienten llamados a dar y nos ayudan a que el trabajo siga adelante. Nosotros vivimos una pobreza de otro tipo; una pobreza en reputación. A menudo se dice de nosotros con cierto desdén: «¿Por qué no consiguen trabajo y ayudan así a los pobres?; ¿por qué mendigan y viven a costa de los demás?».

Lo único que puedo decir a propósito de tales críticas es que dar un salario a Charles, Ed o Arthur por trabajar catorce horas diarias en la cocina, en la sección de ropas y en la oficina complicaría las cosas. Y también pagar a Deane, a Jean o a Dianne por llevar la casa de mujeres, por escribir artículos y contestar cartas durante todo el día y ayudar a los enfermos y a los pobres. Y después todos tendrían que devolver el dinero para que el trabajo prosiguiera. Ahora bien, si quisiéramos complicar aún más nuestra situación, podríamos despedir a todas estas personas para que se pusieran a trabajar y aportaran dinero para pagar su manutención y los sueldos de las personas que se ocuparan de nuestra casa. Es más sencillo ser pobre. Es más sencillo pedir. El secreto consiste en no aferrarse a nada.

La tragedia radica, sin embargo, en que todos nos aferramos. Nos aferramos a nuestros libros, a nuestros aparatos de radio, a nuestras herramientas, como, por ejemplo, las máquinas de escribir, a nuestras ropas; y en lugar de alegrarnos cuando nos las arrebatan, lo lamentamos. Protestamos cuando la gente nos quita nuestro tiempo o nuestra privacidad.

Intentar vivir con espíritu de pobreza no nos libera, ciertamente, de los quebraderos de cabeza que ocasionan los

problemas prácticos. Dar de comer a cientos de personas cada día no es tarea fácil, y simplemente pensar en cómo pagar los alimentos que necesitamos es un ejercicio de fe y esperanza.

Para empezar, la ubicación de la casa establece ya una diferencia. En algunas ciudades, las casas de acogida reciben gran cantidad de alimentos procedentes de restaurantes y hospitales, pero en nuestra ciudad la ley prohíbe utilizar los alimentos sobrantes. Y a veces pienso que esa ley va demasiado lejos. Una azafata amiga nuestra se presentó un día indignada. «Nuestro vuelo fue anulado y había cientos de empanadas de pollo que iban a ir a la basura, pero cuando las pedí para “The Catholic Worker”, me contestaron que dar los alimentos sobrantes era ilegal. Así que las empanadas han servido para cebar cerdos en New Jersey. Supongo que los granjeros deben de tener la concesión de los desechos».

En la casa de Nueva York compramos gran cantidad de café, azúcar, leche, té y aceite. Tenemos un amigo carnicero que nos da la carne a un precio muy barato. Del mercado recibimos pescado gratis; concretamente las colas y las cabezas de especies como el pez espada, una vez que se ha fileteado. Todos los viernes servimos sopa de pescado o pescado cocido. A veces hay para dos días, viernes y sábado. De vez en cuando alguien nos regala unos sacos de arroz, y entonces tenemos arroz hervido en el desayuno, que servimos como un cereal, con azúcar y leche desnatada.

Pero nuestro problema no es sólo alimentario. Para pagar los alquileres debemos tener dinero en efectivo, lo que supone más de mil dólares al mes, sin hablar de los impuestos por la

granja de Staten Island, que ahora ascienden a mil quinientos dólares al año y están en constante aumento. Las facturas del gas y la luz de una docena de viviendas, así como de la casa de acogida, son especialmente elevadas en invierno.

En primavera y otoño hacemos una cuestación, de la que debemos informar al Ayuntamiento, especificando cuánto dinero nos cuesta, cuánto se recauda y cómo se gasta. Dado que no pagamos sueldos y, por lo tanto, tampoco impuestos municipales, estatales o federales, nuestra contabilidad es muy simple. ¡Cómo me devano los sesos en marzo y octubre para escribir acerca de nuestras necesidades y conseguir que nuestros lectores decidan ayudarnos! A veces cuento una historia real de indigencia, sin adornarla, como la de Marie, que ha estado con su marido pasando las noches en la escalera de incendios de un edificio viejo y abandonado de un barrio miserable, hasta que, viendo que la iban a recluir, acudió a nosotros. A veces escribo de los indigentes, pero en la mayoría de los casos narro historias bíblicas, porque están impregnadas de una gracia que llega al corazón y hace que los ojos se eleven a Dios: la historia de la viuda importuna; del hombre que fue a pedir un pan para su invitado; de Elías, alimentado bajo una retama; y de Daniel, alimentado en la cueva de los leones.

Suelen preguntarnos si recibimos mucha ayuda de las entidades benéficas católicas. Lo único que puedo decir es que, cuando pedimos ayuda en las cuestaciones, no nos dirigimos ni a la Iglesia ni al Estado. Ni el cardenal Spellman ni el alcalde de Nueva York nos pidieron que emprendiéramos este trabajo, sino que simplemente se presentó ante nosotros. Fue el vivir al día, sin preocuparnos del mañana, viendo a Cristo en cuantos

acuden a nosotros y tratando de seguir literalmente el Evangelio, lo que desembocó en este trabajo.

«A quien te pida da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda... Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen».

Nosotros no pedimos ayuda ni a la Iglesia ni al Estado, sino a personas concretas, a aquellas que se han suscrito a *The Catholic Worker* y, en consecuencia, están evidentemente interesadas por lo que hacemos. Esto permite suponer que quieren y pueden ayudarnos. Muchos sacerdotes y obispos nos envían donativos año tras año. El dinero que llega cubre, en cierto modo, los gastos del momento, nos ayuda a hacer frente a los pagos de las deudas contraídas y nos permite seguir trabajando. Nunca sobra nada, y siempre tenemos unas cuantas deudas para que no nos falten preocupaciones y hacer que nos parezcamos más a esas personas muy pobres a las que tratamos de ayudar. El lobo no acecha a la puerta, pero merodea cerca, aunque, como san Francisco, nos hemos hecho amigos suyos. Oramos pidiendo la ayuda que necesitamos, y la ayuda llega.

Una vez nos faltaban doscientos dólares para pagar las facturas. Al volver de la imprenta, donde habíamos estado preparando el periódico, nos detuvimos en Chinatown y entramos en la iglesia de la Transfiguración para rezar a san José.

Cuando llegamos a la sede, nos esperaba una señora. La

invitamos a té y tostadas, y al poco rato se marchó dejándonos un cheque por el importe exacto de nuestra deuda; deuda que nadie había mencionado.

En aquella ocasión recibimos lo que habíamos pedido en nuestras oraciones; pero, naturalmente, muchas veces, cuando pedíamos la ayuda de nuestros semejantes, nos era negada. Resulta difícil de asimilar, pero seguimos pidiendo. Una vez, cuando un viejo periodista que había estado con nosotros se hallaba a las puertas de la muerte como consecuencia de un derrame cerebral, pedí a un conocido dinero para comprar sábanas y un albornoz para el anciano moribundo que, por cierto, era amigo suyo, y su respuesta fue: «Yo no soy responsable de él».

Pero tales experiencias se contrapesan con otras realmente alentadoras.

En cierta ocasión hablé a Michael Grace (no puedo por menos de mencionar su nombre) de una familia necesitada, y se ocupó de ella durante un año, hasta que el padre de familia se sometió a una operación dolorosa pero no seria y recuperó sus fuerzas para trabajar de nuevo. Me gusta recordarlo, porque contribuyó a que depusiera en buena medida mi actitud basada en la lucha de clases.

San Juan Bautista, cuando la gente le preguntó qué debían hacer, dijo: «El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene». Y nosotros tenemos que pedir cosas que vayan más allá de las necesidades inmediatas. Yo creo que debemos pedir al rico que ayude al pobre, como hace Vinoba Bhave en la

India, pero es difícil, y sólo lo podemos hacer más fácil con la práctica. «Que vuestra abundancia remedie su necesidad», dice san Pablo.

Lo más fácil de todo es tener tan poco, haber dado tanto, que no quede nada por dar. Pero ¿es posible que esto llegue algún día a hacerse realidad? Semejante punto de vista conduce a interminables discusiones, aunque el concepto básico sigue siendo el mismo. Somos los guardianes de nuestros hermanos. Todo lo que poseemos y va más allá de nuestras necesidades pertenece a los pobres. Si sembramos poco, recogeremos poco. Y es triste pero cierto que tenemos que dar mucho más que pan y cobijo.

Si se es débil en lo esencial, en salud mental y física, entonces también se tiene que recibir, con humildad y con sentido de la fraternidad. Siempre he admirado la simplicidad de Alyosha en *Los hermanos Karamazov*; simplicidad que le llevó a aceptar con toda sencillez la ayuda de los que le recogieron.

Si damos de este modo, se produce la multiplicación. Habrá suficiente. De una manera u otra sobreviviremos. «El cántaro de harina no quedará vacío, la aceitera de aceite no se agotará», aunque demos hasta el último gramo de lo que tenemos.

Al mismo tiempo, muchas veces tenemos que sentarnos gozosamente ante una torta de harina de maíz, único alimento que queda en la casa, antes de que se produzca el milagro de la multiplicación. Cualquier familia numerosa lo sabe; sabe que,

de un modo u otro, todo se resuelve. Se resuelve en el plano natural y en el religioso.



**TERCERA PARTE**

**LOS QUE TRABAJAN JUNTOS**

## **IX. PETER MAURIN, PERSONALISTA**

Era nuestro Peter. Le queríamos tiernamente y le venerábamos como a un santo, pero también le desatendíamos. Como no pedía nada para él, no recibía nada.

Cuando vivíamos todos juntos bajo el mismo techo en las casas de acogida, él rara vez tenía habitación propia.

Cuando volvía de uno de sus viajes por el país, nunca sabía si dispondría de una cama. Los redactores más jóvenes tenían sus propias mesas y no soportaban que nadie interfiriera en sus asuntos. Pero Peter no sólo no tenía donde reclinar la cabeza, sino tampoco donde poner sus libros y sus papeles, con la sola excepción de sus grandes bolsillos. No tenía silla, ni sitio a la mesa, ni un rinconcito que fuera únicamente suyo. Peregrino y extranjero en la tierra, usaba las cosas de este mundo como si no las usara, tomaba únicamente lo que necesitaba y prescindía de todo equipaje superfluo. Me lo imagino bajando la calle lenta, pausadamente, sumido en sus pensamientos, con las manos enlazadas a la espalda. No prestaba atención a ninguna señal de tráfico; supongo que depositaba su fe en su ángel de la guarda.

Nos costó mucho sonsacarle la historia de su vida. Interesado principalmente en las ideas, Peter rara vez hablaba de sí

mismo. Sólo poco a poco y día a día pudimos ir sabiendo algo de su vida anterior.

Nació en una pequeña aldea, llamada Oultet, en los Pirineos franceses. En su familia había un total de veintitrés niños. A veces Peter mencionaba los aspectos comunitarios de la aldea, que sin duda influyeron en su vida. Cada casa tenía su horno; pero, además, había un molino donde todos los vecinos podían moler la harina. La familia Maurin vivía junta en una enorme casa de piedra, en la que las ovejas ocupaban la planta baja. Peter estudió en la escuela de la aldea y después en el colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana de París, donde se hizo maestro. Sus hermanas y hermanos también se hicieron maestros, y algunos ingresaron en órdenes religiosas. Circunstancialmente trabajó como vendedor de cacao en su país, y durante cierto tiempo perteneció al movimiento político pacifista llamado *Le Sillon*, liderado por Marc Sangnier.

Cuando llegó a Norteamérica, se instaló en la zona occidental de Canadá, donde vivió como colono en unas tierras que le concedió el gobierno. Después trabajó como leñador itinerante. Cruzó ilegalmente la frontera y llegó al estado de Nueva York, recorrió las tierras del este y el medio oeste, trabajando en fábricas de acero, en minas de carbón, en los ferrocarriles, abriendo zanjas, construyendo cloacas y desempeñando el oficio de portero en algunos edificios.

Estando en Chicago puso en marcha una academia de idiomas en la que enseñaba francés. Una foto suya de entonces nos lo muestra como un hombre atractivo, vestido con corrección y aparentemente próspero. Años después, Peter

envió esta foto a su familia, que, a su vez, me la envió a mí. Un día Peter dijo algo que me hizo pensar que en aquel período de su vida estuvo enamorado; pero cuando le preguntamos si había estado casado, se limitó a responder escuetamente que no.

Es probable que a principios de los años veinte se marchara de Chicago y volviera a los caminos, pero para ejercer el apostolado entre los trabajadores, los peones que utilizaban exclusivamente sus manos. Como le gustaba decir, se ganaba la vida con el sudor de su frente, no con el sudor de la frente ajena.

Antes de venir a nuestra casa estuvo varios años en un campamento de muchachos, cerca de Mount Tremper, Nueva York, donde trabajaba durante buena parte del invierno como vigilante. Dormía en el establo con los caballos, reparaba los caminos y, en verano, cortaba hielo para el consumo del campamento. Se alimentaba de hortalizas y pan, y su pequeña cuenta en la tienda del pueblo nunca superaba los dos o tres dólares a la semana. Si había una conferencia en Nueva York a la que quería asistir, se desplazaba hasta la ciudad. Algunas veces, el sacerdote de la parroquia, que había puesto en marcha el campamento, le pagaba el billete y le daba un dólar al día para vivir; otras veces hacía auto-stop. Tenía acceso a la biblioteca y allí fue donde, siete años antes de conocerme, desarrolló las ideas que me transmitió. Y yo poco a poco fui entendiendo lo que quería Peter.

Según él, teníamos que llegar a la gente practicando las obras de misericordia, lo que significaba dar de comer al

hambriento, vestir al desnudo, visitar al preso, proporcionar cobijo a los que no tienen techo, etcétera. Para hacer todo ello, nosotros mismos debíamos ser pobres y dar lo que teníamos, porque así también otros lo harían. La pobreza voluntaria y las obras de misericordia eran las ideas en las que insistía por encima de todo. Constituían el núcleo de su mensaje; un mensaje con tanto gancho que nos inspiró la acción. A decir verdad, la acción nos mantuvo siempre ocupados y, además, nos ocasionó toda suerte de problemas.

«Un espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres... el desecho de todos», dijo san Pablo, y eso es lo que fuimos nosotros. El problema era que no sabíamos cuándo y dónde debíamos parar en nuestra hospitalidad. Empezamos con «Big Dan», Margaret y Mary, Stanley, Dorothy y Tom, y pronto tuvimos una comunidad; comunidad, en buena medida, de pobres. La gente decía: «No cabe duda de que con toda esa tropa habría que hacer algo más; como mínimo deberían tenerlo todo un poco más limpio». Pero las cosas no funcionaban así. ¿Qué hacíamos, pues, con la gente que acudía en demanda de ayuda? No parábamos en todo el día, y pronto ni siquiera teníamos tiempo para escuchar a Peter.

Por su parte, Peter trataba de ayudar aquí y allá, pero no era muy hábil. El local y el piso lo calentábamos con estufas. Un vecino nos traía hielo para la nevera de la cocina y carbón por fanegas.

A Peter le gustaba encender el fuego y reparar sillas, pero lo hacía con tal despilfarro de medios que me maravillaba. Primero apagaba el fuego que estaba a punto de extinguirse.

Después esparcía en la estufa bolas de papel, seguidas de carbón vegetal o trocitos de cajas rotas. Él prefería el carbón vegetal. (¿Se quemaba el carbón vegetal de los bosques que rodeaban su aldea natal? A mí el carbón vegetal me hace pensar en Italia y México). Y luego, en el centelleante lecho de lumbre echaba trozos de carbón mineral, empezando por los recuperados del anterior fuego.

Al terminar su trabajo, Peter resoplaba y jadeaba «como un búfalo de agua», como decía John Cort. Y allí estaba Peter, completamente cubierto de ceniza: en el cabello, en las cejas, en las arrugas de su rostro, en los oídos y, muy especialmente, en los anchos hombros y en las rodillas. Si no le limpiábamos con un cepillo, se quedaba tal como estaba y esperaba que el viento le cepillara y la lluvia le limpiara.

Una vez Peter ayudó a fregar la oficina y para ello se puso de rodillas junto a la puerta de entrada. Así, todo el que llegaba recibía su pequeño discurso sobre la dignidad y el valor del trabajo que, según él, es bueno para la mente, el alma y el cuerpo, sin mencionar los beneficios que reporta poner orden en el caos.

Peter sentía la necesidad de realizar cada día algún trabajo manual y se hacía horarios que a veces respetaba, aunque era más bien flexible, pues, dada su condición personalista, para él lo primero era el ser humano. He aquí uno de sus horarios cuando vivía en una comuna agrícola:

5–7 trabajo en el campo  
7-9 misa

9-10 desayuno  
10-11 disertación o debate  
11-2 descanso o estudio  
2-3 disertación o debate  
3- 4 comida fría  
4- 5 clase de artesanía  
5-8 trabajo en el campo  
8-9 cena  
9-5 dormir

Sobre el papel parece magnífico, pero en la práctica es duro vivir así. Cualquier mujer que trabaja sabe el tiempo que requiere mantenerse limpia, mantener las ropas en orden. A Peter nunca le preocuparon esas cosas. Tal vez cuando el anciano abad Dunne de Getsemaní me escribió diciéndome que se imaginaba «The Catholic Worker» como «una orden hermana en el mundo», pensaba en Peter, su líder, que dormía vestido, como hacen los trapenses, y consideraba un lujo darse un baño. Hacia el final de su vida, Peter aprendió a enrollar sus pantalones y hacer con ellos una dura almohada siempre que dormía en un hotel del Bowery, donde los cubículos estaban cubiertos con tela metálica para proteger a los huéspedes que dormían de aquellos otros que se dedicaban a robar sus pertenencias durante la noche.

Cuando yo quería hablar con Peter acerca de nuestro trabajo sin vernos interrumpidos por llamadas telefónicas o visitas, solíamos reunirnos en la iglesia de San Andrés. En misa, él siempre se mantenía atento, reverente, devoto, muy callado. Aún no había llegado la hora de la renovación litúrgica, en la

que los fieles responden al sacerdote. En aquellos años la misa se celebraba en completo silencio, y el sacerdote realizaba los actos de culto ante el altar, arrodillándose, poniéndose en pie, elevando las manos, volviéndose hacia la comunidad, exhortándola en silencio a acompañarle en la celebración litúrgica del Santo Sacrificio.

En el curso de nuestros encuentros, muchas veces yo quería formular quejas y exponer decepciones. Entonces Peter me miraba con sosegado afecto y en pocas palabras me explicaba los principios que estaban en juego, me recordaba las obras de misericordia y nuestra función como servidores que tienen que soportar las pruebas con humildad y trabajar con lealtad.

Le gustaba hablar de san Vicente de Paúl, y cuando se proyectó la película *Monsieur Vincent*, todos fuimos a verla. No olvidaremos nunca las últimas palabras del santo a la joven hermana campesina: «Tienes que amarlos mucho –dijo Vicente de Paúl respecto de los pobres– para conseguir que perdonen el pan que les das».

Aquellas palabras nos llegaron al corazón y tratamos de aplicarlas respecto de los que acudían a nosotros por estar desvalidos y necesitados. Pero era más difícil perdonarnos mutuamente entre nosotros que trabajábamos juntos.

Especialmente difícil era perdonar a los devotos, a aquellos que profesaban el Evangelio, tenían las ideas claras acerca de su fe, recibían la comunión cada día y luego venían a casa para zaherir, hacerse eco de habladurías o despreciar las ideas y las obras ajenas. Algunos eran realmente unos mojigatos



hipócritas, pero otros eran unos alegres sinvergüenzas, y no se podía sino sentir simpatía hacia ellos. ¡Qué triste es ver que los Esaús de esta vida son mucho más atractivos que los Jacobs!

De Peter se cuentan historias de toda índole. Una vez fue invitado a hablar en una asociación de mujeres de Westchester y, viendo que no aparecía, la presidenta telefoneó alarmada para saber qué le había ocurrido. Yo sólo le pude contestar que Peter, siempre fiel cumplidor de sus compromisos, había tomado un tren a primera hora. Después le sugerí que mirara en la estación, y la señora me contestó que ya lo había hecho y no había visto a nadie, salvo a un viejo vagabundo que dormía en un banco. «Ése tiene que ser Peter», le dije. Y, efectivamente, era él.

Hay otra anécdota a propósito de una visita de Peter a la casa del erudito e historiador Carleton Hayes. La sirvienta, creyendo que era un obrero, le llevó al sótano para que reparara el quemador de petróleo.

Una vez, en el colegio de San Ambrosio de Davenport, Iowa, estuvieron esperando en vano la llegada de Peter, que había sido invitado a pronunciar una conferencia. Finalmente le encontraron en la cocina; un caritativo hermano lego le estaba dando de comer, porque le había confundido con un vagabundo hambriento.

El acento de Peter era un obstáculo en los muchos colegios y universidades en los que hablaba. Con frecuencia, cuando la audiencia era relativamente numerosa, los estudiantes que no podían entenderle se ponían a hablar y reír mientras él

pronunciaba su conferencia. Donde Peter brillaba realmente era en los seminarios y en los grupos reducidos de profesores y sacerdotes. En el momento en que podían entenderle, le escuchaban embelesados, y su pensamiento hacía mella en muchos de ellos.

Siempre quería tener una gran audiencia. Probablemente las únicas veces en las que no fue consecuente con el inmenso respeto que sentía por la libertad humana fue cuando trató de influir en los que hacían cola y puso una y otra vez un disco con sus «Easy Essays», mientras los indigentes esperaban su sopa. La idea de que aquello era una especie de «lavado de cerebro» (término que aún no era de uso común) le habría sobresaltado.

Diversos autores le han descrito como un orador incansable, afirmando que nunca dejaba decir una sola palabra a su interlocutor, que con él no había diálogo sino monólogo. Yo no lo suscribo. En realidad, él nos explicó cuidadosamente –por ejemplo, en los bancos de Union Square– la técnica que solía seguir. En primer lugar, él (o su interlocutor) hablaba largo y tendido y decía todo lo que tenía que decir. Después le tocaba el turno al otro, que podía hablar igualmente cuanto quisiera. Interrumpir era un fallo técnico. También se debía entender que había que escuchar de verdad y no aprovechar el tiempo de la intervención del interlocutor para preparar lo que uno quería decir. A menudo oí decir a Peter con tristeza: «No me has escuchado. Has estado pensando en lo que *tú* querías decir». Y si uno no se mostraba debidamente arrepentido y deseoso de empezar de nuevo, Peter se iba en busca de un interlocutor más amable.

«Yo te daré un poco de mi mente, y tú me darás un poco de la tuya, y así ambos enriqueceremos nuestras mentes», solía decir Peter.

Joe, un muchacho italiano frenéticamente entusiasta que estuvo ayudándonos varios años, se tiraba de los pelos a causa de Peter, pues decía: «Te da una lista de libros para leer, y después, cuando te vas temprano a la cama para poder leer un rato sin que nadie te interrumpa, te busca y aprovecha la ocasión para seguir adoctrinándote».

(Joe era todo acción; quería fregar, limpiar, enviar los periódicos por correo, visitar a los vecinos y ayudar a las familias que habían sido desahuciadas. Cuando llegaban chicas guapas a prestar servicio voluntario por las tardes, se echaba las manos a la cabeza y decía: «¡Cielos, esto es demasiado!», indicando así la magnitud de las tentaciones que le asaltaban).

Una vez, Peter regresó a casa después de una gira de conferencias. No recuerdo si había estado en Albany, Pittsburgh o Buffalo, lo que sí sé es que regresó hambriento. Cuando estaba comiendo vorazmente, Joe le miró y le preguntó: «¿Cuándo comiste por última vez?».

Peter contestó lacónicamente: «Anoche».

«¿Qué te ha ocurrido?».

«Que no tenía dinero. Me pagaron únicamente con el billete del viaje».

Joe estalló: «Como hablas de la pobreza voluntaria, piensan

que pueden prescindir de pagarte; deben de pensar que te hacen un favor escuchándote».

Entonces Peter reveló que tenía en el bolsillo un cheque de veinticinco dólares. Pero ni siquiera aquello aplacó a Joe.

«Sí, sí —gritó en tono sarcástico—, al escalador Arnold Lunn le pagan doscientos o incluso quinientos dólares simplemente por ser inglés y llevar traje de etiqueta. ¡Y a ti te dan veinticinco!».

Deshacerse de Peter no era nunca tarea fácil. Sin dejar de acosar a su presa, sacaba las gafas del bolsillo, se las ponía y empezaba a leer un pasaje adecuado de alguno de sus escritores predilectos. Las gafas las compraba en el «Thieves Market» del Bowery. A veces eran simplemente cristales de aumento en una montura barata que se colocaba en la mitad inferior de la nariz. Durante un año o más llevó las gafas torcidas porque le faltaba la parte posterior de una de las patillas.

A nadie se le ocurrió nunca comprarle unas gafas nuevas, supongo que porque ninguno de nosotros las necesitábamos todavía. Pero, aunque fueran malas, las gafas no le impedían leer continuamente y asediarnos a todos con comentarios sobre lo que leía.

Siempre trataba de reforzar sus palabras sacando libros y papeles de sus bolsillos y metiéndoselos por los ojos a las personas que parecían receptivas. Un día que llevaba entre otros libros *The Thomistic Doctrine of the Common Good*, una mujer alegre y muy educada que mostraba interés por sus ideas y parecía deseosa de aprender entró para hacer una rápida

visita y una pequeña aportación a la obra, y él le dio de inmediato el libro; libro que aquella señora devolvió cinco años después diciendo que no había tenido tiempo para leerlo. A raíz de experiencias de este tipo, Peter decidió copiar los pasajes pertinentes de cualquier libro que le interesara. Acto seguido, nos los leía, y luego los colocaba en el tablón de anuncios.

Peter era un agitador que agitaba de verdad a la gente. Recuerdo a un abogado que se me aproximó cuando fui una vez a hablar en la casa de acogida de Cleveland y me dijo: «Peter dice que debo abandonar mi trabajo e ir al corazón de Arkansas, donde sigue en vigor la segregación y donde se proponen esterilizar a los “débiles mentales” como parte de la solución de ese problema». Aquello podría haber ocurrido en Mississippi o en Alabama, pero el hecho de que el abogado hubiera quedado tan afectado por la sugerencia me demostró el poder que Peter tenía sobre otras personas. No sólo les hacía pensar, sino incluso cuestionarse los motivos por los que actuaban, su vocación. Tuve la sensación de que la pregunta que el abogado se hacía era: «¿Estoy ejerciendo mi profesión para enriquecerme, o para servir a mis semejantes?».

En cierta ocasión fui descrita en una entrevista como «autoritaria». Más tarde, al escuchar la grabación de una conferencia que había pronunciado sobre la precaria situación de los trabajadores agrícolas, tuve que admitir que mi voz tenía un tono didáctico. Desde entonces he tratado de tener una actitud más amable respecto de los demás, para que no tengan la sensación de que su confort suscita en mí resentimiento cuando hablo de las penalidades de los necesitados y de las lamentaciones de los pobres. Pero si soy didáctica, es porque

Peter Maurin fue mi maestro, porque me infundió principios para que viviera de acuerdo con ellos y lecciones para que las estudiara, y porque estoy tan convencida de la rectitud de sus propuestas que llevo más de treinta años caminando en esa dirección.

«¿Cómo puedes estar tan segura?», me preguntó Mike Wallace en una entrevista televisada. Wallace hablaba más admirado que irritado, pues percibía que mi seguridad estaba arraigada en la religión. Le contesté que si no me sintiera segura, no diría nada. Si alguna vez tuviera dudas —ya fueran religiosas o acerca de mi vocación en este movimiento—, las interpretaría como una tentación, como un gran sufrimiento que tendría que compartir con otras muchas personas en el mundo actual.

Pero, incluso en tal caso, en lo profundo de mi ser me sentiría segura; aunque me dijera a mí misma: «Creo porque quiero creer; tengo esperanza porque quiero tenerla; amo porque quiero amar». Dios contemplaría esos deseos como contempló los de Daniel, que fue llamado hombre de deseos, y al que Dios premió.

Yo estaba segura de Peter —segura de que era un santo y un gran maestro—, aunque, para ser absolutamente sincera, algunas veces me preguntaba si realmente me gustaba. Era veinte años mayor que yo, hablaba con un acento tan fuerte que resultaba difícil captar la idea que había bajo sus palabras, mentalmente era una persona obsesiva a la que no le gustaba la música ni leía a Dickens ni a Dostoievski ni se bañaba.

En ocasiones –durante el verano o cuando se encontraba mal– había que hacer un considerable esfuerzo para permanecer en una habitación con él. Sólo cuando se hizo viejo y fue víctima de la enfermedad pudimos ponerle bajo la ducha cada sábado, cambiar las sábanas de su cama, cambiarle de ropa y cuidar de él como es debido. Me da reparo decir estas cosas, pero creo deber aclarar que no fue la «atracción» física lo que hizo que le profesara una reverente estima ni lo que me infundió la seguridad de que todo cuanto aprendía de él era válido y que el programa que nos exponía era el adecuado para nuestro tiempo.

Si Peter recordaba a un santo como Benedict Joseph Labre, también aquello era una lección para el resto de nosotros, que pasábamos mucho tiempo limpiando, cambiando y cuidando nuestras ropas, atendiendo a nuestro cuerpo perecedero y descuidando la mente y el alma.

## X. RETRATO DE UN PROFETA

Ammon Hennacy vino a nosotros en 1952, cuando vivíamos en el número 223 de Chrystie Street, y nos dejó hace un par de años para irse a Salt Lake City. Pero en el tiempo que estuvo con nosotros dejó su huella de persona excepcional. Los hombres que giraban en la órbita de «The Catholic Worker» le admiraban por su disposición a sacrificarlo todo en pro de sus convicciones, por sus ayunos como medio de protesta, por los muchos días que pasó en la cárcel y por su negativa a pagar el impuesto sobre la renta, convencido de que una gran parte del mismo va a parar a la industria bélica.

En este día 4 de agosto en que estoy escribiendo sobre Ammon pienso mucho en él. Dentro de dos días empezará su ayuno, es decir, su largo ayuno anual. (Todos los viernes se somete a un ayuno total como medida de higiene física y como disciplina). Su largo ayuno empieza en la festividad de la Transfiguración, que es también el aniversario del lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima. El mundo había conocido con anterioridad bombardeos devastadores, en los que habían ardido ciudades enteras, pero éste superó en horror a todos los demás.

Ammon amplía su ayuno en un día por cada año que pasa desde el bombardeo de Hiroshima. Esta vez su ayuno durará



quince días. Durante ese tiempo se apostará delante de la oficina de Hacienda, repartiendo propaganda y portando un cartel como protesta contra el impuesto sobre la renta, porque el ochenta y tres por ciento de él se invierte en armamento. «Si pagamos impuestos –dice sencillamente–, estamos pagando la bomba».

Su ejemplo es especialmente pertinente, pues ahora, cuando escribo, vivimos en un estado de incierta coexistencia, en el que se habla mucho de represalias limitadas o totales ante un ataque. Y cuanto más espantosos son los artefactos bélicos que fabricamos, tanto mayor es nuestro miedo a un ataque. En todas partes pueden oírse frases como la siguiente: «Tenemos que ser los primeros en atacar», «No basta con defenderse», «Ser fuertes y estar siempre preparados es la única medida disuasoria eficaz».

Todos hemos oído a madres impacientes gritar: «¡Te voy a matar!»; «¡Te voy a cortar el cuello!». La irritación, la actitud agresiva de los adultos, tiene forzosamente que hacer pensar a los niños, desde que son muy pequeños, que viven en un mundo hostil. El otro día oí que un padre gritaba desde la ventana a un niño pequeño: «¡Dales fuerte!»; «¡Atízales en los huevos!». Y luego la madre añadía para justificarse: «Hay que enseñarles a defenderse por sí mismos». Ammon siempre insistía en la necesidad de enseñar a la gente a practicar una resistencia no violenta, en lugar de hacer hincapié en el derecho del ser humano a defenderse. Y estaba convencido de lo que decía y lo ponía en práctica.

Ammon tenía razón, toda la razón, aunque hay que

reconocer que a menudo es difícil de aceptar. Sin embargo, de las personas que conozco, él es el único capaz de mantener un esfuerzo prolongado y demostrar tenacidad en la consecución de un objetivo tan necesario en nuestros días.

La mayoría de nosotros tendemos a encogernos de hombros, a decir con santa Teresa de Jesús: «Todos los tiempos son tiempos recios», y concentrarnos en nuestros asuntos, dejando que Dios cuide de todo. Con rezar un poco cada día, oír misa y proseguir nuestra confortable vida, nos sentimos seguros, porque tenemos «fe». Pero Ammon considera que toda vida humana es un tiempo precario.

Me siento libre para escribir con toda franqueza sobre Ammon, pues sé que no se opondrá. Muchas personas le consideran egoísta y egocéntrico, y en cierto modo lo es; en ese sentido apreciará que yo escriba sobre él, pues prefiere que la gente hable mal a que no hable en absoluto. Ammon puede aceptar el odio o el amor, pero no la indiferencia.

Ammon quiere que se le preste atención, porque tiene un mensaje; se considera un profeta. Su sentido de su misión le lleva a hablar constantemente de lo que hace, pero ello se combina con una especie de humildad, como si dijera: «Ved lo que un hombre de razonable fuerza e inteligencia puede conseguir. Yo he hecho tal y cual cosa. Ésta es mi manera de afrontar una crisis. Pues bien, si lo hiciéramos todos juntos, aguantaríamos el vendaval, sobreviviríamos sin novedad».

A Ammon le llamamos nuestro campesino americano, de la misma manera que a Peter Maurin le llamamos nuestro

campesino francés. Nació en un diminuto pueblo minero situado en el sur de Ohio, cerca de los límites de Pennsylvania y West Virginia. Su abuelo fue granjero; su padre, alcalde del pueblo; y él trabajó en la granja cuando era un muchacho. Siendo aún joven, llevó en una calesa a Mother Jones, líder de las mujeres trabajadoras, a un mitin de mineros en Cannelton, West Virginia, a unos kilómetros de distancia. Fue una de sus primeras experiencias con un representante del radicalismo. A pesar de su formación baptista, Ammon se hizo muy pronto ateo y socialista. Eugene Debs y la abuela Jones eran sus ídolos. Creía sobre todo en los sindicatos y en la acción política. Era objetor de conciencia y estuvo en la cárcel de Atlanta durante la Primera Guerra Mundial. Allí, al estar incomunicado y no tener para leer más que una Biblia, se hizo pacifista religioso. La lectura de las obras de Tolstoi le confirmó en su pacifismo y su anarquismo. Desde entonces, guiado por el Sermón de la Montaña, quiso llevar una vida de pobreza, amorosa benevolencia y paz.

Criado en una granja y poseedor de una gran resistencia y vitalidad, Ammon es también un vendedor nato. Disfruta saliendo a la calle a vender, ya sea folletos, su libro o sus ideas. Ésa es su manera de afrontar una crisis.

Conocí a Ammon en Milwaukee, donde yo tenía que hablar en un gran mitin de acción social. El auditorio era casi tan grande como el Madison Square Garden, y yo era la única mujer del estrado. Cuando el obispo de la ciudad me había invitado a hablar, yo le había preguntado si era consciente de nuestra posición ante la Guerra Civil española (que había terminado hacía poco). Me dijo que conocía nuestra postura.

Así pues, abordé nuestros principios de no-violencia, huelga general e impago del impuesto sobre la renta como medios de efectuar el cambio social, así como la pobreza voluntaria y el trabajo manual, en los que Peter siempre hacía hincapié. A juzgar por los aplausos, no creo que los oyentes comprendieran las implicaciones de lo que yo decía. Pero Ammon si lo entendió, y después, cuando me disponía a subir a un coche para ir a casa de una amiga donde pensaba tomar café, se apresuró a sentarse conmigo y con una corpulenta señora muy conocida en los círculos católicos. Nada más acomodarse, se puso a hablar, empezando, como de costumbre, por el relato de su vida.

Ammon quería que yo supiera que, aunque no era católico y aunque pensaba que la Iglesia católica era una de las instituciones más perniciosas que había en el mundo, él era cristiano tolstoiano desde que estuvo en la cárcel.

«¿En qué cárcel has estado tú y cuánto tiempo estuviste?», me preguntó, deseoso de saber cosas, de establecer al momento una relación de intimidad entre nosotros. Mi historial era modesto: dieciséis días en una cárcel de Washington durante los años del sufragismo y un largo fin de semana en otra de Chicago cuando fue atacada la sede de «Industrial Workers of the World» durante las persecuciones contra los izquierdistas emprendidas por Palmer en los años *posteriores* a la Primera *Guerra* Mundial.

Ammon estuvo pegado a nosotras toda la tarde. Me dijo que conocía bien el grupo de «The Catholic Worker» de Milwaukee y opinaba que nuestra gente de allí no tenía mucha iniciativa.

Nadie había estado en la cárcel. Él había estado en más de una. (Si eres pobre, es fácil ir a la cárcel. Te pueden condenar por vagancia, por dormir en un banco del parque o en el metro, por pedir limosna, por vender sin permiso bisutería o juguetes en las esquinas de la calle, incluso por pasear por el parque después de las doce de la noche).

Ammon nos ha hecho ver a todos un problema. ¿Qué tipo de trabajo podemos hacer para no tener que pagar impuestos sobre la renta? Aunque intentemos no pagarlos, están las retenciones y los impuestos indirectos en el *tabaco*, los licores, el teatro, etcétera.

Primero, Ammon encontró la solución trabajando como jornalero en el suroeste del país. Regaba, recogía algodón y realizaba otras labores agrícolas en la región de Phoenix, Arizona, y le pagaban cada día, al terminar la jornada. Como los primeros Padres de la Iglesia en el desierto, se alimentaba de hortalizas y pan. Enviaba el dinero que ganaba a sus dos hijas, para que pudieran terminar los estudios en la escuela de música de la Universidad del Noroeste. Cumplía con sus obligaciones morales, y sus hijas pudieron terminar la carrera. Después, cuando en 1952 se hizo católico, vino a Nueva York y se unió a nosotros. Aquí trabajaba por la manutención y la habitación, como todos los demás, y, en consecuencia, tampoco tenía que pagar impuestos federales.

Ammon ha contado su historia en el libro *The Autobiography of a Catholic Anarchist*, publicado por Libertarian Press, que apoya a otra comunidad pacifista. Algunos pasajes del libro fueron publicados en *The Catholic Worker*. Él vendía

personalmente el libro a los viandantes, a los visitantes de nuestra casa de acogida, a los asistentes a nuestras reuniones del viernes por la noche y a cualquier persona que encontraba en sus giras como conferenciante. La venta del libro y sus conferencias le permitieron pagar a la imprenta y tener dinero para viajar.

Cuando le conocí en Milwaukee, aún vivía con su esposa. Al llegar el momento de inscribirse en las listas de reclutamiento, antes de la Segunda Guerra Mundial, su mujer le dejó y se fue al oeste del país con sus hijas. Según manifestó Ammon, estaba cansada de vivir como radical. Él fue a buscarla a Colorado, pero ella no quiso verle. Ammon trabajó en una granja lechera durante una temporada, hasta que le llamó la atención algo que yo escribí en el periódico sobre el impago de los impuestos y decidió seguir viaje hacia el sur y trabajar en Arizona como jornalero agrícola. Entonces fue cuando empezó a enviarme artículos con el título genérico de «La vida y el trabajo duro».

Ammon es alto y anguloso. Recorre a zancadas las calles de la ciudad como si estuviera saltando entre las zanjas de regadío en el suroeste del país, donde ha pasado tantos años. A menudo, cuando su espesa mata de pelo gris y ondulado ha crecido demasiado, se le eriza. Entonces, si está realizando un trabajo que le hace sudar, se coloca un pañuelo azul o rojo en la frente, con lo que pone de relieve su gran parecido con los indios. Tomás de Aquino dice que «tendemos a pareceros a aquellos a quienes amamos», y Ammon ama a los indios, especialmente a los hopi. Sus ojos azules pueden ponerse tristes o alegres, pero generalmente tienen una mirada viva y atenta. Tiene la nariz recta, los labios delgados y, hasta hace

pocos años, sólo tenía un diente, por lo que él mismo acostumbra a llamarse «Hennacy el desdentado». Un día llegó a nuestra oficina un lector de Maine que, tras conocer a Ammon, le invitó a hablar en una pequeña universidad de su ciudad. El hombre era dentista y le propuso sacarle las raíces que le quedaban en la mandíbula y ponerle una dentadura postiza en la parte superior. Meses después, en el curso de una gira de conferencias por Nueva Inglaterra, Ammon se presentó en la consulta del generoso dentista y, sin anestesia (odiaba las drogas), dejó que le sacara las raíces y le colocara la media dentadura postiza. La misma noche de la operación pronunció una conferencia. Permaneció en la ciudad estrictamente el tiempo necesario para que le colocara la dentadura y prosiguió su viaje.

Hoy es un hombre atractivo; tiene casi setenta años, pero por su resistencia y su entusiasmo en el trabajo es más joven que muchos de los chicos de entre veinte y treinta años que pululan por nuestra sede. Para que no se vanaglorie de ello le digo que es un don, una vocación. Desdeña las minusvalías físicas y cree profundamente en la superioridad de la mente sobre la materia y en todas las teorías psicosomáticas. Además, piensa que todos deberían ser como él, y yo le digo que tenemos que tener tanto nuestros Jeremías como nuestros Davides.

Ammon es vegetariano, pero dice que no «hace de ello una religión». Procura tener suficiente para comer, y su dieta incluye fruta por la mañana, sopa a mediodía y una considerable ración de queso, huevos, hortalizas y ensalada por la noche. Entre horas no hace ascos a un trozo de pastel y un chocolate a la taza. Si se le deja en un desierto, encontrará

alguna manera de sobrevivir, aunque tenga que trocear los arbustos y venderlos como leña de puerta en puerta en el pueblo más cercano. Ha subsistido con lo que espigaba en las inmensas plantaciones de hortalizas del suroeste del país, y si trabaja en huertos de dátiles, se alimenta de dátiles.

Alguien que siempre tiene razón, que declara abiertamente que sabe trabajar, que sabe cómo hay que comer, cómo hay que ayunar, cómo hay que dormir y cómo hay que afrontar todos y cada uno de los problemas del día puede también resultar molesto. Sin embargo, las dos únicas faltas de Ammon son sus juicios precipitados sobre otras personas y su incapacidad para ver que a veces él también se equivoca. Sus faltas tienen más que ver con lo que dice que con lo que hace. Con frecuencia, cuando incurre en alguna herejía o falta de caridad manifiesta, siento ganas de decir: «Haced lo que él hace y no prestéis atención a lo que dice». En cambio, con la mayoría de nosotros ocurre justamente lo contrario: somos mejores hablando que actuando. Ammon es la caridad misma en todo lo que hace; siempre que se necesita una cama, cede la suya.

Ammon solía recibir a los visitantes en las estaciones de ferrocarril y de autobús y pasar la noche con ellos para hacerles compañía. Realizaba con plena responsabilidad tareas como recoger el correo y atender al teléfono y normalmente estaba sentado en su escritorio. Le gustaba aprovechar cada momento. Todos los días de once a tres estaba en la calle: en Wall Street, en la calle Cuarenta y tres y Lesington, en la Universidad Fordham (donde le gustaba reunirse con sacerdotes y religiosas), en Union Square, o delante de Cooper Union o de la New School. Cuando en nuestra sede escaseaba



el trabajo o la lluvia le impedía salir a la calle, se dedicaba a catalogar los veintiocho años de vida de *The Catholic Worker*, después encuadernó cinco tomos y envió uno a la Biblioteca del Congreso. Terminada esta tarea, se puso a trabajar en una antología de *The Catholic Worker*, cuyas páginas se contaban por miles.

Ammon estableció contacto con innumerables personas cara a cara, llevándoles la buena nueva de la posibilidad del reino de Dios, un reino en el que el león pueda vivir junto al cordero, donde ningún ser humano diga que su capa es suya y donde se cuente con compañía en cada milla de camino fatigoso. Ammon cree y actúa de acuerdo con la convicción de que aquí y ahora es el momento de empezar.

Explicar su «anarquismo», que es su «marca de fábrica» característica, nos llevaría demasiado tiempo. Lo que Ammon combate realmente es el Estado moderno y la guerra, a la que muchos consideran «la salud del Estado», por usar la fórmula de Randolph Bourne. Su manera de pronunciar palabras como «gobierno», «autoridad» y «ley» hace pensar que, de un momento a otro, las va a arrojar por la ventana.

No obstante, si todos los seres humanos fueran como Ammon, no se necesitarían ni tribunales ni jueces ni policía. Resulta ciertamente extraño que los anarquistas que he conocido hayan sido los hombres más disciplinados, legales y ordenados, mientras que los que insisten en que deben prevalecer la disciplina y el orden son los que, por puro espíritu de contradicción, se niegan a obedecer y son los más incapaces de organizar su vida.

Ammon ha destacado como nadie en la práctica del ayuno. Ahora, en vísperas de su intervención en un piquete, sé que está preparándose para la dura prueba. Recuerdo lo que hacía cuando estaba con nosotros. La víspera por la noche tomaba zumos de frutas y se acostaba temprano. El lunes se levantaba para asistir a misa de siete. Recorría a pie un tramo de calle equivalente a seis manzanas, hasta Hudson y Houston, y allí empezaba a dar vueltas arriba y abajo, llevando un cartel y repartiendo propaganda. Con unos momentos de descanso cada hora, hacía ese mismo recorrido ocho horas al día, excepto sábados y domingos (en los que las oficinas estaban cerradas y no había nadie que pudiera verle). A medida que iban pasando los días, su voz se hacía cada vez más débil. Cuando llegaba a casa, se tumbaba en una de las mesas largas y bajas de nuestra sede, hasta que se recuperaba y tenía fuerzas suficientes para subir los cuatro tramos de escalera hasta su cama.

Algunos días le ayudaba mucha gente: se turnaban con él en los piquetes, iban arriba y abajo, repartían periódicos, oían las burlas de algunos hombres y mujeres al pasar y se aprestaban a protegerle de un posible ataque (lo que tuvieron que hacer en varias ocasiones).

Algunas personas se preguntarán por qué Ammon formaba parte de un piquete y ayunaba al mismo tiempo. Pues porque casi es más fácil moverse que permanecer inmóvil. Es más sencillo moverse lentamente calle arriba y calle abajo en un día de verano, observando el tráfico y hablando con los transeúntes, aun limitándose a intercambiar una palabra. Sé por propia experiencia que ayunar provoca una terrible tensión

nerviosa. Un año Ammon comentó que iba a ayunar hasta que terminara la crisis, pero se lo quité de la cabeza, pues estamos perpetuamente en crisis. Una crisis sucede a otra, pero ¡quién sabe cuál será la que precipite la guerra...!

Después de pasar siete años con nosotros, Ammon empezó a hablar con nostalgia del oeste, adonde quería volver. Cuando vivía en Phoenix, Arizona, solíamos tomarle el pelo hablándole de la impresión que debía de producir en sus conciudadanos. «Todos son republicanos –le decíamos–. Les *gusta* tu actitud de desafío, tu negativa a pagar impuestos. ¿Qué le importan tus razones a Barry Goldwater cuando desafías descaradamente al Estado y no te pasa nada? Puedes hacerlo únicamente porque es una ciudad republicana, donde los ricos son tan ricos que saben que no tienes posibilidades de incidir en el orden social. Están seguros de que tu solitaria voz no va a detener la guerra ni el sistema de obtener beneficios. Pero en Nueva York no vas a causar impresión».

No obstante, Ammon causó impresión en Nueva York. A lo largo de los años consiguió una abundante publicidad. En un gesto característico, pegó todos los recortes de periódico que hablaban de él en dos o tres grandes álbumes que llevaba consigo y enseñaba a los visitantes, cuando eran tantos que no los podía atender o estaba ocupado en el teléfono o escribiendo a máquina. El *New York Times* y el *New York Post* concedieron espacio a algunas de sus hazañas. Como el «Sentimental Tommy» de Barrie, decía pavoneándose: «¿Acaso no soy un prodigio?».

A Ammon le gustaban también las mujeres –en especial

jóvenes y guapas— y al conocerlas su saludo consistía en un rápido abrazo. El día en que cumplía sesenta y ocho años declaró por la tarde rebosante de felicidad: «No recuerdo ni un momento en que no haya estado enamorado de alguna mujer». En otra ocasión dijo con absoluta seriedad: «Sólo hay una mujer a la que he querido de verdad: mi esposa». Yo supongo que era algún aspecto de su esposa lo que veía en todas las mujeres.

Su esposa había recorrido con él el país de un extremo al otro, y juntos habían realizado todo tipo de duros trabajos. Le dejó cuando sus hijas tenían once y doce años. El mismo me dijo que por la noche se dormía llorando de tanto como las echaba de menos. Sí, Ammon ha sufrido mucho. Su matrimonio había sido una mera unión de hecho sin papeles, y yo creo que él siempre se sintió libre para casarse de nuevo, aunque hablaba de su anarquismo como un obstáculo para ello. No creía en el hecho de tener que obtener permiso del Estado para casarse, a través de la solicitud de una licencia. En cualquier caso, el asunto no se planteó hasta el año pasado. Hasta ese momento, Ammon siempre tenía tres o cuatro buenas amigas que le querían con verdadera devoción, a pesar de que solía hablar con desdén de las mujeres en general, insistiendo en que refrenaban a los hombres que querían vivir como radicales.

Pero hará como año y medio irrumpió en su vida —y en la nuestra— Mary Lathrop. Mary es una chica vivaz, delgada, con un bello cuerpo y unas piernas de bailarina. Tiene veintiocho años, pero podría pasar por una jovencita de dieciocho. Había trabajado en un espectáculo de revista durante casi un año. En una ocasión me confesó: «La actuación del conjunto era inofensiva; el *strip-tease* era lo único vulgar. Me da la

impresión de que lo he hecho para escandalizar a mi familia, que es de Nueva Inglaterra, para vengarme de ella, y también para tener dinero con que pagar a mi psiquiatra. Ensayábamos durante toda la mañana, actuábamos por la tarde y por la noche; y a la mañana siguiente proseguíamos los ensayos con vistas al espectáculo de la semana siguiente. Era una vida dura. Muchas de las chicas tenían hijos pequeños que mantener».

Poco después de la llegada de Mary, Ammon salió de la prisión de Sandstone, donde había pasado seis meses por entrar sin autorización en la base de misiles de Omaha. Después de una gira de conferencias por el oeste, regresó a Nueva York con tiempo suficiente para asistir al simulacro de Defensa Civil en el City Hall Park. Fue la primera vez que unas mil personas más o menos se unieron a nosotros, una docena escasa, que habíamos constituido el grupo de protesta durante los cuatro primeros años. Fueron detenidas unas veinte personas, ni Deane Mowrer ni Ammon ni yo, pero entre las veinte personas estaban tres de nuestros amigos más jóvenes: un artista, un taquígrafo y un estudiante de Baltimore que había venido a visitarnos. Aquella noche, cuando las mujeres ya habían sido llevadas al centro de detención para empezar a cumplir sus condenas (cinco días de arresto), Ammon anunció que iba a manifestarse durante toda la noche en Greenwich Avenue, delante de la cárcel. Mary se ofreció a acompañarle, y así lo hizo. Siempre estaba dispuesta a vivir una aventura.

Mary también estaba liberándose de una parte de su impetuosa energía. Ammon identificó de inmediato esa energía y le encantó, de modo que pronto empezó a hablar de ella como de un potro salvaje al que había que uncir al arado. Yo la

domaré, parecía querer dar a entender. Y, efectivamente, empezó a trabajarla a fondo. Ammon se levantaba todos los días para asistir a misa de siete en la vieja iglesia de san Patricio en Mott Street. Si Mary no aparecía, iba a su piso (compartía dos habitaciones con Judith y conmigo) y esperaba a la puerta hasta que ella salía. Se iban juntos a recoger el correo, y él la tenía escribiendo a máquina hasta que se hubieran contestado todas las cartas. Alrededor de las once, todos los días vendían el periódico en la calle y después iban a manifestarse ante la sede de la Defensa Civil o de la Comisión para la Energía Atómica. Puede que volvieran a nuestra sede para la cena, y luego volvían a salir para asistir a otros mítines por la noche. Era el tipo de vida que atraía a Mary.

«Me gusta estar con Ammon –decía–, porque me encanta llamar la atención, y a él también. Yo he nacido para llamar la atención», añadía con un deje de amargura. Mary procedía de un hogar roto y hablaba con tristeza de lo que significaba tener dos madres y dos padres. Se sentía herida y apenada, pero era evidente lo mucho que quería a su madre y a su padre y cuánto los echaba en falta. Por eso se volvió a Ammon como a padre y se aferró a él. Mary era efusiva, como Ammon, y Ammon satisfacía la necesidad que Mary tenía de mostrar ternura.

A veces Mary se rebelaba contra la rutina de Ammon y se iba por la mañana al mercado de flores a pedir cuantas brazadas fuera capaz de llevarse para decorar imágenes, mesas y escritorios. Cuando llegó por primera vez a nuestra casa, estábamos en el local de Spring Street. Si le entraban ganas de correr de un extremo a otro del local lanzando gritos de guerra como los indios, así lo hacía. (Como el local medía más de

cincuenta metros de largo, disponía de espacio para lucir sus habilidades). Otras veces escenificaba sátiras o parodias con tanto brío y sentido del humor que llorábamos de risa. Igualmente graciosas eran sus imitaciones del capitán Ajab en *Moby Dick* y de un senador del sur. Mary podía ser tan amable y encantadora como escandalosa y alborotadora. Tenía una voz preciosa y solía cantar canciones populares. Una vez íbamos los dos en coche y yo me puse a recitar el «Veni Creator», y Mary se echó a llorar y quiso ingresar en un convento de inmediato.

Mary acostumbraba a pintar en las paredes, en trozos de madera que encontraba en la calle, en el cabecero y los pies de una vieja cama que había rescatado de una cuneta... Su lado de la habitación que ocupaba en nuestro piso era un imponente caos de murales, cuadros, pinturas, papel, pinceles, libros y ropas. Mary adoraba los trapos. En cuanto recibíamos ropas como donativo para los pobres, se ponía a rebuscar entre ellas para renovar su vestuario.

Como la mayoría de los hombres, Ammon prefería verla con vestidos de volantes, el cabello ondulado, maquillada, etcétera. Le gustaba la frivolidad en las mujeres, pero Mary también se rebelaba contra ello, aunque casi siempre sucumbía a los deseos de Ammon. Cuando se vestía de acuerdo con sus propios gustos, se presentaba o bien harapienta, o bien con un espectacular modelo que resaltaba su más bien austera belleza. En este último caso adoptaba el refinado acento de Nueva Inglaterra y las maneras de un selecto colegio de señoritas. Estoy segura de que eso encantaba a Ammon, un hombre del Medio Oeste que hacía pensar en Will Rogers. Le gustaba presumir de ella con sus amigos. «Se viene conmigo a Salt Lake

City», se jactaba Ammon. Y su jactancia se convirtió en: «Y se quiere casar conmigo». No es que él quisiera casarse con ella, sino que era ella la que quería casarse con él, subrayaba Ammon. Pero cuando Mary le oía decirlo, anunciaba que lo que ella realmente deseaba era entrar en un convento.

«¿Pero qué convento va a albergar a esta criatura salvaje?», se preguntaban todos en nuestra sede. «Atemoriza a los chicos; los conventos son demasiado convencionales para ella», comentaba un viejo amigo de la familia. Así que todos estaban de acuerdo en que Mary «podría casarse con Ammon», porque era realmente imprevisible.

Ammon llevaba mucho tiempo planeando irse a Salt Lake City. Después de unos años en Nueva York, había empezado a añorar el desierto y el cielo, el trabajo duro y el sudor limpio. A lo mejor se estaba haciendo reproches a sí mismo por abandonar en la práctica su columna «La vida y el trabajo duro», que es como él la titulaba. La gente le acusaba de vivir mendigando y hablando, en lugar de trabajar. (Escribir y hablar no son considerados trabajos por la gente en general). De cualquier modo, después de cinco años estaba harto de Nueva York. «Me quedaré todavía dos años más y después me iré a Utah. Allí hay menos católicos que en cualquier otro estado. No obstante, me gustan los mormones, porque no aceptan ayuda del gobierno; pero, en cambio, tienen su propia ayuda mutua».

También le gustaban los mormones porque eran polígamos, desafiaban al gobierno y rechazaban las concesiones hechas por su propia Iglesia. Tal vez estaba pensando en todas las amigas que tenía.



Mary apareció en la vida de Ammon seis meses antes de su proyectada marcha. De acuerdo con el primer plan, ella marcharía con él al oeste y trabajaría a su lado. Cuando le hicieron ver a Ammon que el plan eran bastante poco convencional, decidió que podía olvidarse de sus principios anarquistas hasta el punto de obtener una licencia de matrimonio. Naturalmente, sabía que era preciso que los casase un sacerdote.

Las dificultades empezaron a surgir cuando se dirigieron a la oficina de la cancillería del obispado. En estos asuntos, la Iglesia actúa despacio y con cautela. Ni Ammon ni Mary estaban dispuestos a renunciar a su mutua compañía, aunque no tenían ningún inconveniente en permanecer célibes. De manera que Mary siguió a Ammon a Salt Lake City. Trabajó con él y abrió una casa de acogida en Post Office Place, a la que llamaron Casa de Joe Hill y Refugio de San José. (Joe Hill fue un sindicalista ejecutado tras haber sido acusado de disparar a un hombre durante una revuelta laboral). Puso también el nombre de san José a la casa como una concesión a la devoción que Mary profesaba a este santo.

Ammon vivía en la casa de acogida, mientras que Mary tenía una habitación amueblada cerca de allí y realizaba trabajos domésticos para pagar el alquiler. Para que todo pudiera seguir adelante, Ammon trabajaba como cargador. Como los mormones, ambos renunciaron al té, el café y el tabaco.

En general, la gente no entendía su situación, que hacía pensar en la de Gandhi y Mira. Y ellos, ofendidos por la mentalidad burguesa que ponía en entredicho su relación, la

mantuvieron tercamente, a pesar de las críticas que recibían del clero católico y mormón.

Durante todo el verano trabajaron en el campo. De sus cartas se desprende que Ammon se dedicó sobre todo a cosechar, mientras que Mary trabajaba en las acequias de riego y enseñaba a los hijos de los jornaleros mexicanos a pintar y a hacer juguetes.

Y llegó el invierno y, con el frío, el trabajo a cubierto. Mary estuvo empleada como camarera en una pensión, un trabajo sin duda duro. Además, se tenía que levantar muy temprano para ir a misa. El sacerdote de la parroquia le hizo ver que estaba fuera de lugar entre la multitud de hombres que empezaban a pulular en torno a la pequeña casa de acogida y se ofreció a pagarle el viaje a San Francisco en cuanto quisiera. Un día, dicho sacerdote le entregó un billete de autobús, además de veinticinco dólares, y, prescindiendo de las dolorosas despedidas, Mary se marchó la mañana siguiente. Como Mary, conversa devotísima, había discutido a diario con Ammon acerca del anticlericalismo de éste, su decisión no debió de causar sorpresa.

Aun así, para Ammon fue un duro golpe y se sintió profundamente herido. Me echó la culpa a mí (porque Mary me consideraba una especie de madre) y también echó la culpa al sacerdote.

Pero siempre hay trabajo que hacer. Tres muchachos que iban a ser ejecutados en el Estado de Utah necesitaban la ayuda de Ammon. Enseguida suscribió la petición de apelación,

escribió y distribuyó panfletos, asistió a mítines y se manifestó a las puertas de la prisión. Este trabajo y la tarea de dirigir la casa de acogida ocupaban sus días y sus noches. Recorría las calles pidiendo alimentos para mantener la casa en marcha e incluso tabaco para los hombres que se alojaban en ella, aunque personalmente rechazaba esa adicción.

Ahora la casa de acogida funciona de manera permanente, y unos cuarenta hombres encuentran en ella un lugar en el que dormir sobre el suelo de una gran nave. Ammon duerme cerca de la puerta, de modo que, cuando se levanta de noche para dejar entrar a alguien, no tiene que molestar a los demás. Hay indios de las reservas, *cowboys* que van o vienen de juerga, pastores vascos entre un trabajo y otro y transportistas (que se presentan a cualquier hora de la noche). Los hombres son enviados a Ammon en busca de cobijo y, si están sobrios, los deja entrar. El dice que es una cuestión de bien común. Una noche llegó un mexicano borracho con un amigo. «No me alojes a mí –le dijo–, sino a él». Cuando su amigo recibió alojamiento, el mexicano se marchó dando tumbos calle abajo.

Durante un cierto tiempo Ammon se dedicó a escribir duras cartas a su obispo, pidiéndole que se manifestara contra la pena de muerte y la injusticia en general. Yo se lo reproché y le dije que era un pacifista extremadamente militante y un anarquista extremadamente dominante. Ahora ya no hay cartas. Su ira, que nunca antes estuvo fuera de control, se ha extinguido por sí misma. Ammon se dedica tranquilamente a su trabajo.

En varias ocasiones ha dicho que, de aquí a unos años, se

trasladará a la costa occidental, donde viven sus hijas, pero cuando recientemente le pregunté en una carta si seguían siendo ésos sus planes, me contestó que esperaba terminar su vida en Salt Lake City. Le encanta la belleza del lugar, le entusiasma todo lo que tienen de bueno los mormones, y con el tiempo llegará a querer al obispo. Estoy segura.

## **XI. MIS DIRECTORES ESPIRITUALES**

Durante el primer año de vida de «The Catholic Worker», el cardenal Hayes nos envió un mensaje a través de monseñor Chidwick, a la sazón párroco de la iglesia de Santa Inés de Nueva York. El mensaje consistió en decirnos que aprobaba nuestra labor; daba por sobreentendido que habíamos cometido errores, pero lo importante era no persistir en ellos.

Y naturalmente que hemos cometido errores. Hemos errado a menudo en el juicio y en nuestra manera de escribir y presentar la verdad tal como nosotros la vemos. Me refiero a la verdad acerca del orden temporal en que vivimos y en que, como seglares, tenemos que desarrollar nuestra tarea. No hablo de las «verdades de fe», que aceptamos no sólo porque es razonable creer en ellas, sino porque nos las presenta la Santa Madre Iglesia. La Iglesia es infalible cuando se trata de las verdades de fe, como, por ejemplo, el dogma de la Inmaculada Concepción y la Asunción de la Santísima Virgen María. Cuando se trata de temas de orden temporal –capital vs. trabajo, por ejemplo–, la Iglesia no habla infaliblemente. En este terreno hay margen para grandes diferencias de opinión. A menudo nos preguntan: «¿Qué piensa la Iglesia de vuestra labor y de vuestro radicalismo?». La Iglesia como tal nunca ha formulado

un juicio sobre nosotros; pero algunos clérigos, incluidos obispos y arzobispos, han expresado en ocasiones un punto de vista definido, unas veces a favor y otras en contra de nosotros, aunque nunca han expuesto sus opiniones públicamente.

Ya he mencionado el incidente en que fuimos «amonestados» por publicar un recuadro en *The Catholic Worker* instando a no alistarse en el ejército a comienzos de la Segunda Guerra Mundial.

Por el contrario, como prueba de las diferencias de opinión que existen entre los clérigos acerca de los asuntos temporales, diré que, en vísperas de la guerra, el arzobispo McNicholas, de Cincinnati, declaró en un periódico diocesano que esperaba que, si los Estados Unidos intervenían en el conflicto, se formara un poderoso ejército de objetores de conciencia. Además aportó trescientos dólares a nuestro primer campo de objetores de conciencia y, poco antes de morir, nos envió su bendición. (Sin embargo, cuando estalló la guerra, no hizo ninguna declaración pública a propósito de la guerra y la paz). Por otro lado, durante la Guerra Civil Española había puesto reparos a nuestro pacifismo. Prohibió que en su diócesis circulara el periódico *The Catholic Worker*, pero no se opuso a que sacerdotes y seglares lo recibieran a título individual. El periódico, se decía, era demasiado polémico. Algo similar ocurrió en Worcester, que entonces formaba parte de la diócesis de Springfield, Massachusetts. Teníamos allí una casa de acogida, pero el obispo no animaba a sus sacerdotes a visitarla durante aquella amarga guerra civil, y cuando un grupo de personas quiso abrir una casa de acogida en Providence, Rhode Island, el obispo de la diócesis los disuadió.

Nosotros nunca pensamos que fuera necesario pedir autorización para hacer obras de misericordia. Nuestras casas y nuestras granjas estuvieron siempre, desde su nacimiento, bajo nuestra responsabilidad, como una actividad laica, y no entraban en lo que se llama generalmente «acción católica». Nosotros no podíamos pedir a las autoridades diocesanas que se responsabilizaran de las opiniones expresadas en *The Catholic Worker*, y, si hubiéramos estado bajo su jurisdicción formal, habrían sido considerados responsables.

Las controversias entre los católicos no giraban únicamente en torno a nuestro pacifismo. Cuando empezó a organizarse el Committee for Industrial Organization (CIO, formado dentro de la AFL: American Federation of Labor) en la industria textil y del acero, se produjo una fuerte oposición por parte del clero sobre la base de que algunos de sus líderes eran comunistas. Mientras asistíamos al crecimiento del sindicalismo, veíamos que la circulación de nuestro diario experimentaba una fuerte caída, aunque no tan drástica como cuando estalló la Guerra Civil Española.

Por otra parte, nuestros archivos están llenos de cartas de sacerdotes que han estado con nosotros desde el principio de nuestra actividad en pro del progreso social y la justicia racial. Y hace sólo unos días recibimos una carta y un cheque del nuncio apostólico del Vaticano, que ahora reside en Washington, DC.

Nuestros contactos con miembros concretos del clero han sido muy estrechos y, en mi opinión, mutuamente gratificantes. Sirvan como ejemplo los que mantuvimos con el padre Conrad Hauser, un jesuita que acudió a la granja «Peter Maurin» para

hacer una visita que debía durar un día y se prolongó dos meses. La mañana en que llegó era radiante y soleada, y el padre Hauser se enamoró del lugar.

«Estaba como misionero en China –dijo ante un segundo desayuno de café con tostadas–, y me echaron de allí. Hasta hace unas semanas he estado trabajando en Haití, y también me han echado. Es decir, que los poderes establecidos escribieron a mis superiores en Montreal y les pidieron que me hicieran salir de la isla. Me detuve en Nueva York porque quería visitar *The Catholic Worker*, que había leído en China y Haití, ¿y cómo iba a pasar por esta parte del mundo sin venir a veros? También me gustaría ver a mis indios».

Descubrimos que el padre Hauser se refería a uno de sus primeros destinos. Había trabajado en una misión de indios iroqueses a orillas del San Lorenzo, en Canadá. En el siglo XVII, los iroqueses habían martirizado a san Isaac Jogues, san Juan de Brébeuf y otros muchos cristianos en medio de terribles torturas. Ahora, en el siglo XX, son unos habilísimos trabajadores del metal, y es más que probable que los hombres que vemos encaramados a las vigas de los nuevos rascacielos que se alzan en la ciudad de Nueva York sean indios iroqueses.

«Soy músico por formación –nos dijo el padre Hauser– y les enseñaba canto gregoriano en su propia lengua. He oído que la mayoría viven en Brooklyn. Me gustaría mucho verlos».

Un miembro de nuestra organización se ofreció a acompañarle a Brooklyn, pero la búsqueda fue estéril. El párroco no conocía su paradero; estaban diseminados por



varias de las gigantescas parroquias de la ciudad, constituidas por entre quince mil y veinte mil almas. El padre Hauser decidió que quería pasar la cuaresma con nosotros. Le encantaba la granja y la gente que vivía en ella. Tras una vida de obediencia, y sin pedir permiso a sus superiores, de repente nos anunció que quería quedarse en la granja y decir misa todos los días para nosotros.

Naturalmente, su superior de Montreal estaba intrigado por su peculiar comportamiento y envió al padre socio (nombre con el que se conoce al secretario de los provinciales jesuitas) y a otro jesuita a Staten Island para que vinieran a vernos. Siempre recordaré (con mucha gratitud a Dios) el día en que los tres jesuitas se sentaron a la mesa del gran comedor ante nuestra familia, que en aquella época estaba integrada por unas veinte personas. Entre ellas había personas ancianas, retraídas, habladoras y, al fondo de la mesa, una chica a la que sólo se puede describir como «beatnik». Tenía el cabello negro hasta los hombros, llevaba unos pantalones también negros, tan ajustados como los de un torero, y una camisa blanca de hombre, y tenía un bebé en su regazo. Uno de los chicos de la granja se mostraba muy solícito con ella y se preocupaba de que estuviera cómoda. Me estremecí al ver cómo, inclinándose sobre ella, se desvivía por atenderla, fascinado por la joven, ignorando por completo a los tres sacerdotes.

Sin embargo, los tres jesuitas –benditos sean– «tenían ojos y no veían» o, si veían, lo comprendían. Jesús dijo: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos», y la Compañía lleva su nombre. Tengo que confesar que, durante la breve visita de sus compañeros, el padre Hauser se comportó de una manera un

tanto extraña. Parecía curiosamente jovial, con ganas de bromear. Aquella tarde llevamos a los tres jesuitas a la playa y, aunque hacía mucho frío, el padre Hauser se quitó los zapatos y los calcetines y se puso a caminar por la orilla de las tranquilas pero frías aguas de la bahía.

Poco después de que los dos visitantes oficiales regresaran a Montreal, recibí una carta bastante delicada, casi tímida del superior. ¿Pensaba yo que el padre Hauser estaba bien del todo? Sí, tenía permiso para quedarse, pero ¿trataría yo de persuadirle de que acudiera al psiquiatra si él mismo lo consideraba necesario? Ellos no querían mencionarle el tema, porque por nada del mundo deseaban herir sus sentimientos. Afortunadamente, una semana después vino a vernos el Dr. Karl Stern, psiquiatra de Montreal, que es además escritor y músico. Le pedí que tuviera una conversación con el padre Hauser y posteriormente me dijo: «Es uno de los sacerdotes más maravillosos que he conocido. Pero posiblemente esté un poco fatigado».

¿Y quién no estaría fatigado después de los rigores de su vida de misionero durante tantos años? Yo no sabía qué edad tenía, pero debía de frisar en los setenta. Mientras estuvo con nosotros celebraba misa a las siete de la mañana y, como le gustaba cantar, teníamos misa cantada, mostrándose siempre muy paciente con nuestras deficiencias en este aspecto. A veces, durante la liturgia se volvía y nos traducía una oración con espontáneo entusiasmo. Una vez, cuando estaba leyendo el último Evangelio: «En el principio era el Verbo», se volvió, ya al final, y, con lágrimas en los ojos, exclamó lleno de gozo: «¿Os dais cuenta de lo que significa ser llamados hijos de Dios?». No

había comida en la que no recibíamos una pequeña conferencia, pero todo era tan espontáneo, tan jovial, que nadie tenía la impresión de que le estaban soltando un sermón. Aquel año la Semana Santa fue una mezcla de solemnidad y alegría. Poco después, el padre Hauser tuvo que volver a Montreal y reanudar su actividad como director de ejercicios espirituales. Sentimos mucho verle marchar.

Unos cuantos meses después nos enteramos de que había muerto. Una mañana, después de misa, el padre Hauser había sufrido un ataque de corazón. Casi se diría que, cuando vino a nosotros, ya sabía que su estancia en la tierra tocaba a su fin y por eso regaló a nuestro grupo su último don como misionero, un don precioso, ciertamente.

Hay muchas ocasiones en las que me exaspera el lujo de la Iglesia, los programas de construcción, el coste del sistema escolar diocesano y el conservadurismo de la jerarquía; pero entonces pienso en nuestros sacerdotes. ¿Qué haríamos sin ellos?

Los sacerdotes son una parte esencial de nuestra vida, pues están presentes en el nacimiento, en la boda, en la enfermedad y en la muerte. Además, nos proporcionan a diario el pan de vida, el Señor mismo, para alimentarnos. «¿A quién vamos a ir?», decimos con san Pedro.

¡Cuánto debo a mis primeros confesores! En primer lugar, el padre Joseph Hyland, con quien me puso en contacto mi amiga la hermana Aloysia cuando quise hacerme católica. Se mostraba muy retraído conmigo, tal vez porque era joven y

había sido ordenado hacía poco tiempo, quizá también por mi radicalismo, pero era paciente, comprensivo y nada crítico; me ayudó a superar un año difícil.

El siguiente sacerdote que conocí fue el padre Zachary, que ejercía su ministerio en la pequeña iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, en West Fourteenth Street. Por entonces yo únicamente trabajaba para la Liga Antiimperialista –asociada al partido comunista–, que tenía su sede en Union Square. Cada vez que me confesaba con él, después de imponerme la penitencia y darme la absolución, me preguntaba: «¿Tienes ya otro trabajo?».

Al padre Zachary no le gustaba mi manera de escribir; opinaba que mi estilo era horriblemente realista. Después de prepararme para la confirmación, me dio a leer dos libros: *Meditations* de Challoner y la *Historia de un alma*, de Teresa de Lisieux. Disfruté con las enseñanzas contenidas en el pequeño libro de meditaciones, pero apreciar el valor de «La Pequeña Flor» me llevó años. En aquella época yo prefería con mucho los libros que hablaban de grandes santos a los que era imposible imitar. Y, evidentemente, el mensaje de Teresa va dirigido a cada uno de nosotros, pues nos pone ante los ojos las obligaciones cotidianas, sencillas y pequeñas, pero constantes.

Cuando me fui a vivir a East Side, acudí al padre Zamien, que era salesiano. Él fue quien me instó a comulgar diariamente. Hasta entonces yo pensaba que la comunión era sólo para los viejos o los muy devotos, y así se le dije. «En modo alguno –me contestó–. Se comulga porque se necesita alimento para peregrinar sobre la tierra. Se precisa la fuerza, la gracia que da

el pan de vida. Recuerda que Jesús dijo: “Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”». A mí esta doctrina no me repelía, pero escandalizaba a mi joven hermano, que decía que eso era canibalismo. «Al fin y al cabo –le decía yo–, bebemos la leche del pecho de nuestra madre. Mientras estamos en su seno, nos alimentamos de la sangre de su corazón. Con su carne y su sangre nos desarrollamos antes de llegar a esta vida, y el cuerpo y la sangre de Jesús nos alimentan para la vida eterna». Somos absueltos de nuestros pecados y somos alimentados, y mi gratitud por este inmenso don no hace más que crecer con los años.

Aparte de los sacerdotes a los que acudía sobre todo para confesar, mi primer director espiritual fue el paulista Joseph McSorley, un sacerdote profundamente espiritual y experimentado. Había sido superior de la congregación de los paulistas de Norteamérica, fundada por Isaac Thomas Hecker, converso y miembro oficial de la Brook Farm Community de Concord, en tiempos de Emerson, Thoreau y Alcott.

Con el padre McSorley siempre se tenía la sensación de disponer de todo el tiempo del mundo. Se sentaba tranquilamente, apoyaba la cabeza en la mano y escuchaba. Su técnica –si es que puede llamarse así– consistía en actuar como un director no impositivo. Yo acudía a él también para confesarme cuando tenía algún asunto serio en la cabeza o, debería decir, en el alma. Estaba convencida de que era un santo, especialmente desde que me liberó por dos veces de graves tentaciones. Después de confesarme con él, no volví a tener esas preocupaciones concretas.

El padre McSorley era extraordinario, pero al mismo tiempo era como miles de sacerdotes de todo el país, pues vivía entregado a su labor espiritual. Puede que esos sacerdotes no supieran mucho de asuntos temporales, como, por ejemplo, la construcción de colegios e iglesias, pero eran firmes y fuertes vigas y sólidas piedras de ese edificio que es la Iglesia. Nunca criticaban a los demás, aunque establecieran principios sólidos y claros que por implicación podrían considerarse críticas. Estimulaban lo mejor que había en la persona y guardaban silencio acerca de lo que no podían remediar. Ante todo, dejaban a los laicos las preocupaciones propias de los laicos.

Ha habido tantos sacerdotes que han sacado tiempo de sus vacaciones para visitarnos y que han venido a dirigir días de meditación y semanas de retiro que sería difícil mencionarlos a todos. Pero el padre Pacifique Roy, josefita, es un caso especial. Cuando entró en la cocina, situada en la segunda planta de nuestro piso de Mott Street, dijo que se había sentido de inmediato como en su casa. Estaba acostumbrado a vivir con los pobres del sur, entre los que había desarrollado gran parte de su trabajo.

El padre Roy pasó hablando toda la primera mañana. La gente se congregó en torno a él para escucharle, dejando el trabajo a un lado. La cocina tenía que continuar su actividad y había que dar de comer a los indigentes; los visitantes entraban y salían, pero nosotros seguíamos escuchando. Pronto nos dimos cuenta de que el padre Roy tenía el mismo enfoque de los problemas del momento que nosotros. Dondequiera que estuviese, se ponía de inmediato a mejorar las condiciones, aportando cuanto podía en dinero, conocimientos prácticos y

ayuda espiritual. San Ignacio decía que «el amor es un intercambio de dones». Para el padre Roy, los dones espirituales y los dones materiales eran inseparables. Nos estuvo hablando no del orden social, sino del amor y la santidad, sin los cuales el hombre no puede ver a Dios. Aquel día le tocó a él dar y a nosotros recibir un pequeño «retiro». Fue el retiro del padre Lacouture, su compañero francocanadiense, que le había inspirado a él como ahora él nos inspiraba a nosotros, de modo que empezamos a ver cómo Dios hace «nuevas todas las cosas».

Aunque residía en Baltimore, no tenía reparo en viajar a Nueva York en su día libre. Además, cuando nosotros íbamos a verle a Baltimore, nos daba un día de retiro. Era un convencido de la conveniencia del ayuno a pan y agua en esos días, aunque en el desayuno el «agua» podía consistir en café solo, que nos ayudaba a mantenernos despiertos durante la plática. Al concluir la jornada, nos agasajaba en los sótanos de la rectoría, donde el señor Green, encargado del mantenimiento, acostumbraba a preparar una buena comida. ¡Una vez nos hizo un asado de marmota!

En 1945, el padre Roy recibió permiso para vivir con nosotros en «Maryfarm», donde lo primero que hizo fue instalar la electricidad, colocando los cables con sus propias manos. Después, ayudado por todos los demás, cavó zanjas para llevar el agua del manantial que había en la colina hasta el granero (donde la cocina estaba en la planta baja, y la capilla, la biblioteca y los dormitorios en el primer piso).

El padre Roy dormía en el dormitorio de los hombres, situado

en la primera planta, con Peter Maurin, Duncan Chisholm, Hans Tunneson, Joe Cotter, el anciano señor O'Connell y no sé cuántos más. Todos le querían, con la única excepción del señor O'Connell, que era nuestro suplicio colectivo y no quena a nadie. Por decirlo de manera caritativa, quizá estaba atravesando su «noche oscura». Parecía privado de todo amor natural, así como de compasión y paciencia. Una mañana, cuando estábamos celebrando la misa cantada en la capilla, el señor O'Connell empezó a golpear el suelo con un zapato, al tiempo que nos decía a voz en grito que dejáramos de hacer «ese ruido».

Hacía poco que habíamos empezado a cantar en misa, y aquellos primeros meses debieron de ser duros para el padre Roy. Solía echar una mirada levemente irónica a los acólitos que tenía sentados a uno y otro lado y desafinaban al cantar el Gloria. Para él, la misa era verdaderamente la gran obra del día, y no escatimaba esfuerzos para que la liturgia fuera lo más bella posible. Incluso con el tiempo más frío, cuando el agua se congelaba en la vinajera y las manos se le quedaban entumecidas, celebraba la misa despacio, con reverencia, con la mente inmersa en la sobrecogedora grandeza del sacrificio.

A un sacerdote que se lamentaba de su impotencia para hacer frente a la oscuridad de los tiempos, el padre Roy le dijo valientemente (siempre es difícil corregir a un compañero sacerdote en un asunto tan personal) que sólo con que dejara de pronunciar entre dientes las palabras de la misa, como una parodia de oración vocal, estaría ya dando al menos un primer paso.



A nosotros nos repetía que, después de haber participado en esa gran obra del día, habíamos hecho lo máximo que cabía hacer. Un miembro de nuestra comunidad se lo tomó demasiado al pie de la letra y los días en que el padre Roy estaba fuera y no teníamos sacerdote, aquel compañero solía subir y bajar las grandes colinas hasta la iglesia de san José, situada a unos tres kilómetros de distancia. Después, se tendía cómodamente, mientras los demás –incluida su esposa– cortábamos leña, acarreábamos agua (la casa no tenía agua corriente) y hacíamos el trabajo que significaba alimento, calor y cobijo para él y para toda la comunidad. El ya había hecho su obra del día –nos decía–, llevando la carga espiritual por todos nosotros.

Pero la misa, una vez celebrada, no impedía al padre Roy ser un trabajador sumamente activo. Tenía lo que Peter Maurin llamaba «una filosofía del trabajo». Disfrutaba con él y contaba los días perdidos por no haber realizado algún trabajo manual verdaderamente pesado. Pensaba que no debía comerse su pan sin haber sudado un poco. Y si se lo impedían durante el día las visitas, los compromisos y otras obligaciones, empezaba después de cenar y colocaba estantes, clavaba tablas, serraba maderas y terminaba trabajos ya empezados, todo lo cual le mantenía ocupado hasta medianoche.

El padre Roy era un hombre bien parecido: alto, delgado, con ojos cálidos y a la vez penetrantes; pausado, seguro y reflexivo en sus movimientos. Tenía unas buenas manos, bien acostumbradas al trabajo. Recuerdo que un día me corté la mano partiendo el pan, y él me dijo entre risas: «¡Regocíjate siempre en el Señor!». Posteriormente fue él quien se cortó la

mano con la sierra circular y tuvo que ir conduciendo y chorreando sangre al hospital, situado a unos siete kilómetros de distancia. Cuando regresó de la ciudad, le pregunté si se había regocijado, y me contestó: «Bailé de alegría, sobre todo cuando estaban cosiéndome».

Al padre Roy le gustaba cantar canciones populares francesas. En cierta ocasión se disculpó con francesa discreción de su «frivolidad» y justificó su afición diciendo: «Como ya sabéis, hay que llegar a la gente de muchas maneras». En otros aspectos, en cambio, era más estricto que nosotros. No quería aparatos de radio en casa, y con toda seguridad nunca habría permitido la presencia de una televisión. Ambos medios de comunicación dejaban entrar demasiadas cosas del mundo. Le encantaban las fiestas, no obstante, y nosotros celebrábamos muchas festividades religiosas.

También le gustaba ir los sábados por la noche a la sucursal de una cadena de tiendas a recoger los artículos sobrantes que los vendedores nos regalaban. Cuando tenía que pagar los víveres, compraba patas de cerdo y otras viandas igualmente baratas, aunque Eileen McCarthy, una profesora que nos visitó un invierno, solía suplicarle «un trocito de la parte superior del cerdo». Naturalmente, se refería al jamón, pero el padre contrarrestó con su propio ingenio el ingenio irlandés de la profesora y le compró rabos de cerdo.

Además de hacer la compra, el padre Roy cavaba, construía y casi puso en marcha una planta maderera. Un día, durante su hora de meditación, estaba sentado con los ojos fijos en el suelo, cuando se le ocurrió que las tablas del pavimento del

granero, originalmente destinado a guardar carros y tractores, eran innecesariamente gruesas para una capilla y una biblioteca. Cuando terminó su meditación, se puso a arrancarlas, abriendo grandes boquetes que daban a los antiguos establos, situados debajo, sin importarle que el siguiente viernes por la noche estuviera previsto empezar un retiro. Cuando empezaron a llegar los asistentes al retiro, aún había grandes boquetes en el suelo, de modo que el padre Roy los puso a trabajar clavando las tablas que le habían llegado del aserradero de la colina, donde se había reducido su grosor a la mitad. De esa manera duplicó la madera disponible.

Hans Tunneson estuvo a su lado durante buena parte del trabajo, aunque al mismo tiempo cocinaba y hacía el pan. Tunneson se quejaba de que todo lo que construía el padre Roy estaba pensado para hombres altos: el fregadero estaba demasiado alto, los estantes eran demasiado altos, las mesas y los bancos eran demasiado altos, incluso los asientos de los retretes de las nuevas letrinas construidas por el padre Roy eran demasiado altos. Pero sus múltiples realizaciones simplemente venían a demostrar el alcance de su paternal preocupación por nosotros, de su inmenso amor.

Nuestra vida era ciertamente hermosa, con trabajo, cantos, religiosidad, celebraciones y ayunos. Sin embargo, él era estricto con estos últimos y a veces nos sentábamos a la mesa y sólo teníamos como cena unas gachas de maíz o copos de avena. Él comía con nosotros, compartía todas nuestras penalidades, se alegraba y se afligía con nosotros. Escuchaba nuestras confesiones y nos daba el pan de vida.

También nos daba una conferencia tras otra; a veces la misma conferencia una y otra vez, pero siempre con el mismo entusiasmo. Y no nos importaba que insistiera en que el padre Onesimus Lacouture era el mayor predicador que había habido desde san Pablo. Estábamos acostumbrados a entusiasmos que tendían a la exageración y la hipérbole y sabíamos lo que quería decir. Nos convenció de que Dios nos amaba tanto que nos había dado a su Hijo, el cual, con su vida y su muerte, nos envió un caudal de gracia que nos hizo hermanos suyos en dicha gracia, más unidos a él y unos a otros que los hermanos de sangre. Nos hizo saber lo que significa el amor y el inevitable sufrimiento que conlleva. Nos enseñó que, cuando había entre nosotros odios y rivalidades, enconos y resentimientos, teníamos que someternos a procesos de purificación, de poda, para poder dar mayores frutos de amor. Nos hizo sentir el poder del amor y afianzar nuestra fe en la fuerza del mismo.

El padre Roy amaba su vida de actividad y trabajo por encima de todas las cosas de orden natural. Era evidente que sentía pasión por el trabajo, de la misma manera que Peter Maurin sentía pasión por pensar, por adoctrinar. Ambos eran grandes maestros que enseñaban con su determinación y el ejemplo de sus vidas. Y los dos tuvieron que pagar un precio.

Una mañana, poco después de volver de un largo viaje en el que estuvo predicando en el sur (el hecho de que el padre Roy gozara de una libertad tan completa pone de manifiesto la grandeza de corazón y la sabiduría de su superior), se levantó para celebrar misa en nuestra capilla. Nos quedamos horrorizados cuando de repente vimos que se ponía a comulgar inmediatamente después del Sanctus, antes de la consagración.

Por la vaguedad de sus palabras y gestos vimos que algo le había ocurrido. Posiblemente, mientras dormía, había sufrido un ligero ataque cerebral que había dañado su memoria; era probable que todo se debiera a un coágulo de sangre en su cerebro. Ninguno de nosotros sabía lo suficiente al respecto. Nos costó llevarle al médico. Lo que él quería –nos dijo volviendo a su infancia– era irse a casa. Quería regresar a Montreal donde, en el seno de su familia, le harían un diagnóstico y le cuidarían. «A lo mejor me tienen que sacar los dientes que me quedan», dijo ingenuamente. (Tenía un sobrino que era dentista).

Un muchacho de nuestro grupo le acompañó en avión a Montreal, a casa de su hermana. Luego hubo un largo silencio. La primera noticia que tuvimos fue que estaba en el hospital Hôtel-Dieu, en el pabellón para enfermos mentales. ¿Qué había ocurrido? Pues que se había escapado y había llegado andando hasta el norte de Quebec, donde se había perdido. Le encontraron en una diminuta aldea, viviendo con un sacerdote y sirviendo como acólito. El sacerdote no sabía que aquel vagabundo también era sacerdote, pues iba vestido con un traje sobre un par de pijamas, y le tomó por un pobre. (Mauriac decía que Cristo era un hombre tan parecido a otros hombres que necesitó el beso de Judas para singularizarse).

Yo fui a verle al hospital psiquiátrico donde, como es costumbre también en nuestro país, son confinadas las personas que han perdido la memoria. Me recordaba, pero no a las demás personas de la granja. Lloró un poco cuando me mostró las magulladuras de la cara, donde otro paciente, sacerdote como él, le había golpeado. Me explicó que una

ayudante de enfermera, al cambiarle la cama, le había llamado «cerdo». Gimoteaba como un niño, pero de repente sonrió y me dijo: «¡Regocíjate!». Yo también me eché a llorar y, al compartir las lágrimas con él, me sentí libre para preguntarle algo que, de lo contrario, nunca le habría preguntado, pues me habría parecido una curiosidad injustificable y totalmente falta de delicadeza: «¿Se ha ofrecido como víctima?».

Y él me respondió: «a Dios le decimos constantemente cosas que en realidad no sentimos, y él nos toma la palabra. Nos ama de verdad y nos cree».

El padre Roy no tuvo que permanecer mucho tiempo en el hospital. Volvió a casa de su querida hermana, que, junto con su marido, cuidó amorosamente de él. (Su orden pagó todos los gastos.) Después se le presentó la oportunidad de vivir en una casa de retiro para sacerdotes enfermos y ancianos en Trois Rivières, Quebec, donde, con la ayuda y la dirección de un sacerdote hermano, pudo celebrar de nuevo el Santo Sacrificio de la misa.

Su gozo sólo duró dos meses, porque cayó enfermo de lo que se creyó una gripe leve, pero en menos de quince días murió. Cuando recibió los últimos auxilios de la Iglesia, estaba plenamente consciente; y murió –según su hermana me contó en una carta– regocijándose.

## XII. LOS REDACTORES TAMBIÉN COCINAN

*The Catholic Worker* es un periódico, pero también es un movimiento. Por un lado están los redactores, llamados «Catholic Workers». Por otro lado están los lectores de *The Catholic Worker*, periódico del que cada mes se tiran setenta mil ejemplares, que se distribuyen por todo el país y, de hecho, por todo el mundo. Los lectores pueden disentir abiertamente del contenido de algunos de nuestros artículos sobre el desarme, Cuba, el pacifismo o la última huelga. Cuando los lectores están de acuerdo con nosotros, ellos son los Catholic Workers; cuando disienten, son lectores de *The Catholic Worker*. Es una situación fluida.

Generalmente se dice que la redacción la constituyen los redactores. Pero ¿dónde empieza y dónde termina la redacción? Joe Motyka y Paul y Charlie, el alemán George, el polaco Walter y el italiano Mike también son miembros de la redacción y, como tales, desempeñan un papel esencial en la salida del periódico. Dado que «The Catholic Worker» es también un movimiento, nuestros redactores y escritores cocinan, limpian y lavan platos. Cuidan de los enfermos, llevan a los que no pueden valerse por sí mismos a los hospitales y limpian viviendas plagadas de insectos; a veces decoran, tallan, pintan, tocan la guitarra y se unen para cantar Completas, la oración vespertina de la Iglesia que pone fin a la jornada diaria.

Ahora, el año 1962, cuando pienso en los nombres, me detengo a reflexionar: ¿por qué viene la gente? Por diferentes razones: unos vienen para vivir sus ideales; otros vienen porque acaban de terminar la enseñanza secundaria o la carrera y tratan de encontrarse a sí mismos; y hay también quien viene en busca de emoción y aventura, porque ya no puede soportar la monotonía de su trabajo.

¿Por qué se van? Algunos porque se casan, y la necesidad de mantener a la familia los devuelve al tedioso trabajo del que huyeron, pero que ahora realizan, esperemos, con lo que Peter Maurin llamaba una «filosofía del trabajo». La discusión se prolonga indefinidamente entre el personal y los visitantes: ¿se puede santificar (¡qué fantásticos términos solemos utilizar los católicos!) un trabajo, como, por ejemplo, llenar botellas de perfume en una cadena de montaje, idear textos de anuncios o afanarse en una fábrica de chicle? Algunos se van para vivir su fe en un monasterio o un convento, para vivir una vida de servicio, para ejercer su profesión o, simplemente, porque sí, porque no nos aguantan más. Las razones de su marcha son tan variadas como las razones que los movieron a venir.

Trabajar con nosotros ha proporcionado a muchos jóvenes interesados por el trabajo y la política un trampolín para su actividad profesional en el campo elegido. En la asistencia social, en los periódicos, en los sindicatos y la política, en la enseñanza, en la literatura, en los hospitales...; en todos estos campos activos hay Catholic Workers o antiguos Catholic Workers, y cuando viajo por el país, los veo a ellos y a sus familias. Es un movimiento de *hombres*, porque Peter Maurin puso su sello a la obra. El fue el pensador, el líder.



¡Cuántas idas y venidas tienen lugar en torno a «The Catholic Worker»! Recuerdo que uno de los primeros redactores se marchó porque yo, como redactora jefa, me negué a echar a otro redactor. Peter decía: «No hay necesidad de eliminar a nadie, ellos mismos se eliminan».

Hace poco ocurrió justamente lo contrario. Un par de jóvenes «beatniks» se instalaron con nosotros; vivían en nuestros pisos, ocupaban las camas de los pobres, se comían la comida de éstos, traían cerveza, mujeres y drogas en nombre de la libertad. Cuando se les pidió que se fueran, uno de nuestros redactores también lo hizo, alegando que no estábamos siendo caritativos con el ardor juvenil, que estábamos traicionando nuestros principios. ¿No decíamos o, más exactamente, citábamos las palabras: «Al que te quite el manto, no le niegues la túnica» y «Perdonad setenta veces siete»?

Para mí es un misterio por qué personas extrañas e indómitas dicen actuar en nombre de la libertad. Si hubiéramos sido un grupo cuáquero, habríamos organizado reuniones y habríamos tratado de alcanzar un acuerdo unánime; pero, con un único miembro que hubiera disentido, la situación se habría prolongado indefinidamente. Como decía Peter, nosotros seguimos la tradición benedictina. Un hombre es responsable de la casa de acogida, y se hace lo que él dice. Su autoridad es aceptada, porque se ha ganado el respeto de los que están a su alrededor.

En cuanto al periódico propiamente dicho —yo soy quien está a cargo de él—, la cabecera ha conocido muchos cambios. Hace

años, cuando puse el nombre de una persona que nos ayudaba en la parte comercial del trabajo, un trabajador nos hizo saber que, si aparecía el nombre de aquella persona, no quería que apareciera el suyo. A raíz de la disputa resultante, que afectó a todo el mundo de algún modo, se suprimieron *todos* los nombres. El año pasado teníamos tantos nombres de redactores que Ammon Hennacy pidió que se eliminara el suyo. Como Peter, pensaba que «el periódico de todos era el periódico de nadie» y prefería ir «por su cuenta», hacer «la revolución de un solo hombre». Stanley quitó el suyo porque no estaba de acuerdo con la línea del periódico.

¿Por qué viene y por qué se va la gente? Stanley, con su humor levemente sardónico, dice: «Vienen con una bolsa de la compra y se van con baúles, por no hablar de todos los libros que sacan de la biblioteca». Otra persona sentada a la mesa dice: «Vienen con estrellas en los ojos y se van con maldiciones en los labios». «Voy a escribir un relato –sigue diciendo Stanley– sobre las mujeres que vienen a transformar la granja y llevarla de acuerdo con sus ideas y que, cuando han hecho todos los cambios, se marchan amargadas, hablando de lo hermoso que era todo al principio». El Señor tiene sus medios para hacer que las personas abandonen un trabajo para el que no son adecuadas.

Otra persona interviene en la conversación y dice: «La gente viene porque necesita terapia de grupo. Todo católico descontento termina antes o después en “The Catholic Worker”. Aquí se ven a sí mismos en los demás y se curan».

No tiene sentido mencionarlos a todos. ¿Acaso alguien

puede decir quiénes fueron los más importantes? ¿Dan, que vendía el periódico en la calle; Slim Borne, que lavaba platos; Arthur J. Lacey, que hacía todos los recados y se ocupaba de la habitación donde se guardaba y distribuía la ropa; o aquellos que sabían pronunciar palabras encendidas y escribir con entusiasmo sobre el trabajo mientras otros lo realizaban?

La primera de todos fue Dorothy Weston, una delicada joven irlandesa de pelo negro y brillantes ojos azules que acababa de terminar sus estudios. Había tenido una excelente formación: el convento del Sagrado Corazón, donde tenía una hermana monja, la Universidad de Fordham y la Escuela de Periodismo de Columbia. Dorothy tenía más de intelectual que de periodista, y cuando preparaba un artículo sobre el control de la natalidad o la huelga de Ohrbach, lo hacía concienzudamente.

Tenía la deplorable costumbre de dormir hasta mediodía, porque le encantaba la quietud de la noche para trabajar y leer —como hacemos todos— y, como la mayoría de los jóvenes, detestaba levantarse por la mañana. Al principio vivía en West End Avenue, donde su madre tenía un bloque de viviendas, pero terminó trasladándose definitivamente con nosotros. Resultaba desconcertante tener a una criatura joven y bella dormida en el sofá de la habitación situada detrás de la oficina con los brazos extendidos a uno y otro lado de la cabeza y el cabello recortándose contra la almohada. Incluso con un biombo a su alrededor se percibía su presencia, y la gente que venía a ayudarnos tenía que atravesar esa habitación para ir a la cocina a por agua o a por el café de media mañana. Posteriormente, Dorothy se casó, y ahora vive en Europa.

También estaba Eileen Corridom, febril trabajadora, como su primo (el sacerdote de la película *Waterfront*). Se marchó para fundar por su cuenta una revista. Y, por último, Frank O'Donnell, nuestro primer administrador, que se fue a causa de su boda y su creciente familia. (No obstante, después Frank vivió durante mucho tiempo en la comuna agrícola de «The Catholic Worker» en Upton, Massachusetts).

Éstos fueron los primeros, que, a su vez, fueron ayudados por las personas en paro que se incorporaron. Estaban los tres Dans: el Gran Dan, de quien ya hemos hablado, el Pequeño Dan, un contable en paro, y el Mediano Dan, que había trabajado en una cervecería. Estaban también Larry Doyle, Mary Sheehan y Joe Bennett, mi primer compañero vendedor, que murió joven por problemas de corazón.

Después, cuando nos mudamos a nuestra segunda casa en West Charles Street, cerca del río, tuvimos otros tres jóvenes: Bill Callahan, Eddie Priest y Jim Montague. Bill ayudaba a hacer el periódico; Eddie puso en marcha nuestra primera pequeña imprenta de pasquines; y Jim inició la primera comuna agrícola en Easton, Pennsylvania.

Cuando nos hicimos con la casa de Mott Street, los trabajadores más importantes eran Gerry Griffin (un muchacho irascible y gran trabajador al que profesé un cariño especial porque le gustaba Dostoievski) y Joe Zarrella. Los dos estuvieron ayudándonos diez largos años, descontado el tiempo de guerra, en el que ambos condujeron ambulancias del American Field Service. Ahora Joe está ya casado, y Gerry, que es profesor en el Queens College, está a punto de casarse.

Julia Porcelli es una de las chicas más responsables y trabajadoras que hemos tenido. A los dieciocho años ya llevaba la casa de acogida de mujeres y los campamentos de niños, y además trabajaba en la oficina. Ahora es esposa, madre y artista, y su vida está más llena que nunca.

Por entonces llegó también John Cort, un chico alto, rubio y polemista que había terminado sus estudios en Harvard no hacía mucho. Pertenecía a una familia de profesores y periodistas y estaba tan interesado en los temas laborales que si la Asociación Católica de Sindicalistas se puso en marcha, inmediatamente antes de la creación de CIO, fue gracias a sus esfuerzos. John Cort, Bill Callahan, Joe Hughes y Charles O'Rourke intervinieron activamente en la huelga del Sindicato Marítimo Nacional en 1936– 1937. Llevaban nuestra sede de West Side, donde dábamos de comer a los hombres en huelga y mantuvimos abierto durante tres meses un centro de día (ver capítulo 3). Cuando John Cort dejó «The Catholic Worker», entró a trabajar en el *Newspaper Guild* de Boston. Ahora es asesor del Cuerpo de Paz en las Filipinas, donde se ha trasladado con su esposa y sus diez hijos. Jack Thomton y David Masón vinieron de Filadelfia para ayudarnos al principio de la Segunda Guerra Mundial, y cuando Jack fue llamado a filas, David y Arthur Sheehan, de la casa de acogida de Boston, se hicieron cargo del trabajo con la ayuda de Smokey Joe y Duncan Chisholm.

En el grupo de postguerra figuraron, entre otros, Tom Sullivan, de la casa de acogida de Chicago, y Jack English, de la de Cleveland. Ambos habían estado en el ejército, Tom en el Pacífico, y Jack en un campo de prisioneros de guerra en

Rumania (cuando era artillero en un bombardero, había sido derribado). Ahora es profesor de secundaria en Long Island, y Jack es trapense en Conyers, Georgia. Bob Ludlow era el pacifista del triunvirato, y las acaloradas discusiones que empezaban como burlas amistosas solían terminar con palabras serenas pero envenenadas. No obstante, durante años los tres trabajaron juntos sin problemas, llevando una buena casa de acogida. Tom escribía una columna mensual llena de humor. Los artículos de Bob sobre la guerra y la paz, el capital y el trabajo, el hombre y el Estado, eran tan clarividentes y penetrantes que atrajeron la atención de filósofos y teólogos católicos de todo el país, dando origen a un debate. También él ha vuelto a la enseñanza, actividad para la que se había formado.

En ese período también había un magnífico plantel de chicas. Entre ellas tengo que citar a Jane O'Donnell, que dirigía la granja que teníamos en Newburgh; e Irene Naughton y Helen Adler, que ayudaban en la granja y en la ciudad en cuanto eran necesarias. Jane era muy guapa, pero era lo que John, el granjero, llamaba un «marine». A los hombres les gustaba, porque era una gran luchadora. Siempre irreductible en sus opiniones, batallaba alegremente con todas las probabilidades en contra. Ahora trabaja en una parroquia interracial con las mujeres y los niños, actividad que le encanta y que le permite emplear su gran ternura.

Irene, una de las escritoras más brillantes que hemos tenido en el periódico, hacía muchos sagaces análisis sobre el paro, la corrupción en los sindicatos, las técnicas comerciales de las cadenas de almacenes y la descentralización, por recordar sólo

algunos de sus artículos. Tenía un brillante cabello pelirrojo y una risa cálida, y no podía escribir nada que no tuviera un ritmo irlandés, cualidad poética que vivificaba incluso el tema más insulso. Tenía a su cargo la planta de mujeres de la casa de acogida, primero cuando ésta abarcaba dos viviendas del quinto piso de nuestra casa de Mott Street, y después en Chrystie Street. Su corazón estaba dividido entre las necesidades de las ancianas que llegaban del Bowery y una joven con gemelos que estuvo con nosotros durante algún tiempo. Le resultaba muy duro y doloroso dividirse y tratar de llevar adelante los dos tipos de trabajo. Recuerdo que una noche llegó del Bowery sosteniendo a una anciana pequeñita llamada Elly. Cliente habitual del Sammy's Bowery Follies, la anciana estaba bebida y apenas se tenía en pie. Decía que había sido educada en París, y, de hecho, su manera de hablar era la de una persona cultivada. Nos aseguró que, a pesar de su mala vida, se salvaría, porque había hecho una peregrinación a la tumba de Teresa de Lisieux y había rezado allí un rosario. Unos años después, Elly murió en paz en nuestra casa. Helen también hacía de todo, desde el pan y escribir artículos hasta llevar familias vecinas a las clínicas y a Coney Island. Dejó de trabajar con nosotros para hacer un curso de enfermería práctica con el fin de ser más útil a los pobres. Ella fue quien atrajo a Charles McCormack.

Charles había seguido un curso comercial gracias al «G. I. Bill of Rights», pero no se sentía muy feliz como vendedor de los magnetófonos de entonces. Un día, al pasar por delante de la iglesia del Corpus Christi, entró a hacer una visita y encontró un ejemplar de *The Catholic Worker*. La iglesia estaba cerca de la Universidad de Columbia, y cuando era párroco el padre Ford,

siempre se podía encontrar en ella nuestro periódico –a pesar del carácter polémico de sus artículos–, junto con el *Catholic News* y el *Sunday Visitor*. Era la primera vez que Charles lo veía, de modo que se sentó y lo leyó de cabo a rabo. Después tomó el metro hasta Canal Street para ver cómo éramos; pero era demasiado tímido para atreverse a entrar: «Primero fui al bar más cercano y me bebí un par de cervezas». Cuando, finalmente, entró en la sede, la primera persona que encontró fue Helen Adler, que daba la casualidad de que estaba llena de entusiasmo por el retiro que iba a empezar al día siguiente en nuestra granja de Newburgh. Según ella, la granja era lugar ideal para Charles, y no le costó mucho convencerle de que fuera.

Charles pasó el verano participando en un retiro tras otro, haciendo recados con la furgoneta, recogiendo gente que llegaba en tren y haciendo la compra. Durante los últimos cuatro años de los seis que permaneció con nosotros, estuvo a cargo de este trabajo.

En aquella época trabajaba con nosotros Bob Steed, que había llegado de Memphis, mientras que Ammon Hennacy había abandonado sus labores agrícolas en el sudoeste del país y se había convertido en un miembro efectivo de la plantilla, de modo que de nuevo teníamos un equipo completo.

De todos modos, Charles era uno de los más indicados para llevar una casa. Le gustaba ir a buscar los muebles y las ropas donados por nuestros lectores, acompañado por muchos de los hombres de la casa para que le ayudaran. Visitaba a los enfermos en los hospitales y no tenía inconveniente en



desplazarse hasta Brentwood o Central Islip. No juzgaba a nadie, pero mantenía la casa en perfecto orden, y los hombres le respetaban. Y entonces, de repente, se enamoró de la secretaria de un médico de Bellevue, y ella de él. A lo largo de los años habíamos visto surgir y florecer otros romances, pero éste fue repentino, y estábamos encantados por lo inesperado. Entonces Bob y Ammon se hicieron cargo de la casa y, cuando ellos se marcharon, llegaron otros, de modo que el trabajo siguió adelante.

La lista de nuestros redactores, nuestros compañeros de trabajo, no tiene fin. Y ahora, si uno echa una mirada a lo largo y ancho del país, descubre antiguos miembros de «The Catholic Worker» en los campos más diversos: el servicio social, el periodismo, las organizaciones de trabajadores, la política, la enseñanza, la actividad literaria, la asistencia sanitaria, etcétera. Si yo soy la madre y la abuela de una amplia familia, el pensamiento de Peter fue el catalizador que lo desencadenó todo.

Marge Hughes es la mejor secretaria que he tenido. Llegó con veintiún años en los primeros días de nuestras actividades y me ayudaba a despachar la correspondencia, que ya por entonces tenía un volumen enorme. Se marchó para cuidar de su casa y de sus cuatro hijos, y después, cuando éstos llegaron a la adolescencia, volvió con nosotros. Ahora vive en una de las casas de la playa, en Staten Island; la otra es fundamentalmente un refugio de verano para familias puertorriqueñas.

En los primeros días, Marge acompañaba con frecuencia a

Peter en sus correrías por las plazas para recitar sus «Easy Essays» y suscitar debates. Y fue la única de nosotros con suficiente valor para participar en la propuesta de Peter de cantar una antífona en el Círculo Colón.

Marge también acompañó a Peter en una visita al distinguido teólogo Paul Tillich, para pedirle, como a otros autores, un resumen de su pensamiento. (Su intención era popularizar ideas consiguiendo la cooperación de columnistas sindicados y figuras políticas conocidas). Da idea de la grandeza de Tillich el hecho de que hiciera todo lo posible para entregarles un resumen de una página. Desgraciadamente, el resumen se extravió en nuestros archivos y nunca fue utilizado como Peter pretendía.

A Marge le apasionaba el baile. Cuando no estaba ayudándome o acompañando a Peter, estaba bailando en alguno de los numerosos bares del East Side que se habían especializado en música y baile populares. Su acompañante en tales expediciones para explorar esos aspectos de la tríada «culto, cultura y cultivo» era un hombre llamado Leonard Austin, que fue de gran ayuda para Peter en el desarrollo de su síntesis intelectual. Todo aquel que venía, cualesquiera que fueran sus intereses, parecía encontrar un hueco en «The Catholic Worker». Marge es el epítome de la hospitalidad. Para ella nunca es demasiado tarde o demasiado pronto si se trata de servir a otros. Cuando en la casa no hay más que arroz y restos de verduras, Marge prepara una deliciosa comida compuesta básicamente de arroz frito y cebolla.

Tiene un espíritu jovial y complaciente, nunca desasosegado,

siempre acogedor cuando alguien llega del campo o de la ciudad y llama a su puerta pidiendo una taza de café o una hora de agradable conversación. Como la viuda de Sarepta, no duda en usar «el puñado de harina y el poco aceite» que quedan para el huésped necesitado y hambriento, y, de un modo u otro, «siempre hay bastante para uno más».

Y Stanley Vishnewski. Me ha costado clasificarle. Hace veintisiete años que se adhirió al movimiento «The Catholic Worker». Confiesa con tristeza que aún no sabe si va a quedarse con nosotros, pero dice: «¡El miedo a Dorothy Day me empuja a seguir!».

Stanley es una de esas personas a las que llamamos «católicas de nacimiento». Como tal, considera que nosotros, los conversos, somos temerarios e imprudentes en nuestras actitudes radicales y nuestros piquetes, en nuestro pacifismo y nuestro anarquismo. El procede de una familia lituana y lleva las persecuciones en la sangre. No odia a los rusos, pero alberga el resentimiento que cabe esperar en alguien que ha visto su país ocupado por una potencia extranjera. Se trata de una actitud que a nosotros, conversos con antecedentes de protestantes norteamericanos, nos resulta difícil entender. Estamos acostumbrados a ser los dominadores, no a estar sometidos a otros.

Stanley cuenta todo tipo de historias para explicar cómo estableció contacto con nuestro movimiento. Su versión favorita es que se encontró conmigo un día en Union Square mientras yo llevaba una pesada máquina de escribir. Insiste en que se ofreció a llevármela y en que yo le contesté: «Ven y

sígueme». Tal y como él lo cuenta «se trataba de una anciana pequeñita, y yo era un joven caballeroso. Después añade: «Yo tenía diecisiete años, y ella treinta y siete».

La verdad es que Stanley apareció por primera vez en mi oficina con un manojo de poemas, y le tuve que decir que lo suyo no era la poesía. Su respuesta fue dejar de escribir poemas y ponerse a escribir en prosa. Hasta ahora ha escrito un montón de libros y relatos; muchos de estos últimos se han publicado, y él sigue confiando en que un día verá su nombre escrito en un libro propio.

Stanley imprime para nosotros toda suerte de estampas y artículos de papelería, además de su propio boletín, un tabloide de dos páginas llamado *The Right Spirit*.

Empezó vendiendo *The Catholic Worker* por la calle, hasta que comenzó la Segunda Guerra mundial. Entonces empezó a reconsiderar su postura. El cuerpo le pedía seguir la doctrina tradicional de la Iglesia. También creía que en las guerras se debía luchar para defender a los perjudicados y hacer frente a la injusticia, aunque intentó ser objetor de conciencia, pero renunció después de pasar cuatro meses en un campo de opositores católicos a la guerra.

Aunque todavía sigue teniendo la mentalidad de un caballero de espada y corcel blanco, creo que nunca estuvo tan cerca de un caballo como durante los desórdenes que siguieron a la huelga de la National Biscuit Company. Yo estaba en peligro de ser aplastada contra el muro de la fábrica cuando Stanley se interpuso y me protegió con su cuerpo del caballo de un policía.

Stanley tiene un desconcertante sentido del humor, calculado para deleitar a unos e irritar a otros. A las personas que llegaban a nuestra granja para hacer ejercicios espirituales las saludaba diciéndoles: «Alquilamos cilicios para los días de retiro; han sido fabricados especialmente por Hart, Schaffner & Marx». Se le conocía por tranquilizar a nuestros visitantes más convencionales diciéndoles: «Cada semana cambiamos las sábanas..., de una cama a otra». Una vez se presentó un grupo de seminaristas y las primeras palabras que les dirigió fueron: «¡Bueno, siempre tenemos mucho espacio, con tal de que no seáis supersticiosos y no tengáis inconveniente en dormir trece en una cama». Una de sus frases predilectas es: «Si todos los hombres llevaran su cruz, ninguna mujer caminaría».

A Stanley le encanta contar largas historias a los niños pequeños, que se sientan en el suelo a su alrededor con las piernas cruzadas. Su relato más delicioso es un cuento muy largo titulado «Oswald, el león hambriento». Lo cuenta en primera persona, con muchas repeticiones, de modo que, en cuanto los niños lo escuchan, repiten algunos pasajes con él. Cuando sus mandíbulas entran en acción al contar cómo Oswald se zampó a varios miembros de la familia de Stanley, las mandíbulas de los niños también se mueven mascando. El cuento es tan entretenido que tardamos años en ver que es una amable sátira de nuestro pacifismo.

Stanley no sabe conducir y va a todas partes en bicicleta. Como siempre hay algún hombre de la granja que la ha tomado prestada, se la tiene que pedir cuando quiere utilizarla. Es terciario franciscano, aunque no asiste a las reuniones, y tiene una extensa colección de libros sobre el santo de Asís.

Hace unos años, la profesora Gerda Blumenthal eligió como tema de su disertación en una de nuestras reuniones del viernes por la noche «El héroe y el santo». Después, cuando nos sentamos a comentar su intervención ante una taza de café, convinimos en que, entre los miembros de la plantilla, Ammon Hennacy era «el héroe» y Charles Butterworth «el santo». En términos más prosaicos, es lo que podría llamarse nuestro gerente. Licenciado en Derecho por Harvard, tiene la difícil tarea de cuidar del dinero y pagar las facturas. Dentro de la barahúnda que es nuestra oficina, Charles constituye una isla de calma, pues es una persona amable, seria y muy atenta. Todo el mundo acude a él en demanda de ayuda o consejo, de consuelo o de dinero para el billete en un medio de transporte.

Durante mucho tiempo, a Charles le remordió la conciencia por no haber estado todavía en la cárcel. Cada vez que tenía lugar una manifestación de desobediencia civil contra un simulacro de ataque aéreo, se ponía a debatir consigo mismo si debía o no participar. Yo le recomendaba que no lo hiciera, alegando que necesitábamos a alguien que cuidara de la sede. Finalmente, una mañana, hace ya algunos años, llegaron dos hombres cuyos carnés mostraron que eran del FBI y nos dijeron que estaban buscando a un hombre llamado Jim, que había desertado del ejército.

En aquel momento, Jim estaba ayudando en la cocina. Charles no estaba a cargo de la casa, sino que hacía labores generales en la oficina. Ahora, mientras escribo, me parece que le estoy viendo con aspecto desconcertado, sin saber exactamente qué hacer. Al final fue a buscar a Bob Steed, que era el encargado, pero Bob no estaba. Charles volvió entonces a

la cocina, donde encontró a Jim y le dijo que en la oficina había un par de visitantes preguntando por él a los que posiblemente no le gustaría ver. Rápido como un rayo, Jim tomó su abrigo y salió corriendo.

Charles volvió a la oficina; pero, como es el hombre más sincero del mundo, la expresión de su rostro le delató. Los agentes del FBI le comunicaron que acababa de cometer un delito y que irían a su sede central para obtener una orden de detención contra él bajo dos cargos: alojar a un desertor del ejército y ayudarle a escapar.

Horas después, los dos hombres volvieron con la orden de detención. Charles, que aún no se había hecho una idea clara de su situación, sólo dijo que, en su opinión, las personas debían decidir por sí mismas qué querían hacer y que «The Catholic Worker» era un refugio para todo tipo de gente.

Para Charles se trataba de un asunto serio. En el juzgado se confesó culpable, lo que significaba que era un delincuente y, como tal, nunca podría ejercer la abogacía. Pero tal vez, como san Alfonso María de Ligorio, había llegado a la conclusión de que, con esa profesión, le sería difícil salvar su alma.

Cuando se celebró el juicio, Charles, con voz serena, leyó una breve declaración en la que expuso sus convicciones.

El juez le estuvo mirando con expresión afable y, al terminar, le dijo que su hijo se había licenciado en Fordham y que él estaba familiarizado con nuestras actividades. Después añadió que, como tenía que juzgar de acuerdo con la ley y habida cuenta de que Charles se había declarado culpable, debía

condenarle a seis meses de prisión. A continuación suspendió la sentencia.

Charles aún no ha estado en la cárcel, pero es un delincuente convicto «por amor fraterno»; ha sido declarado «digno de sufrir», como los Apóstoles. Lo que intentó explicar a los agentes es que el ser humano, en libertad de espíritu, debe decidir por sí mismo. En lo que se refería a él, consideraba que, dada su posición en «The Catholic Worker», tenía que ayudar a los que estaban en necesidad, prescindiendo de cuál fuera ésta y de si eran responsables de ella o no.

Deane Mowrer, una de nuestras redactoras, gran intelectual y muy versada en literatura, ha sido profesora de la Universidad de Nuevo México. Además de artículos sobre la vida en la granja «Peter Maurin», escribe poesía, y, a decir verdad, una poesía excelente. Desde hace seis años, excepto el primero, ha formado parte de los piquetes que organizamos para protestar contra las medidas de defensa civil obligatoria en un supuesto ataque aéreo sobre Nueva York. Muchas veces nos hemos sentado codo a codo en una celda en espera del juicio, y hemos hablado y leído juntas.

Deane está ahora en la granja, adaptándose a la pérdida de vista que está padeciendo. Pasa muchas horas en la capilla, y siempre hay alguien dispuesto a llevarla de paseo. Se las arregla para trabajar: hacer el pan, poner la mesa, lavar los platos o atender el teléfono.

Su columna periodística sobre la granja es tan interesante que, gracias a ella, ha aumentado considerablemente el



número de visitantes a Staten Island. Continúa sus estudios con «libros hablados» que le suministra la biblioteca pública y está aprendiendo Braille.

También tengo que hablar de Judith Gregory, que ahora no vive aquí, porque está estudiando ciencias políticas en la Universidad de Virginia. Cuando Judy está en la ciudad y trabaja en la casa de acogida de San José, no se permite ni un momento de respiro. Contesta la correspondencia, envía periódicos y cumplimenta pedidos de libros y folletos; y además mantiene las más encendidas discusiones sobre cualquier tema, desde política hasta religión, con los grupos de universitarios que llegan.

Judy pone el corazón en todo lo que hace. Lo pude comprobar el verano que pasó en Staten Island, donde no tenía que realizar un trabajo burocrático, sino atender a la gente. Como una joven visitante estaba a punto de tener un niño, Judy se puso a devorar libros de obstetricia para el caso de que, llegado el momento, nos encontráramos sin un coche a mano y sin una ambulancia del hospital más próximo. (No se trataba de una posibilidad remota; la chica «beatnik» de larga melena morena que pasó varios años con nosotros, fue ayudada en el parto por un policía). En este caso pudimos llevar a la joven al hospital. Después del nacimiento del niño, Judy se dedicó con el mismo fervor a cuidar de él, levantándose por la noche para preparar los biberones y ocupándose personalmente de la madre las veinticuatro horas del día.

Aquel verano también encontró tiempo para enseñar a las personas analfabetas canciones populares después de la cena,

tuvieran o no buena voz. El entusiasmo que Judy siente por la naturaleza hace que sea una delicia estar con ella. Recoge helechos como yo recojo algas, con una diferencia: yo las recojo sin clasificarlas, básicamente por el placer de caminar a lo largo de la playa, mientras que Judy conoce el nombre latino de cada variedad de helecho.

Anne Marie Taillefer, una de nuestras redactoras, escribe reseñas de libros, poemas y artículos para el periódico. También reparte las ropas de mujer en la casa de Chrystie Street, pues le encantan los vestidos, incluso los de segunda mano. Anne Marie vive en un pequeño ático, situado en lo alto de un hotel, cerca de Times Square. No todos los áticos de Nueva York son elegantes y espaciosos, ni tampoco lo es el suyo; pero dispone de espacio suficiente para ofrecer hospitalidad y siempre tiene con ella a alguna persona sin hogar.

Anne Marie pasa mucho tiempo en las Naciones Unidas, trabajando con una organización no gubernamental. A menudo le preguntan: «¿A quién representa usted?», y su respuesta es: «A mí misma». En varias ocasiones ha alojado en su casa a visitantes de otros países, personas de otras razas, muchas de las cuales no hablaban inglés. Esto dio lugar a situaciones complicadas, pero ella siempre consiguió superarlas de una u otra forma.

Bob Steed, que vino a nosotros hace seis años después de colaborar en una casa de acogida de Memphis, ha confeccionado el periódico durante varios años. Normalmente yo me ocupo de seleccionar el material, pero Bob lo conjuntaba

y convertía en una realidad. Ahora trabaja doce horas cada noche como ayudante en un aparcamiento. (No es que el trabajo le encante, pero está ahorrando para hacer un viaje a París). Bob es otro de nuestros redactores que ha cumplido una condena de cárcel. Después de la invasión de Cuba, pasó diez días en una prisión de Washington por haberse manifestado, como miembro de un piquete, delante de la sede de la CIA. Ahora Tom Comell ocupa su lugar y se cuida de sacar el periódico cada mes.

En estos últimos años también han trabajado en la redacción, haciendo el periódico, y en la casa de acogida Philip Havey, poco después de cumplir sus treinta y tres días de cárcel por haber participado en la marcha en favor de los derechos civiles conocida como «Freedom Ride»; Jim Forest, que fue eximido del servicio militar estando ya en la marina, cuando se declaró objetor de conciencia (ambos se casaron el año pasado y dejaron el trabajo); Walter Kerrell, un converso que llenó la casa de manifestaciones de su entusiasmo creador: escribió poesía, pintó de un color diferente cada uno de los cajones del archivador y diseñó máscaras Áfricanas sobre cangrejos cacerola para colocarlas encima de las mesas de los redactores; Ed Forand, antiguo «marine», un buen periodista que se levanta a las cuatro de la mañana para ir al mercado a pedir un cajón de verduras, conduce el coche y comparte las tareas de la cocina con Charles y Walter; Jean Morton, que ayudaba de múltiples maneras, incluida la participación en piquetes y marchas por la paz, como hacía la pequeña Sharon Farmer, que se casó con Phil Harvey el día que cumplió dieciocho años; Dianne Gannon y Stuart Sanberg, ambos de veintiún años, que pusieron en marcha un nuevo proyecto, la Casa Siloé para

niños, situada a pocos metros de la nuestra. Dianne ahora trabaja y estudia en un centro Montessori, y Stuart está en un seminario de Washington.

En estos momentos, otros miembros de la plantilla son Martin Corbin, que está casado, tiene tres hijos, se gana la vida trabajando en la Libertarian Press y vive en la comunidad de Glen Gardner, New Jersey; y Ed Turner, que abandonó el ejército para hacerse objetor de conciencia y pasó dos años en la cárcel por sus convicciones. Ed está casado con mi ahijada, Johannah Hughes, y no sólo da clases y escribe, sino que también realiza investigaciones en torno a la persona de Peter Maurin y su doctrina. Karl Meyer, responsable de la casa de acogida de Chicago, es, a sus veinticuatro años, uno de los mejores articulistas del periódico. Y Arthur Sheehan y su esposa Elizabeth son compañeros muy queridos desde hace mucho tiempo.

En realidad han sido muchos los que, a lo largo de los años, han venido a nosotros y se han convertido en parte integrante de nuestro proyecto, de modo que, aunque se hayan ido, han dejado su huella. Sería imposible recordarlos a todos y más aún hacer una lista de los mismos, lo que el lector quizá agradezca.

**CUARTA PARTE**

**COSAS QUE PASAN**

### XIII. ¿QUÉ HA SIDO DE ANNA?

«¿Qué ha sido de Anna?», preguntó alguien. ¿Cómo conocer, con el transcurso de los años, el paradero de las personas que han pasado por aquí? Lo único que podemos decir es que creemos que Anna está en una residencia de ancianos de Nueva York.

Anna era una mujer bajita que arrastraba los pies al andar. Tenía un rostro ancho y plano, una boca grande y sonriente y algunos pelos en la barbilla. Empezó a visitarnos cuando vivíamos en Mott Street. Durante mucho tiempo se limitaba a arrimar la nariz a la puerta y pedir pan y café, pero no entraba en la casa. Cuando nos mudamos a Chrystie Street, Anna nos siguió con la caja de cartón marrón en que guardaba todas sus pertenencias y que ataba con una cuerda gruesa para poder arrastrarla tirando de ella. Normalmente llevaba puestos varios vestidos y varios abrigos. Según el tiempo que hacía, se quitaba una o varias capas. La vanidad de Anna sólo se ponía de manifiesto en el estilo de su tocado. Siempre se envolvía la cabeza con extrañas piezas de seda de múltiples colores, a modo de fantásticos turbantes. Una vez apareció con la cabeza envuelta en una pieza de lencería femenina de brillante color melocotón; amablemente, la persuadimos de quitársela.

Anna era pobre, pero no indigente. Nunca aceptaba un

cigarrillo entero, porque consideraba que era demasiado para ella; prefería recoger colillas. Le encantaban el tabaco y el café, y siempre estaba alegre. Sus ojos centelleaban y sonreía continuamente. Sus dos temas de conversación predilectos eran el matrimonio y los espíritus benéficos que la rodeaban.

Cuando, finalmente, se decidió a entrar en nuestra casa para comer, se marchaba inmediatamente después de la cena. Si alguien le preguntaba dónde vivía, contestaba con vaguedades.

Según nos dijo, dormía en cualquier sitio: unas veces en una panadería judía, otras en un almacén vacío, otras en un portal...

Cuando accedió a vivir con nosotros, tuvimos la sensación de haber logrado una gran victoria. «Pero no quiero dormir en una cama –nos dijo—. No he dormido en una cama desde hace treinta años. Y no voy a empezar ahora». Por este motivo ocupó un rincón del vestíbulo por el que no pasaba nadie, acurrucándose en él con un fardo bajo la cabeza. Una noche de frío me aventuré a ponerle una manta encima, pero ella se levantó precipitadamente, se marchó de la casa y no volvió a aparecer en varios días. No obstante, si dejábamos una manta en el suelo de la oficina, la utilizaba. Anna fue huésped de la casa, dentro de esta línea, durante cinco años o más.

Hace tres años, cuando recibimos la orden de desahucio del ayuntamiento, pensamos trasladarnos al local de Spring Street, único sitio disponible que encontramos, pero no sabíamos qué hacer con Anna. Teníamos permiso para utilizar el local como centro de día, pero no como dormitorio. Además, no disponía de calefacción. En Chrystie Street siempre la manteníamos

encendida de noche en atención a ella. Aún teníamos en el viejo barrio algunos pisos de alquiler, pero Anna no dormiría en una litera con Mary la escocesa, ni con Hatty ni con cualquiera de las demás mujeres.

Entonces, poco antes de mudarnos, alguien leyó una mañana en el *Daily News* que Anna había sido atropellada por un autobús cuando cruzaba una calle arrastrando su caja de cartón. Estaba en el Gouvemeur Hospital con las dos piernas rotas y otras lesiones. Allí tuvo que permanecer por espacio de casi un año y después, cuando ingresó en la residencia de ancianos, recordaba con nostalgia su libertad de otros tiempos, la vida en las calles y su lecho en el suelo de nuestra casa.

Antes de ingresarla en la residencia, los asistentes sociales tuvieron la amabilidad de traerla en un taxi para que viera con sus propios ojos que no podía volver a nuestra casa, porque tenía que subir y bajar escaleras en sus idas y venidas.

Nuestra intención es hacer feliz a la gente. Con Anna, ciertamente al final lo conseguimos, pero tuvieron que pasar años antes de que se sintiera a gusto con nosotros. Ella ejemplifica a qué extremos puede llegar un ser humano a fin de conservar su libertad y su privacidad.



## XIV. LOS BODENHEIMS

Cada día, a las doce y media, una campana nos llama para rezar el rosario en la sala de lectura de Chrystie Street. Los que quieren se reúnen para orar juntos por la paz en el mundo. A veces, madres e hijos que han venido a buscar ropa son sorprendidos allí mientras esperan. Si les apetece, participan en la oración, o simplemente permanecen sentados. Slim continúa meciéndose, con un puro en la boca, si es que ha conseguido alguno. No obstante, la actitud general es de reverente atención. Algunos están sentados muy derechos; otros arrodillados o en cuclillas sobre una silla, en posturas extrañas y grotescas.

Un día, hacia las once y media llegó –con su esposa Ruth– Max Bodenheim, el poeta que se convirtió en un símbolo legendario de la vieja bohemia de Greenwich Village. Era la primera vez que le veía en varios años. Max se había roto una pierna y la tenía escayolada. Me dijeron que les habían obligado a desalojar la habitación amueblada que tenían y necesitaban un lugar donde alojarse. ¿Podían ir a alguna de las granjas?, preguntó Ruth. Como, casualmente, en «Maryfarm» había sitio, Charlie los podría llevar en coche aquel mismo día.

De modo que Max se sentó en la biblioteca, justo detrás de la mesa donde estaba la imagen de la Madre de Dios, y esperó

a que llegara Ruth con sus escasas pertenencias, que habían dejado en casa de una de sus amistades. Y allí estaba cuando empezó el rezo del rosario. Verle detrás de la imagen, las flores y las velas encendidas me hizo distraerme. No podía evitar pensar en el pobre Max, atrapado de repente con docenas de personas harapientas y miserables que entraban en la sala al oír la campanilla, se situaban a su alrededor y oraban. Debía de sentirse sitiado, como si esas personas rezaran por él o le rezaran a él. Cuando terminó el rosario, fui al vestíbulo y vi a Ruth sentada en la maleta leyendo algunos poemas de Max que iba sacando de otra maleta rota que tenía a su lado. Era la imagen misma del desamparo. Me disculpé: «No obligamos a nadie a rezar. Lo que pasa es que no tenemos otro sitio para hacerlo».

«Max es católico –dijo Ruth sonriendo–. Está bautizado y confirmado, y también hizo la primera comunión en Mississippi, donde nació. Su madre procedía de Alsacia–Lorena». Después me enteré de que ella también estaba bautizada. Según lo que contó, uno de sus progenitores era católico; probablemente el padre, porque se apellidaba Fagan. Ruth era socialista libertaria, asistía a las reuniones de dicho grupo y llevaba consigo folletos sobre el movimiento obrero.

Max y Ruth estuvieron en «Maryfarm» un mes o mes y medio, hasta que Ruth empezó a fijarse en un huésped ruso que le besaba la mano y flirteaba escandalosamente con ella mientras insultaba groseramente a su marido. Cuando Max empezó a amenazar al ruso con su bastón, llevé a los Bodenheims a la granja «Peter Maurin» en Staten Island.

Fue un día aciago. Ruth estaba un poco resfriada y no quería marcharse. Había estado disfrutando con el flirteo. Tenía treinta y cinco años, y Max sesenta y cinco. Era una mujer hermosa, con acusados rasgos judíos, una figura espléndida y una manera de ser muy cálida; habría podido representar perfectamente a Judit o a Ester.

Max acudía a misa de vez en cuando, pero Ruth nunca. A mí me dijo que sólo creía en el amor. Sin embargo, yo creo que estaba enamorada en especial de sí misma, de su propia belleza, de la que se servía para encandilar a los hombres. A pesar de todo, no cabe duda de que quería a Max y sentía compasión por él. Le había conocido en una calle de Nueva York una noche lluviosa dos años antes. El pobre estaba tan desamparado que se lo llevó a casa, y no mucho después se casaron. (Max se había divorciado de su primera esposa, Minna, y tenía un hijo al que no había visto en ocho años).

Yo había conocido a Max en los viejos tiempos de Greenwich Village. Cuando Gene O'Neil me recitaba «The Hound of Heaven» en la trastienda de una vieja taberna de Fourth Street, Max estaba por allí, pues era uno de los habituales. Sentado a una mesa, escribía poesía en el reverso de sobres viejos. Recuerdo un largo poema que escribimos juntos él, Gene y yo, cada uno un verso por turno. Entonces Max no bebía mucho y era un gran trabajador. Empezaba a publicar novelas y libros de poemas, pero ni unas ni otros se vendían bien. Intentó ganar dinero organizando recitales de poesía; pero por entonces ya había perdido la mayor parte de los dientes delanteros y entre su ceceo, su balbuceo y su pipa resultaba difícil entenderle.

A pesar de la imagen de don Juan que daban de él los periódicos, nunca fue un hombre muy atractivo.

Max y Ruth permanecieron con nosotros en la granja «Peter Maurin» hasta después de Pascua. El domingo de Resurrección, Max fue a misa. Ruth viajaba regularmente a la ciudad, donde intentaba vender algunos poemas de Max para volver a disponer de una habitación. Finalmente vendió uno al *New York Times*. No les proporcionó mucho dinero, pero la alegría les duró varias semanas.

Cuando Ruth estaba fuera, Max no comía. De vez en cuando, después de un largo silencio, me preguntaba: «¿Crees que mi adorada esposa volverá esta noche?». Apenas hablaba, pero aproximadamente cada día escribía un nuevo poema. Se echaba en una de las dos camas que habíamos colocado formando una «L» en una caliente habitación del vestíbulo y allí descansaba, meditaba, fumaba en pipa y escribía.

Llegó la primavera, y con ella el buen tiempo. La pierna de Max ya no estaba escayolada. Un día, sin decir palabra, Max y Ruth desaparecieron. Pocos días después, Ruth volvió a recoger unas cosas que había dejado en un saco de marino. Ella y su acompañante, un muchacho más bien sombrío y silencioso, lo recogieron y marcharon carretera abajo, para tomar el tren ya avanzada la noche.

No volví a ver a Ruth ni a Max. Un año después fueron asesinados en una habitación situada en la Third Avenue por un joven que les había dado cobijo. A Max le mató a tiros y a Ruth la golpeó y apuñaló. Tres días después la policía detuvo al

demente, de nombre Weinberg, cuando buscaba un lugar donde dormir en los sótanos de una pensión de la Twenty-first Street.

El 8 de febrero, en todos los periódicos de la ciudad apareció el relato del brutal doble asesinato, aderezado con descripciones de todo lo peor de Max y Ruth. Él era presentado como un bohemio borracho, un payaso, un exhibicionista y un libertino; ella, como una mujer de escasa moralidad y gustos depravados, que sólo quería a Max por su prestigio como escritor y poeta y encontraba su satisfacción sexual en hombres jóvenes que conocía ocasionalmente. Sólo algunos periódicos concedieron a Max algún mérito por sus logros, haciendo constar que había recibido premios literarios y había escrito catorce novelas, así como varios libros de poesía. Pero, a pesar de su considerable trabajo, había vivido en una espantosa pobreza.

Ruth me dijo en cierta ocasión que Max había estado casado con una inválida, a la que prodigó todos los cuidados que pudo tras la venta de sus derechos de autor, cuando sus libros fueron objeto de ediciones de bolsillo. Para obtener unos cientos de dólares con los que pagar alimentos, médicos y medicamentos, y después el entierro de su esposa, había renunciado a todos los demás derechos.

Max fue enterrado en una sepultura de su familia en New Jersey. El funeral lo ofició un rabino, cuyos gastos fueron pagados, según unos, por el poeta Alfred Kreymbourg y, según otros, por Ben Hecht. Asistieron muchos amigos, que le acompañaron hasta la tumba. No fue posible darle un entierro

católico, puesto que, desde su infancia, no había practicado esta religión.

Nosotros habíamos podido hacer muy poco por Max y Ruth; de hecho, nos limitamos a darles mera hospitalidad. Si los hubiéramos querido más, si Ruth hubiera encontrado más cariño entre nosotros, tal vez no habría ido por ahí buscando patéticamente el único calor, la única luz, el único color que conoció en la gris y triste vida de su entorno. Pudimos hacer tan poco...; Dios, sin duda, escuchará nuestras plegarias por ellos.

Y pobre Weinberg. Como niño sin hogar, fue internado cuando era muy pequeño en un orfanato hebreo, y trasladado a los diez años a un hospital psiquiátrico, donde nunca recibió la visita de su madre. A los diecisiete años salió del hospital, pero sólo para ingresar en el ejército, donde, al cabo de siete meses, fue licenciado por no ser apto para el servicio. Aislado de la vida y de la gente, sin fe ni esperanza ni cariño, Weinberg se ganaba su miserable comida con un trabajo miserable: lavar platos, única ocupación posible para quienes no tienen oficio, no están sindicados o son minusválidos mentales o físicos. Weinberg recurría al único amor que conocía, el amor corporal, donde podía encontrarlo —en este caso, en una mujer con la mente tan confusa como la suya— y expresaba su ira también corporalmente.

En Ruth también había violencia. Quería que los hombres pelearan por ella. Parece instintivo en muchas mujeres el anhelo de ser tan deseadas que los hombres estén dispuestos a pagar cualquier precio por sus favores. Y, cuando no hay dinero, suele servir de pago la sangre.

Cuando le procesaron, el asesino de Max gritó: «He matado a dos comunistas. ¡Que me den una medalla!». En la sonrisa que dedicó a policías y periodistas había maldad.

Max era poeta; simpatizaba con los comunistas porque hablaban de pan y vivienda, y él había pasado mucha hambre en su vida. La bebida se convirtió en su refugio. (A veces es más fácil conseguir bebida que pan). En su juventud escribía poemas en verso libre, pero en los últimos años, cuando estaba más desorganizado, su verso se hizo académico y preciosista. Mientras estuvo en nuestra granja, trabajó todos los días en una serie de sonetos, cada uno de los cuales estaba dedicado a uno de nosotros. Eran corteses, solemnes, esmerados y a menudo oscuros. Venía contento a comer y a leemos sus versos en voz alta para que le diéramos nuestro aplauso. Recuerdo especialmente un poema que escribió a nuestra Agnes, viuda de un capitán de gabarra. Me encantó la delicada visión que Max tenía de la dulzura y diligencia de aquella mujer, del cuidado que ponía en que todos nos sintiéramos a gusto.

Agnes tenía a su cargo los dormitorios del segundo piso, la ropa blanca y el cuarto de baño. Nunca criticó ni se quejó del incontrolable desorden que acompañaba a huéspedes como Max y Ruth. Aunque una habitación estuviera confortablemente limpia y ordenada cuando ellos entraban, pronto se convertía en un caos de calcetines sucios, ropas andrajosas, zapatos viejos, polvo, colillas, periódicos, cebollas, pan, restos de manzanas, tazas de café vacías y bolsas de papel.

Los periódicos destacaron la sordidez de la habitación de la Third Avenue donde fueron encontrados los cuerpos de Max y

Ruth. Al leerlo, pensé que había visto muchas habitaciones como aquella en nuestras casas de acogida. Reflejan el caos terrible y desesperado de las mentes de sus ocupantes, el desorden de unas personas que no aprecian lo material, aunque al mismo tiempo buscan en ello todos sus placeres.

En su intento de preservar la vida de la carne, los Bodenheims se vieron espantosamente engañados. Que descansen en paz sus pobres, sombrías y atormentadas almas.



## **XV. VISITANTES EXTRAÑOS, VISITANTES DISTINGUIDOS**

Un día llegó un hombre alto, apuesto y bien vestido, con una serpiente enrollada al cuello. Ammon Hennacy, que no tiene nunca miedo y no consiente que nada le sorprenda, tomó la serpiente, la acarició y luego dijo al hombre que se la llevara. Las mujeres habían lanzado algunos gritos. Como el local sólo tenía una salida, aparte de la escalera de incendios, siempre temíamos que se produjera una situación de pánico.

Jim, que así se llamaba nuestro visitante, se llevó la serpiente, pero al día siguiente vino con una boa constrictor enroscada en el brazo. «Ésta no se puede llevar alrededor del cuello –explicó–, porque te estrangularía». Le hemos persuadido de que no traiga serpientes a nuestra sede. Nos hemos enterado de que la serpiente negra ha muerto y quiere disecarla para regalármela. Me pregunto si un día, cuando llegue a la sede, me la encontrará enroscada encima de mi mesa como regalo. Jim tiene machetes, cachiporras, un cuchillo ganchudo de los que se usan para castrar novillos, cepos para osos, máquinas para pelar manzanas y otros selectos objetos decorativos que ha traído a la sede y están colgados por las paredes. El cuchillo, sujeto con una cuerda, está suspendido encima de una de las mesas de despacho.

Un día Jim preguntó suspirando: «¿Por qué hay tantos locos

en “The Catholic Worker”?». Y el caso es que la semana pasada se presentó en nuestra sede, después de haber estado ausente un año, y cuando le pregunté qué mascotas tenía ahora, ¡sacó del bolsillo un caracol enorme!

Tenemos otro amigo, un escritor y médico ruso con arrugas alrededor de sus sonrientes labios y una perpetua interrogación en los ojos. «¿Por qué no dais a los pobres vino en lugar de café? –solía preguntarme—. Sería mucho mejor para ellos y no resultaría tan caro». Yo estaba de acuerdo con él en que, en general, el vino alegra el corazón del ser humano, y que un poco de vino sería bueno para el estómago. «¿Por qué no lo haces tú mismo? –le pregunté finalmente—. Si crees que se les debe servir vino, ¿por qué no nos lo proporcionas?».

Como se acercaba la Pascua, accedí a que Basil viniera a mediodía, cuando servíamos la tradicional comida pascual con jamón, salsa de manzana, boniatos y tarta. Me había olvidado de su propuesta, porque la verdad es que no la había tomado en serio. Pero el domingo de Resurrección, Basil llegó en un taxi y, con ayuda del taxista, se puso a sacar el vino. En total traía más de setenta y cinco litros de vino y una caja de vasos de papel. Ceremoniosamente, con una gran cortesía, sirvió a todo el mundo, poniendo un vaso de vino en cada sitio. Atender a los pobres es generalmente un acto solemne y silencioso. Los hombres comen lo que se les pone delante y se marchan rápidamente para que sirvan a los que están esperando. Si ven que aún hay mucha comida o descubren otra olla de humeante sopa detrás del fogón, se ponen de nuevo en la cola y vuelven para que les sirvan otro plato.

Pero aquel día, cuando vieron el vino delante de ellos, sus ojos se iluminaron y sus rostros cobraron una expresión agradecida, feliz y divertida. Guardamos algunos litros de vino para la cena de las personas de la casa, que sumábamos otro centenar. Los que tenían tendencia al alcoholismo se abstuvieron (Alcohólicos Anónimos celebra reuniones con nosotros), pero los que podían beber, así lo hicieron.

«¿Qué pretendéis hacer? ¿Es que queréis destruir todo lo que se ha hecho? —me preguntó irritado un asistente social de los que nos ayudan—, ¿Os habéis vuelto locos?».

Al marcharse, Basil estaba tranquilo y contento, y se limitó a decir: «Deberíais haber tenido servilletas de papel».

En cierta ocasión en que había ido a ver a mi hija, que entonces vivía en West Virginia, recibí un telegrama de la revista *Life* en el que se me hacía la siguiente pregunta: «¿Quiere usted comer con Evelyn Waugh, que desea conocer a escritores norteamericanos?».

Yo estaba a más de cincuenta kilómetros de la ciudad —grande o pequeña— más próxima, a veinte kilómetros del pueblo y a tres de la tienda de la carretera. Además, mi coche estaba averiado. No contesté al telegrama, pensando que pocos días después, cuando regresara a Nueva York, podría telefonear. A mi vuelta recibí un segundo telegrama y luego una llamada telefónica, cambiando en los dos casos la fecha y el lugar del encuentro. Un último telegrama me proponía encontrarme con el señor Waugh en el restaurante Chambord el miércoles a la una. Jack English se echó a reír con ganas

cuando se lo comenté. «¡El Chambord! Es uno de los restaurantes más caros de la ciudad –me dijo–. En él come gente como los duques de Windsor. Es famoso por sus vinos. Si vas, es muy posible que *Life* publique una foto de la cola de la comida en nuestra sede al lado de otra tuya y de Evelyn Waugh dándoos un banquete, y que el pie de las fotos sea: “Day no toma sopa”».

Aunque no pensábamos que la revista *Life* tuviera tanta maldad, la diabólica imaginación de Jack había dibujado una situación que me preocupaba. Por educación, puse rápidamente un telegrama en el que decía a Evelyn Waugh: «Perdóneme por mi conciencia de clase, pero el Chambord me repugna tanto como a usted Mott Street».

Esto suscitó la respuesta inmediata de Waugh, que me telefoneó personalmente. Estaba dispuesto a reunirse conmigo en cualquier lugar que yo propusiera. Así pues, primero vino él a Mott Street y después fuimos juntos a un restaurante italiano de Mulberry Street, donde me temo que los precios eran demasiado altos y la comida no demasiado buena. Pero el señor Waugh fue comprensivo. «Es por el régimen de austeridad inglés –explicó–. Yo sólo quería comer bien, por eso sugerí que fuéramos al Chambord». Creo que él también quiso obsequiarnos con una buena comida, porque invitó también a Jack, Tom Sullivan, Bob Ludlox e Irene Naughton. Recuerdo que Tom charló con él sobre la pobreza en una casa de labranza recubierta de viñas de Irlanda, el descenso de la natalidad en dicho país y la miseria de los ricos. Además, todos debatimos si en este mundo llevaban la peor parte los ricos o los pobres.

Desde entonces Evelyn Waugh nos envía cheques con relativa asiduidad, siempre a favor del «Comedor público de Dorothy Day». El no admite el movimiento anarco–pacifista de «The Catholic Worker» más que como un movimiento que se ocupa de dar de comer a los pobres. Y tal vez tenga razón. La comida y la tierra, y el trabajo que las une, son verdaderamente fundamentales.

Una noche, en los años cuarenta, vinieron de visita a Mott Street Michael Grace, dos miembros de la familia Kennedy y algunas otras personas. Como es más cómodo hablar teniendo delante comida y bebida, nos fuimos todos al Muni, pero no al refugio municipal, sino a un restaurante de Canal Street que permanece abierto toda la noche. Tomamos café con tarta de queso y hablamos hasta la madrugada de la guerra y la paz, del ser humano y el Estado. Yo no recuerdo qué jóvenes Kennedy estuvieron, pero quienes sí se acuerdan dicen que fueron el presidente, John Kennedy, y su hermano mayor, Joseph, que murió en la guerra.

## XVI. LA CURA DEL SÍNDROME DE ABSTINENCIA

Durante años, en «The Catholic Worker» practicamos todas las obras de misericordia menos visitar a los presos, aunque sí tratábamos de realizar una obra equivalente trabajando por la liberación de los presos políticos y hablando en su favor. Tuvimos una oportunidad de practicar este acto de amor de otro modo en los últimos años, cuando tomamos postura contra el juego anual de buscar refugio durante el simulacro de ataque aéreo, negándonos a cumplir la ley. Visitamos a los presos convirtiéndonos en presos nosotros mismos durante cinco años seguidos, hasta que las autoridades a cargo de la Defensa Civil abandonaron los simulacros obligatorios.

Ammon Hennacy tuvo la idea de ir por los parques de la ciudad a repartir propaganda, llamando la atención sobre la penitencia que teníamos que hacer por haber sido la primera nación en utilizar armas nucleares en Hiroshima y Nagasaki. Explicando con buenas razones que no había protección contra los ataques nucleares, Ammon insistía constantemente en la obligación de ejercer la desobediencia civil para llamar la atención respecto de los gravísimos peligros que pesan hoy sobre el mundo y nuestra responsabilidad personal ante esta situación.

No era una cuestión de obediencia a la ley o a la autoridad

debidamente constituida. La ley se tiene que ajustar al buen juicio, y la ley que obligaba a ir al refugio era una burla. Con nuestra desobediencia, tratábamos de obedecer a Dios antes que a los hombres, tratábamos de practicar una obediencia superior. No deseábamos actuar con espíritu de desafío y rebelión. Lo nuestro era algo insignificante comparado con el problema con que se encontraron los alemanes, por ejemplo, cuando se vieron obligados a obedecer a Hitler. Teníamos libertad para dar testimonio, y las condenas a la cárcel que tuvimos que cumplir eran leves: cinco días en una ocasión, treinta días en otra y quince días en la última. Pacifistas compañeros nuestros han pasado meses en la cárcel desde entonces; unos por protestar contra la construcción de una base de misiles, otros por protestar contra la botadura de submarinos nucleares; y algunos han estado muchos meses en una cárcel de Hawai por navegar ilegalmente dentro de la zona de pruebas nucleares del Pacífico.

Nosotros nos oponíamos abiertamente al actual estado de cosas, a la terrible injusticia que comete nuestro sistema industrial, básicamente capitalista, obteniendo beneficios de los preparativos para la guerra. Pero queríamos actuar especialmente contra la guerra y la preparación para la misma: gas neurotóxico, guerra bacteriológica, misiles teledirigidos, realización de pruebas y almacenamiento de bombas nucleares, llamada a filas y recaudación del impuesto sobre la renta; en suma, contra el militarismo del Estado en su conjunto. Hicimos nuestro gesto: desobedecimos la ley. La ley que desobedecimos era la ley de Defensa Civil, una de cuyas cláusulas estipulaba que toda persona debe buscar refugio por espacio de diez minutos durante los simulacros de ataque aéreo. Nosotros

siempre informábamos de lo que pensábamos hacer a las autoridades de Defensa Civil, a la policía y la prensa. En 1957, por ejemplo, estaban con nosotros Ammon Hennacy, Kerran Dugan y Deane Mowrer de «The Catholic Worker». Judith y Julián Beck, líderes del grupo Living Theatre, llamaron la víspera por la noche para decir que se unían a nosotros. Judith había empezado a repartir folletos dos años antes y ya por entonces había sido detenida con nosotros. Nos tuvieron detenidos toda una noche y posteriormente suspendieron las condenas. El segundo año cumplimos condenas de cinco días. Este año el grupo incluía a cinco católicos, dos judíos, dos protestantes y tres sin creencias religiosas. Richard y Joan Moses, del grupo Fellowship of Reconciliation, montaron piquetes por su cuenta en Times Square, pensando que la nuestra era una manifestación católica, y recibieron la misma condena. Representábamos, ciertamente, a una sociedad pluralista, y sólo lamentábamos que entre nosotros no hubiera negros.

En el Centro de Detención de Mujeres donde estuvimos prestan servicio cinco médicos, además de enfermeras y auxiliares.

Primero se realizan pruebas y exámenes preliminares, rayos x, electrocardiogramas, análisis de sangre, citologías, etcétera. Todas las mañanas de los días que estuvimos, el grito de «¡Dispensario!» resonó en los corredores. Las chicas abandonaban los talleres o las celdas para romper la monotonía de sus días y se ponían a la cola a fin de recibir aspirinas, lociones para las erupciones causadas por el calor, gargarismos, colirios y otros remedios inocuos. Además tenían el alivio de encontrarse con las reclusas de otras plantas.



Se fomentaban los juegos: el bingo, el baloncesto, el baile y la gimnasia, pero el juego sexual era el más popular y se permitía abiertamente todas las tardes, en la azotea, cuando las chicas se ponían a escuchar discos de *rock and roll*. El hecho de que vivieran dos reclusas en una celda no ayudaba, aunque las autoridades negaban que existieran problemas de hacinamiento, sobre todo desde que se estableció una nueva reglamentación por la que se concedían diez días de permiso al mes, por buen comportamiento, a las mujeres con penas de larga duración. Justamente antes de que ingresáramos nosotras, las pacifistas, para cumplir nuestra condena a treinta días, fueron puestas en libertad muchas reclusas por esta razón. En cualquier caso, la mayoría de las celdas de nuestra planta tenían dos catres, lo que hacía que nuestras habitaciones de seis por nueve estuvieran más abarrotadas que la más pequeña habitación de una residencia de estudiantes.

Una mujer corpulenta con una celda para ella sola estaba tan incómoda en el estrechísimo catre que tenía para dormir que lo sujetaba a la pared con una cadena de hierro, extendía una manta en el suelo de cemento y se echaba a dormir.

Las cuatro encarceladas por motivos políticos estábamos en celdas contiguas; dos en cada una, en el corredor menos aireado, con los cubículos más oscuros. Judith Beck y yo teníamos en la nuestra una pequeña bombilla de veinticinco vatios, hasta que, ya en la última semana de nuestros treinta días, una esbelta joven negra nos trajo otra de cincuenta vatios de una celda próxima que había quedado vacía. Nuestras ventanas miraban al norte y daban al patio del viejo mercado Jefferson. Nosotras pensábamos que nos habían metido allí

porque los piquetes que querían llamar la atención sobre nuestra reclusión se habían apostado delante de la fachada sur de la cárcel. Desde los otros corredores habríamos podido ver a los manifestantes. Nuestras ventanas eran pequeñas y en nuestras celdas no se formaba ninguna corriente para ventilarlas. Frente a nosotras estaban las duchas, que despedían vapor y calor. Una de las responsables nos explicó que, en su opinión, al ponernos en este «buen» corredor y en celdas contiguas nos había hecho un favor; pero, al ser evidente que era el menos aireado y el más oscuro, yo no veía cómo podía decir sinceramente algo así. Quizá verdaderamente lo pensaba. Sé que desde el momento en que una persona es detenida hasta el momento en el que abandona la cárcel, todo lo que se dice y hace parece estudiado para intimidarla y hacer incómoda e ingrata su vida como reclusa.

Yo no podía por menos de pensar en las monjas del Buen Pastor y en lo diferente que era su labor. Dichas religiosas se ocupan de chicas delincuentes una vez que han recibido una sentencia condenatoria. La madre fundadora decía que su aspiración era que las chicas se sintieran cómodas y fueran felices y hacendosas. Para ello rodeaba a sus pupilas de amor, devoción y la expectativa del bien.

«Aquí nos tratan como animales –me dijo una chica–, así que ¿por qué no portamos como animales?». Sin embargo, los animales no son capaces de generar la indecible suciedad verbal que caracteriza la conversación de las reclusas. Así que, en cierto modo, estas reclusas son empujadas a vivir por debajo del nivel de los animales. Sólo puedo dar una mínima idea de la obscenidad que inunda cada hora, cada día, la vida de una

prisión. Gritos, improperios, desafíos a las guardianas y de unas a otras, expresados de estos modos, resonaban en las celdas y los pasillos incluso de noche, mientras yo, aferrada a mi rosario, trataba de rezar. Los ruidos son, tal vez, la mayor tortura de la cárcel. Perforan los oídos y aturden la mente. Cuando me pusieron en libertad, tardé al menos una semana en recuperarme de todo ello. La ciudad me parecía silenciosa. En mi mismo corredor, a cierta distancia, había una mujer polaca fuerte y sana que debería haber utilizado su gran vitalidad en criar hijos en vez de disiparla en la prostitución y las drogas. Solía poner la cabeza entre las manos y gritar. Incluso para ella, los ruidos eran un suplicio, a pesar de que, casi sin saberlo, era una de las mayores agresoras. De noche, cuando se ponía a contar a voz en grito sus obscenas historias, su voz resonaba de celda en celda. «Pero este lugar no fue hecho para vivir en él —decía, señalando los barrotes de hierro, el cemento y las paredes—. Los techos son demasiado bajos, y los sonidos retumban en todas partes».

Todo *era* exageradamente ruidoso. El sonido de la televisión atronaba desde la sala de cada planta del modo más distorsionado. No se oían palabras ni música, sino sólo estruendo. El golpe metálico de las puertas de hierro —setenta puertas por planta—, el accionamiento de la palanca maestra, que cierra todas las celdas de cada corredor a la vez, el movimiento de los tres ascensores, el ajetreo de ollas, pucheros y platos en el comedor...; todo ello producía un estrépito inimaginable, sin mencionar el griterío de las voces humanas.

La guardiana (hay una en cada planta) tiene que tener fuertes pulmones para hacerse oír; la nuestra era de las que lo

lograban. Tenía el aspecto de una maestra de escuela muy estricta, rara vez sonreía y nunca «confraternizaba». Las mujeres la respetaban. «Es una funcionarla honrada –dijo de ella una de las internas—. Es lo que es y no pretende ser *otra cosa*». Esto significaba que no era benévola con las chicas: ni trataba de ayudarlas sinceramente, ni mostraba una excesiva familiaridad con ellas.

Vi que algunas guardianas eran tratadas con la mayor insolencia por las reclusas, que se reían de ellas e incluso les daban azotitos cuando entraban o salían del ascensor. Muchos de estos gestos eran recibidos por las afectadas con sonriente tolerancia.

Por otra parte, una «buena» funcionaría también tenía que saber hasta dónde podía llegar en severidad: hasta qué punto ser firme y cuánto soportar o ignorar. Vi a una guardiana apremiando a una reclusa a que saliera del auditorio, donde sus compañeras acababan de presentar un espectáculo, con lo que supusimos que era un gesto amistoso. La reclusa se volvió a ella con expresión rencorosa, amenazadora. En tales ocasiones, las funcionarías no insisten; comprenden que están encima de un volcán; saben cuándo tienen que ceder. Pero en diversas ocasiones fui testigo de las humillaciones de que eran objeto y sentí vergüenza por ellas. Entonces suele encenderse la hostilidad de las negras hacia las blancas. Aunque puede parecer que la reclusa está desamparada, ésta sabe que tiene a su favor el elevado número de personas que están en su misma situación; sabe también que, si quiere, puede empezar una acción violenta y que a lo mejor se sale con la suya. Es asimismo consciente de lo peor que puede esperar. En muchos casos, lo

peor ya le ha ocurrido: ha pasado por la cura del síndrome de abstinencia.

Mientras estaba en la cárcel recibí una carta en la que me invitaban a hablar en televisión. La carta ya había sido abierta por la censora y había sido comentada en todo el Centro de Detención. Las chicas venían a verme y me pedían que denunciara su caso ante la opinión pública: «Tienes que decir que estamos aquí para cumplir condenas largas; también tienes que hablar de la cura del síndrome de abstinencia, decir que nos arrojan al “tanque” y nos dejan allí tiradas, en medio de vómitos y suciedad, demasiado mal para movemos, demasiado mal incluso para ir hasta el retrete de la celda».

Una de las chicas añadió: «Yo tuve que limpiar esas celdas». Supongo que las llaman «tanques» porque no tienen muebles y se pueden regar con una manguera. La «nevera» es la celda de castigo, y hay varias en diferentes plantas. Las reclusas rebeldes permanecen aisladas durante cortos períodos, hasta que se *«enfrían»*.

Oí historias de celdas acolchadas; de celdas que únicamente tenían sistemas de ventilación, pero ninguna ventana ni puerta de barrotes en las que la reclusa está a oscuras; de celdas que disponen de un sistema de aspersión para colaborar en el proceso de «enfriamiento». Oí hablar de chicas que fueron arrojadas desnudas a estas celdas con el pretexto de que podían utilizar sus ropas para hacer una soga con la que colgarse. Oí que algunas chicas rompieron los cacharros de loza y trataron de cortarse el cuello o las muñecas con los trozos. Oí que algunas chicas habían intentado ahorcarse con sus

cinturones. Pero no vi personalmente ninguna de esas cosas. Desde el ascensor, cuando se abría un momento al ir y venir del dispensario y el taller, lo único que veía eran las horribles puertas chapadas de acero, siniestros indicadores de la existencia de las celdas de castigo.

La mayor parte de las aproximadamente quinientas reclusas que se hallan «detenidas» ocupan celdas de cemento azulejadas hasta media altura y con barrotes de hierro desde ese punto hasta el techo; unos diez barrotes en la parte delantera de la celda y como cinco barrotes en cada puerta, tan pesada que apenas puede moverla una persona. El colmo de la indignidad es que las funcionarlas gritan: «¡Cerrad las puertas!», y tenemos que encerramos a nosotras mismas. Los barrotes de la parte superior permiten a la reclusa llamar a la guardiana, hablar con sus compañeras, es decir, tener algo de comunicación amistosa. La «nevera», concebida como un lugar de castigo aún más severo que la celda, está totalmente cerrada.

«*¡Cuenta cómo nos tratan!*», me gritaban las reclusas. Pero yo sólo puedo explicar las cosas que he visto con mis ojos y que he oído con mis oídos. Las informaciones facilitadas por otras reclusas no se considerarían fiables. Al fin y al cabo, están en la cárcel, ¿por qué habríamos de creerlas?, diría la gente. «¡Qué! ¿Es que acaso vamos a creer a ladronas confesas, prostitutas, drogadictas, criminales que están en la cárcel por atraco, por sacarle los ojos a otras personas, por apuñalamiento y otros actos de violencia?».

Tal vez cueste creer que durante los dos últimos años en el

Centro de Detención han muerto veinte chicas a causa del síndrome de abstinencia, como denunciaba una reclusa. Pero en el *New York Times* y en otros periódicos neoyorquinos se han publicado historias horrendas. Una joven drogadicta contaba la historia de una chica que murió en la celda después de que su compañera llamara insistentemente a la funcionaría para que atendiera a la chica enferma. Cuando la doctora llegó finalmente horas después, tras la apertura de las celdas, la joven había muerto. Dos reclusas se abalanzaron sobre la médico y le metieron la cabeza en la taza del retrete, mientras otra hacía correr el agua con intención de ahogarla. «Desde entonces, la cabeza le temblaba como si tuviera perlesía», decía otra chica con macabra satisfacción.

Repito que se trata de casos que se contaban una y otra vez, y que yo oí. Es posible que sean un cuento, pero los cuentos tienen un punto de verdad.

¿Malos tratos? ¡Qué difícil resulta a veces hablar de cosas tan vagas! Cada vez que las guardianas, las inspectoras y el mismo director me preguntaban cómo me encontraba, cómo me trataban, no puede decir más que, en lo que se refería a mi persona, todo era correcto. Al fin y al cabo, sólo estuve veinticinco días encerrada, habida cuenta de los cinco días de permiso por buena conducta. No podía quejarme de personas concretas, y, no obstante, hay que quejarse de todo: la atmósfera, la actitud, la lobrete general... «Al fin y al cabo, nosotras no queremos hacer de este lugar un sitio delicioso», me decían las guardianas en tono de protesta. En incontables ocasiones, cuando una reclusa era puesta en libertad, oí a las funcionarías decirle: «¡Ya volverás!», como si pusieran el sello

de la fatalidad en todos los intentos que la reclusa pudiera hacer para rehabilitarse.

Oyendo a las reclusas hablar del placer que obtenían de las drogas, me di cuenta de que les resultaba totalmente imposible imaginarse a sí mismas como «currantas» y de con cuánta desesperanza veían el mundo exterior, aunque constantemente lo estaban deseando. Además, hicieron que yo también percibiera que, sin «comunidad», en sentido protocristiano, a la que volver, su futuro era verdaderamente muy oscuro.

Pero —me preguntaba yo— el deseo de no hacer de la cárcel un lugar «delicioso» ¿puede justificar que se cometan tantos pequeños ultrajes con las reclusas? ¿Por qué no se las trata como en los centros del Buen Pastor (donde cumplen condenas de dos años o más), como hijas de Dios, y se procura que se sientan felices y cómodas? La privación de libertad es suficiente castigo. Para las reclusas ya es bastante difícil abandonar los hábitos viciosos.

He recibido cartas de lectores de *The Catholic Worker* que han sido funcionarios y responsables de prisiones y en ellas se aprecia la misma falta de comprensión. Tanto es así que no puedo por menos de pensar qué ocurriría si fueran tratados como prisioneros, si fueran hacinados en un toril, en una jaula de metal, a la espera del juicio, y luego transportados en una furgoneta completamente cerrada en la que fueran zarandeados de acá para allá con grave peligro de romperse algún hueso o lesionarse la columna vertebral; o si se los desnudase, se les hiciese formar en fila y se los registrase ruda, incluso brutalmente, en busca de drogas; o si se los vistiese con



ropas que no son de su talla y que les llegasen hasta las rodillas, y luego les arrebatasen todas sus pertenencias, desde el rosario hasta el libro de oraciones o la Biblia y fueran conducidos a una celda y encerrados en ella. Al imaginarme a nuestros críticos, nuestros capellanes y nuestros catequistas en tales circunstancias, al verlos temblando desnudos, obedeciendo ciegamente, zarandeados de un lado a otro, no puedo evitar pensar que sólo cuando se viven esas situaciones se puede comprender al hermano y sentir compasión por él.

Y, no obstante, muchos sacerdotes y monjas de todo el mundo han sufrido estas experiencias en Japón, Rusia, y Alemania en nuestra generación. Al ver el sufrimiento de nuestro tiempo, uno se siente contento de ir a prisión, aunque no sea más que para compartirlo.

Nuestros amigos y lectores nos recuerdan las palizas, las torturas y los lavados de cerebro que se practicaban en las cárceles de Rusia y Alemania. En cuanto a las palizas, hay que decir que, en Estados Unidos, se aceptan generalmente los métodos del tercer grado. Yo he leído acerca de ellos y he oído hablar al respecto a funcionarios a cargo de la libertad condicional, así como a reclusos. En el caso de los delincuentes sexuales y de los que han cometido delitos contra niños pequeños, la brutalidad se paga con brutalidad. Una reclusa drogadicta me dijo que había sido golpeada por miembros de la brigada antinarcóticos para que dijera dónde había obtenido la droga y que no se atrevieron a detenerla por miedo a que los acusara de ser responsables de su estado. Esto demuestra que, aunque en teoría no se acepten, sí se utilizan en la práctica los procedimientos de tortura física.

Hace ya algún tiempo, el suplemento del *New York Times* publicó un extenso artículo sobre el trato que se da a los drogadictos en Gran Bretaña. En dicho país, no se les considera criminales, sino enfermos, y son tratados como tales a través de dispensarios y servicios asistenciales. Aquí son convertidos en criminales por nuestros métodos de «control»; métodos que hacen tan difícil conseguir la droga que el adicto recurre al crimen para obtenerla. Muchos criminólogos opinan que deberíamos reconsiderar nuestra manera de pensar a este respecto. En una reciente reunión, un funcionario de prisiones dijo que, hoy en día, toda condena equivalía a una cadena perpetua a plazos. Y así ocurre con los drogadictos. La chica que habló de las palizas y otras formas de malos tratos había empezado a consumir drogas cuando tenía doce años, y a esa edad se hizo prostituta. Desde entonces había estado dieciséis veces en prisión, y cuando la conocí tenía veintidós años.

En cuanto al problema de la prostitución, la mayor parte de las chicas se reconocen abiertamente como prostitutas. «Yo soy puta –nos dicen–. Estaba ansiosa de dinero». O «Quería un coche», o «Quería drogas». Perciben la injusticia de que las mujeres sean detenidas y los hombres no. Desprecian la táctica del agente de policía de paisano que requiere sus servicios sexuales para atraparlas. El error más burdo sustentado no sólo por las prostitutas, sino también por algunas personas piadosas es que, si no hubiera prostitutas, se producirían muchos más crímenes sexuales. Esto se lo oí decir a Matilda, una chica de mi mismo corredor, una tarde en que estaba desacostumbradamente sosegada y filosófica. Matilda subrayó que, al dirigirse a las prostitutas, los hombres hastiados quieren explorar todas las formas de perversión a expensas de la

repugnancia de las mujeres más abyectas según la sociedad: las putas y las drogadictas. No son palabras bonitas ni ideas bonitas, pero en la cárcel todo sale a la luz. «Cuanto más conozco a los hombres –dijo una chica–, tanto más prefiero las relaciones con una mujer». Y una chica preciosa añadió con tristeza: «Yo me he hecho a la idea de que tengo que soportarlos si quiero tener un hijo».

El cardenal Newman escribió en cierta ocasión que no se podía cometer un solo pecado venial, ni siquiera para salvar al mundo (ni para salvar a las mujeres buenas ni a los niños pequeños). Cuando yo estaba en la cárcel pensando en estas cosas, pensando en la guerra y la paz y en el problema de la libertad humana, en las cárceles, la drogadicción, la prostitución y la apatía de grandes sectores de la población que creen que no se puede hacer nada; cuando pensaba en estas cosas, me sentí reafirmada en mi fe en el camino de santa Teresa de Lisieux. Nosotros hacemos las cosas que tenemos a nuestro alcance, oramos y pedimos también que aumente nuestra fe, y Dios hará el resto.

Una de las mayores desgracias de hoy entre los que están fuera de la cárcel es su sentido de inutilidad. La gente joven dice: ¿qué bien puede hacer una persona?; ¿qué sentido tiene nuestro pequeño esfuerzo? No son capaces de ver que tenemos que poner los ladrillos de uno en uno, dar un paso y luego otro, que sólo podemos ser responsables de la acción del momento presente. Pero podemos rogar por un aumento del amor en nuestros corazones que vivifique y transforme todas nuestras acciones individuales, y sabemos que Dios las tomará y las multiplicará, como Jesús multiplicó los panes y los peces.

El año que viene, si Dios quiere, a lo mejor nos encierran de nuevo en la cárcel, y quizá las condiciones sean las mismas. Para ser indulgentes, lo único que podemos decir es que los funcionarios de la cárcel hacen todo lo que pueden de acuerdo con su criterio. En una institución pública no les pagan para que quieran a los reclusos, sino para que los vigilen. Reconocen que los edificios son totalmente inadecuados, y que lo que fue construido como un centro de detención para mujeres en espera de juicio, es utilizado como taller y penitenciaría.

Cuando las chicas me pidieron que hablara en su favor, que explicara al mundo exterior las «condiciones» en que vivían, insistieron en el hacinamiento y el aislamiento. «Pasamos aquí años, cumpliendo una condena, ¡no simplemente como detenidas!». Cuando las personas viven cercadas por paredes, barrotes, cemento y pesadas verjas de hierro, de modo que no pueden ver ni siquiera el cielo, su mente y su cuerpo sufren una tensión excesiva. Los nervios piden a gritos un cambio, aire libre, más libertad de movimientos.

Los hombres encarcelados en Hart Island y Riker's Island pueden salir y jugar al balón, pueden trabajar en la granja o en el vivero. Pueden ver todo lo que hay a su alrededor –agua, barcos, gaviotas...– y respirar la brisa marina que llega del Atlántico. A las mujeres hace mucho tiempo que se les ha prometido una institución similar en North Brother Island; pero de momento esa isla está siendo utilizada como cárcel de adolescentes drogadictos. Y aún hay otros obstáculos al parecer invencibles. Uno de ellos es el dinero. Hay dinero para simulacros de defensa civil, para la muerte antes que para la vida, dinero para toda suerte de proyectos disparatados, pero

no hay dinero para estos insignificantes hijos de Dios que sufren ante millones de personas que apenas son conscientes de su existencia. «Sólo un motín cambiará las cosas», nos dijo un alcaide. ¿Estaba tal vez insinuando que los pacifistas empezáramos uno?

Si quienes están leyendo este libro rezasen por los presos, si los lectores de Nueva York, al pasar por delante del Centro de Detención de Mujeres, levantaran los ojos, saludaran incluso con la mano y rezasen una oración, sería el principio de un cambio. Dos de las mujeres, Tulsa y Thelma, me dijeron que nunca miraban al exterior a través de los barrotes, que no lo soportaban. Pero la mayor parte de las reclusas lo hacen, y tal vez vean ese gesto; tal vez sientan la caricia de esa oración, y un corazón triste será iluminado y una resolución fortalecida y se producirá un cambio a mejor. Cristo está hoy con nosotros, no sólo en el sacramento de la Eucaristía y allí donde dos o tres se reúnen en su nombre, sino también en los pobres. ¿Y hay alguien más pobre o más indigente en cuerpo y alma que nuestras compañeras de veinticinco días de cárcel?

Uno de los singulares placeres que me proporcionó la prisión fue el de estar por una vez en el otro bando. Trabajar en la lavandería, por ejemplo; planchar y remendar los uniformes de las reclusas. Durante muchos años había sido quien estaba a cargo del trabajo, ¡había sido administradora! Es muy fácil olvidar que todo lo que damos nos ha sido dado para darlo. Nada es nuestro. Tenemos que dar nuestro tiempo y nuestra paciencia, nuestro amor. Con cuánta frecuencia fallamos en lo que respecta al amor..., con cuánta frecuencia somos bruscos, fríos e indiferentes: «Roger es quien se ocupa de la ropa;

tendrás que volver a las diez». O «Siéntate en la biblioteca y espera». «Espera tu turno; estoy ocupado». Esto es lo que ocurre a menudo.

Pero en la cárcel la zarandeada de un lado para otro era yo. Me decían lo que podía o no podía hacer, asediada por normas y regulaciones, papeleo y burocracia. Esto me hacía ver mis faltas, pero también me permitía ver que en «The Catholic Worker» conseguíamos muchísimo más no haciendo preguntas ni indagaciones, sino cultivando un espíritu de confianza. La experiencia de la cárcel en su conjunto fue buena para mi alma. Comprendí de nuevo lo mucho que puede hacer la bondad común y corriente. «Gracia» es una palabra de viejo cuño, pero con una hermosa tradición religiosa. «La gracia es participación en la vida divina», de acuerdo con la doctrina de la Iglesia. «¡Volverás!», la despedida dispensada usualmente a las reclusas, expresaba de hecho el deseo de que no les fuera bien. No era un «Adiós, y que Dios te acompañe», porque no había suficiente fe, esperanza y caridad para pensar que un Dios que perdona y ama está junto a personas tan hundidas en el vicio y el crimen como se piensa que están las prostitutas, los drogadictos y otros criminales.

Un gran ultraje es el reconocimiento que se hace a todas las mujeres sospechosas de tener droga. Como, ciertamente, no se acepta que exista encarcelamiento por razones políticas, a todas nos desnudaron y nos examinaron de la manera más brutal; hasta el punto de desgarrar membranas y provocar la pérdida de sangre. Después está el tema de las ropas; prendas excesivamente pequeñas, batas que apenas cubren lo imprescindible, zapatillas de tela blanda que no se mantienen

en los pies! En Rusia, en Alemania e incluso en nuestro país, desnudar a los presos y humillarlos es un aspecto esencial y una de las finalidades de la experiencia carcelaria. Incluso en el ejército, hacer que un hombre esté desnudo delante de sus examinadores es tratarlo como una bestia o un esclavo.

De no haber sido por nuestras compañeras reclusas, ni Deane ni yo habríamos podido ir a misa aquel primer domingo, porque los dos primeros días no tuvimos para vestirnos más que las batas. Las guardianas no se preocuparon ni hicieron nada por ayudarnos. Demasiado papeleo, demasiada burocracia. No se les habría ocurrido privarnos de comida durante diez días; si nos hubiéramos declarado en huelga de hambre, se habrían preocupado mucho. Pero les tenía sin cuidado la pérdida que sufríamos al ser privadas del alimento de nuestras almas, que en aquel momento nos era más necesario que el alimento del cuerpo. Fueron nuestras compañeras reclusas las que reconocieron nuestra necesidad y reunieron ropas para nosotras. De lo poco que tenían, nos proporcionaron vestidos, medias, zapatos y ropa interior, y así pudimos salir de la planta y asistir a misa.

Un inusitado acto de atención fue la visita que nos hizo el director en persona. Una de las chicas nos aseguró que, con anterioridad, nunca se había dado el caso. Quería conocer detalles de nuestras manifestaciones callejeras, saber por qué hacíamos esas cosas. Era un católico oriundo de Hungría, lo que tal vez explica su desconcierto ante nuestro pacifismo. ¿Qué hombre que sea verdadero hombre –pensaba el director del centro– no quiere resistir a un agresor extranjero y defender su hogar y su familia? Pero nunca se le había ocurrido pensar en

los medios para conseguir ese fin. Hoy en día, en amplios sectores se acepta que el fin justifica los medios. De acuerdo con su mentalidad, hoy nadie podría ser pacifista. Es una postura «imposible».

En cuanto a nuestra actitud hacia la cárcel y las reclusas, el director no podía entender el amor que les profesábamos ni que no quisiéramos juzgarlas. La idea de odiar el pecado y amar al pecador parecía estar lejos de su comprensión. Como apoyábamos a las reclusas, le parecía que estábamos negando la realidad del mal. El mal estaba allí, sin duda, franco y descarado. Dentro y fuera de la cárcel. Pero aquel hombre no entendía lo que queríamos decir cuando hablábamos de buscar a Cristo en nuestras compañeras de cárcel.

Su visita nos dio la oportunidad de formular quejas. Nos quejamos de la comida desperdiciada, arrojada a los cubos de la basura: pan, estofado, leche en polvo, cereales, incluso enormes recipientes de mermelada y compota. La comida suele ser buena, sobre todo los domingos. Si las jóvenes y las adultas tuvieran una penitenciaría en North Brother Island o en alguna otra zona rural donde pudieran cultivar sus alimentos o ayudar a obtenerlos; si pudieran hacer su pan, ordeñar vacas, criar gallinas, desarrollar una actividad sana y creativa, compartir la responsabilidad de la institución, ésta sería un lugar mucho mejor; podría llegar a ser, a su manera, una comunidad. Por mis lecturas conozco el caso de un experimento llevado a cabo en la cárcel del condado de Suffolk, donde los hombres (algunos) trabajan los campos en Yaphank; y no sólo la cárcel, sino también la residencia de ancianos del condado, reciben de la granja hortalizas y leche gratis. Lo denominan «programa de



ayuda mutua». Si estuviera instalada fuera de la ciudad, la cárcel tendría más espacio para tiendas, escuela y esparcimiento.

Cuando entramos en la cárcel, Judith solía decir con vehemencia: «Cuando llegue la revolución pacífica, aboliremos todas las cárceles, derribaremos todas las puertas». Varias prostitutas jóvenes le preguntaron cuándo ocurriría eso: «¿Quieres decir que no se necesitarán cárceles?». Ciertamente se pueden dar los primeros pasos aquí y ahora; incluso el funcionario o ayudante más humilde, con menos capacidad de decisión, puede dar el primer paso; no con un acto drástico de renuncia, como Ammon Hennacy podría sugerir, sino siendo bueno y amable y difundiendo esa atmósfera dondequiera que esté. El «medio para alcanzar el fin» empieza en cada uno de nosotros.

Ya he dicho anteriormente con cuánta frecuencia he fallado en el amor. Aquella primera noche que pasamos encerradas en una estrecha celda, concebida para una persona, pero en la que tenían que dormir dos, vivimos la experiencia más espantosa y horrible de nuestra vida. Habíamos sido procesadas; cuando salimos de los ascensores en la séptima planta para que nos asignaran las celdas, envolviéndonos a duras penas en las batas, nos vimos rodeadas por un grupo de chicas, de color y blancas, que primero examinaron nuestros cuerpos y luego empezaron a hacer comentarios obscenos. Deane Mowrer y yo somos mujeres de cierta edad, aunque Deane es más joven, y Judith Malina Beck es joven y guapa. Es actriz, lo que significa que, cuando se mueve, es consciente de sí misma y está atenta a las miradas que otras personas le dirigen y responde a ellas.

Aquella noche llevaba el cabello suelto sobre los hombros y tenía la cara muy pálida, pero se había puesto un poco de carmín en los labios antes de que las funcionarías le quitaran todas sus pertenencias.

Inmediatamente, algunas de las mujeres montaron una escena y empezaron a pelearse entre ellas; nos rodearon, así como a la funcionaría (joven y guapa), que estaba sentada en una mesa del pasillo principal. Por sorprendente que resulte, también ella parecía participar del espíritu burlón de las chicas.

«Ponía en mi celda», gritó una de las chicas más agresivas, una puertorriqueña que agarraba a Judith. «Dámela a mí», dijo otra. Era un griterío molesto y sórdido, que padecimos después de pasar horas con guardianas, funcionarías, enfermeras, etcétera, etcétera.

Me sentí profundamente abatida y aterrorizada por Judith. ¿Eso era la cárcel? Yo había oído a Dave Dellinger que a los objetares de conciencia los ponían a trabajar con los reclusos más brutos y que los funcionarios de la cárcel invitaban tácitamente a los que tenían mentalidad patriótica a que les pegaran una paliza.

Pero no esperábamos aquel tipo de agresión. Con la idea de proteger a Judith, *exigí* —y fue la única vez que utilicé este término durante mi encarcelamiento— que la pusieran en mi celda o en la de Deane, aunque no dispusiéramos apenas de espacio. «Si no lo hace —dije con toda firmeza—, presentaré una denuncia».

Las burlas y las discusiones continuaron, pero la funcionaría

dejó de reírse y nos llevó a nuestras respectivas celdas, poniendo a Judith conmigo en una y a Deane en otra.

Teníamos una gran sensación de separación de las demás reclusas y, cuando cerraron las celdas aquella primera noche, pensé en un reciente relato de Salinger que había leído en *The New Yorker*. El relato trataba del impacto que produjo la oración de Jesús, una oración muy popular entre los peregrinos rusos, en una chica perteneciente a la familia de un actor. La oración, que se repite cientos de veces, dice: «Señor Jesucristo, Hijo del Dios vivo, ten misericordia de mí, que soy un pecador». A veces la oración se abrevia: «Señor Jesús, ten misericordia de mí, que soy un pecador».

Frannie, la chica del relato de Salinger, repite constantemente esta oración, y está tan obsesionada con ella que su madre está a punto de consultar a un psiquiatra. Pero el hermano que, junto con su hermana, ha sido educado por un hermano mayor de tendencias místicas, consigue liberarla de su compulsiva costumbre con una larga conversación que hace que la narración tenga más de novelita que de relato corto. Finalmente, la convence de que en realidad está buscando un atajo para acceder a la experiencia religiosa, porque en el fondo desprecia a las demás personas y, si se vuelve a Dios, es para eludir el contacto con ellas. Y le recuerda un consejo que le dio el hermano mayor. Al actuar en una comedia radiofónica, debe recordar a la señora gorda que está sentada en su porche, meciéndose y escuchando la radio. En otras palabras, «Jesucristo es la señora gorda», y debe actuar con todo su corazón y todo su amor dirigidos a él. Parte del impacto del relato reside en el contraste entre la reverencia de la oración y

la cruda verdad. El lenguaje –incluido el uso compulsivo del nombre de Dios– es a menudo chocante. Pero la profunda verdad cristiana que el relato expone ha sido repetida una y otra vez por los santos. Dicho con las palabras de Jesús a santa Catalina de Siena: «Te he puesto en medio de tus semejantes de modo que puedas hacer por ellos lo que no puedes hacer por Mí, es decir..., que ames a tu prójimo sin esperar ninguna recompensa, y lo que le hagas a él es como si me lo hicieras a Mí».

Nosotras estábamos encerradas en nuestras celdas, y las otras quinientas mujeres del Centro de Detención estaban encerradas en las suyas. Las luces se apagaban a las nueve y media de la noche. Los ruidos, los cantos, las conversaciones y el lenguaje soez y repugnante continuaban hasta las diez. Estábamos sorprendidas por el impacto de nuestra llegada y la actitud salvajemente agresiva de las chicas con respecto a nosotras. Había terminado el trabajo semanal, era viernes por la noche, y teníamos ante nosotras dos días de descanso. (Posteriormente me enteré de que la tensión se había visto incrementada por la cuarentena de las mujeres dos semanas antes por un caso de difteria que la doctora había tomado durante dos o tres días por fingimiento. Durante aquellas dos semanas, las mujeres habían estado confinadas, sin actividad alguna, en una sola planta, y allí habían pasado la parte más calurosa del verano, sin poder subir a la azotea una hora al día, como era habitual).

Pensé en el relato de Salinger y comprobé que era difícil disculpar mi dura reacción inmediata. Está muy bien odiar el pecado y amar al pecador en teoría, pero hacerlo en la práctica

ya es más duro. Naturalmente, con mi enérgico rechazo de la acogida que tuvimos, yo había protegido a Judith, pero no había habido nada en él que permitiera ver la expresión de una actitud de amistad cariñosa. Cuando estaba tendida en mi duro lecho, me dije con tristeza: «Jesús es la señora gorda. Jesús es esa Jackie que se insinúa sexualmente. Jesús es Baby Doll, su compañera de celda».

Jackie fue puesta en libertad a la semana siguiente; había cumplido sus seis meses o su año o sus dos años o lo que fuera. Baby Doll era una de las que corrían peligro de ir a la «nevera» por hacer señas y hablar a voz en grito con su amiga desde la ventana, al fondo de nuestro corredor. Desde una ventana contemplé a Jackie, atractiva y bien vestida; se detuvo un momento en la esquina de la Avenue of the Americas y Tenth Street, luego desapareció entrando en un bar. Una semana después leímos en el *Daily News* (las reclusas lo podían comprar) que Jackie había intentado suicidarse y había sido ingresada en el pabellón psiquiátrico de la prisión de Bellevue. Y una semana más tarde estaba de nuevo en otra planta del Centro de Detención.

Ciertamente, las otras reclusas no abrigaban hostilidad hacia nosotras ni se sentían ofendidas por la franqueza de mi juicio. Era mi miedo interior y mi acritud lo que yo estaba juzgando en mi misma.

Recordando a Salinger, al padre Zósima y Aliosha de Dostoievski, y al Buen Ladrón y los cuentos de Tolstoi, pude ver de nuevo que había fallado. Nosotras teníamos el lujo de los libros; nuestros horizontes se habían ensanchado aunque

estuviéramos encarceladas. Estaba claro que no podíamos considerarnos pobres. Yo leía cada día las oraciones y lecturas del misal y del breviario que el sacerdote me había llevado, y cuando contaba a Judith las historias de los Padres del desierto, ella me explicaba cuentos de los *hasidim*. En la festividad de santa María Magdalena leí:

«En mi lecho, por las noches, he buscado  
al amor de mi alma.  
Busquéle y no le hallé.

Me levantaré, pues, y recorreré la ciudad.  
Por las calles y las plazas buscaré al amor de mi alma.  
Busquéle y no le hallé.

¡Ah, si fueras tú un hermano mío,  
amamantado a los pechos de mi madre!  
Podría besarte, al encontrarte afuera,  
sin que me despreciaran.

Te llevaría, te introduciría en la casa de mi madre...  
Regocijaos conmigo, todos los que amáis al Señor,  
pues le busqué y él se me apareció.

Y mientras estaba llorando junto a la tumba,  
vi a mi Señor, Aleluya».

Sí, fallamos en el amor, emitimos nuestros juicios y no vemos que todos somos hermanos; todos buscamos amor, buscamos a Dios, buscamos la visión beatífica. El pecado es siempre una perversión, un dar la espalda a Dios y volverse hacia las criaturas. Si nuestro amor hubiera sido más fuerte, más

verdadero, capaz de alejar el miedo, no me habría comportado como lo hice.

Supongamos que Judith *hubiera* sido compañera de celda de Jackie aquella noche y supongamos que hubiera sido capaz de transmitirle un poco del amor puro y fuerte en el que los pacifistas vemos la fuerza que vencerá a la guerra, quizá..., tal vez... Pero éste es el tipo de análisis, introspección y examen de conciencia que hizo el narrador de *The Fall* después de oír el grito en la oscuridad y el chapoteo en el Sena, y siguió su camino sin haber ayudado a su hermano, oyendo las risotadas que le persiguieron desde entonces.

¡Gracias sean dadas a Dios por la oración retroactiva! San Pablo decía que no se juzgaba a sí mismo, y nosotros tampoco debemos juzgarnos. Podemos volvernos a Nuestro Señor Jesucristo, que ya ha reparado el mayor mal que ha ocurrido o podría ocurrir, y confiamos en que compensará nuestras caídas, nuestras negligencias y nuestros fracasos en el amor.

**QUINTA PARTE**

**EL AMOR EN LA PRÁCTICA**



## **XVII. A UNA MANZANA DEL BOWERY**

«The Catholic Worker» ha tenido tantas sedes y nos hemos visto obligados a mudarnos tantas veces que a estas alturas casi estamos acostumbrados. (Es, supongo yo, una parte de nuestra precariedad que debemos aceptar). Primero fue Fifteenth Street, dos años después Charles Street, y a continuación Mott Street, donde no teníamos que pagar alquiler y permanecimos quince años, el período más largo de residencia en una casa. Pero, terminada la guerra, los problemas de alojamiento volvieron a torturarnos. Un mes después de la muerte de Peter en 1949 nos comunicaron que debíamos abandonar la casa de Mott Street. La señorita Burke también había fallecido, y el obispado había ordenado a la Casa del Calvario que vendiera los edificios para obtener dinero a fin de construir un nuevo pabellón de su hospital.

Después de mucho buscar, numerosas decepciones y persistencia en la oración, conseguimos encontrar una sede adecuada —en el número 223 de Chrystie Street— y comprar el edificio. Es la única sede de todas las que hemos tenido en la ciudad que hemos adquirido en propiedad. Pagamos por ella treinta mil dólares, y el grueso de esa cantidad procedía de pequeños donativos.

El grupo de «The Catholic Worker» nunca ha sido una

sociedad anónima. Como queremos poner de relieve la responsabilidad personal, las granjas y casas de acogida que hemos tenido han estado a nombre de alguno de nosotros. Durante cinco años, la casa de Chrystie Street estuvo a nombre de Tom Sullivan, pero, cuando entró en la Trapa para probar la vida monacal, la casa fue transferida a mi nombre. Fue por entonces cuando los inspectores de edificios empezaron a aparecer por nuestra sede, y nosotros hicimos cuanto pudimos para remediar lo que era objeto de sus quejas. Pero, aunque no fuéramos conscientes de ello, necesitábamos un abogado, alguien que conociera los entresijos de la ley y nos los explicara. No teníamos ni la más remota idea de lo que querían decir los inspectores cuando afirmaban que estábamos viviendo en una «vivienda múltiple» y que teníamos que presentar «planos», y para cuando contratamos un arquitecto, resultó que ya era demasiado tarde. Entonces decidí pedir a una amiga mía, Dorothy Tully, que nos representara.

Di gracias a Dios por tener una letrada a mi lado cuando tuve que responder a una citación para comparecer en un juicio por nuevas acusaciones de violación del código de edificación. Mi amiga Dorothy, que acababa de hacerse cargo del caso, quedó tan sorprendida como yo cuando el juez me impuso una multa de quinientos dólares por no cuidar del edificio como propietaria, de modo que, en caso de incendio, éste constituía un grave peligro para todos. Minutos después, el mismo juez rebajó la multa a doscientos cincuenta dólares y me dio dos días para pagarla.

Nuestro nuevo San José estaba clasificado como vivienda múltiple, como hotel, y estábamos obligados a cumplir las

normas establecidas oficialmente para tales edificios. El ayuntamiento nos dijo que el hecho de que los que acudían a nosotros no pudieran pagar les daba aún más derecho a las protecciones del código de edificación, pues no tenían posibilidad de ir a otro sitio.

Lo cierto es que, por primera vez, teníamos calefacción central, cuartos de baño y lavabos en todas las plantas, agua caliente en abundancia, habitaciones amplias, aireadas y soleadas, etcétera. Cuando nos instalamos, nos dieron un certificado de habitabilidad, pues cumplíamos todas las disposiciones. Pero el inspector de viviendas nos comunicó súbitamente que existía una «orden de desalojo» contra nosotros, orden que entraría en vigor el siguiente miércoles por la mañana.

Todo ello llegó como un vendaval. Mi primera reacción consistió en decir que bajo ningún concepto pagaría la multa; antes prefería ir a la cárcel. Pero luego pensé en las cincuenta o más personas que recibían cobijo en la casa y que tendrían que buscar otro alojamiento en el espacio de una semana. Me las imaginaba siendo trasladadas a albergues municipales, hospitales psiquiátricos, asilos de ancianos, granjas para pobres, hospitales de Welfare Island...; instituciones enormes y frías que desgarran el espíritu y el corazón. Yo sabía que a algunas de esas personas integrantes de nuestra familia se las podría inscribir en beneficencia y conseguir que les concedieran una habitación amueblada y dinero para comer, pero muchas sólo podrían sobrevivir en una familia como la nuestra. Ni las gigantescas instituciones ni la soledad de los dormitorios públicos eran adecuadas para ellas, y tampoco The Pioneer, un

hotel para mujeres del Bowery al que envían a las solteras desde el Albergue Familiar.

El 26 de febrero fue el día que comparecimos ante el juez. Faltaban dos días para que empezara el mes de San José, y lo único que podíamos hacer era rezarle. Y para no haber sido más que un carpintero de pueblo (aunque algo había viajado, por su exilio en Egipto), no cabe duda de que puso las cosas en marcha.

Lo primero que se produjo fue una llamada de Will Lissner, del *New York Times*, periodista estrella (siempre firmaba sus artículos) que conocía y entendía los principios sociales del catolicismo. Telefoneaba por un asunto totalmente diferente. Yo le dije lo que nos ocurría, y él vino corriendo a vernos. La multa, comentó, le parecía exorbitante. Inspeccionó la casa, telefoneó al juez y al delegado de vivienda, y escribió un artículo sobre nuestra crisis. Su artículo debió de mover al juez a reconsiderar su decisión, porque telefoneó a Dorothy Tully y le dijo que acudiera con su clienta la mañana siguiente.

El artículo del periódico también llegó a W. H. Auden, a quien acababan de conceder la cátedra de poesía en Oxford y que en breve se iba a trasladar a Inglaterra. Auden se apresuró a visitarnos con toda la espontaneidad y el calor del verdadero poeta. Me encontré con él cuando me dirigía al juzgado de la 151<sup>st</sup> Street. Junto a la entrada de la casa de San José ya había un grupo de hombres que esperaban las ropas que se distribuían a las diez de la mañana (después de la llegada de los paquetes de correo). Como me dio la impresión de que el señor Auden procedía del grupo, le tomé por uno de los parados que

acuden a nosotros, a menudo cuando nieva, para pedir ropa especial –protecciones para el calzado y similares–, necesaria para trabajar quitando la nieve de las calles.

Muchos hombres distinguidos con los pantalones amigados y el rostro levemente ojeroso por el frío o la fatiga han acudido a nosotros con necesidades básicas que no son el cariño y la bondad. Así y todo, todavía estoy avergonzada de mi confusión. Tenía tanta prisa que apenas veía, y mucho menos identificaba, a nadie. El señor Auden puso un papel en mis manos y dijo: «Aquí hay dos cincuenta». Sinceramente, pensé que eran dos dólares y cincuenta centavos para ayudar a pagar la multa. Pero cuando, ya en el metro, desplegué el papel y vi un cheque de doscientos cincuenta dólares con su nombre en él, estuve a punto de llorar de alegría. Fue un gesto maravilloso.

Aquella mañana, cuando comparecí nuevamente ante el juez, me dijo que no sabía que éramos una institución caritativa y suspendió la multa; además, nos concedió treinta días de plazo para que iniciáramos las obras, a fin de que la casa cumpliera las disposiciones oficiales. Cuando el inspector de viviendas rezongó que se necesitarían al menos veintiocho mil dólares, el juez quiso saber si podríamos hacerlo. Le contesté que san José sí podía. «¿Quién es san José?», preguntó el juez. El inspector, el señor Brady, le contestó que era el santo a quien *él* rezaba cuando tenía que presentarse ante el juez Nichol. «¿Y le sirve a usted de algo», inquirió el juez. El inspector asintió.

Con todas esas visitas al juzgado, a las oficinas municipales, a los abogados, a los arquitectos y a los fontaneros, Charles

McCormack, que entonces era administrador y tesorero general de la casa de San José, vivió una temporada de mucho ajetreo, liberándome de gran parte de la carga.

Y durante todo ese tiempo, todos los chicos de la prensa fueron amables, corteses y comprensivos con nosotros, y sus informaciones respondieron al mismo espíritu. En consecuencia, en el espacio de dos semanas recibimos quince mil dólares. Pudimos, pues, iniciar las obras: instalar un sistema de aspersión en toda la casa, puertas automáticas de acero y todos los cambios que el ayuntamiento de la ciudad nos exigía. Nos sentimos un poco desanimados cuando oímos decir a un inspector que el proyecto se acercaría más a los cuarenta mil dólares que a los veintiocho mil, pero nos dijimos que, después de todo, el Estado gastaba muchísimo más en un sólo misil teledirigido. Cuando hicimos nuestra acostumbrada cuestación de primavera, no teníamos la menor duda de que tendríamos para pagar las facturas y también para cubrir nuestras necesidades de alimentos.

Fue muy instructivo para mí sentarme en las sofocantes salas de los juzgados y ver los sumarios que se acumulaban, montones de documentos referentes a miles de delitos menores.

Vi que el sistema es demasiado grande, excesivamente voluminoso y difícil de manejar. Es preciso descentralizarlo en instituciones menores, hospitales y juzgados más pequeños, etcétera. Me pregunto cómo puede haber paro con todo lo que hay que hacer en el mundo.

Bueno, pues se hicieron las obras; en la casa se gastaron veinticuatro mil dólares, y quedó dinero para pagar la hipoteca de nuestra granja de Staten Island. Durante dos años vivimos en paz y tranquilidad en nuestra casa restaurada, cuando de repente el ayuntamiento envió a todos los que vivían en nuestro bloque órdenes de desalojo, porque debajo de nuestra casa iba a construirse una línea de metro que uniría las calles de Delancey y Houston. De nuevo tuvimos que mudarnos.

Nos vimos obligados a volver a pagar alquiler, y nos trasladamos a un local cercano de Spring Street, situado en una comunidad sólidamente italiana, estrechamente unida y de larga historia. Nuestros vecinos pusieron muchas objeciones a que nos instaláramos entre ellos. El hecho de que hubiéramos vivido durante quince años a pocas manzanas hacia el sur, en Mott Street, no les importaba lo más mínimo; aquél era su territorio. (Nuestro casero, el señor Migliaccio, tenía una imagen de la Virgen a un lado de su escritorio y una foto de Marilyn Monroe al otro. Una vez me dijo que su hermano había sido general del ejército de Mussolini). En Spring Street vivimos sólo un año y medio.

Finalmente, en septiembre de 1960, el ayuntamiento nos pagó sesenta y ocho mil dólares por la propiedad de Chrystie Street, que había aumentado de valor a causa de nuestras reparaciones y del incremento general del valor del suelo. Cuando el ayuntamiento nos envió el cheque, nos envió también otro por los intereses acumulados, que ascendían a 3.579,49 dólares. Por razones de principio, devolvimos al ayuntamiento este segundo cheque, con una larga carta que fue publicada en la primera página de nuestro periódico y en la

que se explicaba por qué lo hacíamos. He aquí uno de los párrafos de la carta:

«Devolvemos los intereses del dinero que hemos recibido recientemente, porque no creemos en el “préstamo con interés”.

Como católicos, conocemos las enseñanzas de la Iglesia primitiva. Todos los primeros concilios lo prohibían, declarando reprobable ganar dinero prestándolo con interés...».

En el mismo número teníamos una columna en la que figuraban las ideas de santo Tomás sobre la usura, así como un «Easy Essay» titulado «Operar con los banqueros». El mismo mes, Ammon y otras cuatro personas se manifestaron como piquete ante el Waldorf Astoria, donde se celebraba la asamblea nacional de la Asociación de Banqueros Americanos. Uno de los carteles decía:

*El TIEMPO pertenece a DIOS,*

*no a los banqueros, ni siquiera el 1%*

Recibimos varias cartas de lectores que criticaban nuestro gesto, y en el número siguiente yo defendí nuestra postura lo mejor que pude.

En el espacio de un año nos gastamos todo el capital en nuestras dos casas de la playa, en un sistema de calefacción para la granja de Staten Island y sus dependencias y en numerosos donativos a familias necesitadas.



Nuestro último traslado –hasta el momento en que estoy escribiendo estas páginas– lo motivaron unos mandatos de los departamentos de Incendios, Viviendas y Salud, y nos llevó de vuelta desde Spring a Chrystie Street, al norte de Delancey, a una manzana del Bowery y a sólo dos manzanas de nuestra anterior sede. Ahora tenemos un edificio de tres plantas por el que pagamos un alquiler muy alto, pero de momento funciona bastante satisfactoriamente.

Hoy, la casa de acogida de San José, emparedada entre dos bloques de pisos, tiene una apariencia más luminosa desde que Walter Karell pintó los ladrillos de encima de la puerta con pintura brillante. («En los días lluviosos destaca el verde –dice Walter–, pero cuando brilla el sol sobresalen los amarillos y los rojos»).

En el primer piso están el comedor y la cocina; los viernes por la noche, esta planta se convierte en sala de reuniones. En el segundo piso hay una sala de estar alargada, donde hombres y mujeres de la vecindad pueden descansar y leer o simplemente sentarse. Todos los meses, durante dos semanas esta sala se convierte en el centro de una gran actividad, pues todos nos ayudan a enviar por correo el periódico.

Cuando no está abarrotada de gente, en las paredes de la sala pueden verse estanterías con periódicos, revistas y libros, dos telares –uno de ellos de fabricación casera– y unas fotos muy bonitas. En las dos ventanas hay sendas estatuas de san José y san Francisco: la primera esculpida con la piedra del umbral de una puerta por Joseph O’Connell, artista de Minnesota; y la segunda realizada por Umlauf, que es tejano.

Además, la desnudez general se ve también aliviada en ocasiones por curiosos «altarcitos» puestos aquí y allá, obra de alguno de nuestros huéspedes.

Al fondo del segundo piso hay dos habitaciones donde repartimos prendas de vestir, una para mujeres y otra para hombres. La primera generalmente está abarrotada de madres puertorriqueñas con sus hijos, en busca de las ropas que tanto necesitan. Rara vez tenemos suficiente ropa para los hombres, y normalmente nos llegan más chaquetas que pantalones. En el tercer piso tenemos nuestras oficinas, con seis escritorios, unas cuantas mesas y máquinas de escribir, una estantería y unos ficheros.

Como da a la calle y no tiene edificios enfrente, la casa de San José es clara y soleada. Gracias al duro trabajo de todos está un poco más limpia y no carece totalmente de encanto. Aquí damos de comer a nuestros huéspedes y hacemos nuestro trabajo, de modo que no son raros los días en que invertimos hasta doce horas en estos menesteres.

Además de la casa de Chrystie Street, tenemos diez pisos de dos a cuatro habitaciones donde se aloja «la familia», la mayoría de ellos en la proximidad: Spring Street y Kenmare. Algunos de los pisos son antiguos: tienen la bañera junto al fregadero, agua caliente, pero sólo en teoría, y el retrete en la entrada. Entre nuestros vecinos hay chinos, puertorriqueños, negros e italianos, con riadas de gente joven que llega de Greenwich Village, situada al noroeste de nuestra casa.

En líneas generales estamos contentos con nuestra casa de

Chrystie Street, aunque también sabemos que es un hogar temporal. A lo largo y ancho de Nueva York se están derribando los barrios más míseros para dar paso a proyectos de viviendas. Cada vez se hace más duro ser pobre. Cuando nos vemos obligados a mudarnos, no tenemos idea de adonde ir; sencillamente lo afrontamos cuando llega.

En muchas ciudades, las casas de acogida siguen funcionando hasta hoy con plena efectividad. Una casa diocesana de Portland, Oregon, da de comer a unas mil personas cada día y gestiona un hotel muy bueno y un albergue para hombres que acaban de salir de la cárcel. La primera casa de San Francisco cerró sus puertas, pero otra empezó su andadura en Oakland, al otro lado de la bahía, dirigida primeramente por un intelectual que había trabajado en un hotel y después por el poeta William Everson. William se hizo católico cuando estaba en un campo para objetores de conciencia durante la guerra, y después se hizo dominico. Escribe poemas de notable calidad con el nombre de Hermano Antoninus. Ha estado muy solicitado como consejero espiritual entre los «beatniks» de la costa occidental. Por lo que sé, sus conferencias están tan concurridas que los obispos de la zona le comunicaron cortésmente que no se oponían a que siguiera predicando en otras partes del país siempre que se mantuviera «calladito» en su diócesis.

Cuando se marchó William Everson, la casa de Oakland pasó a ser dirigida por Carroll McCool, que con anterioridad había sido *marine* y trapense. Carroll no era un intelectual, pero comprendía a los seres humanos, y éstos a él. En la casa de acogida, limpia y eficiente, daba de comer cada día de

ochocientas a mil personas y alojaba a unas cuarenta. Pese a toda esa actividad, rezaba constantemente el rosario, que siempre tenía entre las manos.

Una vez hice un viaje por la costa occidental y fui a verle. La noche anterior, Carroll había tenido problemas con uno de los hombres, que, según explicaba uno de los cocineros, había montado en cólera y, blandiendo un cuchillo, había recorrido la casa amenazando con matar a todos sus inquilinos.

«¿Y cómo se las arregló Carroll?», quise saber.

«Bueno —dijo el cocinero sonriendo—, simplemente se sentó en esa mecedora, se puso a rezar el rosario e inclinó la cabeza hasta que la tormenta hubo pasado».

Pregunté dónde estaba el alborotador, y el cocinero me lo señaló. Era un tipo gigantesco que estaba tranquilamente sirviendo una mesa; la mano le temblaba ligeramente y derramaba la sopa de vez en cuando, pero estaba calmado, sobrio y pacífico.

Fue un ejemplo señero, por parte de un antiguo *marine*, de resistencia no violenta a la violencia, el odio y el asesinato inminente. Aunque había vivido una conversión religiosa, Carrol no sabía nada de Gandhi ni de Vinoba Bhave, y probablemente ni siquiera leía *The Catholic Worker* (aunque se le enviaba un paquete con varios ejemplares).

A pesar de ello, por lo que me dijeron Carroll no dudaba en negar la entrada a las personas susceptibles de causar problemas ni en echar a la calle a quien aún conservaba el

suficiente juicio para entender lo que se le decía. Tenía a la vez fuerza moral y fuerza física para defender su decisión, y el hecho de que se abstuviera de emplear la física le granjeaba un gran respeto a ojos de todos.

«Usa el sentido común mientras puedas –solía decir el padre Roy–, y cuando veas que no puedes hacer nada, inclina tu cabeza ante la tormenta y reza, reza sin cesar. Si esto falla, alégrate de haber sido considerado digno de sufrir y de ver tu debilidad, y persiste en la oración como la viuda importuna».

La casa de Oakland, en régimen de alquiler, fue clausurada recientemente para dar paso a una «renovación urbana» que nosotros conocemos únicamente como demolición. Pero ya se ha puesto otra en marcha, la casa de San Elias.

Otro proyecto iniciado en la costa occidental, aunque no sea exactamente una casa de acogida, cumple el mismo fin. En Tracy, California, se creó un grupo cuando una familia que podía vivir con burguesa comodidad se trasladó a una zona habitada por trabajadores agrícolas negros y mexicanos. El marido trabaja en el ferrocarril, y su esposa ayuda en la vecindad no como asistente social profesional, sino como promotora de la ayuda mutua. Están rodeados de campos de braceros, que son lo más similar posible a los campos de trabajo para esclavos de Rusia. Es cierto que los hombres reciben una paga, pero viven en condiciones miserables y se les arrebató su salario por todos los medios que uno puede imaginar.

En algunas zonas, las noches en que reciben la paga se

importan mujeres para esos hombres, que han sido llevados como máquinas para la recolección y están separados de sus familias.

Nuestras experiencias en el Medio Oeste han sido de diverso signo. La casa de San Luis cerró, pero el grupo continuó funcionando, y dos de sus miembros publicaban un periódico titulado *The Living Parish*. Otros miembros han abierto una combinación de centro de arte y librería, donde se celebran reuniones y debates los viernes por la noche.

En Chicago, las casas de acogida han tenido una historia muy variopinta. La mayor de todas ellas cerró sus puertas en los primeros años de la guerra, aunque pronto se abrió otra dirigida por algunos objetores de conciencia que habían trabajado en el Alexian Brothers Hospital, pero no complacía a la jerarquía eclesiástica, que opinaba que estábamos en guerra, y hablar de pacifismo y objeción de conciencia no era sólo antiamericano sino también anticatólico.

Esta casa cerró rápidamente sus puertas, pero otra, llamada «Casa Peter Maurin», las abrió después de la guerra. Y aunque el grupo que la puso en marcha se ha dispersado, la casa sigue funcionando. Nunca se ha preocupado de posturas ni actitudes, pero cada día en ella se da de comer a los hambrientos y se aloja a los que no tienen hogar.

Ahora hay otras dos en Chicago; una se llama «Casa de acogida San Esteban» y está en West Oak Street; la otra está en Mohawk y es dirigida por Karl Meyer, que estuvo en la cárcel con nosotros en Nueva York y participó en la marcha por la paz

San Francisco— Moscú. La casa es pequeña, y Karl subraya que es necesario que siga siendo pequeña para ilustrar la idea de que la vida que ellos llevan es a la vez posible y necesaria hoy. Además de insistir en la pobreza voluntaria y en la responsabilidad personal, considera que las actividades de la casa de San Esteban constituyen una labor en favor de la paz, como lo fue su marcha desde Chicago hasta Moscú.

En Detroit, los esfuerzos de Louis Murphy son prueba de que una familia puede realizar obras de misericordia y criar a sus hijos en un barrio humilde, no sólo sin que éstos se contaminen, sino, por el contrario, demostrando que pueden contribuir a elevar el nivel intelectual y la concienciación de los demás niños del vecindario. Louis dirige la Casa de San Francisco para hombres y la Casa de Santa Marta para mujeres, y se ha mantenido fiel a su trabajo durante más de veinticinco años.

La casa de acogida de Washington, D.C. tiene problemas en estos momentos. Esta empresa unipersonal, dirigida por un negro llamado Llewellyn Scott, va a ser expropiada para dar espacio a una renovación urbana. Llewellyn se dedica ahora a buscar angustiosamente una nueva sede. Lo que quiere es un barrio que acepte a los pobres e indigentes, blancos y negros, que acuden a él.

En Pittsburgh sigue funcionando una casa de acogida —convertida ahora en casa diocesana— en un antiguo orfanato situado en el distrito de Hill.

Cada vez que visito la casa de acogida de Cleveland, que se

ha trasladado al campo, me siento impresionada. En ella, Bill Gauchat y su esposa, aunque tienen seis hijos, cuidan de otros siete niños que estaban mal atendidos y sufren enfermedades mentales y corporales tan graves como la esclerosis múltiple o la parálisis cerebral. Nunca olvidaré la imagen del hogar de los Gauchats durante las pasadas Navidades. Algunos de los pequeños enfermos estaban tendidos en el suelo, mirando con caras radiantes al árbol iluminado y escuchando los villancicos que Dorothy Gauchat les había puesto en el tocadiscos.

La casa de Rochester todavía sigue adelante, así como la vieja discusión entre pacifistas y no pacifistas. La casa de Boston pasó a ser el hogar de los Hermanos de San Juan de Dios, que la habrían mantenido abierta si hubieran podido cumplir las exigencias que el ayuntamiento impone a las viviendas.

Las casas de acogida han sido desde el principio una de las piedras angulares del movimiento «The Catholic Worker», como lo eran en el primitivo programa de Peter Maurin.

La ciudad y el Estado —a los que nosotros llamábamos la Santa Madre Ciudad y el Santo Padre Estado— han desempeñado un importante papel en alojar a los que no tienen hogar. Pero lo ideal es que cada familia tenga una habitación de Cristo, como la llamaban los primeros Padres de la Iglesia. Ciertamente, los profetas de Israel insistían en la hospitalidad. Personalmente considero que, en el futuro, la familia —la familia ideal— siempre procurará cuidar de uno más. Si todas las familias que afirman seguir la enseñanza de la Escritura, sea judía, protestante o católica, lo hicieran, no se



necesitarían gigantescas instituciones, casas donde los seres humanos se consumen en la soledad y la desesperación. La responsabilidad debe volver a la parroquia con una hospedería y un centro de ayuda mutua, al grupo, a la familia, al individuo.

Una razón de que me sienta segura de la rectitud del camino que estamos recorriendo en nuestro trabajo es que no lo hemos elegido nosotros. En unos hermosos versículos del capítulo veinticinco de san Mateo, Jesús nos dice que debemos dar de comer al hambriento, acoger a los que no tienen hogar y visitar a los enfermos y a los presos. No podemos sentirnos demasiado satisfechos de la manera en que hacemos nuestro trabajo, porque aún queda mucho por hacer. Quizá alguien piense que cumplimos con creces; sin embargo, nosotros podemos decir: «Eso es lo que Él quiere».

Digo que no hemos elegido este trabajo, y ésta es la verdad. Así ocurrió con cada uno de nosotros. John Cort creyó que venía a estudiar el problema de los sindicatos obreros y trabajar al respecto, y se encontró «dirigiendo una pensión de mala muerte», como él decía. Yo, al ser periodista, pretendía escribir y publicar el periódico todos los meses, escribiendo lo que quisiera, sin estar sometida a un editor. Pero, como escribimos sobre las obligaciones de aquellos que se llaman a sí mismos cristianos y que tratan de «despojarse del hombre viejo con sus obras y revestirse del hombre nuevo», como decía san Pablo, es como si a cada uno de nosotros se nos dijera: «Muy bien, si crees lo que dices, hazlo realidad».

Cierto día, estaba yo asomada a la ventana de nuestra granja de Newburgh y vi un hombre que bajaba por la carretera con

una maleta. «Probablemente viene hacia aquí», dije suspirando. Otro miembro de la familia se volvió hacia mí con expresión acusadora y me dijo: «¡Entonces no *crees* en lo que dices en *The Catholic Worker!*».

«¿Es esto lo que pretendías, Peter?», le pregunté en cierta ocasión refiriéndome a una casa de acogida abarrotada de gente.

«Bueno —dudó un instante—, al menos despierta la conciencia».

Que ya es algo.

## **XVIII. LA GRANJA «PETER MAURIN»**

Cuando estoy cansada del mundo o quiero hacer un retiro, siempre tengo la posibilidad de escabullirme e ir a pasar unos días a la granja «Peter Maurin» en Staten Island. Ya utilice el autobús o nuestro viejo coche, siempre a punto de pararse definitivamente, nunca me canso del viaje: bajo por East Side hasta el transbordador, cruzo el puerto y recorro la isla hasta la granja.

Los rascacielos que se alzan a nuestra espalda y se van desvaneciendo poco a poco ofrecen una bella panorámica; con ellos se desvanecen también las preocupaciones y el estruendo de la ciudad. La espuma de mar es fresca; los barcos que se cruzan con nosotros nos hablan de lugares lejanos. Cuando desembarcamos al otro lado, el tráfico nos atrapa de nuevo, pero se va reduciendo kilómetro a kilómetro. Salimos de la carretera principal y tomamos una secundaria que sube una pequeña colina y atraviesa un bosque, y enseguida estamos en la granja.

Los edificios no tienen una apariencia impresionante: una casa de labranza de tejas marrones, algo pandeada y con aspecto de estarse viniendo abajo; un granero con una cruz a un lado, que ahora es nuestra capilla; una hilera de pequeñas habitaciones en lo que fue un cobertizo para carruajes; talleres

de carpintería; un gallinero; y, a los pies de la colina, un estanque de patos que en estos precisos momentos está invadido por una bandada de gansos.

Pero tenemos casi nueve hectáreas de excelente tierra de la que obtenemos muchos kilos de tomates y por la que pagamos mil quinientos dólares al año en impuestos. Después de todo, ¡es una granja de la ciudad de Nueva York!

Dentro se respira el sosegado ambiente de una casa de labranza al viejo estilo. Nunca sé a qué miembros de nuestra «familia» voy a encontrar en ella. Hoy hay un antiguo periodista que ha venido a pasar una temporada con nosotros para recuperarse de una larga enfermedad; una chica muy guapa que está embarazada y cuya familia no lo sabe; un hombre sentado silenciosamente en un rincón que trata de superar los efectos de una juerga en el Bowery; y una joven negra del sur con sus dos hijitos.

Luego están los habituales: por ejemplo, nuestro «eremita», que no es exactamente antisocial, pero le gusta que le dejen solo y vive por su cuenta en una cabaña en el bosque. También está Agnes, que ya ha cumplido los ochenta. Desde el primer piso me llega el traqueteo de la prensa de Stanley; posiblemente esté imprimiendo estampas para nosotros, o invitaciones de boda o de bautizo. Larry, que ha estado con nosotros durante años en la ciudad, se encuentra en la cocina, instalada en el sótano, preparando un estofado; Classie Mae, una chica negra, le releva un día a la semana, y Hans los domingos.

Jean Walsh se ocupa de la casa, tarea en la que sucedió a Beth Rogers, que la realizó durante diez años. Ahora Beth vive en un apartamento de la ciudad, entregada al cuidado de una amiga ciega que, además, tiene las piernas llenas de úlceras.

Jean, enfermera de profesión, ha salvado —literalmente— una vida y ha prolongado y aliviado otras muchas en los pocos años que ha estado con nosotros. Perteneciente a una familia acomodada, ocupa la habitación más pequeña de la casa y es la que posee menos cosas propias. Constantemente se desprende de lo que tiene para dárselo a los demás.

Entre los miembros de nuestra familia hay quienes están tan enfermos mental o físicamente que no pueden ganarse la vida en el mundo exterior y, no obstante, cuidan de otros que están aún en peor estado que ellos. Todos sufren y sirven, cada uno a su manera.

Con la granja «Peter Maurin» hemos tenido nuestros pleitos, como nos ha ocurrido con la casa de Chrystie Street. Hace un par de años, al día siguiente de la fiesta del trabajo, cuando ya se habían marchado los invitados y estábamos poniendo en orden las cosas, un coche se detuvo delante de la puerta. De él bajaron dos hombres que se pusieron a mirar la casa; atravesaron lenta y siniestramente el seto de ligustre y se adentraron en el césped donde los más pequeños habían disfrutado durante todo el verano jugando al croquet y chapoteando en una piscina de plástico que nos dio un vecino. Cuando estaban debajo del alto pino que ha dado sombra a tantos inválidos procedentes de la ciudad, que se sentaban tranquilamente a observar los graciosos titubeos de los niños

que estaban aprendiendo a andar, los forasteros se presentaron: «Somos del Departamento de Construcción».

Unos diez días antes habíamos recibido una notificación del departamento. Como el nuestro era un edificio de madera —decía la notificación— y estaba clasificado como vivienda múltiple, violaba por completo la ley y no podía ni repararse ni renovarse como se había hecho con la casa San José de Chrystie Street. Por todo ello se nos ordenaba que lo reconvirtiéramos en una vivienda unifamiliar.

Los inspectores tenían un talante frío e implacable, o al menos así me pareció. Probablemente no les gustaba la tarea que tenían ante sí, consistente en inspeccionar la casa y ver si obedecíamos sus órdenes y, en caso contrario, hacemos un requerimiento.

Les dijimos que estábamos cumpliendo sus instrucciones y exigencias, que la casa estaba siendo desalojada como vivienda múltiple. La noche anterior, Francés Ferguson se había ido a la ciudad, Orletta Ryan había vuelto a Chicago, Philip había recogido sus cosas y estaba preparado para desalojar su buhardilla, Howard y Peggy estaban a punto de dejar la casa, y Stanley se encontraba en Canadá. Los únicos que vivíamos en la casa éramos Agnes Sidney, Magdalena con sus dos hijos pequeños y yo. ¡Y es una casa de once habitaciones con dos buhardillas y dos baños!

Los dos hombres querían saber si éramos un grupo auspiciado por los católicos. Les explicamos que teníamos un sacerdote que en aquel momento estaba enfermo en el St.

Vincent's Hospital, que en nuestra capilla, instalada en el granero, teníamos el Santísimo, que el padre Guerin o el padre Mailleux, maristas, venían a menudo a decir misa y que todos los meses teníamos un día de retiro. Cuando quisieron saber qué significaba la palabra «obrero», les recordamos (creo que eran católicos) que la misa del Día del Trabajo en la catedral de Nueva York se había celebrado en honor de san José obrero. (Después se llevaron consigo algunos ejemplares del periódico).

Ambos inspectores dieron una vuelta alrededor de la casa tomando medidas y verificando dónde estaban situadas las puertas, las ventanas y los huecos; a continuación entraron e inspeccionaron cada una de las habitaciones, desde la buhardilla hasta los sótanos. Finalmente vinieron a informarnos de que habían encontrado dos colchones en la buhardilla y había que sacarlos de allí. Les dijimos que los quemaríamos. No, no era necesario. Al parecer pensaron que la medida era demasiado drástica. Bastaba con que los guardáramos en otro sitio. Y entonces preguntaron: «Pero ¿quiénes son todas estas personas?». Les expliqué que la chica que estaban viendo era una vecina que traía sus tres hijitos a comer con nosotros, porque su marido estaba en el hospital por una septicemia. Las otras dos jóvenes que estaban fuera ensartando abalorios eran visitas de la Casa de la Amistad de Nueva York.

Los inspectores estuvieron husmeando todavía otro rato.

«¿Qué hacen esas mesas en el comedor y en la cocina? –preguntaron con suspicacia–. Parece como si ustedes dieran de comer a mucha gente».

Les expliqué que los domingos teníamos jornadas de meditación y que venían muchas personas a pasar el día y escuchar las charlas.

«Está bien, pero es posible que tengan ustedes problemas —dijo uno de ellos— por convertir la casa en un lugar de reunión».

Yo me pregunté si habría alguna manera de que pudiéramos vivir, si podríamos hacer algo que no nos trajera problemas.

Al marcharse, los dos inspectores se fijaron en los verdes campos, las hileras de maíz y el campo de tomates. «¿Qué hay del gran horno que tenían donde hacían pan?», preguntaron. Les dije que el horno ya no era nuestro. Lo habíamos regalado. Ahora sólo hacíamos pan para nosotros. «¿Qué van a hacer con la granja? ¿Van a seguir trabajando?», siguieron inquiriendo. «Sí, cultivaremos todas las hortalizas que podamos para nosotros y para los que en Nueva York acuden a comer a nuestra mesa». «¿Y dónde va a vivir el granjero?». «¿Por qué? En la cabaña que hay cerca del taller del carpintero».

«La próxima vez tendremos que echarla un vistazo», fue su comentario al irse.

Estábamos indignados. Nosotros no somos escoria. Los vecinos están orgullosos de nuestra granja. Los visitantes dicen que es una antesala del cielo, un pedazo de paraíso, con su arboleda para conferencias, sus lugares de meditación junto al arroyo y su viacrucis dentro y fuera de la capilla, siguiendo el camino de los carros a través de los campos.



La casa y la granja costaron dieciséis mil dólares en 1950. Hemos disfrutado de los veintidós acres de terreno que se extendían alrededor de nosotros, campos y bosques que han producido alimentos y proporcionado trabajo saludable de diferentes tipos a muchas personas que, de no ser por ello, habrían estado en paro. Además, nos han dado la oportunidad de practicar las obras de misericordia y de vivir en comunidad.

Por primera vez en los treinta años de existencia de «The Catholic Worker» teníamos instalación sanitaria en una granja. (En Easton, Pennsylvania, y en «Maryfarm», Newburgh, había letrinas, que se pintaban, se trasladaban cada año y se mantenían en buenas condiciones de higiene. Por lo que yo sé, se admite que el ejército tenga tales edificaciones, pero no nosotros). Aquí, en la granja «Peter Maurin», tenemos un baño y un aseo en las dos plantas de la casa, calefacción central y un sistema de fontanería que proporciona abundante agua caliente para lavar y bañarse. La casa es una vieja granja de piedra que anteriormente perteneció a una familia suiza que cultivaba provechosamente espárragos, maíz y fresas; tenían una vaca, un caballo y gallinas, así como vides, de las que obtenían la uva para fabricar su propio vino. Y antes de que se instalara el suministro de agua municipal, la granja contaba con un pozo.

¿Qué nos están haciendo –me preguntaba yo– en nombre de la seguridad pública y por qué?

Sí, ser propietario ocasiona problemas, como también ser indigente. Cada día afrontamos un tipo de situación que los inspectores nunca podrán entender. Este mediodía, por

ejemplo, ha telefoneado una persona preguntando si acogeríamos a una chica de dieciséis años que va a tener un hijo. Todavía vivía con sus padres; el padre estaba dispuesto a ayudarla, pero la madre le estaba haciendo la vida imposible. La joven ya había intentado suicidarse subiéndose a una cornisa de su casa. Sus amigos estaban buscando un sitio donde pudiera permanecer temporalmente hasta ver qué era lo mejor posible. A pesar de todos los problemas con la granja, yo no podía negarme. Tenemos mucho espacio, incluso con esa normativa que nos reduce a una familia con cuatro huéspedes. Yo puedo quedarme en Nueva York, y ella puede ser uno de los huéspedes. Cuando vengo a pasar la noche, vengo como invitada. Me pregunto si a cada uno de nosotros se le permite tener un invitado y con cuánta frecuencia y por cuánto tiempo.

Es extraño y espantoso que este Estado se entrometa en todo e interfiera hasta tal punto en la práctica personal de las obras de misericordia. ¡Qué terrible es que el Estado se haga cargo de los pobres! Un obispo lo llamó «posesión estatal del indigente». Las autoridades quieren que vivamos de acuerdo con ciertas normas o que no existamos. Nos vemos obligados a elevar nuestro nivel de vida, independientemente de las deudas que ello implique. Nos vemos forzados a ser institucionales, que no es lo que nosotros queremos.

¿Cómo escapar a la letra de la ley, que mata? Nuestro abogado dice que, a la larga, no podremos sino trasladarnos a Vermont o a uno de los estados del sur. Pero en el sur tendríamos graves problemas a causa de nuestra postura en el tema racial. ¡No es fácil la vida del cristiano en este mundo!

La granja «Peter Maurin» es la más reciente de las comunas agrícolas que se pusieron en marcha a raíz de la creación del movimiento «The Catholic Worker». Es cierto que hoy existen muchas granjas similares, pero han terminado por convertirse en granjas familiares, en lugar de en las comunas agrícolas que Peter imaginaba. Algunas están en manos de varias familias, normalmente de tres a seis. Más a menudo, una familia con muchos hijos se ha quedado en una granja para llevarla por su cuenta después de que las otras se marcharan. Esto es algo que oímos continuamente a los visitantes que llegan a nuestra casa de Nueva York. Pero no quiero mencionar las localidades, porque hay tanta hambre de comunidad, hay tantos religiosos e intelectuales errabundos (a los que la agobiada esposa de Tolstoi llamaba «los oscuros») que no querría ser responsable de que se perturbe su privacidad.

Después de vender una de nuestras dos granjas de Easton a una familia vecina, compramos otra en Newburgh, Nueva York. Estábamos muy contentos con ella, hasta que los reactores de una base aérea próxima perturbaron tanto nuestros retiros que tuvimos que trasladarnos de nuevo. Entonces fue cuando compramos la granja de Staten Island.

La casa de la granja actual no es muy grande, pero aun así posee algunos de los elementos de una comuna agrícola y de una universidad agrónoma. Tenemos personas que saben hacer conservas y pan, otras que saben rotular e iluminar textos, y buenos carpinteros, electricistas y fontaneros. Hans Tunneson, un marinero noruego, construyó nuestra capilla, pero también hace pan, cocina en nuestras fiestas y ha enseñado a otros a hacer todo ello. Joe Roche, que quedó mutilado a raíz de un

accidente por el que no recibió ninguna indemnización, es capaz, pese a ello, de trabajar en la cocina y en la lavandería. Y Joe Cotter, nuestro electricista, enlata miles de kilos de hortalizas de nuestro huerto cada verano.

Si no hemos sido capaces de alcanzar los ideales de Peter, tal vez sea porque hemos intentado abarcar demasiado: llevar una escuela, una universidad agrónoma, una casa de retiro, una residencia de ancianos, un albergue de jóvenes delincuentes y de chicas embarazadas, un centro de postgrado para el estudio de las comunidades, las religiones, el hombre y el Estado, la guerra y la paz. Hemos apuntado alto, y esperamos haber hecho al menos lo suficiente para «despertar la conciencia». Éste es el camino –o, mejor dicho, éste es *un* camino– para que aquellos que aman a Dios y a sus semejantes intenten vivir de acuerdo con los dos grandes mandamientos. Las frustraciones que experimentamos constituyen ejercicios de fe y esperanza, que son virtudes sobrenaturales. Con la oración se puede proseguir alegre e incluso gozosamente. Sin oración, ¡qué triste es el camino!

Cuando la gente trata de vivir y trabajar junta voluntariamente se generan, como es lógico, muchos problemas que ponen a prueba la paciencia. Y estoy pensando en cosas pequeñas que fácilmente pueden adquirir las proporciones de las grandes.

Hace nada, nuestro granjero, que ha estado con nosotros durante veintitrés años, ha roturado un campo de maíz y un huerto de tomates aún verdes llevado simplemente del impulso de usar el tractor, al que adora, y restablecer en el terreno unos

surcos nítidos y ordenados. Me entristece pensar en los tomates que habrían ido madurando hasta el día de Acción de Gracias y en el maíz que habríamos podido secar para que sirviera de pienso a los cerdos.

¡Y las dificultades que comporta mantener una propiedad!

Recuerdo que cuando acabábamos de comprar la granja, Harold se puso a limpiar el granero y arrojó a la basura un montón de herramientas oxidadas que no identificó por ser un hombre de la era de la automatización. Algunas, recuperadas posteriormente, resultaron ser piezas de museo. Aquellas se salvaron, pero otras muchas no.

También recuerdo que Hester, en una orgía de limpieza hogareña, se deshizo de unas mantas tejidas a mano, porque estaban un poco deshilachadas por los bordes.

Recuerdo, asimismo, que un universitario se sintió tan generoso que cedió su cama a un forastero y se echó a dormir en el suelo, en lo que tomó por una manta. Por la mañana comprobó que la manta era en realidad un precioso chal de cachemir. Lo recuperamos y lo utilizamos para cubrir el altar de la capilla. Al final desapareció sin que nadie supiera cómo.

La biblioteca de la granja está abierta a todos los huéspedes. Han desaparecido ejemplares de libros de Maritain, Eric Gill y Belloc con dedicatoria del autor. Un amigo talló para nosotros varias bellas imágenes y crucifijos, que también desaparecieron una noche. Otro amigo nos dio un tapiz que reproducía una famosa pintura, pero debió de apetecerle a alguien, y no hemos vuelto a verlo. Al vivir en comunidad, como nosotros vivimos,

con todo a disposición de todos libremente, contamos con que ocurran estas cosas. Como solía decir Peter cuando encontraba un animal abandonado o el motor de un coche congelado porque alguien se había olvidado de drenar el agua: «La propiedad de todos no es propiedad de nadie». La negligencia y el mal trato son fallos comunes a todas las clases sociales, especialmente en este próspero país nuestro, donde hemos construido una economía del despilfarro.

El mismo granjero que roturó el campo del que he hablado anteriormente me dijo en una ocasión que en una granja de Nueva Inglaterra donde estuvo trabajando, si a una vaca resultaba difícil que se le retirara la leche antes de tener un ternero, no había más que ordeñarla y dejar que la leche cayera al suelo, y se ponía tan furiosa ante el despilfarro que se le retiraba la leche de inmediato.

Tengo miedo de que la naturaleza se ponga igualmente furiosa a causa de nuestro despilfarro aquí, en nuestra bendita Norteamérica. Se ve por todas partes: en el ejército, en las cárceles y en todas las instituciones públicas. Incluso el sistema de comedor escolar proporciona pruebas de ello. Las empresas contratan ingenieros para incrementar la eficacia, eliminar los movimientos inútiles y ayudarlas así a ahorrar unos cuantos centavos; los sindicatos luchan y hacen huelgas para conseguir un pequeño aumento del salario de sus obreros. Pero al mismo tiempo hay un gasto sin motivo en todos los lugares, por parte de cada hombre, mujer y niño.

No se puede por menos de admirar la visión y la tenacidad de aquellos que, estando en la vida pública y contra todas esas

desalentadoras posturas, perseveran en trabajar por el bien común. Hay personas que «no se preocupan de lo que no les pertenece», diría Peter. Frase que, para su manera de pensar, constituía un argumento no contra la propiedad común de los medios de producción, sino a favor de una mejor comprensión de la doctrina del bien común y de la necesidad de incrementar el número de cooperativas de tamaño adecuado y funcionales, de modo que cada persona pueda tener sentido de la responsabilidad personal.

Ante tanta irresponsabilidad, ignorancia, avaricia, envidia y pereza (y aún podría enumerar algunos pecados capitales más que veo a mi alrededor en la granja, así como en el mundo en su conjunto), a menudo me siento casi desanimada, pero entonces recuerdo que debo ir a la capilla a pedir paciencia y a recuperar la paz interior.

Calmar un corazón humano que con excesiva facilidad es presa de la irritación, el resentimiento y la rabia requiere algún tiempo. Pero allí, en la paz de la capilla, contemplando el trabajo de aquellos mismos hombres que te han causado esa irritación, es más fácil ordenar las ideas. Está bien condenar el despilfarro; pero, por otra parte, hay que tener presente que es preciso amar al pecador al mismo tiempo que se condena el pecado. Y tuve que recordarme a mí misma que el mismo pecador que malogró las cosechas con el arado había enseñado a mi hijita a amar el campo cuando le acompañaba a arar y cosechar, a recoger frutos o buscar madrigueras de ratones de campo o gazapos. Pensé en ella encaramada en lo alto de la carga de heno y aprendiendo a ordeñar la vaca y las cabras.

Recordé el cariño que nuestro granjero tenía a los campos y la tierra y cómo trasplantaba árboles y arbustos desde el bosque, y todas esas evocaciones hicieron que empezara a echarme la culpa a mí. ¿Qué habría hecho aquel hombre si se le hubiera proporcionado una dirección o una colaboración adecuadas? Nadie le había pedido que se entregara hasta el límite de sus fuerzas o de sus conocimientos. En el pequeño trabajo que estábamos realizando había poco margen para él. Debería haber formado parte de una granja con más tierras, donde los hombres trabajaran desde el alba hasta el anochecer y juntos quisieran realizar grandes cosas. Cuando pienso en los *kibutz* de Israel, en la recuperación del desierto y en la reforestación de campos desnudos, ¡qué débiles resultan, comparativamente, todos nuestros esfuerzos durante los últimos veintiocho años!; ¡qué poco hemos intentado, y no digamos realizado!

Nuestro consuelo, y también nuestra fe, es que con nuestros sufrimientos y nuestros fracasos, con nuestra aceptación de la Cruz, con nuestra lucha por crecer en la fe, la esperanza y la caridad, desencadenamos fuerzas que contribuyen a superar el mal en el mundo.

Es bueno ser capaz de ver las cosas desde esta perspectiva y reír junto a quienes se ríen de nosotros cuando ven nuestros intentos de reforma social tipo «hermano Junípero». Los errores de nuestro granjero son nuestros propios errores; pero debemos perdonarnos a nosotros mismos, así como a él. Al pensar en todo su trabajo y toda su bondad, mi crítica se convierte en agradecimiento y amor, y con ello mi corazón se alegra y me siento confortada.



## XIX. NUESTRO DÍA

A primera hora de la mañana hay un considerable ajetreo en Chrystie Street. Charlie, Ed o Walter están planificando las comidas y preparando el pedido para la tienda de ultramarinos (no una cadena de supermercados) con la que hemos tratado los últimos veinticinco años. Mike el italiano se dispone a llevar su viejo armazón de aluminio de cochecito de niño a la panadería o a la lonja de pescado para traer las cajas de alimentos del día. Recorre literalmente kilómetros para hacer esos recados. Es el primero en levantarse y barre no sólo nuestra acera, sino también la de toda la manzana. En el vecindario todo el mundo le conoce y le aprecia. Podríamos decir que es nuestro relaciones públicas.

Desde las ventanas que cubren toda la fachada del edificio podemos ver, más allá de la calle, el espacioso campo de deportes y en lo alto un gran retazo de cielo que eleva nuestros corazones. Sí, por la mañana las cosas parecen buenas y jubilosas. En la cocina, un hombre está limpiando hortalizas; otro está acabando con varios platos en los altos fregaderos de acero inoxidable. Se trata de un marinero enfermo que en cierta ocasión me trajo un kimono de Hong-Kong. Padece leucemia, pero quiere permanecer fuera del hospital el mayor tiempo posible.

Nunca pregunto a nadie por qué está aquí. Vienen de la calle a comer, a esperar, a buscar un lugar para estar, alguien con quien hablar, alguien con quien compartir sus penas y así aliviar el corazón.

Bill me pone café, y George, el camarero alemán, corre a traerme el pan de centeno que guarda para mí. Hay margarina, naturalmente. Una mujer que también está sentada a la mesa quiere cebolla en rodajas con el pan. Alguien añade mostaza a su ración.

De vez en cuando recibimos como donativo mantequilla de cacahuete y mermelada. Compramos pan del día anterior; pero no faltan ocasiones en las que un seminario como el de Maryknoll nos trae una camioneta llena de pan y otros suministros (y en otoño una carga de manzanas de su huerto). Pan, café y té son los alimentos habituales. El último es psicológicamente necesario, aunque Peter Maurin sostenía que la sopa es más nutritiva.

Hoy, mientras estoy escribiendo, hace una soleada mañana invernal. Acabo de regresar de un viaje. He pronunciado conferencias en Notre Dame, en el centro de enseñanza secundaria Immaculata y en la adjunta facultad de Marygrove en Detroit, así como en Wayne State y otras universidades del Medio Oeste. Ha sido un alivio que allí no hubiera llamadas telefónicas que atender ni decisiones que tomar. Cuando me daba por preocuparme de las responsabilidades que tenía en casa, me venían a la mente las palabras del padre McSorley, que solía decirme sencillamente: «Ve adonde te inviten». También mi párroco me repetía a menudo el mismo consejo. El

largo viaje nocturno de regreso a casa en autobús me resultó apacible y delicioso, tal vez por lo que tenía de evasión de la rutina.

Aun así, también es bueno estar de regreso de nuevo. De repente, una vez más se organiza el consabido bullicio a mi alrededor. Los dos teléfonos parecen estar sonando al mismo tiempo. Aunque faltan aún dos horas para la comida, ya hay un grupo de hombres que esperan pacientemente. Para que no tengan que seguir esperando en la calle, expuestos a las miradas curiosas de los viandantes, hemos alquilado un gran taller de maquinaria en la parte de atrás, donde hay bancos y un lavabo, y algunos «beatniks» han pintado en las paredes figuras bailando y cantando. Mejor habría sido, me digo a mí misma, que las hubieran blanqueado. Algún Tom Sawyer debería venir y hacer tal trabajo atractivo.

En la casa de acogida de san José no se puede pensar con calma; hay demasiado ruido. En este preciso momento hay una mujer polaca –que incluso a estas tempranas horas de la mañana ya ha bebido demasiado– lanzando improperios a voz en grito. En aras del bien común, Charlie intenta impedirle la entrada; pero hoy, como hace frío, le ha dado pena. La conmina a sentarse y estarse quieta y callada. Me resulta evidente que esta mujer va a ser un problema durante todo el día, que entrará y saldrá incontables veces.

El segundo piso, al que se accede por una escalera de unos cuantos escalones, no es más tranquilo. Al fondo de la larga mesa, muy cerca de las ventanas, están sentados unos cuantos hombres y mujeres que fuman y charlan bajo la fría luz del sol.

Otras personas, también sentadas a la mesa, leen o escriben cartas. En el extremo oscuro de la habitación, donde permanece encendida durante todo el día una bombilla de ciento cincuenta vatios, unas cuantas chicas ayudan a Anne Marie a clasificar prendas de vestir. Arthur J. Lacey, (al que unos llaman «el obispo» por la gran cruz que lleva colgada de una cadena sobre el pecho y otros «querida alma», que es su saludo a los que acuden en busca de ropa masculina) se jacta de la pulcritud de la habitación que sirve de ropero.

Pero lo que más me molesta de este segundo piso es ver sacas y más sacas de correo, que contienen las cartas de la cuestación semestral, amontonadas junto a la pared. Se deberían haber enviado antes de llegar a esta situación. Keith, que se ha ocupado de todo lo relativo al correo los últimos diez años, me viene al encuentro. «Quieres decirle, por favor, a Charlie que de ahora en adelante reserve dinero de la cuestación para poder enviar todo este correo».

Caigo en la cuenta de que dentro de pocos días nos traerán la última edición de *The Catholic Worker* (gracias a Dios, es sólo mensual): setenta y tres fardos, mil ejemplares en cada uno. Todo el mundo se pondrá a trabajar en ello: plegando, poniendo etiquetas, atando las sacas para las distintas ciudades y estados de la Unión, y luego llenando más sacas de correo. Pero las cartas de la cuestación tienen que salir antes, a fin de conseguir el dinero para poder hacer el depósito en la Oficina de Correos y enviar el periódico.

Charlie está en la oficina, instalada en la tercera planta, revisando el talonario de cheques y examinando un montón de

facturas apiladas esmeradamente en su escritorio. «Las cartas de la cuestación no pueden enviarse, porque no tenemos los quinientos dólares necesarios para sellos», me comenta. Como el papel y el trabajo de imprenta para las cartas son un donativo, y como todo el mundo ayuda a plegar las cartas y meterlas en los sobres para su envío por correo, los sellos constituyen el único gasto. El dinero que llega en respuesta a la cuestación se emplea directamente en obras de misericordia; de él no sale ningún sueldo.

«¿No tenemos dinero para sellos?» –pregunto.

«En el banco sólo tenemos cuarenta dólares» –me responde Charlie.

Cuarenta dólares en el banco y cientos de personas que acuden cada día a nuestra puerta para que les demos de comer. Hay que pagar más de mil dólares en alquileres; sin mencionar el gas, la electricidad, el teléfono y la calefacción. «Nunca tengáis miedo de deber dinero por los pobres», dijo en una ocasión el papa Pío XII a una comunidad de religiosas. (Afortunadamente, Tony, al ser un tendero independiente, deja que nuestra cuenta ascienda hasta cinco mil dólares, cosa que no hacen las cadenas de supermercados. Una vez nuestro impresor escribió en la parte de abajo de una cuenta mensual, «¡Rezad... y pagad!»).

Me siento en mi escritorio y empiezo a abrir el correo. Los primeros sobres contienen facturas, y las añado al montón. ¡El siguiente sobre contiene un cheque de quinientos dólares!

Ya se pueden llevar las sacas de correo; no hay tiempo que

perder. El nuestro es un banco de trabajadores que está en Union Square, y los empleados nos conocen desde hace treinta años. «Ve y explica nuestra situación –le digo a Charlie–, y que te den al momento el dinero en metálico. Así podrás comprar los sellos».

Charlie se marcha. Vuelve al cabo de una hora. «¡El cheque estaba mal extendido! –me dice, y se me encoge el corazón– La cifra era claramente quinientos dólares, pero en letra sólo decía cinco».

«¿No lo aceptaron?».

«Les dije que los necesitábamos desesperadamente, y que la misma persona había donado con anterioridad grandes cantidades... ¡Al final, lo aceptaron! ¡Aquí tengo los sellos!».

Ahora todos estamos tranquilos, todo el mundo hace horas extraordinarias, y las mesas quedan pronto limpias y a punto para trabajar en el próximo número del periódico. No hace falta decir que la cuestación no proporcionará más que el dinero justo para pagar nuestras facturas. Si nos quedamos cortos, tendremos que aceptarlo como una lección de precariedad y apretamos el cinturón. En su deseo de que seamos como los pobres y tomándonos la palabra cuando hablamos de pobreza voluntaria, el Señor siempre nos deja varias deudas de las que preocupamos.

El correo de la mañana trae también cartas de África, India, Cuba, Sudamérica, Francia e Inglaterra. Y la gente va llegando como de costumbre; un marinero que quiere hablar de la huelga de estibadores; unos estudiantes que se resisten a

prestar el servicio militar y otros que, aunque están dispuestos a hacerlo, quieren saber acerca del Cuerpo de Paz del papa y el Cuerpo de Paz del presidente Kennedy; otros estudiantes que preguntan qué clase de orden social prevalecería bajo el anarquismo y si es cierto que en «The Catholic Worker» nos oponemos a *toda* autoridad. El texto más citado como argumento contra nuestro concepto de desobediencia civil es: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». Si la discusión es sobre pacifismo, nuestros oponentes recurren a la escena evangélica en la que Jesús expulsa del atrio del templo a los cambistas. El uso de la fuerza y la necesidad de que haya estados son los dos temas que más inquietan a los estudiantes.

Hace treinta años, el problema principal de la gente era el desempleo y la consiguiente recesión económica. Luego vino la guerra y con ella el pleno empleo. En los años treinta tuvieron lugar la guerra chino-japonesa, la guerra de Abisinia y la guerra civil española; y también en aquellos años nosotros hicimos manifestaciones contra la guerra. Cuando llegó la Segunda Guerra Mundial y quedaron pocos hombres para la tarea, se acabaron las manifestaciones en favor de la paz, pero no las discusiones sobre la guerra en las páginas de *The Catholic Worker*.

Nosotros seguíamos citando el sermón de la montaña; seguíamos hablando de las obras de misericordia y llamando la atención sobre el hecho de que la guerra es inevitablemente lo opuesto a ellas. Arrasar los campos genera hambre; destruir hogares, en lugar de dar un techo a los que no tienen hogar, expulsa a la gente incluso de su país. («No sabéis de qué

espíritu sois», dijo Jesús con tristeza a sus apóstoles cuando querían que bajase fuego del cielo y consumiera a los samaritanos que se habían negado a darles hospitalidad).

Sí, nosotros seguimos oponiéndonos a la guerra y a los preparativos para la misma. Y seguimos estando de parte de los trabajadores. Exteriormente, las cosas han cambiado para ellos, pero la «prosperidad» y la automatización han hecho que la situación casi se retrotraiga a la de los años treinta. Hoy tenemos de nuevo lo que Michael Harrington, uno de nuestros primeros directores, llama una «segunda América»: la América de los pobres, ahora basada en la inempleabilidad de masas de hombres despojados de su trabajo por las máquinas, o de hombres incapaces de encontrar empleo porque son demasiado viejos o demasiado jóvenes, porque no están suficientemente preparados, porque son mentalmente inestables o tienen alguna minusvalía física... Y hacemos lo que podemos para aliviar el sufrimiento que ocasiona esta situación de paro, que ninguna guerra, ni fría ni caliente, ayudará a resolver.

La doctrina de Peter Maurin –su filosofía del trabajo, su insistencia en la necesidad de crear comunas agrícolas y universidades agrónomas– aún tiene que aplicarse a los problemas del desempleo y la automatización. Una gran parte del mundo ha cambiado para dar paso a una nueva sociedad en la que la propiedad colectiva y comunitaria es promovida para abordar el problema del hombre y su trabajo. Pero estos cambios han sido suscitados mediante la violencia y la coerción, a expensas de la libertad del hombre.



El mayor reto actual es cómo suscitar una revolución del corazón; revolución que tiene que iniciarse en cada uno de nosotros. Cuando empecemos a ocupar el lugar más humilde, a lavar los pies ajenos, a amar a nuestros hermanos con un amor ardiente, con esa pasión que lleva a la Cruz, entonces podremos decir verdaderamente: «Ya he empezado».

Día tras día admitimos nuestro fracaso, pero lo aceptamos porque conocemos la victoria de la cruz. Dios nos ha dado una vocación, como se la dio al niño que ayudó a alimentar a la multitud con sus escasos panes y peces, que Jesús multiplicó para dar de comer a cinco mil personas.

¡Panes y peces! ¡Cuánta alabanza, reverencia y agradecimiento debemos a Dios! En nuestra vecindad, las campanas de la iglesia tocan a las siete, las ocho y las nueve. Cada día asistimos a misa a la hora que nos resulta más conveniente, y algunos se quedan todavía un rato para dar gracias. Posteriormente, a la una o las dos, después de terminar de alimentar a los pobres y de que el personal haya dado cuenta, más sosegadamente, de su comida, Millie hace sonar su campanilla. Los que quieren rezan el rosario juntos, los más jóvenes de rodillas, y los mayores sentados. Michael el ucraniano ejerce un cierto dominio cuando reza y generalmente va diez palabras por delante de los demás.

Margaret solía mecerse en la mecedora que le habíamos adjudicado como suya. Cuando la diminuta Margaret vino a nuestra casa, lo hizo con todas sus pertenencias en una bolsa de la compra. Me dijo que en el mundo exterior había ido experimentando una decadencia paulatina, pues de llevar una

casa de huéspedes había pasado a vivir en una pequeña habitación, de donde, finalmente, había sido desalojada. Había solicitado una paga de beneficencia, pero se la habían denegado por un detalle técnico y había tenido que dormir en el metro unas cuantas noches, hasta que un sacerdote bondadoso la encontró y nos la trajo. Cuando llegó, estaba tan agotada que tuvo que permanecer una semana en la cama y devoraba vorazmente cuanto le dábamos. Después de recobrar las fuerzas, no volvió a pasar un día en la cama hasta la última semana de su vida. Nos ayudaba haciendo cobertores con corbatas viejas y ocupándose del ropero varias horas al día.

Terminado el rosario, nos ponemos a trabajar unas cuantas horas hasta que empieza a venir la gente a cenar. Este grupo es más ruidoso e indisciplinado que la gente del Bowery que llega a mediodía, pues incluye todo el personal de la casa y sus amigos, muchos de los cuales son miembros de otros grupos pacifistas que utilizan nuestra sede para guardar sus carteles y conseguir una comida caliente. Cuando se está cocinando un plato que huele especialmente bien, ya sea chuletas de cerdo o salchicha italiana, el hecho es que su seductor aroma llega a todas partes. Parece como si la noticia se propagara misteriosamente, pues a veces acuden más personas que las chuletas o salchichas que tenemos, y en tal caso tenemos que recurrir una vez más a la sopa. Esto hace que todo el mundo se agolpe a la Vez en la primera planta, esperando hacerse con un sitio a la mesa. «Siempre hay espacio para uno más».

Bancos y sillas desvencijadas se alinean en la habitación pintada de color claro brillante. George el alemán pone las dos mesas alargadas; Charlie (o Ed o Walter) preside la comida

desde su mostrador de servir; las ollas humean en los fogones, y un horno con la puerta abierta desprende un olor delicioso. En verano, la puerta lateral de la cocina deja que entre una brisa bienhechora. Un estudiante chino viene de algún lugar situado más allá de Mott Street y normalmente come en silencio y se marcha. Un sacerdote que ha llegado del Medio Oeste y está de visita puede intentar mantener una conversación con una pareja puertorriqueña que sabe poco inglés, al mismo tiempo que pasa el pan a un intelectual universitario que ha venido para escribir un trabajo sobre «The Catholic Worker». Varios negros acuden regularmente, al igual que un indio americano, «El Jefe».

También tenemos muchas mujeres, la mayoría de las cuales son llamadas «Sallies», porque pernoctan en los dormitorios del Ejército de Salvación de Rivington Street, donde pagan cuarenta y cinco centavos por noche.

En nuestra sede abundan los apodos. A los italianos les gusta ponerse nombres unos a otros, como, por ejemplo, Joey *Fish*, que tiene una carretilla para el pescado. Otro habitual es conocido como Sansón por sus músculos. Tenemos una Mary escocesa, una Mary italiana y una Mary de Tommy; un George alemán y un George italiano; un Mike ucraniano y un Mike italiano.

No hay discriminación por la nacionalidad. No obstante, durante la Segunda Guerra Mundial tuvimos tensiones cuando en la casa se alojaron al mismo tiempo chinos y japoneses. Una japonesa —una maestra en paro llamada Kichi— se negó a comer la comida servida por Chu, el chino que nos ayudaba en la

cocina. Para solucionar el problema tuvimos que hacer que a Kichi la sirvieran aparte.

Después del lanzamiento de la bomba sobre Hiroshima —«pecado mortal del que no ha habido ni confesión ni arrepentimiento», como dijo el periódico diocesano de Boston—, Kichi oyó decir a los hombres de la cocina: «Los japoneses se lo han buscado», y empezó a temblar. El año siguiente, cuando hablaba con alguien, no dejaba de temblarle la cabeza. No mucho después murió.

Nosotros nos oponemos abiertamente a que se usen nombres despectivos como «Japs» para los japoneses y «Chinks» para los chinos, etcétera, pero tenemos que aceptar apodos muy difundidos, como Mike el italiano o Mike el ucraniano. Lo único que podemos hacer es tener la esperanza de que los afectados no los consideren excesivamente molestos.

Cuántas veces a lo largo de mi vida he contemplado estas mesas llenas de gente y me he preguntado si habrá suficiente pan...

Cuántas veces he observado que algunos llenan su plato a rebosar y que al último en ser servido no le queda lo suficiente, que algunos desperdician comida, privando de ella a sus hermanos... George el alemán refunfuña cuando trae más barras de margarina y vuelve a poner pan en los platos y a llenar las cafeteras y los azucareros.

¿Cómo es posible consumir tanto? ¿De dónde viene toda esta gente? ¿Cómo se va a pagar todo este gasto? Pero el

milagro es que todo se paga, antes o después. Y un milagro es también que rara vez acude más gente de la que podemos dar de comer.

Para mí, otro milagro es el espíritu de comprensión y cordialidad, al que se debe en buena medida la situación de relativo orden y paz de nuestra casa. El otro día estuve hablando con uno de los hombres que solía ir a un albergue municipal cercano, donde se sirven desayunos y cenas. «Siempre hay suficiente comida, y se atiende a miles de personas, pero aquello es un campo de batalla». Mi interlocutor se estremeció: «A mucha gente le da miedo ir. La “poli” tiene miedo de intervenir, porque no pueden llevar armas de fuego. Hay bandas que roban a todas las personas decentes que acuden sin que nadie se lo impida. Si tus ropas están en un relativo buen estado o tus zapatos están enteros, te quedas sin ellos. Todas las noches llegan ambulancias a recoger gente apuñalada y apaleada...».

Durante la gran depresión económica, ése y otros albergues estaban llenos, pero entonces no había tanta violencia, aunque la gente se quejaba de muchas otras cosas. «¿Por qué nosotros, que tenemos la misma clase de gente, no tenemos problemas? —le pregunté—, En los treinta años que llevamos funcionando no hemos tenido violencia. Únicamente los ocasionales borrachos que se desmandan y alborotan, rompen cristales y dan algún puñetazo». Pero mi interlocutor no veía más solución para la violencia del Albergue Municipal que las armas. A mí me parecía que el miedo era la causa, y difícilmente la respuesta. Lo que me sigue sorprendiendo es la manera de autorregularse de nuestro grupo. Hay injusticias, ciertamente. Como dijo san

Pablo: «Pues desconociendo la justicia de Dios, se empeñaron en establecer la suya propia». Pero también hay compasión, porque los veteranos, en especial, reconocen la desdicha cuando la ven y proporcionan una ayuda mutua auténtica.

Cabría pensar que la multitud que rodea la casa se va a reducir después de la comida, pero lo cierto es que se quedan. Fortalecidos con el alimento, todos parecen tener más ganas de hablar. Los hombres esperan el tabaco. Media docena, más o menos, esperan algún dinero. Y también hay mujeres a las que tenemos que ayudar a salir de sus apuros.

Para mí, ésta es la hora más dura: el atardecer. Entonces surge la necesidad de discernir, la necesidad de usar el sentido común, el conflicto al tratar de seguir el Evangelio y «dar a quien pide». ¿Qué hacer con los que están totalmente sanos y se aprovechan?; ¿qué hacer con los que beben y han agotado la paciencia de las personas que sinceramente tratan de perdonar setenta veces siete? Es más fácil cuando hemos entregado literalmente todo lo que tenemos y sólo podemos decir: «No nos queda dinero».

Charles (cuando él no está, Ed ocupa su puesto) realiza su difícil tarea como puede. Finalmente, la multitud se disgrega, y sólo quedan unos cuantos sentados por ahí y hablando en voz muy alta. Joe Maurer, un refuerzo reciente que hace de todo en la casa, empieza a repartir libros para las Completas. Nos guía con su potente voz, producto de la formación vocal de los dominicos. (También canta melodías populares). Pronto superaremos las voces de los habladores, que, con el paso del tiempo, se han vuelto más ruidosos. Más de una docena de

jóvenes están sentados a ambos lados de la mesa, ahora limpia y decorada, del comedor. Joe dirige un bando, y Michel Kovalak, que estuvo en un monasterio benedictino y sabe también cómo entonar los salmos, dirige el otro.

«Que el Señor todopoderoso nos conceda una noche pacífica y un final perfecto», dice Joe.

«Amén», contestamos todo con fervor.

«Sed sobrios y velad –avisa Michael en el otro lado, repitiendo las palabras de san Pedro–, Vuestro adversario el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe».

Cuando recitamos el *confíteor*, reflexiono y me doy cuenta de que nosotros también hemos pecado setenta veces siete. ¡Y muchas más de las siete veces del justo hemos fallado este mismo día! La absolución nos proporciona la paz para continuar con los salmos. El salmo de esta noche es el 15, que me llega al corazón:

«Tengo siempre presente a Yahvé,  
con él a mi derecha no vacilo.  
Por eso se me alegra el corazón,  
sienten regocijo mis entrañas,  
todo mi cuerpo descansa tranquilo;  
pues no me abandonará al Seol,  
no dejarás a tu amigo ver la fosa.  
Me enseñarás el camino de la vida,  
me hartarás de gozo en tu presencia,  
de dicha perpetua a tu derecha».

Luego viene un himno, con su correspondiente estrofa, y una serie de responsos y oraciones.

Smokey Joe se lo sabe todo de memoria, aunque desafina bastante, pero lo mismo les ocurre a los demás. Algunos cantan como un *basso profundo* y otros en *recto tono*, y si hay un tenor irlandés, el sonido se complica aún más. No sirve de nada que dos o tres mujeres de cierta edad disfruten cantando, pues tienen mal oído. Pero todos se lo pasan en grande, y es la oración vespertina de la Iglesia, y Dios la oye. El agnóstico canta con el católico, pues es un acto comunitario, y ama a su hermano. El canto nos prepara para otro día. Mañana, bien temprano, empezará el trabajo de nuevo, y con él nuestra vida, que santa Teresa de Jesús describía como «una mala noche en una mala posada». La vida continuará. Es posible que las circunstancias sean duras, pero donde hay amor, allí está Dios.

Marie, que es protestante, sabe que el trabajo es también oración. Durante el día ha recorrido las calles de la ciudad recogiendo todos los periódicos de las papeleras para traérmolos. Esa es su aportación a nuestro periódico. Ya ha terminado el canto. Marie echa mano a la escoba y se pone a barrer. Dejar lista la habitación para mañana es su último acto de hoy. Siempre es la última en salir. Cuando ha terminado, se detiene junto a la puerta y, tras echar una última mirada satisfecha, se va.